

2991

ANT

XIX

979

Al Excmo Señor

El Conde V.º de Torre Cabrera

testimonio de bondad gratuita

y mucho aprecio

del Autor



~~26.59~~

E H

ANDA
8

R. 55891

De la Cruz del Señor

Y

DE SU INVENCION Y EXALTACION;

COMENTARIO

DEL

OBISPO DE ANTINOE

EN III LIBROS.

*Absit gloriari nisi in
cruce D. N. Jesu Christi.*



GIBRALTAR:

—
IMPRENTA CALPENSE, COLLEGE LANE,
1871.

ADVERTENCIA.

Para mi consuelo y edificacion he escrito estas páginas, y ahora las doy á luz con la esperanza de que para otros tambien sean de algun provecho.

En estos dias aciagos, cuando los hombres no hablan mas que de lágrimas y de sangre, cuando la fuerza bruta todo lo arrolla, y la ambicion y la impiedad pasean su carro triunfante por las naciones católicas, profanando hasta la ciudad santa y teniendo prisionero al Vicario de Jesucristo, mi ánimo acongojado sentia la necesidad de recrearse y fortalecerse en una atmósfera pura y serena con la fé inquebrantable en el triunfo de la verdad y de la justicia. Mi eleccion no fué dudosa. O CRUX AVE, SPES UNICA, fué en todas las edades el grito de la Iglesia y de los creyentes, sobre todo en los momentos de grandes tribulaciones. Ahora, como siempre, la Cruz es el puerto de salvacion para el mundo náufrago y su unica áncora. (a)

En la historia de la Iglesia no conozco ninguna época en que hubiera habido la necesidad, que hay en la actual, de esclamar con el apóstol S. Andrés, "Cruz buena ¡Sálvame!" (b).

(a) Improperios del Viérnes Santo.

(b) Breviar. Rom.

No es esta la primera vez que en el estudio de la Cruz del Señor y de los inefables misterios que encierra he hallado grandes consuelos. Varios años ha lo hice asunto de un trabajo arqueológico, que vió la luz en Trieste. (c). Asi es que para compilar estas páginas me han sido de grande ayuda los apuntes entonces recogidos; y que ahora, con nuevos cuidados y estudios mas detenidos, he clasificado y ampliado considerablemente.

El órden que he seguido es él adoptado por la Iglesia en las solemnidades que consagra á alabar y dar culto al santo madero del Gólgota; porque, si bien es cierto que ella se ciñe á celebrar los sucesos principales de la Cruz,—su invencion milagrosa (d), su gloriosa exaltacion (e) y su grande triunfo en memoria de la victoria por ella alcanzada en Jaen contra la morisma (f) es, tambien,

(c) Considerazioni intorno ad un encolpio eneo rinvenuto in Corfu, 1854.

(d) 3 de Mayo.

(e) 14 de Setiembre.

(f) 16 de Julio; esta fiesta celebrase solamente en España.

cierto, que el objeto primario de estas solemnidades es él de tributar homenaje y alabanza á aquella Cruz en que *fué suspendida la salud del mundo*, y que, rodeada de fulgor y majestad, aparecerá en el cielo el día tremendo cuando *el Hijo del hombre se sentará en el trono de su gloria y empezará á juzgar al mundo por fuego.*

(a). En la confianza de que pueda llevar algún alivio á otras almas atribuladas, entrego este trabajo á la publicidad. Por fortuna, estas almas no son pocas, porque, á pesar de la malignidad de nuestros tiempos, aun no hemos retrocedido á los de S. Pablo, cuando la Cruz de Jesucristo era *escándalo para los judíos, y locura para los gentiles* (b). Gracias á Dios, todavía para la mejor parte del género humano, “la Cruz del Redentor es “la fuente de todas las bendiciones y “el manantial de todas las gracias, “y por ella se dá á los creyentes de “la flaqueza virtud, del oprobio gloria, de la muerte vida.” (c)

Para estas almas mi escrito, así lo creo, no será del todo inútil, y lo espero con tanta mas razón cuanto he procurado compendiar en pocas páginas lo muchísimo que, esparcido en

(a) Rit. Rom. exeq. Def.

(b) 1 Cor. 1, 23.

(c) S. Leo M. Serm. 8 de Passione.

gruesos volúmenes, se ha escrito sobre esta materia (d).

Para el caso en que estas páginas cayeran en manos no católicas y, por tanto, poco instruidas en nuestras doctrinas, creo oportuno cerrar esta advertencia observando, que la Iglesia ni cree ni enseña que la Cruz por si misma tenga alguna virtud ó alguna santidad intrínseca y, mucho menos, que deba adorársela con culto divino. *Nos crucem Domini nec colimus, nec adoramus* replicaban los primitivos cristianos á los gentiles cuando los acusaban de adorar la Cruz como ellos adoraban los ídolos (e). Para nosotros toda la virtud y toda la santidad de la Cruz dimana de Aquel que en ella fué clavado; doctrina admirable que S. Pedro Damian resumió con clara precisión cuando dijo: “honrando la señal de la victoria, “honramos al vencedor, y adorando “á la cruz, adoramos al Mismo que “en ella fué crucificado.” (f)

(d) Las principales obras que conocemos son la de Justo Lipsio *de cruce* y la de Gretsero *de cruce Christi*. Cada una consta de tres gruesos tomos. Ambas estan escritas en latin y los ejemplares son sumamente raros.

(e) Actas de los SS. Mártires Claudio y Arterio, apud Ruinart p. 286.

(f) Homil. XLVIII.

LIBRO I.

§ I.

DE LA CRUZ ENTRE LOS ROMANOS.



Para atormentar á las victimas de su odio ó de su venganza, Roma pagana, tan diestra en ese arte, no conocia ningun suplicio ni tan cruel, ni tan oprobioso como él de la cruz. El horror que este instrumento de tortura inspiraba era tal, que por las leyes no podia infligirsele mas que á los esclavos y á los bárbaros, bajo cuyo nombre se comprendian todos los extranjeros que carecian de la ciudadanía romana; para estos se reservaba la cruz con el cálculo deliberado de acrecentar la agonía del condenado, añadiendo al dolor del cuerpo, la ignominia del alma. Lisonjeando el orgullo romano, en su oracion pro Rabirio, Ciceron hacia votos " para que hasta el nombre mismo de la cruz estuviera lejos no solo de los cuerpos, pero tambien del pensamiento, y de los ojos y oídos de los romanos. " (a)

Sin embargo, ley tan inhumana continuó á mantenerse en fuerza y á aplicarse con rigor inaudito hasta el siglo cuarto, cuando Constantino el grande *abolió*, como refiere Sozomeno (b), *el suplicio de la cruz decretado en otro tiempo por los romanos*. Pero de esto hablaremos mas adelante.

A mi entender, usaban los romanos cinco géneros de cruces, llamadas 1 Simplex, 2 Immissa, 3 Commissa, 4 Decussata, y 5 Bífida.

La primera, *simplex*, consistia en un poste ó pilar de madera al cual se colgaban los malhechores. Atado á un

tronco algunos antiguos cuadros representan á S. Sebastian cuando era atravesado á flechazos. Sin embargo esta forma de cruz era rarísima y solo impropriamente designábasele con el nombre de cruz, puesto que las verdaderas cruces siempre tenian dos cabos ó cabezas (biceps.)

La segunda, *immissa*, estaba formada de dos palos *travesaños* á modo de entena, y es nuestra cruz ordinaria. Esta forma no era desconocida á los egipcios, y no es aventurado suponer que de ellos la copiaran los romanos. En uno de los cuatro lados del obelisco elevado en Egipto á Psammatico I. (654 ó 609 antes de Cristo) y traído á Roma por Cesar Augusto para que sirviera de meridiana solar (c), se observa esculpida la cruz *immissa* como ahora se acostumbra.

La tercera, *commissa*, era igual á la T del alfabeto griego, adoptada tambien en los modernos. Lipsio dice (d) " que la cruz *commissa* se dibuja por la figura con que los griegos espresan el número 300, es decir, con la letra "Tau." Del mismo modo la describe San Paulino de Nola (e); y Tertuliano afirma que la letra griega Tau; y la nuestra T son una especie de cruz (f).

La cuarta, *decussata*, estaba construída en forma de aspa, ó sea de dos palos iguales atravesados, presentando la figura de nuestra \times ó el aspa de San Andrés, llamada así por haber

(c) Hoy está colocada en la plaza de Monte Citorio en Roma.

(d) Lib. I. cap. 9 de cruce.

(e) De S. Felice M. poem, XI.

(f) Lib. I. adv. Macedonium.

(a) Nomen ipsum crucis absit non modo a corpore civium romanorum, sed etiam a cogitatione, oculis, auribus.

(b) Lib. I. cap. VIII.

sido en ella crucificado el santo apóstol. Esta forma, como la *commissa*, era muy comun entre los romanos, y muchos de los primitivos cristianos padecieron en ella el martirio.

La quinta, *bifida*, que era tambien usada con frecuencia, tenia la forma de la *iphsilon*, ó sea Y griega. Suidas dejó escrito que la cruz ó la horca (*furca*) es un madero duplicado. (*lignum geminum*.)

Plutarco asegura, que era como el madero duplicado que se pone debajo los carros (a) Y, en otro sitio, que era como el madero del carro que sustenta la lanza (b), madero que, sobre todo en los coches antiguos, era de una forma parecida á la *iphsilon* Y. Tambien Sidonio así lo indica (c). Pero con mayor precision que ninguno habló Varron cuando escribió que los extremos bastoncitos ó palitos, á modo de horquilla, usados para sustentar las vides, tenían la forma de la letra Y. (d)

No ignoro que, segun algunos, la antigua cruz ó *furca* en que los reos sufrían el último suplicio tenia la figura de nuestras horcas modernas compuestas de dos palos perpendiculares iguales hincados en el suelo, y un tercero horizontal trabando á los otros dos por encima. Fundase esta opinion en que, en la cruz *bifida*, no hubiera sido posible suspender á los condenados. Las razones siguientes me persuaden lo contrario. 1a. En el caso supuesto hay que admitir fueran en las antiguas *furcas* ó cruces tres los maderos; lo que es contrario al testimonio de los antiguos escritores que lo llaman madero duplicado ó de dos cabezas (*biceps, geminum*.) 2a. El instrumento del propio suplicio solia llevarse por las calles y plazas hasta el sitio del cadalso por el mismo reo; lo que hubiera sido sobremanera difícil si la cruz hubiese tenido la forma de las presentes horcas. 3a. Porque no se vé dificultad alguna en que los reos

fueran suspendidos en la cruz *bifida* (Y), atando ó clavando cada brazo del reo á uno de los palos superiores, y ambos piés al palo inferior.

Esplicadas así las diferentes formas de cruces que habia entre los romanos, referiré algunas particularidades que, por lo general, se observaban en todas. La principal era la del título ó rótulo que esplicaba el delito del ajusticiado. Puesto sobre una vara de hierro, fijábase esta en lo alto de la cruz si era la *immissa* ó la *commissa*: si era *bifida* ó *decussata*, donde arrancaba el ángulo formado de los dos brazos. Del esclavo crucificado por orden de su amo narra Dion que llevaba el rótulo con letras que esplicaban la causa de la muerte. (e) Otra particularidad de la mayor parte de las cruces antiguas, era la tabla llamada *subpedanea*, que consistia en una tarima ó peana clavada en la parte inferior de la cruz y en donde descansaban los piés del reo y, por consiguiente, toda la persona. El erudito Schurfesch en sus *antigüedades eclesiásticas* asegura, que en todas las antiguas pinturas habia visto esta *subpedanea*, observacion que yo he hecho con frecuencia, no solo en pinturas pero en objetos antiguos de piedra ó metal. Es verdad que casi nunca se vé tal *subpedanea* en nuestras modernas cruces; mas no se concibe la razon, pues es claro que ni por pocas horas un cuerpo de hombre ya hecho, que á veces debió ser robusto y bien pesado, hubiera podido mantenerse suspendido con los solos clavos ó con cuerdas: y sabido es que en tal posicion permanecian varios dias y aun hechos ya cadáveres.

Entre los antiguos no habia una manera sola de fijar á los condenados en la cruz; unas veces hacíanlo con clavos atravesando las manos y los piés; otras con cuerdas al rededor de las muñecas y en las coyunturas de la canilla con el pié.

Nada tampoco habia de fijo entre los antiguos acerca de la calidad de la madera de la cruz. Julio Lipsio opina fuera generalmente de roble.

(e) Cum litteris quæ causam mortis aperuissent.

(a) In caussis.

(b) In Coriolano.

(c) Carmen XXI.

(d) (de L. L. IV.) quod extrema bacilla percillata habeant figuram litteræ Y

§ II.

La Iglesia misma explica porqué, como instrumento de su muerte, el Hijo de Dios escogiera la cruz.

Dos habian sido las causas del pecado de nuestros primeros padres y de la caída del género humano; el regalo de los sentidos y el orgullo del espíritu;—la belleza del fruto del árbol prohibido y su esquisito sabor, y la soberbia de igualarse á Dios para conocer, como El, el bien y el mal, fueron los medios con que la astuta serpiente logró seducir á Adán y á Eva (a). La reparacion debía, pues, venir de los remedios opuestos, que son la mortificación de la carne, y la humillacion del alma. En este doble carácter del Mesias convienen todos los profetas. De El dijo Isaias que “seria despreciado y el infimo “de los hombres y el varon de dolo- “res...tan saturado de flaqueza, que “de El apartaríamos el rostro...tan “menospreciado, que ninguna estima “de El se haria...y que le tendríamos “por azotado, herido y abatido de “Dios.” (b)

Para que este doble martirio del cuerpo y del espíritu se llevara á cabo, el Redentor eligió el suplicio de la cruz, de todos el mas cruel y el mas ignominioso. Ya hemos indicado lo que el grande orador romano pensaba de la cruz. Mucho antes, Tarquinio hizo morir en ella á aquellos ciudadanos que habian rehusado trabajar en sus cloacas: como mas tarde mandó Graco espirara en ella su aborrecido enemigo. Teniala Séneca en tanto horror que, reputándola el mas agudo de los tormentos y el cúmulo del oprobio, sostenia debíase prevenir con el suicidio.

Este sentimiento era universal en el mundo antiguo. Cuando en Egipto quiso Faraon vengarse del gefe de sus panaderos, ordenó muriera en cruz. (c) Del mismo modo, por man-

dato de Josue concluyó sus dias el rey de Hai (d) y, por decreto de Asnero, el infeliz Mardoqueo y los diez hijos de Aman. (e) Segun la ley antigua “llevaba la maldicion de Dios él que “moría colgado de madera.” (f) Por último, á la muerte de cruz refiérese el grito profético: “condenémole con la muerte mas afrentosa.” (g).

Cumplióse al pié de la letra tan triste pronóstico. Martirizado, y atormentado de tal manera que, como dijo otro profeta, “desde la planta de “los piés hasta la coronilla de su ca- “beza no habia en El parte alguna “sana,” y colmado y saturado de ignominia y confusion, Jesucristo espíaba en la Cruz los deleites y el orgullo de Adán. Por lo que San Pablo dejó dicho que, por redimirnos de la maldicion heredada de nuestro primer padre, “se hizo Cristo maldicion por nosotros” por que escrito está: “maldito todo aquel que es colgado en madero.” (h)

Amor y misericordia infinita, que la Iglesia ensalza el Viérnes Santo cuando, en la adoracion de la cruz, recuerda que el órden de nuestra salvacion requeria saliera de allí mismo el remedio de donde habia salido el daño, y que Cristo, movido á compasion del engaño de Adán, designó un árbol para reparar el mal causado por otro árbol;

*De parentis protoplasti
Fraude Factor condolens*

.....
*Ipsè lignum tunc notavit
Damna ligni ut solveret,
Hoc opus nostra salutis
Ordo depoposcerat
Ut medelam ferret inde
Hostis unde læserat.*

- (d) Jos. VIII. 29.
(e) Esth. V. 14. y IX 15.
(f) Deut. XXI. 23.
(g) Sap. II.20.
(h) Gal. III. 23.

- (a) Gen. III.
(b) Isaias, LIII.
(c) Gen. XLI. 13.

Esplicada así la razon porque Ntro. Señor á todo otro suplicio prefiriera él de la cruz, convendria averiguar en cual de las cinco clases de cruces indicadas en el párrafo precedente fuere El clavado. Mas como quiera, que sobre esto haya gran discrepancia de pareceres entre los arqueólogos sagrados, es preciso referir antes las causas que han dado lugar á una incertidumbre tan grave sobre un punto de la mayor importancia;— pues á primera vista no se concibe como los apóstoles y los primitivos cristianos, especialmente los padres y escritores, no hubiesen consignado, sea en los monumentos sea en sus escritos, la forma que tuvo aquella Cruz en la que habia espirado el Salvador y hacia la cual parece debió haber en todos los tiempos la mayor veneracion y tributarsele el mas tierno y fervoroso culto.

Una breve historia de la Cruz desde el momento que de ella descendió el Señor hasta el IV siglo cuando fué descubierta por la emperatriz Elena, nos hará conocer estas causas. Fué el odio al cristianismo lo que mas poderosamente contribuyó á que quedara envuelto en grande oscuridad y en no pequeña incertidumbre todo lo concerniente á la naturaleza y forma de la preciosa reliquia que poseia la Iglesia.

Era costumbre entre los hebreos, apenas el reo habia sido ajusticiado, enterrar cerca del sitio del cadalso los instrumentos que habian servido para el terrible acto. Aun antes de la ejecucion, cavábase el hoyo donde habia de ocultarse al pueblo utiles tan repugnantes y tan odiados. Para con la Cruz del Redentor tuvieron las autoridades de Jerusalem una razon aun mas poderosa para sepultarla en las entrañas de la tierra.

Facil es figurarse que los que temieron fuese el Señor arrebatado del sepulcro por sus discipulos (a), debian tambien temer, que la Cruz misma, como el sitio donde Jesucristo habia espirado, fueren objetos de especial veneracion y culto de los apóstoles y demas discipulos; pues no ignoraban

que la muerte del maestro, lejos de extinguir, habia aumentado el amor y la fé de sus amigos. Así, pues, apresurarouse á observar la costumbre general de enterrar los instrumentos de la pasion con la esperanza de que, de este modo, lograrian tambien que hasta el lugar de la crucifixion se borrarase de la memoria y del corazon de los cristianos. Y para conseguirlo con mayor seguridad, sobre todo el Golgota esparcieron no pocos escombros, piedras y tierra para que, así, todo el suelo igualado, ni huella siquiera quedara de los sucesos allá cumplidos ni de los tesoros allá escondidos.

Mas puesto que la piedad de los fieles, ya eludiendo la vigilancia de sus enemigos, ya arrojando todo peligro, frustrara el plan indicado y continuaran los cristianos á venerar aquellos santos lugares, los paganos, ya dueños absolutos de ellos, concibieron el proyecto satánico de levantar en aquella tierra sagrada un templo dedicado á Venus, y erigir en él, ademas de la estatua dedicada á la impúdica diosa, otra al rey de los dioses Júpiter, tonante. (b)

No podíase haber inventado medio mas eficaz para alejar á los cristianos de aquellos objetos y sitios tan venerados y queridos. Bajo los mas

(b) En tiempo de Nuestro Señor, Roma tenia ya un inmenso poder en la Palestina donde reinaba un rey por gracia del imperio romano y en donde la justicia administrabase en nombre del Cesar. Pero 70 años despues, pasó de un todo bajo el dominio esclusivo de dicho imperio. Destruido el templo por las armas de Tito y Adriano, el arado surcó todos los sitios consagrados, para que así pesase sobre de ellos un perpetuo entredicho; Jerusalem quedó yerma, y el espacio vacio de la ciudad inferior poblóse con edificios públicos y privados de la colonia eliana (llamada así de su fundador Elio Adriano) y que ocupaban la colina del Calvario. Los santos lugares fueron profanados con monumentos de idolatria. Veanse Rufino Aquil, lib. IX Hist. Eccl.— Socr. Hist. Eccl. lib. 1. cap. 17.— Hieronym. tom 1, que narran las referidas vicisitudes de la Cruz.

(a) Matt. XXVII. 62-66.

severos anatemas su religion les prohibia toda participacion en asuntos religiosos con los idólatras, y la mayor de todas era la de ofrecer oraciones en templos dedicados á falsos dioses.

Tenidos, pues, los fieles tan lejos de la Cruz del Señor, no es extraño se debilitaran los primeros recuerdos y, alterándose las tradiciones primitivas de tan preciosa reliquia, hubiera nacido esa obscuridad que hoy es causa de tanta duda y de tanta incertidumbre.

Otras causas tambien contribuyeron á que estas dudas se aumentasen de tal manera, que en el dia pocas esperanzas hay de que se consiga un completo esclarecimiento.

Hase observado por los arqueólogos que, en la infinita variedad de monumentos sagrados pertenecientes á los primeros cuatro siglos que han llegado á nosotros, jamás se encuentra ni la efigie de Jesus crucificado ni siquiera la sola cruz. Es imposible suponer sea pura casualidad que en los innumerables vidrios, bronces, mármoles, lucernas, copas, camafeos, inscripciones, grafitos y sepulcros cristianos descubiertos desde el Bosio hasta el P. Marchi y el doctísimo Rossi (a) ni siquiera una sola vez se vea un crucifijo ya en relieve ó ya pintado, ni tampoco una cruz entera, desnuda ó como monumento aislado ó objeto de piadosa veneracion y culto. La única forma, en que se vé la cruz (el crucifijo nunca) es escondida en cierto modo bajo diferentes figuras de monogramas, de los cuales hablaremos en adelante, y á lo mas como adorno secundario. Digno, tambien, de nota es, que en ninguno de los antiguos padres ni en los escritos eclesiásticos de los primeros siglos se haga mencion, ni siquiera alusion alguna, ni de cruces ni de crucifijos.

¿ Cuales, pues, fueron las causas de que los cristianos, tan fervorosos y tan amantes del Redentor, no poseyeran es-

tos venerables monumentos que tan gráficamente espresaban los principales misterios de la redencion y que tan idóneos son para escitar la devocion y aumentar la piedad?

Dos, á mi entender, fueron las principales: 1.ª la de facilitar, en cuanto les fuera posible, la conversion de los paganos y de los hebreos, y la confirmacion y la consolidacion en la fé á los catecúmenos; 2.ª la de quitar todo argumento para no ser, sin necesidad alguna, descubiertos como cristianos, alejando así el peligro de ser perseguidos y acaso martirizados.

El mismo S. Pablo decia, que la cruz era escándalo para los judios y locura para los paganos. Desgraciadamente entonces con harta frecuencia en todas partes véanse los mayores malvados y los malhechores y salteadores clavados en cruz; lo que considerábase la mayor de las ignominias. La vista sola de este instrumento de tortura inspiraba el mas hondo horror y la mas viva repugnancia, y si los cristianos la hubieran espuesto públicamente, hubieran escitado la mofa, el desprecio y las iras de judios y paganos, hubiéranlos irritado siempre mas y no rara vez hubieran desconcertado á ciertas almas menos enconadas y con mejores sentimientos, pero todavia con preocupaciones y no aun dispuestas á digerir un alimento demasiado sustancioso para estómagos estragados por tantos errores y vicios. Por lo que fué prudente consejo, inspirado por la mas pura caridad, él de no presentar á aquellos espíritus enfermos y débiles ni el crucifijo, ni la cruz en su austeridad desnuda. Habia tambien otra consideracion.

Tristísimos sobremanera fueron los albores del cristianismo. La espada de la persecucion estaba perpetuamente suspendida sobre la Iglesia entera y sobre cada uno de los fieles. La mas pequeña imprudencia arrastraba á estos á los tribunales y de ahí al patíbulo. Una rígida vigilancia espiala los actos mas indiferentes y las espresiones mas inocentes para descubrir á los sospechosos y el mas ligero indicio—á veces un simple pretesto—

(a) En los museos cristianos del Vaticano, del Laterano y del colegio romano de la ciudad eterna consérvanse muchos y muchos millares de estos objetos.

era suficiente para obligarlos á apostatar de la fé ó á renegar de ella. Escusado es decir que, si se negaban ó rehusaban ofrecer incienso á los falsos dioses, sujetábanse á los mas horribles tormentos.

Tan críticas circunstancias exigian una prudencia esquisita. Era preciso evitar toda palabra, todo escrito, todo gesto ú objeto que pudiera dar márgen á ser creído cristiano; y nada hubiera sido tan arriesgado como conservar en su aposento, ó llevar encima, la imagen del Redentor crucificado ó hasta la sola cruz; porque siendo esta la figura y el símbolo del cristiano y que, como tal, le caracteriza y lo distingue de todo otro creyente, él que se hallara poseerla sería, por eso solo, considerado como reo convicto.

Apesar de las grandes cautelas usadas por los cristianos, no les fué posible mantener el secreto con tanta fidelidad que los paganos no llegaran, si bien de una manera vaga y confusa, á enterarse de la muerte de Jesucristo sobre la Cruz, y de la veneracion en que los cristianos tenian á este suplicio. Asi leemos con frecuencia en las actas de los mártires, que los inhumanos proconsules y gobernadores de provincias reprochaban á sus inocentes víctimas que adorasen á un hombre que á causa de sus delitos habia espirado en la cruz; (a) asi mismo imputabanles adorasen como cosa divina á la cruz que no era mas que instrumento ignominioso de muerte. (b) A su vez, los cristianos contestábanles con las palabras referidas en otra circunstancia “nosotros ni tributamos culto, ni adoramos á la cruz,” entendiendo del género de culto y de adoracion que los paganos tributaban á sus ídolos.

He ahí porque en los cuatro primeros siglos se abstenerian los fieles del culto del crucifijo y hasta de la cruz.

(a) Véanse actas SS. Martyrum Luciani, Nicephori, Theodoti, et alibi passim.

(b) Véase Octavio apud Minucium Felicem, Tertuliano in apolog. c. 1. Ruinart op. cit. acta SS. Claudii, etc.

No era ciertamente descuido ó falta de piedad. Era medida prudentísima que reclamaban las circunstancias difíciles y azarosas por que atravesaba entonces la Iglesia. Por lo demas, no era esto solo lo que fué preciso cubrir de un santo velo á los ojos de aquellos cuyas débiles pupilas no podian sufrir el fulgor que despiden los inefalibles misterios de nuestra santa Religion. Basta aqui decir, que en este número contábanse los misterios de la SSma. Trinidad y de la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en el Santo Sacramento. Sabian muy bien los primitivos cristianos el precepto de su maestro de *predicar sobre los tejados lo que El les habia dicho al oido* (c); pero sabian, tambien, que el mismo maestro les habia inculcado *asociaran á la inocencia de la paloma la prudencia de la serpiente* (d). Asi es que adoptaron el prudente consejo de no comunicar toda de una vez la luz que á torrentes descendia del Tabor y que sus tiernas pupilas no podian recibir. De aqui la disciplina *del arcano*, tan célebre en los cuatro primeros siglos, que consistia en tener oculto á los idólatras esos misterios altísimos y reconditos que, en abierta oposicion á todas sus preocupaciones, los hubiera siempre mas apartado del cristianismo, obstinandolos en sus increíbles absurdos. Poco á poco, y á medida de sus disposiciones, comunicaban á los neófitos la doctrina entera del evangelio.

Las vicisitudes que hemos referido de la Cruz del Señor en los primeros cuatro siglos esplican, porque no ha llegado á nosotros el conocimiento exacto de la forma del instrumento en que fuimos redimidos, de sus dimensiones y de los otros detalles que, por pequeños que fuesen, tienen siempre para los cristianos un interés altísimo.

Enterrado el madero santo de la Cruz, sin señal ni huella del sitio donde habia sido escondido, y prohibido por los mismos cristianos su culto externo—culto que paganos y hebreos perseguian con saña feroz,—no es de

(c) Matt, X. 27.

(d) Matt, X. 16.

estrañar que en aquellos tiempos cuando no se conocia la imprenta y eran raros y sumamente costosos los manuscritos y escasas, difíciles y peligrosas las comunicaciones de los fieles, se debilitaran los recuerdos acerca de la misma recibidos de los mayores y que, alterandose poco á poco las primitivas tradiciones, hubieran nacido esas dudas sobre puntos interesantísimos que ni los recientes descubrimientos ni la crítica moderna han logrado aclarar.

Otra circunstancia, creo, ha contribuido á esta incertidumbre. No pudiendo dar culto ni á nuestro Señor crucificado ni á la Cruz, los cristianos en tiempo de persecucion acudieron al uso de símbolos que recordaran á los fieles al maestro divino y á monogramas que les representaran á la Cruz y por ellas al Salvador, pero de tal manera que de ello no se apercehiran los paganos. De aquellos y estos hablaré en el capítulo siguiente; aquí me ceñiré á decir que los monogramas no eran mas que la cruz en cierto modo disfrazada y, como quiera que esto se hiciera de diferentes maneras, era fácil naciera en los animos de los fieles una grave variedad de formas de cruz. De aquí, que los escritores mismos, unos la describieran de un modo y otros de otro segun los monogramas que habian visto con mayor frecuencia; y de esta discrepancia entre los padres, escritos y monumentos de la antigüedad ha dimanado esa incertidumbre que hoy existe acerca de la verdadera forma de la Cruz en que espiró el Salvador del género humano.

No ignoro, que esta incertidumbre pudo disiparse, cuando en el cuarto siglo la piadosa madre de Constantino descubrió la Cruz. Pero por varias dolorosas circunstancias no se aprovechó tan propicia coyuntura para aclarar las dudas mencionadas.

En primer lugar, hay que recordar que los enemigos de Jesus, al enterrar la Cruz en que habianle dado la muerte, preveyendo el caso de que un día los cristianos lograran descubrir y sacar á luz un objeto tan venerado por ellos, pusieron un maligno cuida-

do en sepultarla de manera que, hallada, no hubiera sido fácil reconocerla. Con ese objeto enterraronla confundida con las de los dos ladrones, y es, tambien, sobremanera probable despegáran todos los pedazos de las tres cruces y, juntos y mezclados, los colocaran en el mismo hoyo. Estos cálculos no fueron infundados. Cuatrocientos años despues, descubierto el sitio de la crucifixion, Helena no pudiendo distinguir la cruz del Salvador de las de los ladrones, acudió al venerable y santo obispo de Jerusalem, Macario. Este, despues de ofrecidas fervorosas preces, aceró varios de los maderos á una infeliz agonizante, cuando, al aproximarse uno de ellos, repentina y milagrosamente la moribunda adquirió la salud.

La piadosa emperatriz, rebosando de alegría por haber alcanzado realizar lo que habia sido el anhelo mas ardiente de su vida, no perdió tiempo, y sin conservar la efigie de la Cruz ni fijar su forma ó dimensiones, se apresuró á enviar un pedazo de la misma al sumo Pontífice en Roma, otro á su hijo en Constantinopla, mientras guardó el tercero en Jerusalem. Esta piadosa distribucion fué un primer obstáculo que impidió mas tarde determinar la figura y demás detalles de la Cruz. Otra circunstancia vino á quitar toda esperanza de aclarar estos puntos. Apenas se conoció en la cristiandad el grande hallazgo y la distribucion hecha por Helena, de todas partes del mundo acudian los fieles á pedir fragmentos del santo madero. Es imposible formarse una idea adecuada de la devocion que en aquella época se despertó para poseer una reliquia de la santa Cruz. San Gerónimo, San Cirilo, y casi todos los padres del IV y V siglo dicen, que de todo el mundo la solicitaban con increíble afan y que, concediéndola á todos, no por eso disminuía el santo madero. Mas este milagro, que convenia en los primeros tiempos de la invencion para satisfacer la piedad ardentísima de los fieles, cesó mas tarde, y hoy, de la porcion enviada á Roma queda solo un pedazo de apenas pié y medio de largo, con dos pulgadas

y media de grueso. (a)

Dividida la Cruz en millones de segmentos, ya no queda modo de averiguar, con firmeza y argumentos inconcusos, su forma verdadera; todo se reduce á conjeturas mas ó menos fundadas. Sobre esto, los arqueólogos sagrados están divididos, teniendo sus defensores cada una de las formas de cruces usadas por los antiguos, especificadas en el § anterior. Las formas *simplex* y *decussata* tienen escasos partidarios y de poca autoridad. El docto Paciandio en su erudito escrito sobre las cruces antiguas, y otros han sostenido que nuestro Señor hubiera sido crucificado en la *bífida*, fundándose en que dicha forma, mas que ninguna otra, era la usada por los antiguos romanos y griegos, y en que en la misma, mas que en las otras, se cumplian las palabras del Redentor— “*que el Hijo del hombre no tendria donde reclinar la cabeza;*” interpretacion que, segun el citado escritor, es comun á no pocos autores de mucha piedad. Mayor es el número de los que están por la *commissa* que tiene la forma de la letra griega T que es la misma en los alfabetos samaritano, etrusco y latino y de las lenguas modernas. Sostuvieron esta opinion Baronio, Huet, Rainaud, Gretsero, Lipsio, Bosio y, con mayor valor que los demas, el célebre Ludovico Muratori (b). Las razones que alegan en su favor, son 1.º que la señal T que el Señor ordenó faese impresa en la frente de los que gemian por las abominaciones de Jerusalem; (c) era simbolo y figura de la Cruz en que el Salvador debió morir; señal y figura que en el dia del juicio final llevarán en la frente los señalados de las tribus de Israel (d).

2. Que san Paulino de Nola (e)

(a) La detallada narracion de todos estos sucesos formarán el asunto del II libro dedicado á la Invencion de la santa Cruz.

(b) In Anecd. Dissert. XXI

(c) Ezech. IX. 4. 6.

(d) Apoc. VII. 3.

(e) Ep. 2 ad Sulp. Sev.

san Agustin (f) Tertuliano (g) y otros padres sostienen que la Cruz del Salvador tenia la forma de la letra T.

3. Que algunas veces se vé en monumentos cristianos de la mas remota antigüedad, como fué observado por el Boldetti (h)

Muchos y graves son los autores que siguen esta opinion, y de no poco peso son las razones por ellos alegadas.

Sin embargo, otros autores en número y en autoridad, si no mayor, por lo menos igual, y á mi entender con argumentos mas sólidos, son de parecer que la *immissa* fué la Cruz del Señor. He aqui las principales pruebas.

1. Justino, Minucio Félix, san Gerónimo, san Máximo de Turin, y hasta el mismo Tertuliano y otros muchos padres y escritores eclesiasticos, citados por Justo Lipsio (i) han creido ver la cruz en todas ó, á lo menos, en la mayor parte de las obras del Criador y en objetos que tienen evidentemente la forma de nuestra moderna cruz. Viéronla en la interseccion del Meridiano y del Ecuador, en el pájaro volando, en el hombre que nada, en el palo de buque con su entena cruzada y en otros muchos objetos, cuya semejanza con las cruces modernas salta á los ojos. Tertuliano mismo, que habia dicho (j) que “la letra griega tau, y la letra T eran una especie de cruz,” comparó en otros lugares la Cruz á Moisés, cuando en lo alto de la montaña estendió sus brazos para suplicar al Señor concediera á los Hebreos la victoria en la batalla empeñada con los Amalecitas. En esta actitud, Moisés formaba ciertamente la figura de la cruz, cuyo uso es hoy general.

2. Si bien en algunos monumentos antiguos de los cristianos, veíase la cruz dibujada con la letra T, sin embargo, es incomparablemente mayor

(f) Serm. I de temp. post pass. Dom.

(g) Lib. I adv. Marc.

(h) Observ. ad Coem. Urbis, Part. 1. l. 1. c. XIX.

(i) De cruce lib. I. camp. 9.

(j) Loc. cit.

el número de veces que se encuentra con la forma presente. Carlos Arrighi (a) Bottari (b) y el dominico Mamachi (c) describen no pocos sarcófagos, lucernas y vidrios en que está grabada, insculpida ó trazada la cruz nuestra. Otra prueba evidentiísima son los monogramas del nombre de Cristo. Estos eran de varias clases, como espondré al tratar de ellos en el siguiente párrafo. Mas quien los observe atentamente no podrá á menos de ver en todos, ya de un modo ya de otro, la figura actual de la cruz. La cruz *commissa* ó sea T es sobremanera rara en esta clase de monumentos, que todos son anteriores al cuarto siglo. En este fué descubierto el madero santo y la cruz mas antigua que hasta la fecha se conozca es la publicada por el célebre anticuario de Rossi, en su Boletín de antigüedades. Según este preclaro arqueólogo, la cruz encolpio mencionada, de pequeñas dimensiones, es hechura del quinto siglo, y en cuanto á la forma en nada se diferencia de la nuestra. De la misma forma es también la cruz encolpio que hallé en Corfú en 1854, la mas antigua conocida que lleva grabada la imagen del Redentor. En mi entender perteneció al septimo siglo.

3. Por último, considero argumento de mucho valor en favor de esta opinion, que la sagrada liturgia, cuyo origen es antiquísimo, haya adoptado en todos sus ritos y ceremonias la cruz en la forma que hoy es universal en la Iglesia y que se usaba en la sinagoga antes de Nuestro Señor, y que todo hace creer, imitaron los apóstoles y los primitivos cristianos y la Iglesia conservó intacta hasta nosotros.

En el templo de Jerusalem elevaba el sacerdote la hostia del sacrificio, bajaba despues, y en seguida la llevaba de Oriente á Occidente. El sacerdote cristiano, conservando la figura, no ha hecho mas que asociar, á la señal de

la cruz, las palabras augustas que forman el compendio de todo el cristianismo. Haciendo la señal de la cruz *inmissa* se confiere el santo bautismo; se santigua el creyente; absuelve el sacerdote; bendicen el celebrante, el obispo y hasta el mismo Vicario de Jesucristo. No hay rito, ni ceremonia, ni oracion que la Iglesia no santifique con la cruz en la forma que hoy todos conocemos.

Para; mi este argumento no tiene réplica. A todo raciocinio crítico antepongo la tradicion de la Iglesia, especialmente cuando dicha tradicion se estiende á todos los sitios y á todas las edades, como sucede en el presente caso.

Cerraré este párrafo con algunos detalles de no poco interés sobre la Cruz misma. Según el Jesuita Luis de la Palma (d) la Cruz del Señor tenía quince piés de alto, y el madero que atravesaba ocho. Ignoro sobre qué autoridad funde el citado escritor su opinion. Sumamente probable pareceme lo que él mismo afirma, que era de madera tosca, no labrada ni acepillada y en nada diferente de las cruces de los ladrones; pues, cuando la halló la reina sta. Elena, fué menester un milagro para distinguirla de ellas.

Asimismo considero de la mayor probabilidad, tuviese la Cruz del Salvador la tabla *subpedanea* que era general en todas las cruces de los antiguos; no solo porque esta tabla se vé en todos los crucifijos mas antiguos, pero tambien porque no se concibe facilmente como, sin ella, el cuerpo del Redentor hubiera podido mantenerse colgado á la Cruz por tres horas, habiendo sido necesario que, en la noche de aquel dia, José de Arimatea le quitase de la misma ya cadaver de muchas horas.

Sobre la calidad de la madera reina, tambien, mucha incertidumbre y grande variedad de pareceres. Justo Lipsio creyó fuera de roble, fundándose en que tal habia parecido á personas respetables, que él no cita, algunos fragmentos del madero

(a) Roma subterranea.

(b) Delle pitture e sculture estratte dai Cimiterj di Roma.

(c) Autiq. Christ. lib. III.

(d) Hist. de la S. Pasion, pag. 237, edic. de Cadiz.

santo qua hoy existen; en que era una madera, y aun lo es, muy comun en Judea; y en que es madera muy dura y buena para el uso de clavos (a). Del parecer suyo fueron Alfonso Chacon (b) y José Lorenzo (c). Mas el docto Gretsero lo niega y, fundándose en el dicho del venerable Beda, cree que la Cruz del Señor fuere compuesta de cuatro diferentes maderas, á saber, ciprés, cedro, pino y boje. "Mas de esta no hubo en la Cruz mas que la tabla que estaba colocada sobre la cabeza de Cristo" y en la que los Judios escribieron el "título; de ciprés era desde el suelo hasta la tabla; de cedro el palo de través; y de pino la parte de atrás." (d) Esto mismo dijeron s. Juan Crisostomo y otros muchos, si bien á veces haya entre ellos alguna variedad, mas sobre el sitio donde estaban colocadas, que sobre las mismas maderas. En una cosa, sin embargo, convienen todos los escritores antiguos, y es en que la Cruz no fuera compuesta de materia innoble ó vil. (e)

Tampoco sobre el número de los clavos con que fué crucificado el Salvador están conformes los autores. La mayor parte sostiene fueron cuatro y no tres; porque así se vé en las mas antiguas pinturas y esculturas, y por-

(a) Lib. III de cruce, cap. XIII.

(b) de lignis Crucis, cap. L.

(c) De tormentis, cap. VII.

(d) Beda III in collectaneis de cruce Domini.

(e) S. Gregorio Niseno, orat. de S. Baptismo, p. 459.

que de haber sido solo tres, hubiera habido precision de que uno solo atravesára ambos piés, puesto uno sobre otro; operacion sobremanera diffeil y que, desgarrando los piés, hubiera hecho imposible fijarlos al madero. No ignoro que san Gregorio Nacianceno creyó fueron tres "*Nudum triclavi repositum ligno auferens*" (f).

Sin embargo, es indudable que la emperatriz Helena con la Cruz halló tambien los clavos; que dos de ellos envió al hijo (g) y otro, segun refiere S. Gregorio de Tours (h), fué arrojado por la mencionada princesa en el mar Adriático hallándose en peligro de naufragar; con lo que calmóse la tempestad. Por último, el cuarto conservase con grande veneracion en Roma en la iglesia de la S. Cruz, donde fué enviado por la emperatriz con el pedazo del madero que ya he referido.

(f) De Christo paciente.

(g) No cabe duda que por lo menos dos fueron los clavos enviados á Constantino y que segun los deseos de la madre colocó, uno en el freno de su caballo para usarlo durante las batallas, y otro en el yelmo ó diadema para atraer sobre si las bendiciones de Dios. Esto lo refieren los escritores todos contemporáneos ó casi contemporaneos como son Rufino Aquil. (lib. IX Hist.-Eccl. lib. I.), Teodoreto, (Hist.-Eccl. lib. I. cap. 17.), S. Ambrosio, (*de obitu Theodori*.) Socrates, (H. E. lib. 1 c. 17.), Sozomeno y todos los mas antiguos que refieren la iuvencion de la S. Cruz.

(h) Lib. I de gloria martyrum, c. 6.

§ III.

De las figuras simbolicas de Cristo Crucificado y de su monograma
entre los primitivos Cristianos.

Si por las altísimas razones que he alegado, estaba prohibido entre los primitivos cristianos dar culto y hasta conservar en sus viviendas y llevar encima la imágen de Jesus crucificado y la misma cruz, no por eso dejaba el Redentor de ser, para aquellos fervorosos fieles, el centro de toda su fé, el fin de todas sus esperanzas y el objeto de todo su amor. No pudiendo venerarlo en la actitud en que se hallaba cuando exhaló en el Golgota su alma santísima, hacianlo bajo ciertos emblemas ó figuras simbolicas, que admirablemente bosquejaban los misterios principales de su vida, pasion y muerte. Sacaban estos símbolos de personajes y sucesos del viejo y nuevo testamento, y para grabarlos mas hondamente en la memoria y en el corazon como para encenderse en el amor de las cosas divinas y confirmarse asi siempre mas en la fé, representábanlos en esculturas y pinturas bajo una increíble variedad de maneras. Como testimonio de la religion y de la piedad de nuestros mayores, la Providencia ha querido llegarán intactos hasta nosotros innumerables de estos símbolos en afrescos, vidrios, inscripciones, esculturas, lámparas, sarcofagos y bajos relieves estraidos en su mayor parte de las catacumbas de Roma. He tenido la suerte de estudiar no pocas de estas preciosas reliquias, y los siguientes son los símbolos que con mayor frecuencia ocurren.

Antiguo Testamento :—

1. Representaban á nuestros primeros progenitores, desnudos, y á pié de un árbol en cuyo tronco veíase enroscada la astuta serpiente, con el objeto de recordar la origen, caída y regeneracion del género humano, redimido por el Hijo de Dios.

2. Para llamar á la memoria á Je-

sus muerto por sus hermanos, servianse de la efigie de Abel, muerto por Cain.

3. Noé en el arca nadando sobre las olas, indicaba el naufragio del género humano que solo se salva en el arca de la Iglesia fundada por Jesucristo.

4. El sacrificio de Isaac por Abraham era el símbolo del sacrificio de Jesus por disposicion de su Eterno Padre.

5. Asi mismo el patriarca José, vendido por sus hermanos, tenia por objeto figurar al Salvador vendido por Judas y por los falsos cristianos.

6. Para significar que Jesus era el supremo legislador, representaban á Moisés en el monte Horeb con el semblante inflamado, ó en el Sinai con las tablas de la ley.

7. Para alentar á los fieles en las persecuciones, se les ponía debajo de los ojos á los ejércitos de Faraon anegados en el mar rojo por perseguir al pueblo de Israel.

8. Pintaban á Sanson arrancando las puertas de la ciudad de Gaza, cual simbolo de Jesus arrancando las del inferno y abriendo las del cielo á los SS. Padres que esperaban su santo advenimiento.

9. Job recostado en un lecho de dolores era la figura de los sufrimientos del Hijo de Dios.

10. Con mucha frecuencia y de diferentes maneras se encuentra la efigie de Tobias con el pez en los antiguos monumentos cristianos. El pescado, con cuya virtud habia espulsado el espíritu maligno del cuerpo de Sara y habíase devuelto la vista á su marido, representaba á Jesus, imperando á los demonios, iluminando á las gentes y dandoles sanidad.

11. Daniel que sale ileso del lago de los leones, simbolo que tambien repitese muy á menudo, espresa á Je-

sus saliendo incolmne del sepulcro y triunfante de sus enemigos.

12. Eso mismo significaba Jona saliendo del vientre del pez.

Todos estos símbolos estaban continuamente bajo los ojos y entre las manos de los cristianos. No hay catacumba en cuyos afrescos no se observen todos ó casi todos, especialmente en los oratorios ó capillas donde se reunian los fieles á ofrecer sus oraciones. Mas tambien se ven en un número muy considerable de sarcofagos, vidrios y otros objetos que se conservan en los museos cristianos del Vaticano y de San Juan Letran (a). Con estos símbolos al mismo tiempo que satisfacian los fieles á su piedad y devoción hacia el Redentor, consultaban tambien á su propia seguridad, pues en caso de que hubiesen los paganos hallado alguno de estos objetos en posesion de los cristianos, nada adelantaban porque, ignorando el significado de aquellas figuras y lo que representaban, no podian de ahí sacar alguna prueba para demostrar eran cristianos los que la poseian.

Este doble fin propusieron los cristianos en el uso que hacian de las figuras simbólicas sacadas del nuevo testamento.

Quien estudie detenidamente las actas de los SS. mártires, especialmente las publicadas por el docto benedictino Ruinart, se sorprenderá de la ignorancia increíble de los paganos sobre la vida, milagros y doctrina del Salvador. Gracias á la disciplina del arcano y á la prudencia de los fieles, de El no tenian los gentiles mas que la idea vaga de que, cual malhechor insigne, hubiese espirado en una cruz, suplicio de todos el mas cruel y el mas ignominioso y que suponía un horrible delito. En todo lo demás, no conocian á Jesus mas que como al inexorable enemigo de sus dioses y de sus ídolos.

Confados en esta ignorancia, los primitivos cristianos representaban á nuestro Señor en casi todos los mas importantes misterios de su vida, y solo esmeradamente evitaban todo

lo que pudiese referirse á la Cruz y á la muerte en ella padecida.

Se equivocaria, quien de aquí infiriera que los fieles no fuesen cuidadosamente instruidos en todo lo concerniente á la pasion y muerte de nuestro Señor. Esa era la mision del catequista. El artista tenia otra. El arte cristiana, como ha observado oportunamente un sabio moderno (b), tropieza con una dificultad que, para el doctor que enseña, ó no existe ó puede facilmente desvanecerse. El pintor ó el escultor fija sus palabras; el maestro vé espirar la suya con el sonido que le acompaña: el artista espone su pensamiento á la vista de todos indistintamente; el predicador puede escoger su auditorio, modificar, abreviar, velar ó desarrollar su enseñanza á medida de las necesidades de los que le escuchan.

Así, pues, si el obispo ó el sacerdote encargado de instruir á los neofitos ó á los catecumenos, podia, observando ciertas reglas, explicar los terribles dramas de la pasion y de la Cruz, á hombres para quienes este lúgubre misterio era un escandalo ó una locura, hallábase el artista en una condicion menos favorable. Era, sin embargo, necesario, llenar su mision. Para alcanzar este objeto, se tomaban en consideracion todas las preocupaciones de los hebreos y de los paganos, y se echaba mano de símbolos y figuras bastante transparentes para dejar adivinar su pensamiento á los propios, pero al mismo tiempo bastante oscuras, para que nada vieran los ojos aun débiles de los neofitas, ó los enfermos de los paganos y judios.

Referidos los principales símbolos del Redentor crucificado sacados del antiguo testamento, espongamos ahora los derivados del nuevo.

En los monumentos cristianos de los primeros cuatro siglos, con mucha frecuencia obsérvase, sobre todo en los afrescos de las catacumbas, efigiado al Redentor mismo en sus principales misterios desde su nacimiento

(a) Vease Arrighi, Roma subterranea, Bottari, op. cit. Mamachi, &c.

(b) Gaume, "les trois Romes," Tom. IV. Hist. des catacombes, pag. 314.

hasta su pasion. Mas desde el momento en que se retiró en el Getsémani, ni siquiera un solo monumento nos representa alguno de los inefables acontecimientos de la Pasion. No sucede así con Su vida anterior: desde el pesebre en Belen, hasta la última cena, acaso no hay paso notable de la vida del Redentor que los primitivos cristianos no hayan fielmente reproducido. En la cuna; adorado por los reyes; disputando con los doctores; bautizado por San Juan; conversando con la Samaritana; curando la hemorroisa y resucitando á Lázaro; en todos estos sucesos se le vé efigiado con no poca frecuencia. Mas sobre de esto no me detendré; pues mi objeto no es referir la realidad, pero los símbolos; y de estos los que recuerdan la pasion y muerte del Salvador.

El principal, mas general, y acaso mas antiguo de todos era el monograma de Cristo bajo diferentes formas. No es posible dar un paso en alguna catacumba, sin leer una inscripcion cristiana, sobre todo de martir, ni visitar un museo cristiano, sin que salte á la vista este símbolo tan querido, tan venerado y que tan grandes recuerdos traia á la memoria de los fervorosos fieles. Colocandolo en los altares, grabandolo en las inscripciones y dibujandolo en todos los objetos del culto demostraban aquellos fieles, que esos monogramas, que le recordaban el gran misterio de la Cruz, eran el consuelo, la fuerza, la esperanza de la naciente Iglesia, la salud y la vida del mundo, la formula mas espresiva del *credo* cristiano. Asi es que, como nos lo asegura Tertuliano (a) y otros santos padres, los fieles de los primeros siglos no hacian la mas mínima accion sin trazar sobre sus frentes este signo adorable, y sin pronunciar ese nombre inefable, ante el cual "dóblase toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos." (b)

Este símbolo espresaba á la vez el nombre de Jesus y la Cruz en que habia sido crucificado. Las dos prime-

ras letras (X y P) sacadas del alfabeto griego, eran las iniciales del nombre de Cristo (XPICTOC); mientras la primera de ellas tenia la figura de la Cruz *decussata*, que, con ligera alteracion, convirtióse á veces en la *immissa*: el enlace de ambas era un medio ingeniosísimo para representar la crucifixion del Salvador; símbolo, cuyo significado no alcanzaban los paganos, y solo los cristianos comprendian.

Para dar una idea aun mas clara de los monogramas de Cristo, he trazado (c) en la adjunta litografia las formas que con mayor frecuencia ocurren en los monumentos de los tiempos apostólicos.

La antigüedad remotísima de este símbolo es indudable. No pretendo como algunos sostuvieron, (d) que el monograma de Cristo tuviere la misma forma que el signo *Tau* mencionado por Ezequiel (e) ó él que llevarán los elegidos de Dios, segun fué revelado á san Juan (f). Creo, ademas, no sea fácil probar, como pretendieron los autores aludidos, que Justino en su apologia (g) y Clemente Alejandrino (h) hablaron del monograma. Sin embargo, monumentos indudables demuestran que era ya general en tiempo no solo de Diocleciano, mas tambien de los Antoninos y de Adriano; de lo que debese inferir que, por lo menos, en los tiempos apostólicos era ya conocido.

Efectivamente, este monograma se vé insculpido en las piedras sepulcrales de los mártires, san Januario que

(c) Veanse los monogramas dibujados bajo los números II. III. IV. V. VI. VII. El número I representa la parte de la inscripcion JESUS NAZARENUS REX JUDÆORUM, sobre la cual hablaré en adelante.

(d) Casali, Bottari, Buonarrotti y otros citados por Mamachi antiqq. Christ. Tom. III p. 55.

(e) IX. 4. 6.

(f) Apoc. VII. 3.

(g) I. u. LX.

(h) VI. Stromateon.

(a) De corona Milit. c. III.

(b) Fil. II 10.

padeció bajo el emperador Alejandro Severo; s. Cayo, Papa, bajo Diocleciano; san Alejandro bajo Antonino, y san Mario bajo Adriano, es decir, en los primeros años del segundo siglo.

Memorable es la inscripción de este último martir, que por ser la mas antigua de las conocidas que lleva grabado el monograma de Cristo, aqui la traslado,—

TEMPORE ADRIANI IMPERATORIS
MARIUS ADOLESCENS DUX
MILITUM QUI SATIS VIXIT
DUM VITAM PRO CHO CUM
SANGUINE CONSUNSI, IN PA-
CE TANDEM QUIEVIT, BENE-
MERENTES CUM LACRIMIS
POSUERUNT I. D. VI (a)

Varios, como he dicho, eran las formas del monograma. La mas comun era la que tenia la figura número II y III de la litografía. No lo era tanto la del número IV que ya lleva la Cruz *immissa*. Muchos son los ejemplos de la del número V, que representa la cruz *decussata*, teniendo el *alfa* griego á su derecha, y la *omega* á la izquierda.

La razon de estas letras, primera y última del alfabeto griego, es clara, pues indudablemente se refieren á la voz que oyó en Patmos el apostol san Juan, "Yo soy el Alpha y la Oméga, el principio y el fin dice el Señor Dios: que es y que será y que ha de venir, el Todopoderoso" (b):

(a) En tiempo del emperador Adriano, Mario, gefe de los soldados que, siendo jóven, vivió largo tiempo, habiendo concluido su vida derramando su sangre por Cristo, finalmente descansó en paz. Los que de él habian bien merecido pusieronle este monumento. Las últimas cuatro iniciales acaso han de leerse IN DEO VIVE. Véase Mamachi, *Antiqq. Christ.* Tom. I. p. 430 y Tom. III p. 54.—Aringhi, lib. III *Roma subterranea*, Cap. XXI.—Mabillone, *Itin. Ital.* pag. 135.—Boldetti, lib. I. c. 59 sopra i cimiterj.

(b) Apoc. I. 8.—XXI. 6.—XXII. 13.

palabras á las que aludio Prudencio (c) cuando cantó.—

"*Llámase alfa y oméga el principio y fin de todas las cosas que son, fueron y serán.*"

En algunos monumentos cristianos, sobre todo en lucernas, se halla el monograma de Cristo adornado con joyas y piedras preciosas. Pero dudan entre los arqueologos de la época á que pertenecen. Los mas autorizados, que tambien son mayores en número, opinan sean posteriores al tiempo de las persecuciones. A mi entender, la Cruz que apareció en el cielo á Constantino, cuando, pasados los Alpes, entraba en Italia, tenia la forma del monograma. Es así que desde la victoria sobre Maxencio el monograma embellecido de mil maneras ó rodeado de coronas de laurel y mirto se repite á cada instante, no solo en los fachadas de los templos, sobre los altares y en los objetos sagrados, pero se vé con edificante frecuencia en los anillos, amuletos, escudos, coronas de soldados, collares de los esclavos, en las monedas imperiales y en las inscripciones y edificios públicos; hasta en los sellos privados y en las cartas familiares, en señal de honra y en testimonio de piedad, trazabase por los fieles el monograma.

2. Despues de este, el emblema ó simbolo mas general entre los cristianos era el del pescado, ó él de su nombre griego IXCVX. Lo mismo que el monograma, el pescado se encuentra en un crecido número de *cubicula* (d) sobre los sarcofagos, lucernas, anillos, vidrios y otros monumentos.

S. Agustin dice, "con este nombre se entiende misticamente á Cristo." (e) San Prospero "Por esta palabra nues-

(c) Hymn. IX *Cathemer.*

(d) Llamabanse así ciertos cuartitos de pocos piés de ancho, largo y alto de las catacumbas, donde se reunian los cristianos para ofrecer el santo sacrificio y sus oraciones; en una palabra, las primeras capillas ó oratorios.

(e) De civit. Dei, lib. XVIII,

“tros mayores significaban á *Jesus Cris-
to, Hijo de Dios, Salvador.*” (a)

Y antes de estos Optato milevitano
había dejado escrito “que la voz
griega IXCVCO significaba en la-
tín *Jesus Christus Dei filius Salva-
tor.*” (b)

La razón porque la voz indicada ob-
tuvo el significado referido es eviden-
te. Tomense separadamente las letras
de que se compone la voz griega de
pescado, y veráse que son las prime-
ras de las palabras *Jesus Christus
Dei filius Salvator, Jesus Cristo,
Hijo de Dios, Salvador.*”

De aquí, que los cristianos llama-
banse también *pisciculi*, es decir, pe-
queños pescados. Finalmente, ¿nues-
tro Señor no había constituido á sus
apóstoles “*pescadores de hombres*”? (c)
¿Y como los peces se enjendran en
las aguas, los cristianos no se enjen-
dran á la vida de gracia en las del
santo bautismo?

3. Otra de las figuras simbólicas
con la cual proponíanse los primitivos
fieles tributar culto al sacrificio del
Golgota, era la del Cordero immacu-
lado, colocado de pié sobre un monte,
ó muerto sobre un altar. Alguna que
otra vez lleva una cruz que descansa
en el hombro del cordero.

Al adoptar este simbolo, los cristia-
nos tuvieron en vista la profecía de
Isaias acerca de la pasión del Reden-
tor. “Envía, señor, el Cordero domi-
nador de la tierra, de la piedra del
“desierto al monte de la hija de Sion”
(d) y “angustiado él y afligido, no
“abrió su boca: como oveja será lle-
“vado al matadero; y como cordero
“delante del que lo trasquila, enmu-
“decerá y no abrirá su boca” (e);
profecía, cuya realización reconoció
san Juan Bautista, cuando, al vér á
Jesus: por primera vez, exclamó, “he
“aquí el Cordero de Dios, he aquí El
“que quita el pecado del mundo” (f);

confesion que repitió el eunuco etio-
pico de la reina de Candaces (g). No
es, pues, de extrañar, que los ss. Pedro
(h) y Pablo (i) en sus epístolas y san
Juan en su Apocalipsis (j) dén á
nuestro Señor el nombre de *cordero*,
nombre y simbolo que se ha conserva-
do perpetuamente entre los fieles, y
que ambos venera hoy la Iglesia.

Mas hay una tierna circunstancia
que no puede pasar desapercibida y
es, que la mayor parte de las copas ó
vasos sagrados de que hacian uso los
primitivos cristianos en las cenas, lle-
vaban siempre la imagen del cordero,
para que les recordára á Cristo muer-
to en Cruz por redimir y salvar al
género humano. Hay mas. El Ca-
salio cita un monumento que admira-
blemente prueba, designaba el cordero
fijamente á nuestro Señor crucifera-
do. En dicho monumento se mues-
tra el cordero en pié, sobre de un
monte, á cuyas faldas corren cuatro
rios, que representan á los cuatro
evangelios: en el pecho tiene el cordero
una herida de la cual brota un chorro
de sangre que recoge una copa en for-
ma de caliz (k). Sin duda Inocencio
III tenia esto en vista, cuando, en
su obra sobre los misterios de la misa
escribió (l) “No solo nos lavó Cristo
“de nuestros pecados, cuando derra-
“ró Su sangre en el patíbulo de la
“cruz; pero diariamente nos lava de
“nuestros pecados en Su sangre,
“cuando la recibimos en la copa del
“caliz.”

Ademas de los referidos, veneraban
los antiguos cristianos al Redentor en
otros símbolos, como eran en el libro
de los evangelios, en el Señor senta-
do sobre el monte, á cuyo pié corrian
cuatro rios; en el buen Pastor llevan-
do la oveja descarriada sobre los hom-
bros; en la paloma, para denotar la
inocencia de Jesus; en el buey, como

(a) lib. II c. XIII.

(b) lib. III contr. Parmenianum.

(c) Mat. IV. 19—Marc. I. 17.

(d) XVI. 1.

(e) LIII. 7.

(f) Jo. 1-29.

(g) Hechos de los App. VIII. 37.

(h) I Ep. I. 18-19.

(i) I Cor. V. 7.

(j) c. V. 6.

(k) De sacr. christianor. ritibus,
cap. II.

(l) lib. IV. c. c 44.

víctima inmolada; en el pavo real, emblema de su resurrección; en el gallo, modelo de vigilancia y así en muchos otros símbolos sacados de árboles y plantas. Mas sobre de ellos no me defenderé, no solamente porque los arriba citados son los más comunes, pero también porque los otros no eran

exclusivos símbolos de la pasión y muerte, como lo eran el monograma, el pescado y el cordero. Los demás usábanse muchas veces para representar otros misterios de la vida de nuestro Señor, los sacramentos y ciertas virtudes cristianas, y otros asuntos ajenos de mi objeto.

§ IV.

DEL TÍTULO DE LA SANTA CRUZ.

Al disponer Poncio Pilato que sobre la Cruz se inscribiera el título declarando la razón porque se llevaba al Señor al último suplicio, el gobernador romano de la Judea no hacía más que seguir la costumbre inveterada de los antiguos.

El lector recordará las palabras de Dion (§ L.) hablando del esclavo crucificado por órden de su amo. De casi idénticas expresiones se sirve Suetonio al narrar la pena capital infligida al criado del epulón que había robado ciertas láminas de plata. "Precediatis", dice. (a) "el título que indicaba la causa de la muerte cuando fué pasado por el colegio de los epulones (b). Laercio también menciona la tablilla en que se grababan los nombres de los ajusticiados (c). Por último, refiere Marcial que, al conducir al patíbulo á los espías y falsos delatores, espionábase estos crímenes en los títulos: "*Turba gravis paci, placidaque inimica quieti,*

"*Que semper miseris sollicitabat opes*
"TRADUCTA EST TITULIS (d).

Es, pues, claro que Pilatos conformóse con el uso general. Acaso entre los romanos una ley así lo prescribía.

Mas en el título del Redentor hay una circunstancia especial, desconocida de los antiguos y que encerraba un

alto misterio. Aunque para los paganos no tuviera la muerte la majestad sublime ni la trascendencia infinita que tiene para los cristianos, era sin embargo, aun para ellos, un acto grave y solemne que rodeaban de todo género de respetuosas señales y consideraciones. Así, nunca hemos leído que se burlaban de los últimos instantes de los ajusticiados, ni que escogieran el título donde se declaraba el delito del infeliz reo para hacer alarde de cínica mofa. Estaba reservado á Pilatos este triste é ignominioso privilegio, y á Jesús el dolor de haber sido la víctima. Al mandar se inscribiera en el título de la Cruz, como si fuera delito, que Jesús era *rey de los judíos*, Pilatos se propuso claramente insultarle con indigna sátira. Los encarnizados enemigos del Hijo de María habíanle acusado de malhechor, de sublevador del pueblo, de enemigo de Moisés y de los profetas, de blasfemo. Mas lo que había enconado más la saña de aquellas fieras fué, que Él se hubiese declarado *rey de los judíos*. Así es que, para vengarse de ello, vistieronle con un vil harapo remedo de regia púrpura, y con la misma dañada intención pusieronle en la mano un cetro de caña; en forma de diadema imperial cifraronle las sienes con una corona de espinas, y abofeteándole y haciendo de Él befa hincaban la rodilla en Su presencia diciéndole *Salve rey de los judíos*. Para halagar á aquel pueblo fementido é ingrato y para asociarse á él en tan sacrílega irrisión, ordenó Pilatos no se escribiese ninguna de las demás acusaciones mas tan solo la de *rey de los judíos*. Pero rece-

(a) In Cajo c. XXXII. Véase también el mismo escritor in Domitiani gestis.

(b) Eran los epulones tres funcionarios públicos que cuidaban de los convites ofrecidos en honra de los dioses.

(c) In vita Canis.

(d) Lib. I. epigr. 4.

lando los escribas y fariseos no fuera interpretado en sentido literal, lo que no era mas que una sátira, acudieron á Pilatos rogandole *no escribiera rey de los judios, sino que El se dice rey de los judios*, (a) ruego á que no accedió Pilatos, acaso porque lo creyó una inútil precaucion.

Este fué ciertamente el intento de Pilatos; pero otro habia sido él de Dios, quien quiso servirse de la malicia de aquel inicuo juez para proclamar de ese modo al mundo entero, que su Hijo Smo. era el primogenito de entre los muertos y EL PRINCIPE DE LOS REYES EN LA TIERRA. (b) Asi Dios se burla de los cálculos de los hombres!

Es de creer que la costumbre de inscribir los delitos en el título de los reos se mantuviese en vigor por todo el tiempo que la cruz continuó en ser instrumento ignominioso de muerte, es decir, hasta la conversion de Constantino en el siglo IV. El uso, sin embargo, no era universal. Llevaronle algunos de los primeros mártires que fueron crucificados; otros, no, San Pedro y su hermano san Andres espiraron en cruz, y la historia no recuerda hubieran tenido título. Asi conservanse aun pinturas antiguas de cristianos que acabaron sus dias en este género de suplicio, y en ellas no se vé ninguna epígrafe. Del otro lado Eusebio narra, que en la tabla de la cruz del martir Atatlo se leia en latin: *Hic est Attalus Christianus*.

Es muy probable que en la crucifixion del Señor, ademas de ser publicado su delito, fuera denunciado á alta voz por un pregonero: á lo menos este era el uso entre los hebreos, como lo asegura el célebre Rabino Maimonides, cuyas palabras cita Causabono (c).

Sea de esto lo que fuere, es cierto que el título del Señor estaba escrito en tres distintos idiomas, hebreo, griego y latino. De esto tomando pié Samuel Beyher (d) infirió, hubiera sido el tí-

tulo grabado en tres diferentes tablas. Mas este erúdito escritor olvidó, que su aserto es contrario á la opinion general, á la tradicion de la Iglesia, y á la misma historia: pues, Rufino Aquileyense, s. Ambrosio, s. Juan Crisostomo (e) y todos los que refirieron el hallazgo de la Cruz, no hacen mencion mas que de un título; y algunos de ellos añaden la circunstancia de no haberse hallado mas que un título, *porqu los dos ladrones crucificados con Cristo no le tuvieron*. Por último observó, que el título de la Sta. Cruz que se conserva en Roma, y cuyo facsimile ya conoce el lector, está escrito en las tres lenguas, aunque de las letras hebreas no queden mas que pocos é inciertos restos.

Aunque los cuatro evangelistas convengan en la sustancia del contenido de la inscripcion, hay, sin embargo diferencia entre ellos acerca de las palabras testuales que la componian. San Mateo dice—ESTE ES JESUS REY DE LOS JUDIOS (f). S. Marcos pone solamente estas dos palabras—REY DE LOS JUDIOS (g). S. Lucas—ESTE ES REY DE LOS JUDIOS (h). Por último S. Juan asegura fué JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS (i).

Como es facil observar, el sentido es idéntico en las cuatro inscripciones; las palabras solamente varian, mas sobre todo los escritores sagrados están unánimes en creer, que la de san Juan es la que refiere testualmente las palabras inscritas en el título. Las razones que abogan en favor de esta opinion no son escasas de peso. De todos los evangelistas él fué el solo testigo ocular de la crucifixion; Y él que lo vio (dice el mismo) dá testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad (j). Mientras los demas apóstoles y discipulos huyeron despavoridos, él solo acompañó á

(e) locis supra citatis.

(f) XXVII, 37. Hic est Rex Judæorum.

(g) XV. 26.-Rex Judæorum.

(h) XXIII. 38.

(i) XIX. 19.

(j) XIX. 35.

(a) Juan; XIX, 21.

(b) Apoc. I. 5.

(c) Exercit. Anti-Baroniana.

(d) De Crucifixi Jesu titulis.

su maestro al Calvario, presenció la crucifixión y mantúvose firme al pié de la Cruz, hasta que el Señor hubo espirado. Poco antes de entregar su alma á su Eterno Padre, Jesus recomendó Juan á María, y esta á Juan.

De aqui, que el discípulo amado sea él que refiera con mayores detalles los últimos momentos de la muerte del Salvador. Hay otra consideración. Fué el referido evangelista, el último de los cuatro que escribió su evangelio é hizo lo después de su destierro en la isla de Patmos, es decir, en el año 96 de la era cristiana, cuando los demás apóstoles y evangelistas habían dejado de existir. Es hasta probable, conociera los de los otros y completára lo que los demás habían omitido ó referido parcialmente. En último lugar notaré, que en la porción del título de la Cruz conservado en Roma, y cuya autenticidad no puede ponerse en duda, del resto de la inscripción aun legible es claro que entera debió ser como la citó s. Juan.

Fijadas las palabras exactas que formaban el título de la Cruz, no es fuera del caso señalar la razón porque estaba la inscripción redactada en las tres lenguas hebreaica, griega y latina. El hecho no era nuevo; especialmente en las poblaciones de diferentes naciones y lenguas. Acostumbraban los romanos pregonar los delitos de los reos en las varias lenguas mas usadas por los moradores. Pilatos, pues, hizo se formulára el título de Jesus en tres idiomas para que hubiese sido leído con mayor facilidad y entendido por un mas crecido número de personas.

Escribióse en hebreo, porque el lenguaje del antiguo Testamento era el usado por el pueblo de la Palestina, especialmente en la sagrada liturgia. Acaso tuvo tambien Pilatos en ánimo halagar á los escribas, fariseos rabinos y maestros que hacian no poco alarde de grandes conocimientos en el lenguaje de los profetas: en griego, para que lo entendieran las numerosísimas turbas de Helenistas que, con motivo de la Pascua, habían acudido á Jerusalem: en latin, finalmente, por deferencia al Imperio romano ya casi dueño absoluto de la Palestina;

tal vez tambien porque probablemente en este idioma había Pilatos pronunciado la sentencia.

Con grande concisión indicó Prudencio estos motivos en el siguiente distico—

*Agnoscat Judæa legens et Græcia norit
Et venerata Deum præcenseat aurea Roma.* (a)

y remontando aun mas alto el poeta cristiano Celio Sedulio cantó—

.....nam cœlitus actum
*Hoc hebræa referit; hoc græca, hoc latina
lingua: Hoc docet una Fides unum ter
dicere Regem.* (b)

Intil es decir que, apenas muerto nuestro Señor, los judios se apresuraron á enterrar el título como habían hecho con la Cruz. De él nada se supo, hasta que fué hallado con la Cruz misma por la emperatriz Helena. Sozomeno (c) refiere que ademas de la Cruz del Señor y de las dos de los ladrones, se encontró:

“Una tablilla de madera de poco espesor pintada de color blanco, en la que leianse letras y palabras no solo hebreas, sino tambien griegas y latinas, que significaban *Jesus Nazareno rey de los judios.*” Esto mismo confirma Niceforo Calisto (d): “Halláronse las tres cruces en pedazos, y ademas la *tablilla blanca* en que, con caracteres diferentes, Pilatos habia escrito *Rey de los judios.*”

Salmasio nos ha explicado el modo con que generalmente se trazaban los titulos. Dice que las letras no eran de relieve, sino cinceladas ó grabadas, y que las tablillas eran de madera blanqueada con yeso ó albayalde, para que asi resaltasen mas las letras, por lo general pintadas de encarnado,

En el título del Señor que se conserva en Roma, y cuya historia referiré en el libro siguiente, el color encarnado ha desaparecido y en su lugar hoy presenta una tinta aplomada. Sobre este título, que argumentos inconcensos demuestran ser el mismo del Señor,

(a) In Apoth. adv. Gentes.

(b) Carm. lib. V. v. 196.

(c) Hist. Ecc. lib. 2 cap. 1.

(d) lib. VIII. o. 29.

creo útil hacer aquí algunas observaciones para que mejor se entienda el facsímile trazado en la citada litografía bajo el número I.

Obsérvanse en él tres leyendas en el mismo orden de las citadas por S. Juan, es decir, hebrea, griega y latina. Son obra de algún hebreo ú oriental, pues, según su costumbre, escribió las inscripciones, griega y latina, al revés de como debieron escribirse. En vez de empezar por la izquierda y seguir á derecha, hizo, según el uso general de los escritores orientales, todo lo contrario; empezó por la derecha continuando hacia el lado opuesto.

Las tres leyendas del título están imperfectas, faltándoles el principio y el fin. De la hebrea no quedan mas que pocos vestigios de las extremidades inferiores y esos tan estropeados que no es posible ni siquiera conjeturar las letras de que eran residuos. De la griega no queda mas que la palabra NAZARENOUS y la primera letra (B) de la siguiente palabra BASILEUS (Rey); y de la latina la misma palabra NAZARENUS con las dos primeras (RE) de la siguiente palabra REX. A mi entender, dos han sido las causas principales de tan dolorosa mutilación. La primera, el haber estado cuatro siglos enterrada á bastante profundidad en la tierra donde la humedad, que debió ser no poca, hubo de dañar considerablemente el título, tanto más porque la tabla, donde estaba escrito, era sumamente delgada y carecía de la solidez y resistencia de lo demás del madero de la Cruz. La segunda, porque para satisfacer á la piedad de los fieles distribuyéronse, como se había hecho con la Cruz, innumerables reliquias del título, lo que no se pudo llevar á cabo sin gravísima disminución del precioso tesoro. Sobre esto permitaseme otra pequeña reflexión. Habiendo la reina s. Helena dividido la Cruz en tres porciones, de las cuales una se quedó en Jerusalem, otra fué enviada á Roma y la tercera á Constantinopla; ¿es acaso aventurado suponer, que en tal ocasión enviáre tambien porciones del título? ¿Quién sabe, si el título de la Cruz

ó porcion de él que se venera en Sta. Maria de Dorada de Toledo ya sea uno de estos pedazos? Mas sobre de este argumento volveré en mejor ocasión.

En enanto á la inscripción latina, los críticos convienen, está escrita en la forma mas usada en los tiempos de Augusto. Las letras son las que los romanos llamaban *sesquiuinciales*, fijadas por la ley para con ellas promulgar los edictos y decretos de que el público debía enterarse. En la leyenda griega es de notar la contracción de las dos letras O y V en una, cuya forma puede verse en la litografía. Probablemente esta contracción es debida á la falta de espacio, que obligó al artista á reunir dos letras en una. Por lo demás el sabio orientalista Mr. Drach, á quien tuve la honra de conocer en mi juventud y con cuyo hijo me unen antiguos vínculos de amistad, ha observado que entre los antiguos hebreos era comun la referida contracción, especialmente en los nombres propios tauto en la escritura como al pronunciarlos. Esto mismo sucedía entre los griegos. El Sr. Honoré Nicquet cita de ello muchos ejemplos. Así en el distico grabado sobre el sepulcro de Trasimaco se observa TRASUMAKOUS en vez de TRASUMAKOS. Lo propio finalmente ha tenido lugar entre los romanos. En una inscripción hallada en el Foro romano está escrito NAVEBOUS: en lugar de NAVEBUS ó NAVIBUS. ¿Porqué, pues, nos maravilláremos que en el título de la Cruz leamos escrita la voz NAZARENOUS en vez de NAZARHNOS? Esta misma observación vale, á mi entender, para explicar porque se encuentre en la leyenda griega la E en vez de la H. Esta sustitución era comun, especialmente en los nombres propios griegos. Ya en tiempo de Platon (a) este cambio conociase. En las monedas del emperador Zenon publicadas por el Goltzio léese ZENON en vez de ZHNON; y en una antigua inscripción griega dada á luz por Grutero se observa AURELIOS en lugar de AURHLIOS.

(a) In Cratyló.

Cerraré estas áridas esplicaciones observando, no faltan autores que atribuyen la ortografía de la voz NAZARENOS á la poca pericia del que la grabó, ó á la precipitacion con que lo hizo;—lo que pudo muy bien ser, atendidas las circunstancias en que fué escrito el título de la Cruz del Señor.

La porcion del título conservada en Roma tiene, segun el Sr. Ganme, una pulgada de grueso, siete de ancho y diez de largo y si hubiese llegado á nosotros íntegro, tendria todo

dos piés de largo y siete pulgadas de ancho. (a)

No seria de un todo fuera de lugar hablar aqui de los instrumentos principales de la pasion, de la columna, de la lanza, de la esponja y hasta de la sábana; pero por convenir mejor, lo dejamos para el libro segundo, concluyendo este con algunas consideraciones sobre el culto que la Iglesia tributa á la Cruz en no pocas circunstancias y señaladamente en el Viérnes Santo.

§ V.

DEL CULTO DE LA CRUZ.

¿Qué mas propio y natural que tener en la mayor veneracion y honrar esa Cruz santa que fué el instrumento principal de los misterios inefables de nuestra redencion y que sola fué digna de *“llevar la victima del mundo y de preparar un puerto al arca del mundo próxima á su naufragio,”* como canta la Iglesia? (b)

¿Como es posible no reverenciar y prestar el mayor obsequio al madero augusto, empapado y santificado con la sangre misma del Redentor de los hombres?

Este sentimiento brota tan espontaneamente del corazon cristiano que, para ahogarlo, los enemigos de la Cruz echaron mano en todas las edades y en todos los sitios de los medios mas violentos y reprobados.

Enterraron los judios el madero santo para que no pudieran los apóstoles venerarle. Durante cuatro siglos los emperadores romanos pusieron un empeño feroz en deshorrar la venerada efigie y en prohibir su culto. Leon Isaurico, Claudio Turinés, Huss,

Wycliff, Calvino y Lutero insultáronla con los mas groseros denuestos y ultrajáronla con los mas abyectos sofismas. El furor de los enciclopedistas franceses del siglo pasado llegó al extremo de vanagloriarse de haber derribado en Francia las cruces levantadas por la piedad de sus mayores.

Esfuerzos insensatos! Desde el momento que en la Cruz murió el Hijo de Dios, el amor de la misma, su culto y la confianza en ella quedó indeleblemente grabados en el corazon de la humanidad.

S. Pablo no conocia mas gloria que la de la Cruz de Jesucristo. El morir en Ella fué el ardiente ruego de toda la vida del príncipe de los apóstoles y de su hermano Andrés, y Dios otorgóselo como favor señalado. Para los primitivos cristianos era la Cruz el único consuelo como la única esperanza. A pesar de la encarnizada guerra de que por cuatro siglos fué objeto, el símbolo augusto de nuestra redencion bajo mil ingeniosos disfraces estaba siempre ante los ojos de los primitivos

(a) Les trois Romes, III. p. 235.

(b) Off. temp. Pass hymn. ad laudes.

fieles, como nunca se apartaba de sus corazones. Desde el afresco del cubículo hasta el bajo-relieve de la lucerna, en las inscripciones de los sepulcros como en los calices del sacrificio, en las habitaciones privadas, en los muebles del uso doméstico, hasta en los mismos trajes, en todas partes llevaban, ya de un modo ya de otro, un recuerdo de la adorada Cruz. Tiernísima era la devoción que profesabanle. "Para todo movimiento y para toda "marcha," dice Tertuliano, "al entrar y "al salir, al desnudarse, al calzarse, al "hacer sus abluciones, al tomar sus alimmentos, al encenderse las luces, al "sentarse, al acostarse, repetimos sobre nuestras frentes la señal de la "Cruz." (a).

Mas, como era natural, apenas cesó la persecucion, y sobre todo cuando la Cruz misma del Salvador fué, por obra de la piadosa madre de Constantino, desenterrada de las entrañas de la tierra, el amor comprimido por cuatro siglos estalló en un verdadero delirio, y el culto de la misma tomó un incremento indescribible. Asunto del siguiente libro será este milagroso acontecimiento. Aquí baste consignar el empeño que tuvieron los pastores de la Iglesia en propagar la devoción hacia el santo Madero. San Ambrosio encomiéndala con vivo empeño á los fieles del universo entero y sostiene "que la sabia Helena colocó la Cruz de Cristo sobre su propia "corona ó sobre la de su hijo para que "fué adorada por los reyes de la "tierra." (b) El celoso arzobispo de Jerusalem, San Cirillo, que vivía cuando se cumplió el feliz hallazgo, afirma "que las partículas del santo "Madero habian llenado al mundo entero." (c) Lo mismo aseguran s. Juan Crisóstomo, Teodoreto y Paulino Nolano, citados por el docto Perrone. (d) El diacono Rustico llegó hasta decir que la Iglesia, sin contradicción alguna, en todo el mundo adoraba á la

Cruz del Señor y á los clavos con que fué clavado (e); en lo que está conforme s. Juan Damasceno. (f)

Otro argumento inconcuso de la fé que la Iglesia, aun en los tiempos mas remotos, tuvo en la virtud de la Cruz, suministralo el convencimiento intimo y universal de los fieles, de que por medio del símbolo augusto de la Redencion, se dignara el Señor obrar los mas portentosos milagros. Indicaré únicamente tres de los mas asombrosos en el solo cuarto siglo, que los Padres y la Iglesia entera celebraron con fé edificantísima. Milagrosa fué la célebre aparicion de la Cruz al emperador Constantino, á la cual la Iglesia atribuyó no solo la victoria que el referido emperador alcanzó sobre Maxencio, pero tambien la conversion de aquel al cristianismo; suceso que puso fin á la horrible persecucion que, por cuatro siglos, habia oprimido sin cesar á la Iglesia, y que fué el principio de esa era de triunfo que aun dura y que durará hasta la consumacion de los siglos. Milagrosa fué, asimismo, la invencion de la Cruz misma del Salvador y, aun mas, la curacion de la mujer moribunda á quien, á instancias de la emperatriz Helena, Macario, el santo obispo de Jerusalem, sanó acercandole el santo madero de la Cruz. Milagrosas, finalmente, fueron las cruces que brillaron en los trajes de los hebreos que, por orden del apóstata Julian, trabajaban en la reconstruccion del templo de Jerusalem, á cuya vista huyeron despavoridos, abandonando para siempre un trabajo emprendido con la intencion dañada de dar un mentís á los vaticinios de los profetas y del mismo Redentor.

Estos milagros fueron tan públicos y tan asombrosos que contribuyeron á dar un impulso increíble á la devoción y al culto de la Cruz. Desde entonces, Ella no fué mas asunto solo de piedad y devoción, fué señal de triunfo, insignia de honra, emblema de gloria. Del traje del sacerdote y del altar del templo pasó tambien á honrar las almenas de los regios alcázares y lo alto de las diademas de

(a) De corona Militum, cap. III. Tertuliano vivió en el segundo siglo.

(b) De obitu Theodori, cap. VIII.

(c) Ep. ad Constantium.

(d) Tract. de cultu SS. cap. VI.

(e) Bibl. Patrum, Tom IV.

(f) De fide orthodox. Lib. IV. cap. II.

los monarcas mas poderosos. ¿Qué mas? El mismo Vicario de Jesucristo tiene á su mayor gloria el humillarse al

disonore del Golgota.

Todos los años, el dia en que se renueva la conmemoracion del gran sacrificio consumado en el Calvario, no solamente los simples fieles, sacerdotes y pontífices, pero el supremo de todos, El que está muy por encima de los reyes y príncipes terrenales, revestido de la sola alba en señal de inocencia, rodeada la cintura con el cingulo de la pureza, llevando la estola morada símbolo de la gracia y de la gloria, y ceñidas las sienes con la mitra figura de la fortaleza, desnudos los pies y despojado de todas las insignias de su elevadísima autoridad, con las manos cruzadas ante el pecho, descendiendo de su trono, y con paso grave y mesurado se avanza hacia la Cruz, estendida en el pavimento del santuario. Ante ella por tres veces se postra con humilde genuflexion, tres veces inclina su venerable frente hasta al suelo, y cuando llega á la Cruz misma, el anciano augusto, lleno de amor, reverencia y fé descansa sus labios sobre las llagas santísimas del Dios crucificado. ¡Igual á este no hay espectáculo sobre la tierra por grande y sublime que sea! La fé del cristiano se eleva por encima de todas las miserias y de todas las grandezas humanas al vér á esa Cruz, un tiempo objeto de venganza y de ignominia, recibir ahora, despues de haber subyugado al mundo, los homenajes de todo lo que hay de mas grande sobre la tierra.

Así, pues, el culto de la Cruz, nacido á sus piés en el Calvario, vigorizado en las catacumbas, desarrollado en los siglos de prosperidad, es inseparable del evangelio y de la Iglesia, y se confunde y se identifica con el cristianismo. Por lo demás, nos es grato consignar, que aquellos mismos que con tanto encarnizamiento rechazaron y condenaron este culto, hoy, depuestas las añejas preocupaciones, renuncian ya á sus errores, y vuelven á acatar y á confesar esa verdad que por trecientos años impugnaron

con tanta violencia. Hoy no hay anglicano, sobre todo de los que pertenecen á la *iglesia alta*, que no venera la Cruz del Redentor, como no existe templo de ellos en que no se ostente este mismo adorable símbolo de la redencion del género humano. En esta misma ciudad donde los anglicanos se desprenden con mayor lentitud de los antiguos odios y de los inveterados errores, una magnífica imagen del Salvador crucificado embellece y realza el edificio dedicado á la Santísima Trinidad y acaso es el solo objeto que le caracteriza por templo cristiano. Sin la imagen del crucifijo, podría el extranjero confundirle fácilmente con una mezquita erigida al Dios de Mahoma.

No terminaré este primer libro sin repetir explícitamente lo que declaré al principiarle. El culto que la Iglesia tributa á la Cruz del Señor ó á sus imágenes no es por cierto él que debe darse á Dios, y él que los teólogos llaman de *latria*. Este no ha de ofrecerse á ninguna criatura, ni siquiera á la misma Madre de Dios, ni al mas sublime de los espíritus angelicales; cuanto menos á lo que no tiene ni razon ni aun vida. Esta es doctrina que la Iglesia ha definido en el Concilio Niceno II (a). Su teoria es tan obvia á la razon como natural al corazon humano. ¿En todos los pueblos no se han por ventura tributado honores á los retratos de los soberanos y á los de aquellos esclarecidos varones que hubiérense distinguido por los beneficios dispensados, ó por hazañas llevadas á cabo? ¿Quien de nosotros no tiene un alto aprecio y no reverencia los retratos de nuestros padres ó de las personas con quienes nos unen vínculos de sangre ó de amistad? ¿Con qué cariñosa solicitud no se custodian y no se veneran esos recuerdos y esas reliquias que heredamos de nuestros mayores y que recibimos en prenda de amor? Yo mismo he sido testigo de la admiracion y del casi culto con que nacionales y extranjeros visitan en el hospital de Greenwich el uniforme y la es-

(a) Actione I et VII.

pada que llevaba el almirante Nelson en la batalla de Trafalgar, y en los inválidos de Paris los restos mortales de Napoleon. He comprendido esa admiracion y ese casi culto, y confieso que he participado de ese doble sentimiento. Y si esto es lícito y justo cuando se trata de simples mortales y de objetos puramente profanos, ¿porque no será mas lógico venerar con veneracion mucho mayor y con culto incomparablemente mas noble, ese madero santo en que se llevó á cabo la salvacion del mundo?

Asi, pues, á los protestantes que nos acusan de idolatria porque veneramos la Cruz, les contestaremos con

las mismas palabras que los primitivos cristianos dirigian á los paganos cuando los injuriaban con la misma imputacion, "Nosotros no adoramos ni damos culto supremo á las cruces." Y si la Iglesia canta, "¡Salve, ó Cruz, esperanza única!" y la llama "Cruz adoranda", eso refiérese á Cristo mismo que es á quien representa la Cruz, porque de El y no de un pedazo de madera ó de una simple tela esperamos el auxilio que invocamos. El madero mismo de la Cruz, no tiene mas virtud que la de excitar mas nuestro fervor y la de mover al mismo Jesucristo á escuchar con mayor benignidad nuestros ruegos.

FIN DEL LIBRO I.

LIBRO II.

DE LA INVENCION DE LA CRUZ.

§ I.

EL LABARO.

Atormentado por los mas agudos dolores y comido por asquerosos gusanos, el último de los perseguidores de los cristianos concluía sus días odiados el año 311 de la era cristiana. A la muerte de Galerio hallóse el imperio romano bajo el mando de cuatro soberanos que, con el título de augustos imperaban con absoluta independencia los unos de los otros. Separados por el estrecho de Calcedonia, Licinio y Daja gobernaban en Oriente, mientras en Occidente reinaban Maxencio y Constantino; aquel en Italia, y Africa, este en las Galias, Bretaña y España, teniendo por linderos los Alpes y nuestro estrecho.

Ambos eran jóvenes, mas entre los sentimientos, las convicciones y los intereses de los dos mediaba un abismo insondable.

Hijo del emperador Maximiano y yerno de Galerio, hubiera Maxencio reinado largos años si sus horribles vicios y su desmedida ambicion no hubiesen precipitado su ruina. La pasión de la lujuria cegábalo hasta el exceso de arrancar á las casadas del lado de sus maridos para devolverse las deshonradas. Rodeado de espiones, él se hacia delatar los acandalados senadores con el objeto de confiscarles los bienes. Sin el mas pequeño sentimiento humano mandaba á sus abyectos agoreros consultáran en las entrañas de mujeres y niños el porvenir que le estaba reservado. Aborrecido por el pueblo, á quien oprimia con toda suerte de tirania y vejamen, su único sosten era una soldadesca grosera é infame á la cual habia entregado la hacienda, la honra, la vida misma de los desgraciados ciudadanos, mientras él vejetaba en el cieno de

los mas inmundos vicios y del ocio mas igueminioso.

Dotado ricamente de las opuestas dotes era el joven augusto que á su lado reinaba. A pesar de las calumnias de que se sirvieron los envidiosos de su gloria y los enemigos del cristianismo para empañar su nombre, sus contemporaneos y la posteridad entera reconocieron en Constantino un perfecto dechado de las más acabadas virtudes. El mismo Eduardo Gibbon (a) confiesa, habiálo la naturaleza enriquecido con los mas escogidos dones, tanto físicos como intelectuales y morales. Su estatura era alta, majestuoso su semblante y gracioso su porte. Merced á sus continuos ejercicios varoniles y á sus costumbres morigeradas él conservó siempre la robustez de su constitucion y la entereza y actividad de su grande genio. Franco, sincero y afable formaba él la delicia de los que tenian la suerte de tratarle. En el desempeño de sus altos deberes era de un celo incansable, y en el campo de batalla infundia á sus ejércitos ese valor intrépido de que él rebosaba. No menor era su pericia militar. A su acertado mando, mas que á los azáres de una ciega fortuna, debióse que, nunca derrotado, saliera siempre victorioso en las numerosas batallas que acometió. Ante y sobre todo, era Constantino eminentemente religioso: virtud que habia heredado de su padre y aun mas de su madre. Si bien aun pagano, Costancio Cloro creyó siempre en la unidad de Dios, gobernó á sus pueblos con justicia y clemencia, y mitigó, en cuanto le fué

(a) "Decline and fall of the Roman empire," chapter XVIII.

dado, los inhumanos decretos de los emperadores contra los cristianos. La piedad de su madre Helena es harto conocida. Aunque entonces no fuera aun cristiana, con su hijo fué ella el principal instrumento de que la Providencia se sirvió mas tarde para el triunfo y la exaltacion de la santa Cruz. Dios, aun en esta tierra, recompensó á tan piadosa reina generosamente, elevándola á los honores de los altares.

Como era natural las virtudes de Constantino habianle hecho sumamente popular, no solamente entre los suyos, mas tambien entre los extraños, sobre todo entre los Romanos, víctimas inmediatas y mas desgraciadas de los vicios de Maxencio. De aquí la envidia de este y el deseo de humillar á su rival.

Segun los calculos humanos, el momento era propicio. Los ejércitos de Maxencio eran en número muy superiores á los de Constantino, pues Roma habia guardado para si la mayor y la mejor parte de las tropas. Del otro lado, la muerte de Hercules, padre de Maxencio, decretada por Constantino, brindaba al hijo con un pretexto especioso para declararle la guerra. (a) Asi lo hizo sin pérdida de tiempo, y sin escuchar las justas observaciones que le hacia Constantino, Maxencio mandó se derribáran en Roma las estatuas de su rival, y anunció su intencion de vengar con

(a) Que la muerte de Hércules no fueca mas que puro pretexto no cabe la menor duda. Para salvarse la vida de las iras de su propio hijo, habiase él refugiado en las Galias bajo el amparo de Constantino. Abusando, con ingratitud sin igual, de la hospitalidad que Constantino le dispensaba, no solo se sublevó dos veces contra su bienhechor, pero poco tiempo despues de haber sido perdonado y colmado de beneficios, tentó asesinarle de la manera mas aleve. El hecho era público, y la felicidad del reino y la seguridad personal del mismo Constantino exigia la medida extrema de que echó mano.

las armas el suplicio de su padre.

Con prevision y actividad prodigiosa, Constantino en breve tiempo aprestó sus ejércitos, y reunió una pequeña armada para apoderarse de la Cerdeña, de la Córcega y de los puertos de Italia, para despojar á su contrario de estos refugios en caso de derrota, como para provéerlos para si en igual caso.

A ciento y setenta mil hombres de infanteria y diez y ocho mil caballos ascendian los soldados de Maxencio. Componian tan formidable ejército 80 mil romanos é italianos; 40 mil cartagineses; los demás eran sicilianos.

Por su lado, Constantino no pudo reunir mas que noventa mil infantes y ocho mil de caballeria. Las legiones romanas eran el nucleo y la esperanza de un ejército; los demás eran barbaros ó bretones, valientes pero con escasa disciplina.

La desigualdad entre ambos ejércitos era considerable, y en tales desfavorables circunstancias cualquiera otro general fuera de Constantino hubiera esperado el ataque en su territorio, que ofreciale muchas y grandes ventajas. Este era el consejo de sus generales; esta la declaracion de los agoreros que, de emprender la agresiva, vaticináronle los mayores revéses.

Es verdad, que la experiencia y el ardor de sus soldados, la confianza que tenían en su gefe y el amor que le profesaban podian suplir al número mayor de los enemigos. Mas habia que tener presente que, para soldados romanos, bajo cuyas águilas militaban, llevar la guerra á Italia, hollar la tierra sagrada de la República y dar el asalto al Capitolio era siempre empresa pavorosa, de grande riesgo, y que podia acarrear, como habia sucedido diez años antes en la expedicion de Galerio, la desercion entre los soldados romanos de Constantino.

A pesar de estas consideraciones tan poderosas, se decidió este no esperar á su contrario, pero á tomar en vez la agresiva, llevando la guerra á Italia y á la misma Roma. Muchas y graves fueron las razones

que determináronle á paso tan atrevido. No ignoraba el descontento de los romanos y el deseo que tenian de sacudir el yugo bajo el cual gemian, ni la relajacion introducida en el ejército de Maxencio. Poco temor infundianle los siniestros pronosticos de los agoréros; y los dioses de la República habian perdido para él como para la mejor parte del imperio, gran parte de su supuesta eficacia, convencido que podia ultrajarse impunemente. No se ocultaba á Constantino que, á despecho de los edictos imperiales y de la mas obstinada persecucion, multiplicabanse los cristianos, prosperaban, fundaban iglesias y propagaban sin temor su doctrina. La unidad de Dios generalizabase cada día mas en el imperio. El padre mismo de Constantino no habia reconocido mas que un solo dueño del mundo y, sin embargo, el suceso mas completo habia coronado todos sus esfuerzos. Las muertes horribles de todos los emperadores que habian perseguido á los cristianos, no se atribuian ya á pura casualidad. De sus propios ojos habia Constantino visto perecer á Hercules y á Severo por la espada, y á Galerio devorado por los gusanos; como tambien habia visto terminar desastrosamente dos expediciones emprendidas bajo los auspicios de los dioses, mientras que su padre, adorador de un solo Dios, concluyó sus días en paz transmitiendo su poder á sus legítimos herederos.

Todos estos recuerdos pesaban gravemente sobre el animo de Constantino. En el momento de decidir, si debía esperar á Maxencio ó bien atacarle en sus propios dominios, los pensamientos indicados tenianle sobremanera preocupado. El era de por si inclinado á la piedad. Tambien habialo sido su padre, y aun mas su madre, que si bien en aquella epoca era aun pagana, era mujer de grande piedad como su marido y aun mas favorable á los cristianos. En medio de aquella agitacion y para salir de tan cruel incertidumbre, Constantino se decidió á acudir al Dios de su padre, cuya proteccion imploraba.

“Mientras asi oraba,” dice su intimo amigo y grande historiador Eusebio de Cesarea, “aparecióle una señal milagrosa enviada de Dios: milagro, que si se hubiese referido por otros, no se le prestaría fé facilmente; mas la historia que ahora narramos habiendonosla referido el mismo vencedor Augusto muchos años despues, es á decir, cuando le conocimos y contrajimos con El estrecha amistad y, habiendola El ratificado con la religion del juramento, ¿quien en vista de tal declaracion podrá en adelante dudar de ello? Tanto más que, en tiempos posteriores, con reiterados testimonios, confirmó la verdad de su dicho. *Ya pasado el mediodía,*” me dijo, *me se apareció en el cielo el trofeo de la Cruz formada de luz. La vi con estos mismos ojos, y estaba rodeada de la inscripccion, EN ESTA VENCERAS.* “Y apenas la hubo vista, El mismo y todos los soldados que con El estaban en marcha y que fueron testigos oculares, quedaron pasmados del milagro.”

Esta aparicion, nos asegura el mismo Eusebio, causó, como era natural, una honda impresion en el animo de Constantino, deseando con ansiedad averiguar lo que significase. Sus deseos no tardaron en ser satisfechos. Aquella misma noche mientras dormia, se le apareció nuestro Señor Jesucristo llevando en mano la señal misma vista en el cielo, quien mandóle coustruyese un estandarte militar semejante al que habiasele tan milagrosamente mostrado para que en las batallas fuese su amparo. Sin dilacion alguna, cumplió Constantino el mandato divino. Apénas levantado, é hizolo muy temprano, despues de haber referido á sus amigos lo ocurrido durante la noche, hizo llamar á si á los plateros y ordenóles labraran en oro, plata y piedras preciosas una cruz semejante á la que El habia visto.

De esta cruz, á modo de estandarte, Eusebio, que declara haberla visto varias veces, hace la siguiente descripcion.

Era una asta de tamaño mayor cubierta de oro, y tenia una antena atra-

vesada á manera de cruz. En lo mas alto de dicha asta estaba fijada una corona de laurel entretrejida de oro y piedras preciosas. Dentro de la misma hallábase el monograma de Cristo, es decir, las dos primeras letras de su nombre adorado, á saber, X P entrelazadas de la misma manera que la indicada en la litografía, tab. I núm. 2. De la antena ó barra travesaña, estaba colgado un velo de púrpura ricamente bordado en oro y piedras preciosas y de tanto brillo, que dislumbraba la vista. Grande era su hermosura. Este velo era tan largo como ancho, es decir, perfectamente cuadrado. Debajo de la corona y encima del velo en la parte superior del asta estaba colgado el retrato del emperador y de su hijo.

Tal, segun Eusebio, era el estandarte labrado por orden de Constantino. Para que el lector se forme de dicho estandarte una idea menos obscura, será oportuno consulte el numero I de la adjunta tabla II, en donde está dibujado segun la descripción hecha por dicho historiador. Sin que aun se sepa la etimología ni con fijeza el sentido, al referido monumento llámósele Labaro. (a) El piadoso emperador conservábase en su palacio imperial de Constantinopla, en cuyo sitio un siglo despues, como asegura Teofane, aun se veneraba. (b)

La autoridad de Eusebio es, sin duda, de mucho peso. Intimo del emperador, cuya vida estudió esmeradamente, y poseyendo todos los medios para averiguar hasta los mas pequeños detalles, nadie mejor que él pudo asegurarse de los hechos. Mas otros documentos abonan sus narraciones y claramente demuestran, carecen de fundamento las dudas suscitadas para atenuar la autoridad del referido escritor. Alcanzado, como en breve vendrá referido, el triunfo sobre Maxencio, Constantino mandó se colocase el monograma de Cristo en

(a) In vita Constantini, lib. I. De este autor he sacado toda esta narracion.

(b) Chronographia.

todos los estandartes del ejército. El mismo llevabale en la parte principal de su yelmo y, bajo diferentes formas, ostentábase con frecuencia en sus monedas. Las que mas gráficamente pintan el suceso, son las de pequeño bronce, en cuyo anverso se vé el busto de Constantino, y en el reverso dos figuras militares de pié, armadas con asta y escudo; en medio de las mismas se vé el monograma de Cristo rodeado de la inscripcion GLORIA EXERCITUS; y en el exergo P. CONS. T. como se puede vér en el facsimile, n.º II de la II Tabla. (c)

Hay otros muchos reversos diferentes al citado, pero en todos se observa alguna alusion á la Cruz, ya de un modo ya de otro. El labaro mismo no tuvo siempre forma igual al descrito por Eusebio. Asi, en la célebre lucerna de la coleccion de monumentos de Passerio Pisauro obsérvase la circunstancia, que en el mismo velo de púrpura se léen las palabras que rodeaban la Cruz en la aparicion constantiniana, es decir, EN TOUTO NIKA (en esta señal vencerás). (d) Es indudable, que el piadoso alfarero, al labrar su lucerna, tuvo en ánimo grabar en ella la vision de Constantino, como es indudable, que habiendo sido este precioso monumento hallado en las catacumbas, (abandonadas despues de la paz dada á la Iglesia por Constantino) debió haber sido hecho casi inmediatamente despues del suceso. Por último, observo que, desde esta célebre vision, no solo se adornaron las medallas con la Cruz y el monograma de Cristo, sino que se retrató en ellas por primera vez al mismo Redentor de cuerpo entero, llevando en la ma-

(c) Véase Mionnet, "Rareté des médailles romaines," Tom. XI pag. 396 ed. Paris, 1815, donde cita no pocos ejemplos.

(d) Por su mucha belleza, como por su grande mérito arqueológico, me ha parecido bien, reproduciéndola de la publicada por Mamachi (antig. Christ. Tom. III pag. 49.) copiar en la tab. II, numero III, la efigie de la mencionada lucerna.

no la Cruz. El primer monumento de ese género es la medalla del hijo primogénito de Constantino, Crispo César, que se conserva en el museo del príncipe Borghese y que publicó el P. Bianchi. (a) En el anverso de esta medalla hay el busto de Crispo con corona de laurel llevando en la mano un cetro, cuya extremidad remata con un globo, sobre el cual descansa el águila imperial. Rodéa el busto la inscripción, CRISPUS NOB. CAES. En el reverso la inscripción SALUS ET SPES. X. REIPUBLICAE y la figura entera de Cristo sentado bendiciendo con la derecha y con la Cruz en la izquierda, en medio de dos militares en pié, armados de astas; en el exergo S. P. No ignoro, hubo quien sospechára de la autenticidad de esta medalla. Pero, aparte de que los mejores numismáticos siempre la creyeron verdadera, hoy, despues que el señor Mionnet (b) publicó otra con igual reverso que se conserva en el museo san Clemente, no queda más duda alguna: por eso, y por ser la primera medalla que ostente la efigie del Redentor, he juzgado oportuno el trasladar su retrato á estas líneas. (c)

(a) Initio Tom. IV, Anastasii Bibliothecarii.

(b) Opus cit. pag. 394.

(c) Tab. II numero 4. La importancia de este monumento es grandísima y demuestra la utilidad del estudio de la numismática y antiguos monumentos. Mas para que las ventajas sean mayores, es necesario se formen colecciones. En esta ciudad no faltan aficionados que han reunido no pocas monedas antiguas, varias muy raras, y no pocos objetos antiguos. Lástima que no estén todas reunidas y en sitio accesible al público. Mi amigo, el sr. D. Lorenzo Recaño, ha echado los cimientos de una colección de este género, que ahora se ocupa en clasificar con la laudable intención de hacer de ella don al colegio de San Bernardo. De ello, los amigos de los estudios arqueológicos y los católicos de esta población le

Me he detenido mas de lo acostumbrado sobre este punto con el objeto de corroborar el relato de Eusebio; pues no ha faltado quien haya esparcido dudas sobre su veracidad. Considero sin fundamento solido las indicadas dudas. En verdad, no veo como pueda abrigarse incertidumbre de la relacion de un historiador tan grave y que abundaba de todos los medios de cerciorarse de los sucesos que refiere; relacion confirmada por una muchedumbre de monumentos públicos y contemporaneos que excluyen la posibilidad del engaño. Doy tanto peso á estos monumentos, que no juzgo necesario alegar por extenso la autoridad de los muchos escritores antiguos que refieren la aparicion de la Cruz ó del monograma de Cristo y la fundacion del Labaro. Baste, pues, indicar, que, si bien algunos de ellos difieran en los detalles, en lo esencial convienen con Eusebio, Filostorgio, (d) Niceforo, (e) Cedreno, (f) Zonara, (g) Socrates y Suidas, (h) la Cronica de Alejandria, (i) Nazario, autor pagano y contemporaneo (j) y otros cuyos pasajes refiere el príncipe Alberto de Broglie, hoy embajador de Francia en Londres, en su obra "*L'Eglise et L'Empire Romain au IV siecle.*"

(k)

Concluiré observando, que el mismo Gibbon no niega la narracion eusebiana, y que el citado señor Broglie sobre de ella no abriga duda alguna.

quedarán hondamente agradecidos. En cuanto á mi, aprovecho esta circunstancia para tributarle públicamente la expresion de mi gratitud.

(d) I. 6.

(e) VIII. 3.

(f) XIII. 1.

(g) I. 2.

(h) A la voz *Mazencio*.

(i) Publicada por Ducange.

(j) Panégirico de Constantino.

(k) Tom. I pag. 143, edit. Paris 1856.

Fuera de la encarnacion, pasion y muerte del Hijo de Dios, no conozco en la historia del género humano acontecimiento que haya influido tanto, social y religiosamente, en los destinos del mundo como la aparicion de la Cruz al emperador Constantino. A ella débense las victorias sin cuenta por él alcanzadas; su conversion al cristianismo; el establecimiento y propagacion del evangelio en el mundo; la alianza de la Iglesia con el Estado y la reunion de las cuatro partes, en que estaba dividido, en un solo imperio romano. "Una porcion considerable del globo," escribe Eduardo Gibbon, "retiene aun la impresion que dióle la conversion del monarca mencionado; y las instituciones eclesiásticas de su reinado están todavia enlazadas, por una cadena indisoluble, con las ideas, las pasiones y los intereses de la presente generacion." (a)

Un acontecimiento de tamaña importancia no pudo ser inventado; ademas, la Providencia jamás hubiera permitido, fuera imaginario un suceso tan intimamente ligado con la suerte del género humano. Así es, que deberiamos prestar la fé mas sumisa á la narracion de Eusebio, aun cuando no la corroboráren ni los testimonios coevos ni los monumentos contemporáneos que he citado. Asunto de grande y legítimo orgullo es para todo creyente, que el simbolo de nuestra Redencion haya sido el medio escogido por el Todopoderoso para llevar á cabo la mayor revolucion que, con veneracion y agradecimiento, recuerde la humanidad.

Desde el afortunado momento en que vió la Cruz, Constantino, si con completa sumision no se adhirió á los dogmas y á los preceptos de los cristianos, se colocó por lo menos bajo el amparo y proteccion del Dios de los cristianos. Asi lo aseguran

(a) l. c. cap. XX. No estrañen los lectores que cite con tanta frecuencia á este escritor, protestante, ó mejor libre pensador: su autoridad es de gran peso cuando habla en favor del catolicismo.

Eusebio, Lactancio y los demás escritores que refieren la milagrosa vision (b) y lo prueba la vida entera de Constantino.

Joven, esforzado, intrépido, en aquel instante sintióse él animado de una fuerza sobrenatural que lo decidió á oponer sin dilacion alguna el monograma misterioso de Cristo al estandarte del Senado y pueblo romano, y una religion nueva y perseguida, á una antigua y triunfante; resolucion tan magnánima y tan llena de peligros nunca pudo ser acto de humana política.

Los cristianos, á mas de ser inferiores en número á los idólatras, eran humildes, pacíficos y modestos aun en sus aspiraciones civiles, ni pedian mas ventajas ni pretendian mas gloria que la de adorar en libertad á su Dios. No estaban organizados, eran por lo general pobres, carecian de gefes y odiaban toda conspiracion. En Roma, sobre todo, la inferioridad de los cristianos era todavia mayor que en lo restante del imperio. En cambio, los idólatras tenian en su favor el número, la preponderancia moral y las mas fabulosas riquezas. Poseian vastos y disciplinados ejércitos, las leyes protegian su religion, que profesaban los grandes hombres de Estado, los principales guerreros y los mas afamados oradores. Poseian el santuario de la religion oficial y como un vasto templo, donde el Politeísmo aun desplegaba, como ha dicho Mr. Broglie, su esplendor y su bajeza, su fasto y sus torpezas. Atacar á Roma y derribar la idolatria, mas que un acto de diplomacia era, segun los cálculos humanos, un rasgo de demencia. Constantino no podia ignorarlo. Y, sin embargo, desde el momento que leyó en el cielo las palabras, EN ESTA VENCERAS, que rodeaban la Cruz, resplandeciente del mas puro fulgor, él no consultó mas los consejos humanos, sino que, colocando toda su confianza en el socorro milagroso que el cielo le prometia, desde luego echó mano á la empresa gigantesca de arran-

(b) op. et loc. cit.

car del Capitolio la orgullosa inscripción, SENATUS POPULUSQUE ROMANUS, para reemplazarla con la humilde epigrafe JESUS NAZARENUS REX JUDAEORUM, que un gobernador romano, en señal de ignominia y desprecio, habia clavado en la Cruz del vilipendiado Galileo.

Dios, que habia inspirado á Constantino esta resolucian, dió fuerzas á su brazo para que, de victoria en victoria, cumpliéransse, al pié de la letra, sus grandes designios.

Cuando creíasele aun en las orillas del Rhin, apareció Constantino con su ejército en esas llanuras del alta Italia, que parecen destinadas á servir de teatro á las grandes luchas de la civilizacian y á la juventud victoriosa de los mas grandes héroes (a). Susa, Turin, Milan, Breseia y Verona, en el espacio de breves dias cayeron, una tras otra, con las ciudades y territorios intermedios, en manos del jóven vencedor. El triunfo que acompañó las armas de Constantino, fué tan asombroso, que un escritor pagano refriera que, de las solas espadas cogidas á los soldados enemigos, habianse forjado cadenas (b); relato que si no basta para probar el hecho, demuestra, por lo menos, la magnitud de la victoria.

No tardó Constantino en ponerse en marcha hacia Roma, objeto primario de todas sus esperanzas y de to-

(a) Bepino y Carlo Magno alcanzaron en la alta Italia las victorias que tan poderosamente contribuyeron á hacer inmortales á padre y á hijo, á engrandecer á Francia y á hacerla acaso la primera nacion del mundo. En la alta Italia tambien Napoleon I y III alcanzaron grandes victorias, pero Marengo y Magenta diéron por resultado Waterloo y Sedan, con París subyugado y humillado, y Francia entera mermada y debilitada; mas no debe olvidarse, que Bepino y su hijo pelearon en favor de la causa del Vicario de Jesucristo, mientras el tío y el sobrino lucharon para humillarle y despojarle de su Trono.

(b) Nazario, cap. 2 f.

dos sus deseos. A su vez, Maxencio, ostigado por la indignacion del pueblo romano, salió al encuentro de su rival. Pasado el Tiber, mas allá del puente Milvio, en la parte que forma malecon ó terraplen del arrecife llamado *Via Flaminia*, sentó sus reales. Pocos dias despues llegó Constantino y los puestos avanzados de ambos ejércitos tuvieron su primer encuentro en el sitio llamado *Sava rubra* á nueve millas de Roma.

El lugar y el momento eran solemnes. Allí mismo, ocho siglos antes, habia perecido con su gefe Vibulano el batallón de los 300 Fabios. Desde sus alturas se dominaba el célebre Lazio, teatro de tantas sangrientas guerras, y á pié de este levantábase la ciudad eterna con sus siete colinas cubiertas de templos, de palacios y de monumentos seculares. Allí estaba para decidirse si los adoradores de Jupiter ó de Jesucristo habian de triunfar, si la barbarie ó la civilizacian habian de señorear al mundo.

El dia 28 de Octubre del año de salud 312 dióse la terrible batalla que resolvió el pavoroso problema.

Con grandes esperanzas de la victoria entraron ambos en el combate. Maxencio habiendo consultado á los depositarios de los libros sibilíticos, tan diestros en las artes de este mundo como ignorantes de los secretos del destino, habia recibido en respuesta, pereceria en la lucha el enemigo de Roma, de lo que infrió seria Constantino la víctima; en cuya idea confirmábalo el recuerdo de que, muy superior al de su enemigo, era el ejército bajo su mando. Pero en sus supersticiosos soldados una pequeña circunstancia habia atenuado el ardor bélico. En el acto de salir de Roma una bandada de murciélagos huia de las murallas, lo que fué interpretado siniestro agüero.

Exento de estas cobardes preocupaciones, Constantino, puesta su confianza en esa Cruz que habiale asegurado la victoria, se lanzó en el combate con la furia del leon que está seguro de devorar su presa. Su ejército, que no ignoraba la confianza de su general y que de ella participaba,

entró en la refriega con no menor ardor.

Constantino reservóse para sí el puesto del peligro. A la cabeza de su poderosa caballería atacó á la de Maxencio que ocupaba las dos alas: replegóse esta arrollada por el vigor de los caballos galos. La infantería dejada sola pensó únicamente en la fuga. Los italianos, parte por terror, parte por odio al tirano bajo cuyos estandartes militaban, desbandáronse en espantosa confusión. Solo los pretorianos, preveyendo iban á espiar las iniquidades de que habianse hecho reos, luchaban con la rabia de los desesperados, prefiriendo la muerte del combate á la del suplicio. Inútiles esfuerzos. Pocos instantes bastaron para que no quedára duda de la completa derrota. La confusión fué entonces general. Solo se pensó en salvar la vida con la fuga. Un numero extraordinario de fugitivos, y entre ellos el mismo Maxencio, atravesáron el puente de naves recientemente construido para refugiarse en la ciudad, cuando dicho puente cediendo repentinamente bajo el enorme peso, el desdichado Maxencio con un número crecidísimo de los suyos fueron precipitados en el Tiber, en cuyas aguas perecieron. El desorden fué entonces espantoso. La confusión de animales y hombres, los esfuerzos reciprocos para salvarse, los gritos de todos y los movimientos convulsivos de los moribundos recordaban de una manera vivísima el castigo que Dios habia infligido, muchos siglos antes, á otros enemigos suyos por haber perseguido á su pueblo. "Porque," dice á este proposito muy oportunamente Eusebio, "como en tiempo de Moisés arrojó Dios á la mar los carros y los ejércitos de Faraon, é hizo que pereciéran en las aguas del mar Rojo los mejores soldados del Rei impio, así tambien Dios, para favorecer á Constantino, permitió se rompiera el puente por el cual únicamente podian salvarse Maxencio y los suyos, cayendo todos, á semejanza de pesada piedra, en los profundos abismos..... Así es de

"inferir, que los valientes guerreros que mediante la proteccion del cielo habian alcanzado la victoria, repitiéran, como los Israelitas y su gran caudillo Moisés, sino de palabra cierto en realidad, las gloriosas palabras: "*Cantaremos al Señor, porque se ha magnificado grandemente echando en la mar al caballo y al que subia en él. El es mi fortaleza*" "Y como en otro sitio: "*¿ Quien entre los dioses es semejante á tí, ó Señor? Grande en tus santos, admirable en la gloria, obrando prodigios.*" (a)

La noticia de lo sucedido no tardó en llegar á Roma donde propagóse con rapidez increíble. Pero de fijo solo se supo el dia siguiente cuando, habiendo sido hallado el cadaver de Maxencio en el fondo del Tiber enterado en el fango, su cabeza clavada en la punta de una pica fué paseada por las calles de Roma en medio de las aclamaciones de un pueblo que se veia librado del horrible yugo bajo el cual vivia.

En ese mismo dia, 29 de Octubre, Constantino hizo su solemne ingreso en Roma acompañado del Senado que habiale salido al encuentro. Sus tropas, acogidas tambien por la muchedumbre con demostraciones entusiasmadas de alegría, desfilaron en el campo de Marte, delante el Panteon de Agripa. Cusjadas estaban las ventanas, las calles, las plazas y hasta los tejados de gente que deseaba vér, con sus propios ojos, al grande caudillo. Todos celebraban la vivacidad y la espresion de sus miradas, la majestad de su persona y la nobleza de sus modales. De los últimos rincones de Italia acudian para admirar al afortunado guerrero á cuya habilidad y valor debíase una de las mas gloriosas y decisivas batallas de que conservarían memoria.

La gloria de la victoria no borró de la memoria de Constantino, que todo debíalo á la proteccion del cielo y á Aquel cuya Cruz habia visto, prometiéndole el triunfo.

(a) Euseb. "de vita Constantini," lib. I cap. XXXVIII et Exod. XV.

Si no abrazó desde luego el cristianismo, y por algunos años no rompió de un todo con algunas de las prácticas del paganismo, débese eso, en primer lugar, á la difícil posición en que estaba, pues no era cosa fácil deshacerse de una vez y por completo de la educación que había recibido y de hábitos de largos años; tanto más que, por los asuntos gravísimos á que debía atender y que absorbían toda su atención y por lo azaroso de su reinado, apenas le quedaba ni tiempo ni el sosiego y tranquilidad necesaria para dedicarse á los estudios sutiles y profundos que eran necesarios para recibir el S. Bautismo y conocer los misterios, deberes y prácticas del cristianismo. Era, además, asunto sobremediano arriesgado y espinoso romper repentinamente todas las ligaduras que unían al Estado con el paganismo—ligaduras estrechísimas y obra de siglos. Una violenta medida hubiera sido acaso más perjudicial que ventajosa. Del otro lado, se ha oportunamente observado y con sobrada razón por los escritores cristianos, que nunca se lee de que Constantino haya ofrecido ningún sacrificio á los dioses como acostumbraban sus predecesores, ni tampoco que visitara el Capitolio, á pesar de que fuera una ceremonia esencial de todas las ovaciones romanas.

Estraordinarias fueron las fiestas que se celebraron en Roma para solemnizar tan milagroso triunfo y, aunque en todas estas circunstancias la religión tenía una parte considerable, con todo, los panegiristas paganos de Constantino no han referido un solo acto religioso celebrado por él en esta solemne ocasión. En cambio, tenemos pruebas muchas é inequívocas de que, apenas hubo Constantino visto la Cruz milagrosa, tomó la resolución decidida y resuelta de abrazar el cristianismo, si bien por consideraciones políticas, y acaso por debilidad humana ó por no tener un conocimiento aun bien preciso y despejado de las doctrinas y obligaciones de la nueva religión, observó á veces una conducta no siempre en armonía con las máximas cristianas. En efecto, documentos pú-

blicos atestiguan que, habiendo resuelto Constantino y el Senado, celebrar, cada uno de por sí, la liberación de Roma, lo hicieron, el primero de una manera que dejaba claramente ver el cambio radical que en materia de religión habíase obrado en él, mientras el Senado hizo uso de un lenguaje que, sin ser contrario á la antigua religión del Estado que probablemente era la de los mismos senadores, en nada lastimara los sentimientos del emperador.

En memoria de tan fausto acontecimiento, erigióse á sí mismo una estatua, y el Senado le decretó un arco triunfal.

“De una manera manifiesta” asegura Eusebio (a) “con las inscripciones de los títulos publicó á los hombres la señal saludable; habiendo levantado este trofeo en medio de la ciudad regia y habiéndolo esculpido con caracteres indelebres para que fuera de amparo contra los enemigos. En efecto, apenas hubo entrado en Roma, mandó colocar en el lugar mas célebre de la ciudad su estatua llevando una lanza en forma de cruz y de tamaño considerable. A pié de la estatua leíase esta inscripción.—”

“HOC SALUTARI SIGNO, QUOD VERAE VIRTUTIS ARGUMENTUM EST, VESTRAM URBEM TYRANNICAE DOMINATIONIS JUGO LIBERATAM SERVAVI: SENATUI POPVLOQUE ROMANO IN LIBERTATE ASSERTO PRISTINUM DECUS NOBILITATIS, SPLENDOREMQUE RESTITUI.” (b)

Aunque en esta inscripción no se mencione explícitamente ni á Jesucristo, ni á su cruz, sin embargo, por el solo acto de colocar públicamente en la mano de

(a) “De vita Constantini,” lib. I cap. XL.

(b) “Por esta señal saludable, que es prenda de verdadero valor, he emancipado vuestra ciudad de la dominación tiránica y, habiendo afianzado el antiguo esplendor y decoro de su nobleza, he devuelto la libertad al Senado y al pueblo romano.”

su misma estatua esa cruz tan odiada y perseguida y que habia sido por cuatro siglos objeto del odio mas profundo, Constantino, con valor digno del mayor elogio, hacia pública profesion de su fé cristiana; profesion que era, al mismo tiempo, la mas elocuente condenacion de la religion oficial.

Comprendiendo el Senado el significado altísimo de esta señal y de esta inscripcion y las intenciones de Constantino, trató de colocar en el arco triunfal, que elevaba en honor de él, una inscripcion que, ni fuera una abjuracion de sus propias creencias, ni lastimára los sentimientos del emperador. Para ello sirvióse de una expresion rarísima entre los escritores clásicos latinos y que, sin embargo, conciliaba los mas opuestos extremos; pues tal es la ductibilidad (permítaseme esta expresion) del lenguaje humano capaz de espresar á veces, en una sola voz, ideas las mas contradictorias. He aquí la célebre inscripcion.—”

“IMP. CAES. FL. CONSTANTINO. MAXIMO. P. F. AUGUSTO S. P. R. QUOD INSTINCTU DIVINITATIS. MENTIS MAGNITUDE CUM EXERCITU SUO TAM DE TYRANNO QUAM DE OMNI EJUS FACTIONE UNO TEMPORE JUSTIS ULTUS EST ARMIS

ARCUM TRIUMPHIS INSIGNEM DICAVIT.” (a)

El arco mismo y la inscripcion original consérvanse aun en Roma al lado del Coliseo. En esta hay dos circunstancias dignas de observacion; la palabra genérica, *divinidad*, que envuelve la idea de la unidad de Dios, y la omision del título, *Pontifice Maximo*, que llevaban los emperadores, sobre todo en las inscripciones. Con lo primero propúsióuse, sin renegar de sus principios, tributar homenaje al Dios de Constantino que era él de los cristianos, acaso recordando que otro emperador idólatra proyectó colocar en el Panteon una estatua de Jesucristo entre las de los dioses paganos. Suprimieron el título de *Pontifice Maximo*, tal vez porque sabian que, para Constantino, el verdadero Pontifice Maximo era el anciano Melquide. No ignoro, existen inscripciones en que se dá á Constantino el referido título de *Pontifice Maximo*; mas, como observó el P. Pagi (b,) él jamás se arrogó á sí este título; fueron los paganos que se lo daban, y acaso lo aceptaba unicamente como puro título de honor civil prescrito por la costumbre y quizás por las leyes tambien. Por lo demás, ponía Constantino particular empeño en que conocieran los roma-

(a) “El Senado y el pueblo romano dedicaron este arco triunfal al emperador César Flavio Constantino Augusto, Maximo, Piadoso, Feliz, porque, guiado por el instinto de la Divinidad y la grandeza de su alma y ayudado por el ejército, vengó con armas justas la república de su tirano y de toda su faccion.”

En este arco hay varios bajo-relieves representando cacerías y sacrificios idólatras ofrecidos á Apolon, Marte y Diana. Mas hay que tener presente son de parecer los mejores anticuarios que los indicados bajo-relieves con muchos otros pertenecieron á un arco de Trajano y que, por falta de tiempo para labrar nuevos, fueron colocados en él de Constantino,

ó bien, que por la misma razon, se dejó casi intacto el referido arco de Trajano, y solamente fué cambiada la inscripcion. Es indudable, que los ocho medallones recuerdan pasajes relativos al emperador Trajano, y es absurdo suponer que, para ensalzar las glorias de Constantino, se hubieran escogido las de un predecesor suyo.

Algun anticuario pretendió que la expresion, *instinctu divinitatis*, fué mas tarde sustituida á la de *mutu Jovis* (por la voluntad de Jupiter) pero el sabio de Rossi ha demostrado (Boletino archeologic. Tom. I. p. 37) que esta asercion es tan gratuita como infundada.

(b) Critic. Baron. ad annum 312.

nos el verdadero Dios que solo merecia recibir incienso (a) y en muchas ocasiones, y especialmente en el concilio Niceno, profesó en publico, que la autoridad en materias de religion pertenecia esclusivamente al Vicario de Jesucristo y á los sucesores de los apóstoles.

Deseño, por la batalla del puente Milvio, de todo el imperio de Occidente, el primer cuidado de Constantino fué él de romper las duras cadenas que oprimian no solamente á los cristianos súbditos suyos pero tambien á los de Licinio que imperaba sobre la mitad de Oriente. Solo tres meses despues de la célebre batalla (Enero de 313), á petición de Constantino, él y Licinio firmaban en Milan el célebre edicto, que de esta ciudad tomó el nombre, y por el que se concedía el libre ejercicio de su culto á los cristianos que formaban ya casi la mitad del imperio. El decreto no podia ser mas amplio, y la religion que hasta entonces habia sido oficialmente insultada y perseguida, no solo fué colocada en la mas perfecta igualdad con el antiguo culto de Roma, sino que otorgósele una preferencia notable, puesto que, entre otras concesiones, se mandaba fuesen devueltos á los cristianos los lugares, edificios y bienes que les hubiéren sido confiscados por el fisco ó por cualquiera otra autoridad ó persona, sin exigir de ellos la mas pequeña compensacion; asi mismo disponiase, que se devolvieran de igual manera los bienes confiscados á las corporaciones cristianas; y en uno y otro caso, los que se creyeren perjudicados por estas restituciones, podian dirigir sus quejas al prefecto de la provincia para ser tomadas en consideracion.

Y para que quedáran satisfechas todas las miras de Constantino, este y Licinio exhortáron á Maximino Daja para que, tambien en la porcion del imperio de Oriente que él regía, se pusiera en vigor el edicto de Milan; invitacion á que, bien á pesar suyo,

aquel cruel perseguidor de cristianos tuvo que acceder.

Logrado por completo su objeto y libres y protegidos los cristianos en todo el vasto imperio romano que abrazaba entonces todo el mundo conocido, Constantino acudió al Rhin donde en pocas semanas sometió á los bárbaros sublevados, trayendose no pocos en cautividad.

El efecto del edicto de Milan, como nota el señor de Broglie, fué inmenso. No se limitaba á poner en libertad á casi la mitad de los súbditos romanos: sino que concedia la rehabilitacion civica. En todas las partes resonaban gritos de alegria, y reunianse los fieles para celebrar las maravillas de la proteccion divina. Sobre las ruinas de humildes capillas eleváronse en todo el imperio suntuosas y vastas iglesias. Abandonando las catacumbas y los desiertos, la nueva religion mostróse segura á la luz del dia. Públicamente consagrábanse los templos y públicamente congregábanse los obispos. Las ceremonias, las pompas religiosas, los cantos de salmos é himnos, y la celebracion de los inefábles misterios de la pasion demostráron, de una manera evidente, la efusion de fé, de caridad y de gratitud de que rebosaban los fieles. Poco despues, entre los cristianos de Africa surgen las disensiones de los donatistas y quedan terminadas, mercéd al apoyo de Constantino, en el primer concilio celebrado en Roma en el palacio de Letran, propiedad de Fausta su mujer; palacio que desde entonces fué la principal residencia de los romanos Pontífices y junto al cual se eleva la catedral del mundo entero.

En ese mismo año un acontecimiento providencial preparaba el camino para la reunion del imperio romano bajo el solo afortunado Constantino. Suscitase una guerra terrible entre los dos soberanos que se dividian el imperio oriental: y en Andrinópolis Licinio invocando el Dios de los cristianos derrota á Daja y se constituye unico dueño en Oriente. (b)

(a) Euseb. op. c. A. 12. c. XLII.

(b) 1 de Mayo de 313. Lactancia

Apénas habia el mundo disfrutado un año de paz, cuando estalló una guerra mucho mas decisiva y de una trascendencia incalculable entre los dos cuñados Constantino y Licinio. Derrotado en Cibales, despues de un dia entero de obstinada lucha, Licinio solicitó la paz que su poderoso adversario concedióle no sin haber antes añadido á sus Estados la Iliria, la Macedonia, la Dardania, la Grecia y una parte de la Mesia. Por diez años disfrutó el imperio, y con él el mundo entero, el beneficio de la paz; cosa rara en aquellos turbulentos tiempos. Aprovechólos Constantino para restablecer la armonía que habia sido de nuevo turbada por los donatistas y para sancionar esas admirables leyes civiles y penales que forman todavia la base de nuestros códigos y que tanto influyéron en nuestros adelantos y en la actual civilizaci6n. En esta época quedó garantizada la libertad de conciencia, asegurada la abolici6n de la esclavitud, y disminuido el rigor de los castigos, y algunos de estos, por bárbaros é inhumanos, desaparecieron por completo de la legislaci6n romana. Sobre todo, en honra del Redentor crucificado, quedó para siempre suprimida la muerte de Cruz, medida que la cristiandad entera agradeció siempre y siempre agradecerá. Ademas de las referidas, sancionó Constantino esas leyes especiales en favor de la Iglesia que, por tantos siglos despues, formáron la estrecha alianza entre ella y el Estado que aun existe en la mayor parte de las nacio-

refiere que, la mañana del combate, Licinio dispuso, que, depuestos los escudos y los cascos, sus soldados ofrecieran con él la siguiente oraci6n que habian recibido la víspera por escrito: "O Dios supremo, nosotros te invocamos; Dios Santo, te suplicamos, y á ti encomendamos el cuidado de la justicia, nuestra salvaci6n y nuestro imperio. Por ti vivimos, por tí saldremos victoriosos, Dios Santo y Supremo, ¡escucha nuestros ruegos!" *De mortibus persecutorum*, 46.

nes modernas. De estas leyes, citaré sola la que prohibia en el Domingo todo trabajo servil, excepto la labor urgente en los campos, y todo acto legal, fuera de la emancipaci6n de los esclavos; excepciones sapientísimas y que demuestran la grande reforma que el evangelio habia alcanzado, no solo en el emperador, pero en las ideas y costumbres de entonces.

En vista de esto, no estrañaremos que las bendiciones mas escogidas descendieran abundantes sobre Constantino. Su prosperidad llenaba de admiraci6n á los pueblos. Ninguno de sus predecesores, á lo menos desde Antonino, habia disfrutado de igual paz ni de igual gloria. Cada año traíaale nuevos beneficios, y su familia era tambien objeto de especiales bendiciones del cielo. Fausta su segunda mujer, despues de no pocos años de esterilidad, añadíale á su consuelo de padre tres hijos, que, con ligeras variaciones, llevaron su nombre. (a) Completábase tan risueño y afortunado cuadro el jóven Crispo, hijo de un primer amor de Constantino, jóven de raras prendas, entonces alegría y orgullo de sus padres, mas tarde causa de inenarrable dolor y de desventuras sin cuento.

Tal era el cumulo de dicha que rodeaba al afortunado emperador; mas Dios reservábase aun una nueva y señaladísima gloria.

En el dilatado imperio un6 solo veía con inesprimible envidia tanta grandeza. Licinio, atormentado por el sentimiento de su inferioridad y de su humillaci6n, trabajaba bajo mano y por todos los medios posibles para vengarse de los pasados agravios y descalabros. Al procurarse amistades contra Constantino, pronto conoció eran infructuosos sus manejos é intrigas para indisponer á los cristianos contra su rival. A pesar de los favores que en otro tiempo habiales dispensado y de los rudos golpes que habia descargado contra el paganism6, Licinio, que acaso habia sido

(a) Constantino, Constancio y Constante.

cristiano por interés, volvió por ambición y despecho á perseguir al cristianismo y á favorecer á la idolatría, si bien al principio no lo hiciera con abierta apostasía y con pública y solemne desercion. Recordando que estaba ligado por el edicto de Milan y no atreviéndose á declarar la guerra á Constantino, sirvióse él de todos los medios arteros y abyectos para perseguir á los cristianos; ya prohibiendo la reunion de obispos alegando turbaban la paz pública, ya mandando, por supuestos motivos de salud pública, que las funciones religiosas y los ritos sagrados se celebráran únicamente fuera de poblado y al aire abierto; ya de miles otras maneras indirectas y cobardes. No pudiendo el clero y los fieles conformarse á tan injustas medidas, esta resistencia fué tachada de rebelion y reprimida con rigor excesivo y hasta con horrible crueldad. El martirologio registra entre sus mártires á los cuarenta valientes soldados que, en odio de la fé que profesaban, Licinio hizo morir en un dia, habiendo sido espuestos, toda una noche, desnudos á la inclemencia de un invierno glacial.

No ignoraba Constantino la dañada intencion de su enemigo y con prevision y acierto admirables se preparaba á la guerra concentrando sus fuerzas en los puntos aconsejados por la estrategia. Castigando á Sarmatas y á Godos, que con grave perjuicio de sus súbditos hacian frecuentes irrupciones en sus Estados, hubo á penetrar en el territorio de Licinio, que aprovechó tan favorable ocasion para formular las mas graves quejas y pedir una exagerada reparacion. De aquí surgió una viva y agria discusion que concluyó en breve con la declaracion de guerra.

Por la tercera vez, en el espacio de diez años, los destinos de la religion del imperio romano fueron confiados á los azáres de la guerra. Nunca el carácter religioso de la lucha habia sido ni tan público ni tan pronunciado como lo era en la presente circunstancia. De ello estaban penetrados los monarcas y sus súbditos, el soldado raso como el general en jefe.

Ambos emperadores pusieron el mayor empeño en convencer á sus respectivos ejércitos que la lucha no tenia mas objeto que el triunfo de la propia religion.

Á fines de Mayo, y separados por el rio Hebro, concentráronse cerca de Andrinópolis los dos ejércitos.

De un lado y de otro, los aprestos belicosos fueron inmensos. Segun Zosimo, subian las fuerzas de Licinio á 150 mil hombres de á pié, 15 mil de á caballo y 350 galeras; las de Constantino ascendian á 120 mil de infantería, con 10 mil caballos, 300 buques de guerra y un número mayor de naves de carga. (a)

Con celo cristiano habia Constantino emprendido esta guerra.

“Las insignias de la confianza “en Dios, es á decir, el Lábaro,” dice Eusebio, “precedía á los ejércitos de “á pié. Convencido, mas que nunca, “ca, de la necesidad de la oracion, “llevaba con sí un crecido número “de sacerdotes, á quienes consideraba “como guardianes de su alma, con el “objeto de que imploráran el auxilio “divino para que le concediera la victoria.”

“Mofábase Licinio,” (continua el mismo escritor) “de la piedad de “Constantino, tachándola de ridícula “é impía. A su vez acompañábanle “adivinos y agoreros egipcios, hechiceros é impostores, sacerdotes para “los sacrificios y profetas de los falsos dioses. Para conocer el éxito “de la batalla y disponer los dioses “en su favor, ofrecia frecuentes sacrificios, y los intérpretes de los sueños “y los agoreros consultando las entrañas le vaticinaron unánimes, en prolijos y elegantes versos, el mas asombroso triunfo. Inflado con tales promesas visitó sus campamentos que “animó á la lucha.”

“Era el dia de Julio de 323,” (habla siempre Eusebio,) “cuando Licinio reunió á sus privados y favoritos en un lugar apartado que se consideraba sagrado. Era un bosque de mucho riego y sombrío, adornado de numerosas estátuas esculpi-

“das que ellos creían dioses. En este sitio, con hachas encendidas y después de haber ofrecido el sacrificio con rito solemne, Licinio dirigióles la siguiente arenga. Amigos y compañeros, esos que ahí veís (señalando á las estátuas) son los dioses patrios que adoramos y que nuestros padres nos enseñaron á invocar. Ese hombre que nos hace la guerra, después de haber hollado las costumbres y las instituciones de nuestros mayores, ha apostatado abrazando la doctrina de los que no creen en la existencia de los dioses, para adorar temerariamente á no sé que Dios extranjero. Hay más. Deshonra su ejército con un estandarte infame, y confiado en él ha empuñado las armas, no tanto contra nosotros como contra los dioses que ha ultrajado. Este día, por tanto, ha de decidir quien de nosotros esté en el error. y pronunciará el fallo supremo entre nuestros dioses y él de nuestro adversario. O alcanzaremos la victoria, y entonces no cabrá duda de que nuestros dioses son verdaderamente patronos poderosos. Mas si, por el contrario, nuestros dioses siendo mayores en número, ese Dios de Constantino, que no se sabe de donde ha venido, quedase vencedor, nadie entonces dudará, sea el Dios que deba adorarse, y se colocará del lado de aquel que sea más fuerte y le alcance la victoria. Y si ese extranjero, de quien ahora nos mofamos, saliése vencedor, nosotros también deberemos reconocerle y adorarle, y arrojar lejos de nosotros á aquellas deidades á quienes en vano encendemos cirios. Mas si, en cambio, los nuestros alcanzan la victoria, de lo que nadie puede dudar, exterminaremos á los despreciadores de nuestros dioses.”

Tal fué el lenguaje de que se sirvió Licinio, y que los mismos que le oyeron refirieron á Eusebio (a); lenguaje que forma un marcado contraste con el laconismo de Constantino, porque este, según narra el citado

historiador, limitóse á mandar á sus soldados entrasen en la batalla en el nombre del Dios Salvador.

En efecto, dada la orden, la acción empezó. Desde los primeros encuentros Constantino, que á todo atendía, se apercibió que en los sitios donde se presentaba el Labaro, huían des-pavoridos los enemigos. Así es que, apenas observaba á los suyos en algun aprieto, allí enviaba, como eficazísimo remedio, el milagroso estandarte, que inspiraba á los combatientes nueva confianza y mayor ardor. En breve, cambiadas las suertes, alcanzábase la victoria. Por lo que, de entre el cuerpo de los *Protectores*, (b) escogió cincuenta varones de los que aventajában á los demas en robustez corporal, fortaleza de ánimo y sentimientos religiosos, á cuyo cargo estaba la custodia del Labaro; lo que en las batallas llevaban sobre los hombros delante de los ejércitos para infundirles valor y confianza.

Constantino que de todo esto enteró á Eusebio, (c) le refirió la siguiente anécdota. Acaeció en cierta ocasión que uno del mencionado cuerpo que llevaba el Labaro, sobrecogido de terror entregára á otro el venerado estandarte para ponerse con la fuga á cubierto del peligro. Apenas habiale soltado cuando, herido en el vientre, cayó muerto en el mismo sitio, mientras el estandarte mismo y él que le tenía salieron ilesos, á pesar de los innumerables dardos lanzados contra ambos, algunos de los cuales quedáron clavados en el asta.

La batalla no duró largo tiempo. Aunque herido en un muslo, Cons-

(b) Gretsero (de cruce, lib. 2. cap. 40) cree que este cuerpo sea el encargado de los trabajos (*Præpositi laborum*) en los campos militares, mencionado en el código teodosiano. De aquí que algunos deriven la etimología de la voz *Labaro*, de la latina *labor* (trabajo). Véase la nota de Valois á la Hist. Ecc. de Zozomeno, lib. I cap. IV.

(a) De vit. Const. lib. II. c. IV. V.

(c) lib. II cap. VIII. IX,

tantino dió prueba que ni la antigua actividad ni el pasado valor se habian entibiado en él. En breve la victoria se pronunció en su favor. Treinta y cuatro mil víctimas quedáron en el campo de batalla. Licinio, obligado á ceder, emprendió la fuga, mas llevándose una considerable porcion del ejército logró encerrarse en Bizancio. Sitiado en esta ciudad por su enemigo triunfante, que en esta circunstancia recibió una cooperacion eficaz de su hijo Crispo, de nuevo consiguió Licinio fugarse en Asia, donde, para rehacerse en parte de los pasados descalabros, se asoció en el imperio á Martiniano cuyo reinado no fué mas que de un dia. Tentativo inútil. Alcanzado á la entrada del mar negro al setentrion de Calcedonia y en las alturas de Crisópolis, (a) le obligó á aceptar la batalla.

Escarmentado por los revéses anteriores, Licinio previno á sus tropas de que jamás atacáran la parte del ejército enemigo á cuya cabeza iba el Labaro. "Porque," decía Licinio, "aquella señal estaba dotada de una fuerza increíble, y para mi en particular es funesta sobremanera." (b) Por el contrario, la confianza de Constantino en este signo angusto fué mas viva que nunca. Persuadido de la necesidad de forzar á su enemigo á la lucha, se retiró á orar por largo rato ante el milagroso estandarte custodiado en un tabernáculo que, levantado especialmente para su culto, estaba fuera del campamento. Acompañaronle en esta oracion algunos escogidos entre sus mejores amigos; lo que acostumbraba hacer siempre que entraba en batalla.

Concluida la oracion, lleno de ardor y confianza, dió el dia 10 de Setiembre de 323, la señal del ataque. El suceso en Crisópolis fué el que habia sido ante el Puente Milvio y Andrinópolis. Completamente derrotado, refugióse Licinio en Nicomedia, donde hubiéra perecido sin la mediacion de su mujer Constancia. A los fervo-

rosos ruegos de su hermana, Constantino perdonó la vida á su vencido cuñado, admitiéndole á su mesa y, despues de haberlo despojado de la purpura, le relegó para toda su vida en Tesalónica. Un año despues, concluía sus dias ahorcado por órden de Constantino, porque creyó (acaso sin sólido fundamento) que contra de él fraguaba nuevas conspiraciones.

La batalla de Crisópolis coronó la serie asombrosa de victorias que colocáron al mundo bajo el cetro de Constantino. Solamente en dos lustros venció á Maxencio en Susa, Turin, Milan, Brescia, Verona y Roma, sometió á los bárbaros sublevados en las orillas del Rhin, y derrotó á Licinio antes en Cibales y Mardia, despues en Andrinópolis, Bisancio y Crisópolis. Los cambios que en este breve intervulo se verificáron, fuéron tan prodigiosos que hubiéran sido temeridad esperarlos en el curso de muchos siglos. Nunca, en ninguna otra época, se habia visto, ni se ha visto despues, transformacion tan vasta, tan rápida y tan honda, como la que entonces se llevó á cabo, en la política, en las leyes, en las costumbres y en la religion. En ese tiempo el mundo romano, dividido desde Diocleciano, volvió á ser el coloso que abarcó al mundo entero; por primera vez un emperador cristiano sentóse en el trono de los Césares; sobre las ruinas del imperio pagano levantóse el imperio cristiano; el cristianismo salió de las catacumbas para asistir á las agonías del politeísmo que hasta entonces habia sido la religion del mundo (c); por últi-

(c) Eusebio, en su "vida de Constantino," (lib. II.) cita testualmente los dos célebres edictos de Constantino, el primero, estableciendo la religion cristiana, y el segundo prohibiendo los sacrificios y el culto pagano. Mas si este segundo edicto no se llevó entonces con todo rigor á cabo, es cierto que se observó lo bastante para que, ya á tiempo de sus hijos, hubiesen desaparecido del imperio romano los templos de los dioses y su culto.

(a) Hoy *Soutari*.

(b) De Vita Const. L. II. c. XVI.

mo, desaparecieron la legislacion, la moral y la barbarie pagana para dar lugar á la legislacion, á la moral y á la civilizacion cristiana.

Todo esto débese á la cruz bendita que apareció en el cielo á Constantino.

Me pesa tener que recordar una página oprobiosa de la vida de Constantino. Para los que aman la religion muy por encima de la propia vida, sería sobre manera grato que quien tanto contribuyó para la exaltacion y propagacion de nuestra santa fé, se hubiera conservado hasta la muerte exento de todo delito y del mas pequeño lunar. Llevado acaso de este sentimiento, pero postergando su deber de historiador, Eusebio de Cesaréa pasó en silencio los horribles crímenes de su amigo y bienhechor. Mas imparciales que él, san Geronimo, san Juan Crisóstomo, Sozomeno y otros escritores denunciaron los excesos indicados con la merecida severidad. Por estar estrechamente enlazados con el asunto de que debo ahora ocuparme, que es él de la invencion de la Cruz, no me es posible desentenderme de ellos por completo. Los indicaré con la mayor brevedad.

Por la derrota y muerte de Licinio, quedó Constantino único monarca del imperio romano que abrazaba todo el mundo conocido tanto en Occidente como en Oriente. Este hallábase entonces hondamente agitado. La zizafia de la herejía sembrada por Arrio traía lastimosamente divididos á los fieles y hasta á los mismos prelados. La Iglesia, que despues de cuatro siglos de horrible persecucion habia salido mas poderosa y mas grande véfase amenazada, por las intestinas discordias de sus hijos, de males inmensos, mil veces mas perjudiciales que los que acababa de sufrir. El que la habia salvado de la opresion pagana, fué tambien el instrumento escogido por la Providencia divina para ahogar la herejía y devolver la union y la paz á la cristiandad. Gracias al celo de Constantino, á su autoridad y á su inmenso poder, en el año 325 celebróse en Nicéa de Bitinia el primer concilio ecuménico, en que,

anatematizada la herejía de Arrio, fué definida dogma de fé la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y que, como segunda persona de la santísima Trinidad, él era consustancial con su Eterno Padre.

El resultado feliz del concilio de Nicéa coronó el grandioso edificio de la gloria y prosperidad de Constantino. Dios habia favorecido, de un modo extraordinario, todas sus empresas administrativas, políticas, militares y religiosas. Antes de él, ningun monarca habia sido tan poderoso como él y ninguno habia como él dispensado tantos ni tan señalados beneficios á la humanidad. Un himno de bendicion resonaba hasta en los mas apartados confines de Oriente á Occidente. En este concierto tomaban parte los fieles, los obispos, los herejes y hasta los mismos paganos.

Pero acaeció á él lo que suele acontecer á todos los grandes hombres á quienes el Señor humilla, cuando enorgueidos de sí mismos, confunden su causa con la de Dios.

Dislumbrado por los resplandores de su gloria, él que hasta entonces habia gobernado á sus pueblos con justicia, sabiduria y clemencia, él que habia sido generoso y magnánimo con su familia, el mejor de los esposos y el mas afectuoso de los padres, cambióse repentinamente en un monstruo de crueldad, renovando crímenes que recordaban los tiempos de Neron. Sosteniendo á magistrados y á otros altos empleados ineptos ó viciosos, causó al pueblo vejámenes y miserias sin cuento. Entregado en manos de favoritos hipócritas y por ellos guiado, despojó de sus destinos, relegó al destierro ó envió al suplicio á los varones mas dignos del imperio y, á veces, á sus mejores y mas íntimos amigos.

Mas fué en su misma familia, en donde su saña se cebó con crueldad inaudita. No es este el sitio de referir las causas y las circunstancias de esta horrosa tragedia.

Basta indicar que, cediendo á los odios de su mujer Fausta, Constantino repentinamente, sin espediente ó proceso de ningun género, puso

en arresto á su hijo primogénito y bajo segura custodia envióle á Pola en Italia; donde le hizo morir sin que jamás se haya averiguado con firmeza la causa ni el modo de su muerte, así por hierro ó por veneno. (a)

Casi al mismo tiempo que esto sucedía en Pola, en Nicomedia los emisarios de Constantino arrancaron al jóven hijo de Licinio de los brazos de su madre para degollarle barbaramente, como confiesa san Gerónimo. De este modo desaparecieron todos los que podían disputar el trono á los hijos de Fausta. Al fúnebre anuncio de crímenes tan inhumanos, la anciana Helena, desde Oriente acudió á Roma, llena de indignacion y rebosando dolor. La pérdida de su querido nieto, la deshonra que de ahí redundaba en perjuicio de la religion cristiana y los males que resultarían al imperio, estremecieron sus entrañas

(a) Los escritores mas autorizados atribuyen la resolucion de Constantino á la ambicion de su esposa y al odio de sus hermanos Constancio y Cloro. Estos, preveyendo que Crispo, hijo de una estrangera, pero de grandes virtudes, querido por su padre, por su abuela, por el ejército á quien habia guiado á la victoria, y por el pueblo á quien habia dispensado proteccion y que, agradecido, apellidábale, como lo atestiguan antiguos documentos, vencedor de los bárbaros, delicia de la juventud, esperanza y salud de la república, hubiéran sido el sucesor inmediato de Constantino con perjuicio de los hijos de Fausta, Constantino y sus dos hermanos menores, excitáron para desembarazarse de tan poderoso rival, las iras del emperador haciendole creer que Crispo conspiraba contra de él para despojarle del trono.

El Sr. de Broglie no está cierto de que Crispo fué cristiano. Para mí es un hecho indudable; porque, á parte que fué educado por su abuela Helena ya cristiana, y que los escritores cristianos así lo declaran, la medalla de este príncipe, con la efigie de Nuestro Señor Jesucristo, que ya conocen los lectores, quita toda duda.

de madre, de cristiana y de emperatriz. Con lenguaje noble, pero firme, increpó al hijo manifestandole la enormidad de su culpa. La confusion, la vergüenza, el remordimiento se apoderáron del alma de Constantino. Sus ojos se abrieron; reconoció cuan livianas eran sus sospechas, descubrió las indignas mañas y las infames artes de que se habian servido su mujer y sus hermanos para arrastrarlo á asesinar á su propio hijo. En aquel instante vió con horror á su hijo inocente cubierto de sangre y clamando venganza. Presentáronle á su exaltada imaginacion los anátemas de la Iglesia, la responsabilidad inmensa contraída en esta vida, y en la otra una eternidad de penas. Su estado era horrible: no encontraba paz ni tranquilidad ni de dia ni de noche. En vano buscaba ahogar sus tormentos en el estrépito de los festines y en la disipacion de los juegos. El aguijon del remordimiento le perseguia por todas partes. Una circunstancia cambió su exaltacion en delirio. Filostorgio (a) y Zosimo (b) aseguran que descubrió relaciones criminales entre su mujer y uno de los esclavos de sus establos. Fué verdad ó mentira, el castigo fué inmediato y terrible. La infeliz Fausta pereció ahogada en un baño de vapor. Ni aqui se contó la ira del obcecado monarca. Un fin no menos desastroso encontráron todos los que con sus funestos consejos contribuyéron á la muerte de Crispo. Tan horrible carnicería recordaba los tiempos de Neron. El pueblo horrorizado elevó, á pesar del terror bajo que gemia, un grito de execracion hasta el trou de César. Una mañana, clavado en su misma puerta, él leyó el sangriento distico.—*Saturni aurea sæcula quis requiret? Sunt hæc gemmea, sed Neroniana.* (c)

Quando se despertára Constantino de

(a) Véase su historia abreviada por el patriarca Focio, c. 2. cap. 2.

(b) lib. II. pag. 104-116.

(c) "Para qué buscar los siglos de oro?"

"El nuestro es de perlas, pero neronianas."

este delirio, la historia no lo refiere, como tampoco sabemos de qué medios la Providencia se sirvió para hacerlo volver á sus antiguos sentimientos humanos y á su acendrada piedad. Las tradiciones cristianas, como las paganas, nos lo representan, despues de esta embriaguez de furor, como atormentado por los mas agudos resentimientos, ya consultando á agoreros y adivinos é invocando á las deidades del paganismo, ya acudiendo á los sacerdotes cristianos y al verdadero Dios para alcanzar la justificacion de sus inauditos crímenes. No me detendré en esponer estas leyendas, la mayor parte falsas y todas sin fundamento crítico. Pero no cabe duda que, apénas vuelto en sí, Constantino se entregó á la vida de la mas austera penitencia y consagróse al ejercicio de la mas fervorosa piedad y á la practica de toda obra buena. Conserva aun Roma muchas pruebas del arrepentimiento del emperador; pues no hay acaso en la ciudad eterna basílica que no se glorie haber sido fundada por él y haber recibido de su generosidad regalos preciosos y cuantiosas dotaciones. Con estas larguezas confiaba Constantino alcanzar de la misericordia divina el perdon de sus pecados.

En su inmensa amargura, Helena, su anciana madre, era su consuelo, su esperanza, su única guia. Como que siempre habíala amado y respetado y la habia colmado de los mayores honores, en este momento su amor y veneracion hacia su santa madre rayaba en culto. A su vez, Helena con sus sabios consejos y con sus continuas oraciones se esforzaba en tranquilizar á su hijo y obtenerle el perdon de sus culpas. Uno de los medios mas eficaces que la misericordia divina hubiéramos agradecer era para la piadosa Helena una peregrinacion á la Palestina. Desde su conversion este pensamiento se habia apoderado de su alma. Ardientemente deseaba visitar y orar en aquellos mismos sitios santificados por el nacimiento, por la vida y por la muerte del Hijo de Dios, é inflamábase su alma

con la esperanza de descansar en los santos lugares del nacimiento y oscuridad en que yacía. Ella y aun mas su hijo debían á la Cruz del Salvador el cetro, el poder y la gloria grandeza sin igual que alcanzaron gracias á las victorias contra Licinio y Licinio. Hay mas; á este emblema augusto debían ámbos el conocimiento del verdadero Dios y su conversion á la fé de Jesucristo. A todas estas poderosas razones se añadia ahora una, que tenia para los dos un peso inmenso, la de buscar en el suelo empapado con la sangre del Redentor la espacion de los crímenes de su hijo.

Estas consideraciones preocupaban hondamente á Helena, cuando un aviso del cielo vino á decidirla. No ignoro hay escritores que lo han puesto en duda; pero no veo como hayan podido hacerlo sin ponerse en contradiccion con las autoridades mas graves entre los antiguos escritores. Rufino (a) afirma que Helena *conoció por visiones divinas (divinis visionibus)* debia hacer el viaje á Jerusalem. Sócrates (b) asegura, emprendió esta peregrinacion advertida en sueño (*in somnis admonita*). Lo mismo refiere Teófane (c) diciendo que fué avisada milagrosamente (*ostentum vidit*). Por último San Paolino de Nola (d) claramente dice, que la santa emperatriz emprendió el referido viaje por inspiracion de un consejo divino (*divino imperata consilio*).

No véo, pues, como pueden abrigarse dudas sobre un hecho atestiguado tan esplicitamente y por testimonios tan competentes.

Sin pérdida de tiempo, la piadosa Helena dió cuenta á su hijo de las espuestas razones y de su inquebrantable resolucion de acatar con toda la efusion de su alma la voluntad divina que habia conocido directamente y por medios sobrenaturales. Este anuncio llevó al ánimo abatido y ul-

(a) Hist. Ecc. lib. 10. c. 7.

(b) H. E. lib. 1. c. 17.

(c) In chronographia, p. 18. ed. Parisiis, 1655.

(d) ad Severum, § 4. n. 43.



cerado de Constantino el mas puro y suave consuelo y levantólo á nueva esperanza. Recordó sus dias pasados y los beneficios inmensos de que, por mediacion de la Cruz, habia sido colmado, y desde luego sintió renacer en su afligido corazon la mas ardiente confianza que la Cruz bendita seria otra vez su puerto de refugio y su salvacion.

Asi es que no solamente aprobó la resolucion de su madre, pero se identificó con ella y cooperó para que le llevara á cabo con todo el fervor de creyente y con toda la autoridad y poder de soberano.

Suministróle copiosísimos recursos y revistióla de los mas amplios poderes. Y para dar mas realce é importancia á la mision que le habia confiado, la elevó á la dignidad de emperatriz con el titulo de Augusta.

“El emperador,” refiérese Eusebio, “la adornó con los honores reales para que en todas las provincias, tanto por los paganos como por los militares, recibiese el titulo de augusta y de emperatriz, y que se acuñasen monedas con su efigie, y no satisfecho con esto concedióle Constantino la potestad sobre todos los tesoros imperiales, de los cuales usase á su arbitrio y segun pareciese á ella mas oportuno. (a)”

Todo previsto y todo arreglado, la magnánima Helena, á pesar de su octuagenaria edad y de que entonces corriesen los meses mas frios, se puso á la vela para Jerusalem en el año 326.

Antes de describir su llegada, conviene bosquejar rápidamente el estado en que entonces se hallaba la Palestina.

Por lo que toca á la capital, cumpliése en ella, al pié de la letra, la maldicion que sus moradores habían

imprecado sobre de sí y de sus propios hijos. Desde que los soldados de Tito no habian dejado piedra sobre piedra (b), la ingrata Jerusalem yacia en la mas espantosa desolacion.

No era mejor la suerte de lo demás de Palestina. Para que el anatema, que sobre su cabeza pesaba, tuviera su fiel cumplimiento, el pueblo hebreo destrozábase á si mismo por sus intestinas discordias y por sus rebeliones incesantes contra sus amos. Severamente castigados los hebreos por Trajano, de nuevo se levantaron en armas contra su sucesor Adriano, cometiendo crueldades horrendas en Siria y Palestina, bajo el mando de un cierto Barcochebas, que apellidábase *el Mesias*. Tan obstinada rebellion tuvo un castigo ejemplar. A las órdenes de Tinnio Rufo y de Julio Severo, envió Adriano un numeroso ejército, que en tres años capturó y destruyó cincuenta fortalezas y nuevecientas ochenta y cinco ciudades. En los encuentros sin número y en las varias batallas, perecieron, solamente por el hierro, mas de medio millon de hebreos, y mucho mas numerosas fueron las víctimas de la hambre, del fuego y de las enfermedades. Los que lograron salvar la vida, fueron diseminados en el vasto imperio ó vendidos en las públicas ferias y mercados á semejanza de caballos y bueyes. Desde aquella época en ninguna parte los hebreos fueron tan reducidos y tan estranjeros como en la Palestina, y en particular en Jerusalem.

Sobre sus ruinas levantó Adriano la ciudad, que del apellido de su familia llamóse Elia Capitolina, de la cual ya hice mencion en otro sitio. (c) Adornóla con vastos monumentos construidos con esa regularidad mo-

(a) “De Vita Const.” lib III. cap. 47. Sobre las medallas de Helena véanse *du Cange*, in famil. aug.—*Banduri*, numismata Imp. RR.—*Mionnet*, op. cit. Teofanes asegura que Constantino envió Helena á Jerusalem con fuerte suma de dinero para que buscase la Cruz del Señor, op. cit.

(b) Matth. XXIV, 2—Marc. XIII, 2—Luc. XIX 44. XXI, 6—Véase á José Flavio, “*de bello Judaico*,” lib. VI. y Tacito, lib. V. c. 13 que hacen una viva pintura de las calamidades de Jerusalem durante el famoso sitio que tuvo lugar en el año 70 de la era cristiana.

(c) p. 8.

nótona de todos los edificios oficiales. Los templos abundaban de una manera increíble; casi como alarde del triunfo y dominio de los ídolos sobre la ciudad donde por excelencia se habia adorado al verdadero Dios. En odio á este, erigióse un templo á Jupiter Capitolino en el mismo sitio donde habia estado el de Salomon, y en odio al Salvador de los hombres, los lugares santificados por los misterios inefables de su nacimiento, passion y muerte fuéron contaminados, como lo atestiguan san Paolino (a) Rufino (b) y muchos otros escritores, por santuarios dedicados á la celebracion de los mas infames é impúdicos ritos. Y para que tan torpes monumentos no fuéren profanados por la presencia de los desdichados hebreos, un decreto de Adriano les prohibia, bajo las mas terribles penas, hasta la entrada en su nueva ciudad. Un día solo al año y durante la feria, se les permitía entrar, mas á condicion de pagar crecidos derechos. Y para siempre mas alejarlos de la ciudad idólatra, sobre la puerta principal ostentábase, insculpido en grande tamaño, un cerdo, emblema aborrecido de todo israelita. Es asi que, abuyentados todos sus naturales habitantes, sus nuevos vecinos eran, en su mayor parte, aventureros, sirios, griegos y árabes, atraídos por las ganancias que les ofrecían los privilegios de colonia romana con que Adriano habia favorecido á su ciudad.

Facil es figurarse, cual sería la triste condicion de los judios. Esparcidos en los alrededores, en Tiberiade, Cafarnao y Nazaret, los infelices echaban tristes miradas sobre aquel suelo sagrado, del cual estaban escluidos, y consolábanse con la esperanza de que el Mesias, entonces, como ahora, esperado con fé tan firme como infundada, les devolveria la ciudad de David.

A pesar de sus inauditos revéses y de su sin igual abatimiento, el pueblo hebreo no dejaba de tiempo en tiempo

de renovar tentativas para reconquistar la pátria amada y la pristina independencia. Vanos esfuerzos, que no tenían mas resultado que el de exasperar los ánimos de sus tiranos, y de que se cumplieran con mayor rigor los ominosos vaticinios lanzados contra la ciudad y el pueblo deicida. Cada nueva resistencia concluía aumentando á grandes créces sus calamidades y remachando siempre mas sus duras cadenas. Un nuevo escarmiento sufriéron bajo el mismo Constantino. Refiére S. Juan Crisóstomo que mientras reinaba este emperador, los judios violando los decretos de Adriano, no solo penetráron en la ciudad, sino que tentáron reconstruir el templo; de lo que indignado Constantino dispuso, que fuéran cortadas las orejas á todos los cómplices en tal atentado; y con el objeto de prevenir ulteriores abusos, emanó nuevos edictos citados en el código Teodosiano, y fechados el 18 de Octubre de 315 y el 10 de Diciembre de 321, obligando á los judios á las cargas municipales é interdiendiéndoles todo acto de proselitismo.

Hasta el tiempo de Constantino, estas leyes alcanzaban á los cristianos lo mismo que á los judios.

Por mucho tiempo, los paganos no hiciéron gran diferencia entre los hebreos y los cristianos, designando á estos con los nombres de *judios*, *nazarenos* y *galíleos*. Tacito confunde á menudo los unos con los otros (c). Lo propio sucede á Svetonio (d). El mismo san Lucas dice, que el decreto del emperador Claudio, espulsando de Roma á los judios, alcanzó á los cristianos. De aquí que muchas veces, igual fué la suerte de ambos; á lo menos así sucedió en Palestina y en particular en Jerusalem, donde (segun san Lucas) las leyes concernientes á los judios aplicábanse á los cristianos sin distincion alguna. (e)

Mas por terribles que fueran las persecuciones y á pesar de las leyes

(a) Ep. ad Sev

(b) Hist. Ecl.

(c) "De bello Judaico," lib. V.

(d) In Claudio, cap. XXV.

(e) Act. Apostol. XVIII, I.

que prohibían á los cristianos residir y hasta entrar en Jerusalem, ó sea en Elia Capitolina, sin embargo jamás de ella desaparecieron por completo los cristianos. La prueba la suministra la serie nunca interrumpida de los obispos jerosolimitanos, que á principios del cuarto siglo sabian ya nada menos que á 38, muchos de ellos mártires, todos habiendo sufrido trabajos y padecimientos inauditos, siempre viviendo ocultos con sus rebaños para no caer víctimas de la saña de los procónsules romanos. Tan dura condicion continuó hasta el edicto de Milan, cuando otorgada por Constantino, Licinio y Daza la libertad de cultos, los cristianos pudieron sin dificultad fijar su residencia en Jerusalem y ejercer libremente su culto en toda la Palestina, como en lo restante del imperio romano. A los escasos cristianos que vivian escondi-

dos, asociáronse entonces varios de entre los convertidos griegos, y con todo, la iglesia de Elia Capitolina era tan reducida y de tan escasa importancia, que en vano su digno Pastor, el santo Macario, se esforzó en el concilio Niceno para elevar su silla á la dignidad de metropolitana, con independencia de la de Cesarea de quien era sufragánea, alegando su origen apostólico, y que habia sido ocupada por largo espacio por el apostol San Jaime y por los parientes y deudos de Nuestro Señor Jesucristo; pues el concilio resolvió debian mantenerse intactos los derechos, honores y privilegios del metropolitano de Cesarea. Solo un siglo mas tarde, despues de un vivó altercado y mucho trabajo, Juvenal consiguió (451) del concilio calcedonense que su silla de Jerusalem fuese erijida en metropolitana.

§ II.

DEL DESCUBRIMIENTO DE LA CRUZ.

Tal era la condicion social y religiosa de Jerusalem y de la Palestina cuando llegó en los primeros dias del año 326 á aquellos santos lugares la piadosa Helena. (a) Fácil es figurarse, cual seria la alegría que despertó la llegada de tan augusta peregrina entre aquellos fieles y, aun mas, en el ánimo del celoso Macario que con tanto amor veneraba

aquellos sagrados sitios.

Dejo á san Ambrosio referir con su grande elocuencia lo ocurrido en tan memorable circunstancia.

“Habiendo ido Helena á visitar los
“lugares santos, apenas hubo llega-
“do, fué inspirada para que buscára
“el madero de la Cruz; por lo que
“sin pérdida de tiempo se fué al
“Gólgota. Allí exclamó: he aquí el
“lugar de la victoria, ¿mas donde es-
“tá la victoria? Busco la bandera de
“la salud y no la encuentro. ¡Yo,
“dice, en el trono, y la Cruz del
“Señor en el polvo! ¡Yo en los pa-
“lacios, y el triunfo de Cristo entre
“las ruinas! ¡Todavía está escon-
“dida la palma de la vida eterna!
“¿Óómo puedo considerarme redimi-
“da, si no véo la misma redencion?
“Entiendo lo que has hecho, ó de-
“monio, para que fuése encubierta

(a) Se equivocó Mr. de Broglie, colocando la llegada de Sta. Helena y la invencion de la Cruz en el año 327. Siguiendo á Eusebio y Rufino, todos los escritores ponen el viaje de Helena en el año 326. Véanse los Bolandistas al dia 3 de Mayo y al 18 de Agosto, y *Valois* in notis ad Eusebium, (pag. 544 edicion de Turin, 1746.)

“ la espada con que has sido muerto.
 “ Mas Isaac desembarazó los pozos
 “ obstruidos por los extranjeros y no
 “ permitió que por mas tiempo
 “ quedáse oculta el agua. Quítese,
 “ pues, la ruina, para que aparezca
 “ la vida. Empúñese la espada que
 “ cortó la cabeza al verdadero Go-
 “ liat. Se abra la tierra y brille la
 “ salud. ¿ Con qué objeto escondiste,
 “ ó diablo, el madero, sino para que
 “ vencieses de nuevo? Te venció
 “ Maria, la que enjendró al triunfa-
 “ dor, la que sin quebranto de su
 “ virjinidad dió á luz á Aquel que
 “ crucificado te venciera, y muerto te
 “ subyugára. Hoy, tambien, serás
 “ vencido, para que la mujer desha-
 “ ga tus asechanzas. Aquella, como
 “ Santa, llevó al Señor, yo buscaré
 “ á su Cruz. Aquella mostró al en-
 “ jendrado, yo al resuscitado. Aque-
 “ lla hizo que Dios fuera visto entre
 “ los hombres, yo de las ruinas le-
 “ vantaré el estandarte para que sea
 “ remedio divino de los pecados.” (a)

Animada de estas disposiciones, fa-
 cilmente se entiende como Helena
 acudió á todos los medios para ha-
 llar el precioso tesoro. Segun
 he narrado en otro lugar, la Cruz del
 Redentor, con las de los dos ladrones,
 habia sido deliberadamente escondida
 en las entrañas de la tierra por los pa-
 ganos, tanto en odio del Redentor, co-
 mo para impedir que sus discípulos
 le tributasen culto y fuéra para ellos
 un centro al rededor del cual se
 agrupáran. Y para conseguirlo con
 mayor seguridad, erijiéron los tem-
 plos ya indicados á Venus en los mis-
 mos pasajes donde se habia verificado
 la pasion y muerte del Hijo de Dios.
 Relegados á lejanas tierras los veci-
 nos cristianos y hebreos de Jerusalem,
 y oprimidos los pocos que en ella per-
 maneciéron, no era extraño que, des-
 pues de cuatro siglos, no quedasen
 ni monumentos ni recuerdos del
 sitio donde habia sido enterrada
 la Cruz; tanto mas en una po-
 blacion de tan reciente fundacion
 y cuyos vecinos procedian todos de
 estraños paises. Los mismos cristia-

(a) In obitu Theodosii.

nos éran griegos convertidos.

No por eso se arredró el corazon
 magnánimo de Helena. Sin pérdida
 de tiempo, convocó en Jerusalem una
 reunion de varones cristianos de insig-
 ne doctrina y de acendrada piedad, y
 de los mas entendidos de entre los he-
 breos, y como quisiera que de ellos ha-
 biése, despues de minuciosa investiga-
 cion, averiguado el sitio donde habia
 sido enterrado el Redentor, (b) dispuso
 se echára desde luego mano á la obra,
 convencida que encontrarían á corta
 distancia el deseado madero; porque
 éra costumbre de los hebreos sepul-
 tar, al lado del cadáver del réo, los
 instrumentos que habian servido á
 darle la muerte. La empresa era
 atrevida y exijia grandes sacrificios
 pecuniarios. Habia que demoler tem-
 plos paganos y hacer escavaciones que
 podían durar largo tiempo; mas He-
 lena llevada de su celo, revestida de
 los mas amplios poderes, y con los
 inmensos recursos que su hijo habia
 puesto á su disposicion, derribó sin re-
 paro templos y casas y en varios pun-
 tos llevó á cabo hondas escavaciones,
 haciendo trasladar aquellos escombros
 profanos á grande distancia de los lu-
 gares sagrados.

“ Dirijia la misma Helena los tra-
 “ bajos, y al fin de varios dias, debajo
 “ de las ruinas del templo de Venus,
 “ se descubrió,” (dice Teófane) “ el
 “ Santo Sepulcro y el lugar del Cal-
 “ vario, y cerca de ellos, hácia orien-
 “ te, se halláron tres cruces, y des-
 “ pues, habiendo buscado de nuevo, se
 “ encontraron los clavos y la inscrip-
 “ cion ó título del Redentor.”

Pero, como quiera que las tres cru-
 ces fuésen iguales en tamaño, y la
 inscripcion estuviése despegada del
 santo madero, no era fácil averiguar
 cual fuéra la cruz del Redentor y
 cuales las de los ladrones.

(b) Sozomeno (l. 2. c. 1. H. E.)
 asegura que Helena supo el sitio de
 la Cruz por un judío, cuyo padre se
 lo habia manifestado por escrito.
 Mas como sea este el solo escritor que
 lo afirma, considéro verdadero el re-
 lato de todos los demás.

Afortunadamente, hallábase á la sazón presente el santo obispo de Elia, Macario, que desde la llegada de la emperatriz á Jerusalem no se habia apartado de su lado y que tomaba parte en sus consejos y empresas por encargo de Constantino.

Este santo Prelado propuso á la emperatriz que se acercásen las tres cruces á una señora aflijida por una enfermedad incurable. Pareció prudente el consejo á Helena, por lo que ella misma, el dia 3 de Mayo de 326, se trasladó con las cruces á la casa de la enferma, donde, apénas hubo llegado, puesta de hinojos con el mayor fervor y reverencia ofreció la siguiente oracion. "Tu, ó Señor, por la pasion de la Cruz te has dignado conceder la salud al linaje humano por medio de tu Hijo unigénito, y ahora en los tiempos próximos inspiraste en el corazon de tu sierva el pensamiento de buscar el bien aventurado madero en el cual fué suspendida nuestra salud, demuestra, ahora, con toda evidencia, cual de estas tres fué la Cruz que sirvió para la gloria del Señor y cual para el suplicio infame, haciendo que esta mujer que yace semiviva, apénas hubiere sido tocada con el madero santo, de las puertas de la muerte vuelva á la vida. Concluida esta oracion," continúa Rufino despues de haberla referido, "aplicó Helena dos de las cruces sin que la moribunda hubiese experimentado ninguna mejora; mas apénas la tocó con la tercera, la agonizante abriendo repentinamente los ojos, adquirida la robustez de las fuerzas y la alegría del corazon, no cesó de ensalzar y bendecir al Señor." (a)

Toda duda habia desaparecido. El anhelado madero habia sido hallado. Como era natural, el júbilo de la piadosa Helena no conocia límites. Arrobada en amor, en veneracion, en

fé, abrazó el santo madero y postrada á sus piés le adoró porque en él habia sido clavada la salud del mundo. Y sin perder tiempo dió parte del glorioso suceso á su hijo. No es fácil tampoco describir la alegría del venerable Macario, del clero y de los fieles de Jerusalem. Con la rapidez que permitian los medios de comunicacion entonces conocidos, el grato anuncio se propagó por toda la Iglesia, acrecentando de una manera asombrosa la devocion á la Cruz del Redentor. La historia unánime nos atestigua que este movimiento fué universal y espontáneo. El palacio del poderoso, lo mismo que la choza del labriego, la liturgia del santuario como la secreta oracion del seglar, estuvo de acuerdo en este tributo de amor. Un solo himno resonaba en todas partes. Vióse la Cruz, hasta entonces aborrecida, elevarse gloriosa en lo alto de las coronas de los reyes, encima de los arcos triunfales, en las alturas de los templos, en medio de los altares. Y los santos obispos, en testimonio de la virtud que en dicha Cruz colocaban, adornaban con ella los vestuarios sagrados, ponianla sobre los nimbos de las sagradas imágenes, la llevaban suspendida ante el pecho. No habia adorno, vaso sagrado, oracion, sacrificio, que no lleváse la Cruz. El nacimiento, la vida y la muerte del cristiano santificábanse con esta señal augusta.

Antes de pasar adelante, debo responder á una objecion con que se ha pretendido impugnar la verdad de los sucesos que acabo de referir.

Sin que jamás existiera la mas pequeña duda, por doce siglos se creyó, con plena certidumbre, en la invencion del madero santo de la Cruz por obra de la piadosa Helena. Fué en el siglo llamado de la reforma (que mas propiamente ha de nombrarse él de las grandes negaciones) que se pretendió calificar de falso, ó á lo menos, de infundado, un hecho que descansaba sobre el unánime testimonio de los escritores contemporáneos mayores de toda escepcion por su indudable doctrina y por su probidad reconocida. Wicleff, Calvino y los cen-

(a) Rufino, (H.E. lib. X cap. 8.)—Sozomeno, (H.E. lib. II cap. I), Paulino, (ep. cit.)—Sulp Severo, (Hist. Sacr. lib. II) y otros dicen que la mujer estaba ya difunta.

turiadores de Magdeburgo fueron los primeros á impugnarlo; Riveto (a), Salsasio (b) y Manuel Basuage (c) son los mas recientes.

El principal, cuando no fuese el solo argumento que alegan, fundase en el silencio de Eusebio, que tanto en su Historia eclesiástica como en sus libros sobre la vida de Constantino, nada dijo de un suceso de tanta importancia, cual era el descubrimiento del santo madero de la Cruz del Señor: suceso del cual él no pudo callar por redundar en honra de su patria y de su provincia (d), en bien de la Iglesia de que él era celoso pastor, y en gloria de Constantino y de Helena de quienes él era, mas que historiador imparcial, amigo sincero y admirador entusiasta.

Fundados en este silencio, los autores mencionados infieren, que el hallazgo de la santa Cruz sea fruto de la necia credulidad de escritores posteriores que con sus incoherentes y variadas narraciones demuestran poca autoridad lleven consigo.

A mi entender, este raciocinio descansa sobre dos suposiciones equivocadas á todas luces: la primera, que el silencio de Eusebio sea real y completo; la segunda, que este silencio baste de por sí solo á probar falso el relato de los demas escritores. Para mi no cabe duda que ambas suposiciones son de un todo gratuitas.

Pocas observaciones bastarán, á mi juicio, para demostrarlo con toda evidencia.

Examino antes la suposicion de que el silencio de Eusebio sea suficiente para echar por el suelo las esplicitas declaraciones de los santos padres Ambrosio, Crisóstomo y Cirilo de Jerusalem y de los escritores Rufino Sozomeno, Teodoreto, Socrate, Sulpicio Severo y muchos otros acaso de no tan

remota antigüedad como los indicados.

Fué hallada la Cruz en el año 326, y en 395 San Ambrosio, en su oracion fúnebre del emperador Teodosio, publicaba, como cosa notoria y admitida por todos, el descubrimiento del santo madero (e). Casi en el mismo año referían lo propio san Juan Crisóstomo (f) y san Paolino de Nola. (g) Pero el autor que para mi tiene una autoridad incontrastable es Cirilo de Jerusalem. Cuando se halló la santa Cruz él era diacono del obispo de dicha ciudad, Macario, (á quien sucedió 24 años despues) varon insigne no menos por su eximia piedad que por su vasta doctrina. Y bien; Cirilo en una carta dirigida el año 351 al emperador Constancio, nieto de Helena, y que por consiguiente no podia ignorar el grande acontecimiento que cubrió de gloria el último año de la vida de su santa abuela, le recordaba "que en tiempo de su padre Constantino el amigo de Dios y de feliz recordacion, habíase hallado en Jerusalem el madero salutifero de la Cruz, habiendo asi la gracia divina recompensado á su abuela que buscaba los santos lugares escondidos."

(h)

Considero de tanto peso los escritores citados, que juzgo superfluo detenerme sobre los demás, aunque todos sean respetables por muchos conceptos, si bien viviéran algo despues del grande acontecimiento. Decida el lector, quien pudo asegurarse mejor de la verdad del suceso; si Cirilo que muy probablemente fué testigo del descubrimiento, ó Wicleff, Calvino y Basnage que vivieron, aquellos doce siglos despues, este mas de 1500 años mas tarde.

Observo tambien, que estos mismos escritores que impugnan el hallazgo de la Cruz solo porque Eusebio de él no hace mencion, son los mismos

(a) Lib. III. Crit. sac.

(b) Observ. in Baronium.

(c) tom. II. annal, Polit. Eccæ. ad ann. 326.

(d) Eusebio nació en la Palestina, y fué arzobispo de Cesarea, en cuya provincia estaba enclavada la diócesis de Elia Capitolina ó Jerusalem.

(e) De obitu Theodosii.

(f) Hom. 85. ad cap. Jo: XIX. San Juan Cris. murió en el año 407.

(g) ep. XXXI ad Sulp. Este nació en el año 353.

(h) Ep. ad Constantium Imp. de signo lucide crucis.

que acusan á Constantino y severamente le censuran por haber infligido la muerte á su hijo, á su esposa y á su sobrino, aunque de todos estos enormes crímenes observe Eusebio el mas alto silencio. Está claro; la crítica de estos señores es la de dos pesos y de dos medidas.

Pero, despues de todo, ¿es cierto que Eusebio nada diga sobre la invencion de la Cruz? En primer lugar observo, que porque en un escrito un historiador no refiera un acontecimiento, no debe de ahí deducirse no lo haya hecho en ningun otro escrito suyo, especialmente si hubiere compuesto muchos. De esto el mismo Eusebio nos suministra un ejemplo elocuente. En su historia eclesiastica consagra un capitulo entero (a) á referir la victoria del Puente-Milvio, en él habla de haber Constantino, antes de entrar en batalla, invocado el apoyo de Dios y del Salvador Jesucristo y describe la estatua que se erigió él mismo en Roma con la cruz que llevaba en mano y la inscripcion que tenia á los piés; mas ni en ese capitulo ni en toda la obra no se encuentra una silaba que se refiera á la aparicion de la Cruz á Constantino, ni al Labaro que este mandó hacer.

Ahora bien; suponiendo que la vida de Constantino del mismo autor se hubiérase perdido, como ha sucedido á no pocas de sus obras, ¿seria acaso justo calificar de falsa la narracion del Labaro, solo porque de ella Eusebio no hace mención en su Historia eclesiastica? ¿Y quien por tanto se atreveria á afirmar que entre las citadas obras extraviadas (b), en ninguna, ni en su historia de la estupenda basilica construida en Jerusalem por órden de Constantino, nada dijo Eusebio del prodijioso descubrimiento de la Cruz?

Viniendo ahora á la cuestion principal, no vacilo en sostener que si bien Eusebio no habló explícita-

mente en ninguno de sus escritos que han llegado hasta nosotros del prodijioso descubrimiento, sin embargo aludió á él de la manera mas terminante en el tercer libro de la vida de Constantino. En él, despues de referir la solicitud afectuosa que el emperador habia tomado por el concilio Niceno, sus muchas cartas al episcopado del orbe entero, los templos suntuosos erijidos por él y por su madre en Jerusalem y Palestina, cita integra la carta que el mismo emperador dirigió al obispo de Jerusalem, Macario, prescribiendole que en el sitio mismo de la sepultura del Señor erijiera con real munificencia un templo digno de Dios. Dicha carta empieza con estas significativas espresiones. "Tan señalado ha sido el favor del Salvador, que por ningun lenguaje humano pueda hacerse la narracion adecuada del presente milagro. Porque en verdad excede toda nuestra admiracion que haya ahora brillado á los siervos redimidos el monumento de la sacratísima pasion que habia sido escondido debajo de la tierra por tan larga serie de años. ... Porque la fé de este milagro está tan por encima de la razon humana, cuanto las cosas divinas están sobre las terrenales. ... Por lo que mi principal objeto es, que asi como la fé de la verdad se aclara y se corrobora cada dia por los nuevos milagros, asi, tambien, nos emulemos con toda modestia y comun alegría á la observancia de la santa ley. Lo que siendo notísimo á todos, quisiera que todos se persuadiéran, que nada he deseado de tanto tiempo, como adornar con la hermosura de las fabricas aquel lugar sagrado del cual salió á luz la fé de la pasion del Señor, tanto mas sagrado, quanto habia sido deturpado por la erccion de un edificio pagano."

Estas palabras son bien explícitas. La frase de monumento y fé de la pasion del Señor escondido en las entrañas de la tierra por tan larga serie de años, no puede entenderse mas que de la Cruz hallada por Helena. Asimismo ese milagro tan asombroso que

(a) Lib. IX. cap. IX.

(b) El docto protestante Oave cita 18 obras de Eusebio que no han llegado hasta nosotros. *Script. Eccl. Histor. litter.*

la mente humana no alcanza á concebir, ni el lenguaje de los hombres á describir, no puede ser otro mas que el de la cura repentina de la mujer agonizante por el solo contacto de la Cruz del Salvador. Si á esto no aludía Constantino, sus palabras son completamente ininteligibles. Pretender que se refirieran al santo sepulcro es absurdo manifiesto, porque para ello no había necesidad de ningun milagro. Noto, tambien, que esta misma es la interpretacion que le diéron Sócrate y Teodoro que en sus historias (a), para confirmar el descubrimiento de la Cruz, insertáron la carta mencionada de Constantino á Macario.

Por último, ruego al lector pondére las siguientes espressiones con que Eusebio concluye la descripcion del templo de Jerusalem, construido por orden de Constantino, y en el cual, como se verá en el § siguiente, Helena depositó una porcion de la santa Cruz. "Quiso el emperador que contra la perversidad de los vecinos de Jerusalem que eran causa de la ruina, fuere erijido con culto esplendido el *Trofeo de la victoria* que sobre la muerte habia alcanzado el Salvador." Además de que, segun el sentido obvio, estas palabras han de referirse al simbolo angusto de nuestra redencion, hay que tener presente, que imitando el lenguaje de los antiguos, Eusebio, con grande frecuencia, para designar la Cruz, se sirve de las espressiones "simbolo de inmortalidad; trofeo de la victoria que sobre la muerte habia conseguido el Hijo de Dios."

Estas consideraciones demuestran, cuan liviano sea el argumento principal que se aduce para atacar la verdad del descubrimiento del santo madero de la Cruz. A no querer cerrar los ojos á la luz hay que concluir—1.º que Eusebio, á lo menos implicitamente, dejó en sus escritos consignado el hecho referido: 2.º que si nada hubiera dicho, ninguna consecuencia podria de ahí sacarse para atenuar y mucho menos para echar abajo una relacion que descansa sobre autorida-

des tan competentes; 3.º que si entre estas hay alguna lijera variedad, consiste en circunstancias accesorias y secundarias sin afectar á la sustancia en la cual todos convienen.

De estrañar es que Gibbon trate este asunto con lijereza injustificable y que M. de Broglie afirme que por cierto capricho Eusebio no habló del descubrimiento de la Cruz.

Refutada victoriosamente, á mi entender, la sola objecion especiosa que se alega contra el descubrimiento de la santa Cruz debido al celo de la piadosa Helena, reasumo la narracion de los sucesos relacionados con tan grande acontecimiento. Apenas hallado el precioso tesoro, el primer pensamiento de la emperatriz fué el de proveér á su perpetuo culto y á su honra futura. Nada mas justo de que la Cruz en que habia muerto el Hijo de Dios, fuese venerada en la ciudad misma donde habiase consumado el sacrificio del Dios Hombre. Asimismo, nada mas natural que lo fuese tambien en la nueva Jerusalem donde el Vicario de Jesucristo habia fijado su asiento, y donde el hijo de Helena, el emperador Constantino, conservaba aun su trono y desde donde imperaba al universo entero.

Asi efectivamente lo hizo la magnánima emperatriz, como lo atestiguan todos los escritores antiguos.

Leemos en Rufino de Aquileya que "Helena llevó al hijo una porcion del mismo madero y que la otra, custodiada en rica caja de plata, la dejó en el mismo sitio en que aun se conserva con veneracion esmerada." (b) Esto mismo confirma Teodoro diciendo; "que la emperatriz destinó porcion de la Cruz al Palacio, y lo restante, depositado en una caja de plata, lo entregó al obispo de Jerusalem con el objeto de que conservára la posteridad los monumentos de nuestra salvacion." (c) Sozomeno tambien afirma que "la mayor parte de la Cruz veneranda se conserva todavia en Jerusalem en una caja de plata, y que la empera-

(a) lib. I cap. IX. lib. I. c. XVII.

(b) Lib. IX-H. E. Lib. I.

(c) Lib. I. H. E. cap. 17.

“triz envió la otra porcion al hijo Constantino con los clavos con que había sido clavado el cuerpo de Cristo.” (a). Por último, Sócrates confirma esto mismo. He aquí sus palabras. “La madre del emperador dejó una porcion de la Cruz en Jerusalem encerrada en una caja de plata para los que quisiesen venerarla, y para perpetuar la memoria envió la otra al emperador. Este, apenas la hubo recibido, no dudando que la ciudad que conservára prenda tan preciosa se mantendría incólume, la colocó en su estatua que se halla sobre la columna colorada que está en Constantinopla, en el foro llamado Constantino.” (b).

Es imposible exista mayor unanimidad de la que reina entre estos escritores. Todos convienen en que Helena conservó en Jerusalem una porcion de la Cruz, y que

envió la otra á su hijo. Mas Sócrates añade la circunstancia, de que Constantino colocó la porcion que le había enviado su madre, en la estatua que así mismo habiase erigido en Constantinopla. Ahora bien; no cabe duda, que en esto Sócrates incurrió en gravísima equivocacion, como incurrió tambien cuando dijo que Constantino había hecho trasladar, en medio de un cortéo de soldados, el cadáver de su madre á Constantinopla, puesto que cuando ambos sucesos ocurrieron, Constantinopla aun no existía. El descubrimiento de la Cruz se verificó el año 326; y el año siguiente, á lo mas tardar, murió Helena, mientras la fundacion de Constantinopla se llevó á cabo el 1. de Noviembre de 329 y la ceremonia de la dedicacion se celebró el 11 de Mayo de 330. (c)

(a) Lib. I. H. E. cap. 1.

(b) Lib. I. H. E. cap. 17.

(c) Este error nació, sin duda, de que Sócrates no comprendió bien á Eusebio. Este había dejado escrito (de vita Constantini, III. 47) que el cadáver de Helena fué conducido á la ciudad real, de lo que infirió Sócrates, que esta ciudad era Constantinopla. Ahora bien: Eusebio en el lugar indicado y siempre, antes y despues, por dicha frase entiende á Roma, como ha observado el Baronio. Además, sabemos por Niceforo (lib. 8 cap. 30) que el cadáver de la emperatriz habiendo permanecido dos años en Roma fué llevado á Constantinopla. En otro grave error, creo, cayó Sócrates, cuando afirmó que Constantino colocó el madero de la Cruz enviado-le por su madre en la columna de porfiro sobre la cual estaba la estatua del mismo emperador. En efecto, no es probable que Constantino tan devoto de la Cruz y para la cual profesaba tan honda veneracion, hubiera colocado en un lugar profano y espuesto á todo género de insulto tan sagrada reliquia. Además, sabido es que para embellecer á Constantinopla, el emperador despojó á Roma y á otras ciudades del imperio de sus

mas célebres monumentos. En este número hallábase el Paladion, ó sea la famosa estatua de madera de Pallas que constituía la inespugnabilidad de Troya y de la cual se apoderó Enea. De ella refiere la *Crónica Alejandrina* que Constantino la colocó en la misma estatua de porfiro del foro Constantino en que Sócrates puso al madero de la Cruz. ¿Quién se engañó, Sócrates ó el autor de la *crónica Alejandrina*? A mi entender el primero, no solo por la razon alegada, sino tambien porque Teodoreto (H. E. l. 1. c. 35.) refiere que celebrábase por el pueblo fiestas al redor de la estatua mencionada, en lo que está conforme con Filostorgio, (lib. 2.c. 17), y con Esiquio, (de originibus Urbis Constantinopolitanæ, hacia el fin) y aun mas con la mencionada *Crónica Alejandrina*, (Gallieno et Symmacho Coss.) que abiertamente dice que Constantino mandóse tributásen una vez todos los años en el circo grandes honores á la estatua citada. Probablemente eran fiestas y honores cívicos, y Constantino para ello escojó esa estatua suya á cuyos piés estaba el poderoso Paladion que tantas glorias recordaba á los romanos. Todo esto demuestra siempre

De lo dicho resulta, que Helena se limitó á dejar una porcion de la Cruz en Jerusalem, y á enviar la otra á su *Palacio* (segun la frase de Teodoro) que no pudo ser otro que el que tenia en Roma erijido en los huertos *Varianos*, (asi llamados de 'Sesto Vario, padre del emperador Heliogabalo,) en los cuales estaba el palacio *Sesoriano*, residencia antes de dicho emperador, despues de su sucesor Alejandro Severo y por último de la misma Helena, á cuyas instancias convirtiólo Constantino en la basilica *Sesoriana* (a) en donde fué depositado y aun se conserva el madero santo de la Cruz.

Como ya he observado, los escritores, cuyas palabras he citado, se ciñen á hacer constar que Helena dividió el Santo madero en dos porciones, de las cuales una entregó al obispo de Jerusalem y la otra la envió á Roma. Mas nada dicen de haber mandado porcion alguna á Constantinopla, por la sencilla razon que ni la envió, ni pudo enviarla porque entonces no existía tal ciudad. Y sin embargo, es indudable que de los tiempos mas remotos se conservaba en la iglesia de S. Irene (mas tarde de Sta. Sofia) de Constantinopla una porcion de la Cruz del Señor y que así lo encontramos consignado en la mas respetable tradicion. Esta es tan general y tan unánime, que desde el siglo quinto no se encuentra quizás un solo escritor que hablando de la distribucion de la Cruz no diga que Helena envió un pedazo á Constantinopla. Yo mismo así lo creí por mucho tiempo, y solo reconocí mi error, cuando hallé que Constantinopla fué fundada tres años despues de la muerte de la emperatriz. Sin duda, el autor de esta erencia tan universal fué Sócrates. Su equivocacion arrastró á todos los que escribiéron despues de él.

Mas lo que no hizo la madre lo lle-

mas el grave error de Sócrates al confundir un madero completamente pagano con la Cruz del Salvador.

(a) Hoy Sta. Cruz de Jerusalem.

vó á cabo el hijo. Ya construida Constantinopla, el emperador que la habia escogida por su residencia y que para ella abrigaba la mas exajerada predileccion, quiso tener á su guardia y amparo un pedazo de aquella Cruz, á quien todo debia y para la cual conservaba devocion tan ardiente. Mas seria absurdo suponer, que faltando á la voluntad de su madre hácia la cual profesaba una veneracion tan honda, Constantino quitase de Roma, para llevar á Constantinopla, el madero colocado en el palacio de su misma madre, convertido para ese esclusivo objeto en suntuosa basilica. Así, pues, es de creer que á Constantinopla el emperador no llevara mas que un fragmento de la preciosa reliquia, que colocó en la célebre iglesia de Santa Irene, mas tarde dedicada á Santa Sofia.

De lo espuesto resulta que Jerusalem, Roma y Constantinopla tuvieron la suerte de dividirse el santo madero, habiéndose en cada una de ellas erijido un templo consagrado al culto de tan sagrado tesoro.

Por la íntima relacion que tienen con el asunto de que me ocupo, no será inútil esponer sobre dichos templos algunas reflexiones. Apenas llegaron á manos de Constantino las cartas de su madre, anunciándole el descubrimiento del madero de la Cruz, con el precioso regalo que las acompañaba, desde luego se presentó al piadoso emperador el pensamiento de erijir en aquellos santos lugares un templo consagrado á custodiar tan inestimable reliquia y en conmemoracion de los inefables misterios que se habian verificado en aquellos lugares. Sin pérdida de tiempo, escribió al santo obispo de Jerusalem la carta citada poco há, encargándole con extraordinario empeño la construccion de la iglesia destinada al culto de la Cruz y en memoria de la pasion del Redentor. Despues de manifestarle las poderosas razones que habianle sugerido esta resolucion, añade: "Así, pues, dejo á vuestra discrecion tomar las disposiciones necesarias y poner en obra lo que fuere del caso para

" que se erija una basílica que su-
 " pére de mucho las mas bellas que
 " haya en el mundo, y que no sola-
 " mente el edificio en sí mismo, pero-
 " que todos los detalles aventajen
 " considerablemente los mas' sober-
 " bios edificios que haya en cualquier
 " otra ciudad. Por lo que toca á la
 " construccion y á la arquitectura de
 " las murallas, hemos confiado la di-
 " reccion á nuestro amigo Draciliano,
 " gobernador de la provincia. Nues-
 " tra piedad le ha mandado diri-
 " jir al momento los artesanos y
 " obreros, como todas las demás cosas
 " que vuestra prudencia le hiciere
 " conocer como necesarias para la
 " obra. Acerca de las columnas y
 " mármoles interiores no tardeis en
 " escribirnos los que creyereis mas del
 " caso y mas preciosos. Cuando se-
 " pamos por vuestras cartas lo que
 " habeis menester, y su calidad y
 " cantidad, os los procuraremos. De-
 " cidnos así mismo si para la bó-
 " veda de la basílica juzgais mejor
 " sea artesonada ó de algun otro mo-
 " do: y si fuere artesonada, si con-
 " viene sea adornada con oro. No
 " queda, por tanto, mas que vuestra
 " Santidad escriba cuanto antes, quan-
 " tos operarios, artesanos y recursos
 " necesita, y que con prontitud nos in-
 " formeis de los mármoles, de las
 " columnas y de las bigas de lagu-
 " nar, si este género de trabajo os
 " pareciere el mas bonito. Que Dios
 " os conserve en su santa guardia,
 " Hermano carísimo." (a)

A las palabras siguiéron los he-
 " chos. Muy poco tiempo despues,
 " la soberbia basílica era el orgullo
 " del imperio y Eusebio hace de ella
 " la descripcion mas encantadora, con-
 " cluyendo con asegurar, " que este tem-
 " plo construido por el emperador
 " en testimonio de la Resurreccion
 " salutifera, habia sido decorado con
 " aparato magnífico y verdaderamen-
 " te rejio. No es posible decir de
 " cuales y de cuantos adornos y do-

" nativos de oro, plata y piedras
 " preciosas le embelleció."

Con no menor celo del desplegado
 en la ereccion del templo de Jera-
 salem, se ocupó Constantino para
 levantar en el palacio Sessoriano de
 Roma, segun el deseo de su santa
 madre, el templo dedicado á la cus-
 todia de la Cruz que habiale la
 misma enviado. Píadosas y vena-
 randas tradiciones refieren, que con
 la Cruz, Helena envió una considera-
 ble porcion de la tierra del Calvario
 empapada de la sangre del Redentor,
 y que por deseo suyo, esta tierra fué
 colocada en el piso, en las paredes
 y hasta en la misma bóveda del
 santuario especial en que fué depo-
 sitado tan rico tesoro con otras insig-
 nias reliquias. Esas mismas píadosas
 tradiciones añaden, que el César
 cristiano desplegó en la nueva ba-
 sílica de Roma la misma magnificen-
 cia de que habia dado prueba en Je-
 rusalem. Entre los ricos regalos de
 que él le hizo homenaje, citanse cua-
 tro candeleros de oro y plata, figu-
 ras de los cuatro evangelistas y que
 pesaban cada uno treinta libras, des-
 tinados á sostener hachas que de dia
 y de noche ardieran delante de la
 santa Cruz; cincuenta lámparas de
 plata, de cincuenta libras cada una;
 una zampona de oro purísimo del peso
 de 10 libras; cinco cálices ministe-
 riales de oro de una libra cada uno;
 tres zamponas de plata de ocho libras,
 diez tambien de plata de dos libras
 de peso cada una; una patena de pla-
 ta esmaltada con oro y piedras pre-
 ciosas, de 50 libras; un altar de oro
 macizo de 250 libras. Todas estas
 riquezas, como las de la basílica de
 s. Juan Letran fundada tambien por
 Constantino, desaparecieron en los
 diferentes saqueos que padeció Roma.
 La basílica misma Sessoriana sufrió
 en estas circunstancias muchísimos
 destrozos, mas fué restaurada por san
 Gregorio II y por Lucio II, y de nue-
 vo en el decimoquinto siglo, por el cé-
 lebre cardenal Pedro de Mendoza,
 en cuya ocasion tuvo lugar el memo-
 rable descubrimiento del título del
 Señor en el modo que referiré en ade-
 lante, cuando me ocupe de los demas

(a) Apud Eusebinum, de Vita Const.
 lib. III. cap. XXX.

instrumentos de la pasion de nuestro Señor. (a)

Por lo que toca á la porcion de la Cruz enviada á Constantinopla, es indudable que se conservaba en la iglesia de S. Irene, mas tarde de santa Sofia. El venerable Beda (b) asi lo asegura de su tiempo, y lo mismo confirma Guillermo Tirio y otros citados por el Du Cange. (c) Este pedazo fué el regalado en el año 1251 por el emperador Balduino de Constantinopla á san Luis Rey de Francia, quien lo depositó en la *Sainte Chapelle* de Paris, construida espresamente para la Cruz é instrumentos de la pasion y donde aun se conserva, como referiré en adelante.

Constantino que *por mandato divino*, (d) como él mismo declaró solemnemente, habia fundado sobre las ruinas de la antigua Bisancio la nueva Roma, puso naturalmente un empeño grandísimo en enriquecer su predilecta ciudad con numerosos y magníficos edificios consagrados al culto del verdadero Dios. Sobre todo esmeróse en dar pública prueba de su devocion ardentísima á la Cruz del Señor erijiéndole monumentos en las principales partes de la ciudad y rodeándola del mayor esplendor. Sostenida en manos de una estátua de Helena, y teniendo la inscripcion—A JESUCRISTO SOLO SEÑOR, POR LA GLORIA DE DIOS SU PADRE—ostentábase la Cruz en el Foro Miliario (e) que era el edificio mas antiguo de Bisancio, desde cuya fundacion fechaba.

En otro sitio, esculpido en oro, veíase el Labaro. Una cruz de oro

de vastisimas dimensiones y esmaltada de piedras preciosas adornaba el lagunar de la grande sala del célebre palacio (f) cuya magnificencia, mil años despues, sorprendió de tal manera á Mahomet II ya dueño de Constantinopla que, pensando en las vicisitudes de la grandeza humana, no pudo por menos, al entrar en él, que recordar el distico del poeta pérsiano "*La araña tejó su tela en el palacio imperial y la lechuza cantó su cancion nocturna en los desiertos de Afrasiab*" (g).

Por último, en las fuentes públicas hizo Constantino se erijieran leones de bronce dorado sustentando brillantes cruces (h). Este piadoso emperador llevó su devocion á la Cruz hasta hacerse representar á si mismo, como lo asegura Eusebio (i), en las puertas de su palacio en actitud de orar con los brazos estendidos en forma de cruz.

Despues de esto, no es difícil figurarse el empeño con que el emperador se esforzó en honrar, levantándole magníficos templos, aquella Cruz misma en que habia muerto el Redentor y que habia recibido de las manos de su santa madre. No satisfecho con la basilica erijida en Roma, apenas fundada Constantinopla se apresuró á convertir un pequeño templo pagano en la iglesia dedicada á la *Paz eterna* (santa Irene) en donde depositó la porcion de la Cruz del Señor que habia traído de Roma para tutela y amparo de su nueva capital. Mas como quiera que fuese esta iglesia demasiado reducida para el grande objeto á que estaba destinada, poco despues fué ensanchada hasta ser la célebre basilica que, consagrada á la *Sabiduria eterna*, (santa Sofia), es uno de los edificios mas admirables del mundo entero. Pocas ó ningunas noticias nos quedan

(a) Véase L'abbé Ganme, "les trois Romes," Tom. I. p. 259-260.

(b) Opera Tom III. de locis sanctis, cap. XX.

(c) Hist. Constantinopolitana, pag. 104.

(d) Esto consta de la ley XIII t. 5, l. 7 del código teodosiano "pro commoditate hujus urbis, quam æterno nomine, jubente Domino, donavimus."

(e) Codinus, *de signis*, p. 27-28.

(f) Euseb. de vita Const. lib. III cap. 49.

(g) Gibbon narra la historia de este palacio en el cap. LIII de su obra tantas veces citada.

(h) Euseb. l. c.

(i) Lib. III cap. 15.

de su primitiva arquitectura como de su tamaño. Solo sabemos que, durante el destierro de san Juan Crisostomo, fué por dos veces devorada por las llamas. Mas apénas restablecida la paz, y en el breve espacio de seis años no completos, fué reedificada por el emperador Justiniano bajo la direccion del arquitecto Artemio, con tanta magnificencia y santuosidad, que el mismo emperador, en el momento citado que se celebraban los ritos de la consagracion, admirando la belleza y majestad de su obra, exclamó con piadosa satisfaccion "Sea gloria á Dios, que me ha considerado digno de llevar á cabo "obra tan grande. Oh! Salomon, te "he vencido!" Probablemente la preciosa reliquia de la Sta. Cruz conservóse en santa Sofia hasta que, en 1251, el emperador Balduino la envió en regalo á san Luis de Francia. Quizás este don fué providencial, pues de no haberlo hecho, tan precioso tesoro hubiera sido profanado y destruido por los implacables enemigos del nombre cristiano, cuando Constantinopla en 1453 cayó en manos de Mahomet II. Por fortuna, este sultan, no tan feroz como sus predecesores, admirando la hermosura y magnificencia de santa Sofia, limitóse á despojarla de los emblemas y adornos cristianos trasformándola en esa mezquita que forma aun una de las maravillas del mundo y hacia la cual están dirigidas las miradas de todos los griegos de Oriente como las de los cismáticos rusos. De temer es, no esté lejano el día que santa Sofia sea el pretexto para una guerra, que estenderá los linderos del imperio moscovita desde el estrecho de Behring hasta el de los Dardaneles: infortunio inmenso, que como ha sucedido á la infeliz Polonia, matará, si Dios no dispone lo contrario, la libertad civil y religiosa en la mayor parte de Europa, haciendo sentir sus funestas consecuencias sobre el mundo entero.

No fueron Constantino y Helena los solos engloriarse por el descubrimiento del madero santo de la Cruz, ni los solos que se apresuraron á honrarle erigiendo á su culto los magníficos

templos que acabo de referir. Un grito del mas puro alborozo brotó del seno de todas las familias cristianas al anuncio, que Jerusalem renacia de sus ruinas seculares coronada con la verdadera Cruz de Jesucristo. Asi Dios recompensaba, en la Cruz, cuatro siglos de la persecucion mas inhumana que se hubiese visto en lo pasado ni que verán probablemente las futuras generaciones. Este nuevo milagro completaba los triunfos de la Iglesia, y demostraba su mision divina con una evidencia que aun sus mas encarnizados enemigos no podian por menos que reconocer. Innumerables fueron las formas de que se revistió este entusiasmo. Yo me ocuparé solamente de las principales, que fueron: 1. las peregrinaciones sin cuento á los lugares santos con el principal objeto de adorar la santa Cruz: 2. las reliquias innumerables de la misma que se distribuian de una manera asombrosa y que con afan increíble solicitaban los fieles del mundo entero: 3. las fiestas que la Iglesia instituyó para celebrar los triunfos de la Cruz y propagar su culto. De todos estos puntos trataré en los siguientes párrafos; pero antes de cerrar el presente debo consagrar algunas líneas á la memoria de esa esclarecida mujer, á quien tanto deben los devotos de la Cruz y de la cual Dios se sirvió, mejor que de ningun otro instrumento, para afianzar y propagar sobre la tierra el culto y la devocion hacia el emblema augusto de nuestra redencion.

Un escrito, por pobre y desaliñado que sea, sobre tan venerado emblema no puede, sin omission grave é injustificable, prescindir de ofrecer un tributo de obsequio y gratitud á la santa emperatriz, cuyo nombre está indisolublemente unido al del santo madero de la Cruz del Salvador.

Sencilla y humilde ventera, alcanzó Helena (a) mas que por la belleza

(a) Hay duda sobre la patria de Helena. Los Bolandistas, con razon á mi juicio, la creen nacida en Inglaterra. Gibbon y Broglie opinan que vió la luz en Tais (de Mesia).

de sus formas, por la bondad de su corazón y la penetración de su inteligencia, fijar sobre sí los ojos de Constantino Cloro, general insigne, unido por vínculos de sangre con los emperadores Claudio y Vespasiano. A la virtud de su esposa debió Constantino, en gran parte por lo menos, la templanza, justicia y prudencia con que gobernó á sus pueblos y la dulzura con que mitigó en las Galias los inhumanos decretos emanados por los emperadores romanos contra los cristianos.

Fué Constantino el grande el fruto único de este enlace. Mas cuando este tenia apenas 18 años, su padre, en ocasion del repartimiento del imperio (292 de Cr.) sacrificó la virtuosa Helena á las miras de una política ambiciosa. Merced á las leyes inmorales acerca del matrimonio entonces en vigor por todo el imperio, Constantino Cloro repudió á su lejitima esposa para contraer segundas nupcias con Flavia Maximina Teodora, hija de Maximino Augusto. Aunque todavia pagana, sobrellevó Helena su grande infortunio con resignacion admirable. Su único consuelo era su hijo, el cual, si bien elevado á la dignidad de César por Maximino, autor primario del divorcio de su padre, nunca permitió apartarse del lado de su madre, cuya desgracia era á sus ojos un nuevo título á su respeto y cariño.

Constituido veinte años despues, por la victoria del Puente-Milvio, emperador de Occidente, y habiendo entonces abrazado el cristianismo, el primer cuidado de Constantino, y su mas ardiente deseo fué la conversion de su madre. Escuchó el Señor las fervorosas oraciones de tan piadoso hijo, y asi acaeció— ¡ admirables juicios de Dios!—que Helena recibiera la vida del alma de manos de aquel mismo á quien ella habia dado la vida del cuerpo.

Desde entonces no hubo obsequio, ni dignidad, ni gracia que Constantino no otorgara á su madre. Proclamóla augusta en el ejército y en el imperio entero. Acuñó medallas en su honra, puso á su disposicion los erarios impe-

riales y le confirió los mas amplios poderes.

Por su parte, con redoblamiento de cariño, recompensaba Helena á su hijo tanto amor, consagrandose con celo y abuegacion admirable á formar su felicidad y la de sus hijos. A sus ruegos, le confió Constantino la educacion de Crispo su hijo primogénito, y la de los de su mujer Fausta.

Mas de sesenta años tenia Helena cuando recibió el santo bautismo. Con el fervor recompensó abundantemente el tiempo perdido en las tinieblas del paganismo, y Dios le alargó la vida mas de lo acostumbrada, para que con su alta autoridad y poderoso ejemplo edificara al mundo y para que con su hijo cooperara á la propagacion y exaltacion de la Iglesia. Tal era su fé que Rufino llamóla *incomparable*, y Gregorio M. aseguró, que ella encendía en el corazón de los romanos el fuego de que ardia el suyo (a) Olvidando su propia dignidad, probaba un singular placer en asistir á los oficios divinos confundida con las mas humildes mujeres del pueblo. Dueña de los tesoros del imperio, ella no hacia uso de ellos mas que en beneficio de los pobres y en obras buenas. Por do quiera pasaba sentianse los efectos de su largueza; por lo que considerabasele con razon cual madre de los desvalidos. Su generosidad en la construccion de iglesias, que enriquecia con vasos y adornos sagrados de grande valor, no conocia limites.

Semejante á esas antorchas que despiden mayor luz y fulgor cuando están para apagarse, asi Helena en los pocos meses que precedieron su muerte brilló con tal esplendor que en cierto modo pone en la sombra sus anteriores virtudes.

El peregrinaje á los santos lugares ya octuagenaria, la invencion de la Cruz y la construccion de la iglesia de Jerusalem en honra del santo madero fueron acontecimientos tales que cubriendo de la mas

(a) Lib. 2, epist. 9.

pura gloria á la venerable anciana, hicieronla acreedora á la gratitud de la posteridad entera.

"Helena" (escribe elocuentemente M. Broglie), "de quien hasta entonces poco se habia hablado, llegó á ser la heroína del mundo cristiano. Su reputacion remplazaba la de su hijo, cuyo brillo se empañaba. En todas partes eran sus virtudes el asunto de las conversaciones. Era la maravilla de todos hallar en ella, en el rango elevado de emperatriz y en medio del fausto de que su hijo la rodeaba, la humildad de la cristiana y la sencillez primitiva de la campesina. Al mismo tiempo que á su paso derramaba el oro á manos llenas, colmando á los soldados, á las ciudades y aun mas á los pobres con sus larguezas y limosnas, vistiendo á unos, rescata-
 "tando de la esclavitud á otros, dando la libertad á los prisioneros y la patria á los desterrados y cubriendo los altares de las mas ricas ofrendas, veíasele en los oficios divinos, con modesto velo, confundida con las mujeres mas humildes. Su ancianidad fresca y serena permitiale dedicarse á los ejercicios mas fatigosos. En un banquete que, en señal de regocijo, dió en Jerusalem á todas las virgenes consagradas á Dios, quiso vestir ese traje de sierva que habia llevado en su juventud, cuando simple ventera habia atraído las miradas de Constantio Cloro. Ella sostuvo la aljofaina en que se lavaban las manos aquellas santas doncellas, puso los platos sobre la mesa y dióles de beber, afortunadísima, según decia, de servir á las siervas de Jesucristo. Al despedirse, fijóles una crecida renta á cargo del tesoro imperial. Es fácil figurarse el empeño con que llevó á cabo las órdenes generosas de Constantino. Antes de dejar la Palestina, se ocupó con grandísima actividad en la construccion de la iglesia que debia erijirse, por voluntad del emperador, sobre los vestigios del santo sepulcro. Asimismo puso mano á la construccion de

"otros dos santuarios, uno sobre la gruta de Belen donde habia nacido el Salvador; otro sobre el monte de los olivos de donde habia tomado su vuelo hacia los cielos. Echados los cimientos de estos edificios, dejó la Palestina para ir á unirse á su hijo que se acercaba lentamente hacia Oriente. Tiernísimo fué el encuentro. El afecto que Constantino le habia siempre llevado parecia reanimado con mas viveza desde las últimas pruebas. Acababa él de dár el nombre de su madre á la pequeña aldea Drepania de Bitinia, sitio de su nacimiento, (a) que bajo la denominacion de Helenopolis estaba llamada á ser una gran ciudad. Los ciudadanos, los soldados y hasta los paganos apellidábanla augusta y emperatriz (b). Acuñabase su retrato sobre las monedas. En medio de los abrazos de su hijo querido sintió Helena que sus fuerzas se agotaban, y conoció que la muerte se

(a) Según los Bolandistas, Constantino le puso este nombre, no porque su madre hubiera nacido en Drepania, sino porque habia vivido largo tiempo en ella y para ella abrigaba grande aficion.

(b) Como prueba de los honores tributados á Helena, permitáseme copiar aqui la inscripcion que le dedicó el gremio de napolitanos y que publicó Gruter (Antiqq. pag. 1086.)

PIISSIMÆ, ET CLEMENTIS-SIMÆ DOMINÆ NOSTRÆ AUGUSTÆ, HELENÆ, MATRI DOMINI NOSTRI VICTORIS SEMPER AUG. CONSTANTINI ET AVIÆ NOSTRORUM CÆSARUM BEATORUM, UXORI CONSTANTII, ORDO NEAPOLITANORUM, ET POPULUS.

"A la piadosísima y clementísima señora nuestra augusta Helena, madre de nuestro señor vencedor siempre Augusto Constantino, á la abuela de los señores nuestros los Cesares bienaventurados, y á la mujer de Constantio, el gremio de los Napolitanos y el pueblo."

“acercaba. Tenia entonces cerca de 80 años. Espiró al principio del año 328 rodeada de sus hijos y de sus nietos á quienes distribuyó sus bienes y sobre los cuales derramó sus bendiciones y sus consejos. Ella exhortó á Constantino á gobernar á sus pueblos segun las reglas de la justicia, á practicar la virtud sin enorgullecerse, mas sirviendo siempre á Dios con temor y temblor. Despues, se endormeció en el Señor.”

“Hiciéronle sus funerales con grande pompa. Sin que se sepa bien la razon, Constantino hizo trasladar su cuerpo á Roma en medio de un cortejo de soldados, porque es cierto que murió en Oriente. Mas esta ciudad que habia insultado al poder del hijo acogió con veneracion los despojos de la madre. Sus virtudes, y su valor hacian callar todos los resentimientos. Su cadáver, dice Niceforo, fue depositado en una tumba de porfiro, colocado en una iglesia de forma redonda, que se cree es la de los SS. Pedro y Marcelino en la via Lavicana, hoy

“el arrecife de Napoles, por Anagni y Frosinone. Hállase ahí un cementerio que lleva su nombre. Por lo demás, es este el nombre sagrado de un numero crecido de ciudades y de enteras provincias. En muchos sitios de Asia y de Italia se han encontrado estatuas é inscripciones en honra suya. En fin, cuando la Iglesia permitió se eleváran altares bajo su advocacion, muchas ciudades se disputáron el honor de poseer sus reliquias.” (a)

Muy justo era que tantos honores se tributáran á quien, inculca aldeana, llegó á ser la mujer mas esclarecida de su tiempo, pobre ventera, alcanzó ser emperatriz del mundo conocido, idolatra, mereció por sus virtudes ser una de las mas grandes santas que honren la Iglesia. Concluso, pues estas líneas con la bellissima inscripcion que á su nombre compuso el jesuita Alfordo—

HELENÆ.

DEBET CHRISTIANUS.ORBIS,
CONSTANTINUM-ET-CRUCEM
IN-UTROQUE.
FIDEM RESTITUTAM. (b)

§ III.

DE LOS INSTRUMENTOS DE LA PASION DEL REDENTOR.

Al describir el hallazgo del santo madero, los escritores mas antiguos se limitan á hacer constar que con él fueron encontrados por Helena el título de la Cruz y los clavos con que el Señor fu é crucificado. Mas porque de los otros instrumentos guarden silencio, no ha de inferirse, que ninguno de ellos se hubiere entonces

hallado, tanto mas que atestiguan lo contrario autores de no escaso peso si bien mas recientes, y una veneranda tradicion de alta autoridad para todo católico y no despreciable á los ojos de la critica mas exigente. Asi, pues, trataré antes de los primeros, y, despues de los otros.

(a) “L’Eglise et l’empire Romain au IV siecle,” tom. 2, pag. 126-129.

(b) “A Helena debe el orbe cris-

tiano Constantino y la Cruz y en ambos la fé restablecida.”

DEL TITULO DE LA CRUZ.

A complemento de cuanto escribí sobre esta materia en el § IV del libro I, observo que todos los historiadores del IV. y V. siglo que narran el milagroso descubrimiento añaden, que con la Cruz fué tambien hallada la inscripcion puesta sobre la misma de órden de Poncio Pilato. San Ambrosio (a), san Juan Crisóstomo (b), Socrate (c), Teodoreto (d), Rufino (e) y Sozomeno (f) lo afirman terminantemente. Este último dice: “cerca de la gruta de la resurreccion encontráronse tres cruces y una tablilla (*tabella*) separada en la cual, con letras y palabras hebreas, griegas y latinas de color blanco, habia sido escrito *Jesus Nazareno, rey de los Judios.*”

Este título, escribe el erudito *De Bleser* (g), estaba despegado de la Cruz, cuando Santa Helena halló uno y otro. Fué colocado en el muro de la basílica sesoriana, en la que se hallaba al tiempo de san Paolino de Nola. Creen algunos eruditos que esta operacion llevóse á cabo en tiempo de santa Helena; otros con mas razon la ponen en el siglo V. En efecto, hoy mismo en la capilla de la referida basílica se conserva aun un mosaico en que se lee la siguiente inscripcion:—

“TITULUS VERÆ CRUCIS AB
HELENA ROMAM DELATUS...
SUPRA ARCUM MAJOREM IS-
TIUS BASILICÆ IN PARVA FE-
NESTRA.....PLUMBÆ THECA

(a) De obitu Theod. l. c.

(b) Homil. 85 in Jo.: XIX.

(c) Lib. I. H. E. c. 17.

(d) Lib. I. H. E. c. 17.

(e) Lib. IX. H. E. c. 7.

(f) Lib. II. cap. I. H. E.

(g) “Rome et ses monuments.”
Louvain, 1870, p. 246.

MURO LATERITIO CLAUSUS...
(h).

Es cierto que este mosaico fué allí colocado á fines del XV siglo. Sin embargo, Onofrio Panvinio y Juan Severiano opinan fué puesto en el arco mencionado por el emperador Valentiniano III. despues de haber sido nombrado al imperio en 427. La causa de haber sido colocado el título en lo alto de uno de los principales arcos parece haber sido la de custodiarlo con mayor seguridad. En esta época empezaron en Italia las invasiones de los bárbaros, y habia á temer no fuese tan precioso tesoro ó profanado ó arrebatado por ellos. ¡Poco despues cuantos saqueos no padeció Roma! La misma precaucion adoptaron los venecianos con el cuerpo del apostol Marcos. “Los venecianos,” dice Honorato de santa Maria, “temerosos que no les fuese quitado el cuerpo de san Marcos, le colocaron de tal modo en su magnífica basílica que de un todo se ignorase el sitio de los preciosos tesoros en ella conservados.”

Esta medida no era ciertamente inútil en tiempos en que estos géneros de robos eran harto frecuentes.

Sea de esto lo que fuere, ello es lo cierto, que en la mitad del siglo XII, en una especie de nicho en lo alto del abside se conservaba una caja de plomo que encerraba el título de la Cruz, y en la que el cardenal titular de la basílica sesoriana, despues Lucio II, habia puesto tres sellos y una inscripcion análoga, que fueron descubiertos tres siglos despues.

Este afortunado hallazgo tuvo lugar el dia 1.º de Febrero de 1492. He aquí como Estevan Infessura, tes-

(h) “El título de la verdadera Cruz traído á Roma por Helena, colocado sobre el arco mayor de esta basílica en un pequeño nicho, encerrado en una caja de plomo por una muralla de ladrillos.”

tigo ocular, refiere el suceso. " En el día mencionado llegaron noticias de la toma de Granada por las armas del rey de España, y hubo en Roma un gran milagro. Mientras que el cardenal Pedro Gonzalez de Mendoza hacia encalar y encostrar los muros de la iglesia de santa Cruz de Jerusalem, los obreros tocaron la cima del arco que está en medio de la iglesia cerca del techo donde aun existen dos columnitas, notaron un cierto vacío, y habiéndolo abierto, hallaron una pequeña ventana (*nicho*) en la que habia una caja de plomo de cerca de dos palmos, cerrada, y cubierta de una piedra cuadrada de marmol, donde estaban esculpidas las siguientes letras, es decir: HIC EST TITULUS VERÆ CRUCIS, (este es el título de la verdadera Cruz). En dicha caja hallóse cierta tabla pequeña de un palmo de larga, que de un lado estaba gastada (*comesa*) y corroida por la antigüedad, donde habia grabadas y despues teñidas de colorado las letras ó palabras siguientes,—HIESUS NAZARENUS REX JUDÆORUM; mas el JUDÆORUM no estaba perfecto; por que aquel RUM no llegaba mas que hasta la R inclusive, y el UM habia desaparecido, porque, como dije, la tabla estaba corroida de ese lado y gastada por el tiempo. El primer renglon estaba escrito en letras latinas, el segundo en griegas y el tercero en hebreas. A este lugar," continua el escritor mencionado con su sencillo lenguaje, "acudió casi toda la ciudad; y despues de tres días el Papa Inocencio la visitó, y ordenó que permaneciese en dicha caja con un cristal, para que el día de la festividad fuese espuesta sobre el altar. Segun la opinion de todos, dicha tabla es la misma que Pilatos puso en la Cruz sobre la cabeza de nuestro Salvador Jesucristo, y que por santa Heleua, madre de Constantino, fué colocada en dicho sitio cuando fué edificada dicha iglesia."

Pablo de Magistris y Lelio Petro-

nio, en la crónica de Roma, corroboran la relacion de Estevan Infessura.

Pero observo que este se equivocó al describir lo que queda de la inscripcion, y el órden en que las tres leyendas están escritas. Ambos errores puede el lector corregir facilmente, cotejando la version del Infessura con el facsimile del título que he publicado en el I libro,—donde la inscripcion está enteramente conforme con el oriñal.

Este suceso fué considerado de tanta gloria para Inocencio VIII que, á su muerte, su nieto lo recordó en la inscripcion que sobre la sepultura del Pontífice colocó en 1621 en la basilica Vaticana. Su inmediato sucesor, el cardenal Rodrigo Borja, que tomó el nombre de Alejandro VI y quien profesaba tambien grande devocion al madero de la Cruz, publicó una constitucion en que describe el descubrimiento del título. Yo no he logrado ver esta constitucion, que publicó el jesuita Honorato Niequet en su obra, *titulus S. Crucis*.

Esta preciosa reliquia, con otras tambien de altísimo valor, corrieron grandísimo riesgo en dos ocasiones y por obra de dos repúblicas, la francesa del 1798 y la italiana de 1849. Grande desgracia es que entonces, como ahora, las repúblicas no se hayan hecho notables por otra cosa, á lo menos en Europa, mas que por su odio feroz é implacable á todo lo que es relijioso. Al fin del siglo pasado, una órden arbitraria y tiránica dispuso se entregaran al prefecto de la república las llaves de los santos lugares en que se custodiaban las reliquias referidas. Todas las llaves, menos la principal, le fueron entregadas. Seis meses despues, el 25 de Marzo del año citado, el mismo prefecto devolviolas sin haber violado ninguna puerta. En 1849 estas reliquias fueron trasladadas en coche al ministerio de los trabajos públicos y al día siguiente fueron depositadas en el tesoro de la basilica de san Pedro; de lo que se extendió acto público y oficial. Pio IX, vuelto de Gaeta, restituyólas al templo de donde se habian sacado, confiandolas á la custodia de los piadosos monjes

de san Bernardo. Asi Dios milagrosamente preservó por diez y nueve siglos estos sagrados tesoros del odio

pagano, de la ignorancia de los barbaros del norte y de la impiedad de los modernos republicanos.

LOS CLAVOS.

Los escritores antes mencionados que refieren que Helena halló, con la Cruz, el título que en ella había sido clavado, afirman en los pasajes citados que, en la misma ocasion, la piadosa emperatriz encontró tambien los clavos con que el Señor había sido crucificado. Ya he demostrado que estos fueron cuatro (a) y que de ellos uno solo fué enviado á Roma con el título y con él depositado en la misma basilica donde todavia se conserva. Este ha sido limado en varias ocasiones de tal manera que ha perdido la punta. Las limaduras de él sacadas se han derretido con otro hierro y se han formado otros no pocos clavos de la misma forma y con las mismas dimensiones del orijinal. De aquí, que multiplicados en cierto modo, varias iglesias pretendan poseer alguno de los verdaderos clavos que sirvieron á la crucifixion del Señor.

Preveyendose que las repetidas limaduras hubieran acabado con destruir por completo tan preciosa reliquia, se acudió á otro recurso para satisfacer á la piedad de los fieles; fué él de tocar tan rico tesoro con clavos en todo semejantes al orijinal, para entregarlos inmediatamente despues á los devotos. Como es fácil figurarse, de estos innumerables son los clavos que existen. No ignoro, que se ha pretendido censurar tan piadosa practica; mas evidentemente sin ninguna razon. San Cárlos Borromeo, varon insigne por doctrina no menos que por santidad, en eso de reliquias de una prudencia estremada, mandó hacer muchos clavos en un todo iguales al de la santa Cruz de Jerusalem, y despues de haberlos puesto en contacto con él, los distribuia á los fieles. Uno de

estos se conserva aun en Milan, patria del santo. Cual preciosa reliquia, él mismo envió uno en regalo á Felipe II de España. Por lo demás, no debemos olvidar que s. Gregorio Magno y otros antiguos pontífices daban, como reliquias, un poco de la limadura de las cadenas de san Pedro y la mezclaban tambien en otras cadenas. Hoy es, entre los fieles, muy general la piadosa costumbre de llevar cadenas de reloj, de la forma misma en que fueron forjadas las de san Pedro cuando estuvo en la carcel mameritina. Con doble objeto llevanse estas cadenas, en señal de devocion, y como pública profesion de adhesion á la catedral de san Pedro. En estos dias en que tan encarnizada guerra se ha hecho y se hace al sucesor de san Pedro, este testimonio público de religion es indicio de animo piadoso y de levantados sentimientos.

Recordará el lector (b) que la emperatriz, santa Helena, envió dos clavos al hijo; para que puestos, uno en el freno de su caballo le usára durante las batallas (c); otro, en el yelmo ó diadema para que le sirviera de escudo y defensa y atrajera sobre su cabeza la proteccion del cielo.

Hasta aquí los hechos son indudables, mas desde este momento la historia calla y los autores posteriores no tienen la autoridad sufi-

(b) Lib. I § II. al fin.

(c) Uso por cierto sino indecoroso, por lo menos estraño. Sin embargo, de las santas intenciones de la piadosa madre no es lícito dudar. Tal vez se propuso indicar á su hijo que el clavo, santificado por la sangre del Hijo de Dios, debía ser el freno que contuviera la furia indomita de sus pasiones.

(a) Véase lib. I. § II. al fin.

iente para alejar toda duda. Suplen este vacío tradiciones más ó menos fundadas. Yo las indicaré, dejando al lector darles el peso que crea conveniente.

Es harto probable, que se conservára en Constantinopla con grande esmero la diadema en que Constantino había colocado el clavo enviádole por la madre. En prueba, el sabio escritor Monseñor Gaume, en su reciente obra, *las tres Romas* (a), asegura que en el año 550 el papa Vigilio juró en Constantinopla y en presencia del emperador Justiniano, condenar los escritos de Teodoro de Mopsuesta, y añade que, 36 años después, san Gregorio Magno, entonces legado apostólico en Constantinopla, alcanzó traerse á Roma la mencionada diadema.

Promovido después á la cátedra de san Pedro, el Pontífice referido hizo don de tau preciosa reliquia á la jóven reina Teodolinda, cuya virtud y celo alcanzaron arrancar del arrianismo á su marido Agilulfo, rey de los Lombardos y á su pueblo. Agradecida tan piadosa princesa, en señal de veneración colocó el clavo del Señor encerrado en la diadema de Constantino, con un pedazo considerable del madero santo de la Cruz, que había también recibido de las manos del Pontífice, en la iglesia de Monza, que entonces no era más que un castillo donde veraneaban los reyes lombardos, cuya capital estaba en Pavia.

La imparcialidad histórica me obliga á manifestar que no existen pruebas de que san Gregorio trajera de Constantinopla á Roma la diadema que contenía el clavo sagrado, como tampoco existen de que el santo Pontífice la regalara á la reina Teodolinda. Ningun escritor contemporáneo, ni de muchos siglos después, lo ha dejado consignado, y ni en los numerosos escritos de san Gregorio, ni en sus cartas á la reina mencionada, se halla una sola palabra que tenga, ni directa ni indirectamente, relación con el don referido. Diré más; no parece probable

que los emperadores bisantinos se hubieran despojado tan fácilmente de una diadema, que por la reliquia que encerraba, como por haber pertenecido á Constantino, tenía para ellos un interés altísimo. (b)

Más sí francamente confieso que faltan las pruebas críticas de los sucesos indicados, no por eso negaré tengan en su favor una tradición veneranda por muchos títulos. Ello es cierto, que el palacio de Monza era considerado, durante no pocos siglos, por sus moradores y por los de las vecinas comarcas, como un sitio privilegiado é inespugnable, á causa del santo tesoro que en él veneraban. Lo que fué para los vecinos de Jerusalem el arca de la alianza, y para los de Troya el famoso *Palladium*, era para los de Monza la corona ferrea, que realmente llamábanla *Palladium* y también *oraculum*.

La piadosa Teodolinda construyó la suntuosa basilica dedicada á san Juan Bautista, patron de la ciudad y de la nación lombarda. Enriquecióla con magníficos presentes, entre los cuales los oleos santos que habíale regalado san Gregorio Papa, y cuyo catálogo orijinal, escrito en papiro, aun se conserva, y que publicó Muratori (c) y hállese entre las cartas del santo Pontífice (d.) Estos oleos eran, según algunos, restos de los que habían ardido ante los sepulcros de los mártires, y en ninguno de ellos ni en el catálogo mencionado, hay nada que se refiera al clavo del Señor. En la catedral de Monza consérvanse todavía tres co-

(b) Estos argumentos tienen para mí mucha fuerza, y no véo como un escritor tan ilustrado como el docto Monseñor Gaume presente como indudables sucesos que no están abonados por autoridades competentes. Sin duda el sabio escritor, sin consultar á los orijinales, se fió á autores comparativamente recientes y no se dió el trabajo de acudir á las fuentes.

(c) Anecdota, Tom. 2, pag. 147.

(d) Tom. VII. sedit. veneta.

(a) Paris, 1864. Tom. III. p. 487.

ropas de oro antiquísimas. La mas antigua de todas y de un alto interés histórico es la llamada *ferrea* por el círculo de hierro engarzado en la parte interior de la misma. Solian con ella (y por manos del arzobispo de Milan) coronarse los emperadores como reyes de Italia. Fué Carlos Magno el primero, y Napoleon el grande el último. Despues del tratado de Praga de 1866, Victor Manuel la pretendió de Francisco José.

Es esta la célebre corona, codiciado objeto de los mas poderosos monarcas, no por su mérito intrínseco ó artístico, pues es inferior al de las modernas diademas, mas porque aquel círculo de hierro era reputado el clavo santificado con la sangre del Rey de los Reyes. A esta circunstancia debió todo su valor. Yo sé que Ludovico Antonio Muratori, tanto en su eruditísimo

tratado *De Corona ferrea* dedicado á su amigo Rubini (a) como en sus *anales de Italia* (b), ha alegado no pocos ni livianos argumentos para demostrar que los primeros dueños de la corona de Monza ignoraban que contuviera tan preciosa reliquia. Con todo es innegable, y el mismo Muratori lo reconoce, que tal fué la creencia general en los siglos posteriores y que á ella y no á otra causa debió la corona ferrea el prestigio inmenso que alcanzó. Por lo demás, asunto de noble orgullo es para todo creyente, que los mas poderosos monarcas escogieran para ser coronados aquella corona cuyo mérito principal era contener uno de los instrumentos que habian servido para el último suplicio de Aquel que, siendo el *novísimo* y el *oprobio* de los mortales, cambió, sin embargo, las ideas, las costumbres las leyes, y las preocupaciones del universo.

LA LANZA.

De lamentar es, que los escritores contemporáneos que refirieron el hallazgo de la Cruz, del título y de los clavos, no hayan dicho si con ellos fueron descubiertos los demás instrumentos de la pasion del Señor. Este silencio duró mas de dos siglos. San Gregorio de Tours (c) es el primero que, por relacion ajena, asegura que "la lanza, la caña, la esponja, "la corona de espinas y la columna, "en la que nuestro Señor y Redentor habia sido azotado, hallábanse "en Jerusalem."

Mas de un siglo despues, Andrés de Creta (d) y el venerable Beda

(e) citados por el presbítero Godescard, (f) dicen que la lanza fué enterrada con la Cruz; circunstancia que no deja de ser probable, porque era costumbre entre los antiguos sepultar los principales instrumentos de que habianse servido para dar muerte á algun reo. Mas, desde entonces, es decir, desde el séptimo siglo, empieza otra vez ese mismo lamentable silencio que continua hasta fines del undécimo, cuando fué la lanza descubierta en Antioquia, del modo extraordinario que voy á narrar.

En los primeros dias de Junio de 1098, los Cruzados apoderáronse de la ciudad mencionada, capital entonces de Siria. Mas solo tres dias despues,

(a) Anecd. Tom. II.

(b) Año 603.

(c) Lib. I de *corona Martyrum*, c. VII.

(d) *De exaltatione Crucis*.

(e) *In notis ad Alb. Butler*, 3 de Mayo.

(f) *De locis sanctis*, cap. 2.

desde lo alto de las murallas observaron los cristianos, que ginetes de la caballería sarracena atravesaban las llanuras adyacentes, acercándose hacia la ciudad. Pocos días habían pasado, cuando descubrieron á lo lejos banderas y estandartes sin cuento del enemigo. En vano Godofredo de Bouillon, Tancredo y el conde de Flandes tentaron con impetuosas salidas oponerse á aquel torrente que amenazaba inundarlos; pues obligados por el mayor número viéronse precisados á refugiarse dentro de los muros de la ciudad. Escaso de víveres, el ejército cristiano empezó muy pronto á sufrir las terribles consecuencias de la hambre y de su inseparable compañera la peste, agravada por las lluvias de un invierno sobremanera inelmente.

En pocos días los víveres subieron á precios exorbitantes. De menos de á 60 reales subió la vaca á 400; de 5 á 90 el cordero: una cabeza de caballo valia hasta 60; los intestinos de la cabra 125, y estos precios aumentaron mas tarde. Poco antes del sitio contaban los cristianos 60,000 caballos, y en el momento á que nos referimos habíanse reducido á menos de 2,000; y esos estenuados al grado que apenas 200 eran aptos al servicio. Refiere el monje Roberto (a) que con 19 reales apenas podia comprarse el pan necesario para quitarse la hambre, y Alberto d'Aix añade que, obligados por la hambre, los soldados alimentábanse no solo con los cueros de sus escudos y con los de su calzado, pero hasta con alimentos que él dice no puede nombrar, pero que se cree fueran los de carne humana (b). El conde de Flandes vióse en la precision de mendigar la comida y el mismo duque Godofredo á pedir prestado un caballo. Acrecentaban esta calamidad las divisiones y las deserciones de los jefes. Acusábase al conde de Tolosa de enfermedad voluntaria; á causa de las cen-

suras de la Iglesia habiase retirado el duque de Normandía; Hugo el grande aúdió á un pretesto para volver á Francia y Estévan de Chartres habia cobardemente abandonado el estandarte que llevaba. La huida de Guillermo, visconde de Melun, denominado el *carpintero*, habia desanimado á los soldados; y el mismo Pedro el ermitaño, que habia armado el Oriente contra el Occidente, era causa de grande aficcion á los buenos. El escándalo era tal, que el obispo de Tiro se niega á nombrar á los innumerables caballeros cristianos que desertaron entonces la causa de Jesucristo, porque los considera borrados del libro de la vida. Es así, que el desaliento cundia entre los peregrinos; crecia la indisciplina en el ejército, multiplicábanse los desórdenes, y cometíanse crímenes horrorosos. Los solos tres que mantuviéronse fieles á su Dios y á su deber, fueron el piadoso Godofredo, el valiente Boemundo y el generoso Tancredo; ellos los solos caballeros de Cristo, los solos irreprochables. El mismo emperador griego Alexio, que parecia ya puesto en marcha para socorrer á los sitiados, al anuncio de la horrible posicion de estos, desmayó y renunció á la empresa.

Lo opuesto sucedia en el campo enemigo. Rico de provisiones y enterado del estado miserable del ejército cristiano, aumentábase cada día en él no solo el valor y la confianza de la victoria, mas tambien el número de combatientes, que con los refuerzos que llegaban, en pocos días subió á ser tal, que, casi sin hiperbole poética, pudo Tasso decir del jefe de aquella morisma, Kerboga, príncipe del Mosul.—

.....*il quale con tanti uomini armati ad assediarti mosse che sembrava che d'arme e d'abitanti voto il gran regno suo rimaso fosse* (c)

Tal era la posicion del ejército cristiano cuando la fé vino á salvarlo. Con bastante autoridad repetíanse entre los peregrinos varias revelaciones, de que, por ayuda del cielo, aun mi-

(a) Biblioteca de los Cruzados, Tom. I.

(b) Ibid.

(c) Gerusalemme liberata, VIII, 8.

lagrosamente si fuere necesario, saldrán victoriosos de tan graves peligros y de apuros tan supremos. Entre los peregrinos hallabase Pedro Barthelemi, presbítero de la diócesis de Marsella. Un día, cuando los jefes estabau reunidos en consejo, él se presentó para manifestarles que por tres veces, mientras dormía, habíasele aparecido el apóstol san Andrés amenazándole con los mas terribles castigos, en caso que desobedeciera á la voluntad divina, que le comunicó diciéndole: "Vete a la iglesia de mi hermano Pedro en Antioquía. Junto al altar mayor, ahondando la tierra, encontrarás el hierro de la lanza que atravesó el costado de nuestro Redentor. Por tres dias estará espuesto á sus discípulos ese instrumento de salud. Llevado ese hierro místico á la cabeza del ejército, alcanzará la libertad á los cristianos y atravesará el corazón de los infieles."

Apesár de la prudente reserva del legado del Papa, el obispo de Puy, los jefes de la expedición y, en particular, Raimundo, prestaron docil fé á las palabras del sacerdote marsellés. En breve de ellas se enteró todo el ejército. Los soldados creían que nada era imposible á Dios; que su gloria y la de su hijo Jesucristo estaba interesada en la salvación del ejército cristiano y que debía él hacer milagros para salvar á sus defensores. Por tres dias ayunó todo el ejército. En la mañana del cuarto, doce Cruzados escojidos entre los mas dignos del clero y de los caballeros, se encaminaron á la iglesia de San Pedro designada por Barthelemi. Acompañábanlos un buen número de obreros con las correspondientes herramientas y útiles. Se empezó á cavar en el mayor silencio. Ahondaron los artesanos hasta doce piés sin encontrar el prometido tesoro. Llegó la noche sin haber por eso alcanzado mejor resultado. La impaciencia de los cristianos empezaba á degenerar en desconfianza ó sospechar engaño, y á prorumpir en amenazas de venganza. Continuaban los doce testigos, arrodillados al borde

del hoyo en fervorosa oración, velando con ojo atento por si aparecía la deseada lanza. Cuando repentinamente Barthelemi, con la rapidez del rayo, se precipita en el hoyo de donde sale con igual rapidez trayendo en su diestra el hierro sagrado. A su vista un grito de alegría salió espontáneamente de los corazones de los que estaban presentes; grito que repitió el ejército que desde la mañana habia estado clavado á las puertas de la iglesia y que resonó hasta en el último rincón de la ciudad. Envuelta en seda y oro, la sagrada lanza fué espuesta á la veneración de los fervorosos Cruzados, que en ella veían un arma celestial con la cual Dios les habia de conceder dispersar á sus enemigos. En aquel momento un cambio completo se operó en aquellos abatidos ánimos. Lleno de entusiasmo, el ejército cristiano se reanimó á nueva vida, y readquirió la fuerza y la confianza que habia perdido. Poniendo en olvido la hambre y las enfermedades que habian sufrido, el escaso número de los que habian sobrevivido á tantas desventuras, y el crecidísimo de sus enemigos aumentados considerablemente por nuevos refuerzos, hasta los mas pusilánimes y mas débiles y hasta los convalecientes y enfermos, sedientos de la sangre sarracena, piden á grandes gritos se les lleve al combate.

Con no menor fervor y con grandísimo acierto aprovecharon los generales tan excelentes disposiciones, para restablecer el orden y la disciplina que habian desaparecido por completo del ejército cristiano; lo distribuyen en los puntos mas estratégicos, y le animan al combate. Era la vespера de la fiesta de los ss. apóstoles Pedro y Pablo.

Los heraldos de armas corrieron toda la ciudad, avisando que habíase fijado la batalla para el día siguiente. Los sacerdotes y los obispos exhortaban á los cristianos á santificar sus conciencias para ser asi dignos de combatir por la causa de Jesucristo. Todo el ejército pasó la noche entera en la mas fervorosa oración y en obras de devoción. Olvidáronse las injurias; des-

tribuyeronse limosnas; las iglesias estaban cuajadas de valientes guerreros que se humillaban ante Dios y pedían la absolución de sus pecados. Inesperadamente fué hallada, aquel mismo día, una grande cantidad de víveres; abundancia que se consideró milagrosa y que contribuyó eficazmente á que los Cruzados reparáran sus fuerzas agotadas. Con lo que quedó de harina se hizo el pan que debía servir el día siguiente para la celebracion de la santa Misa. Cien mil guerreros se acercaron al tribunal de la penitencia y recibieron, con piedad edificantísima, á aquel Dios en cuya defensa habian empuñado las armas.

Habia llegado el momento solemne: la fiesta de los principes de los apóstoles. Abriéronse las puertas de Antioquía. En honra de los doce apóstoles dividióse el ejército en doce cuerpos, á cuya cabeza iban los principes, caballeros y barones. A todos precedía Adhemar, cubierto el pecho con la coraza de guerrero y la cabeza con la mitra de pontífice. Este venerable obispo, como delegado de Urbano II, llevaba la venerada lanza (a). Deteniéndose ante el puente Oronte, que dió su nombre á la célebre batalla, el venerable prelado dirigió una tierna y fervorosa alocucion á los guerreros cristianos, prometiéndoles los socorros y el galardón del cielo. Apénas hubo concluido el digno prelado, cuando puestos todos de rodillas, los valientes Cruzados esclamaron: AMEN. En seguida los sacerdotes y monjes entonaron el salmo marcial: *se levante el Señor, y disperse á sus enemigos*; salmo que repitieron todos los corazones y todos los labios allí presentes. Y mientras que esto pasaba á los piés de las murallas de Antioquía, en lo alto de las mismas estaban los obispos y sacerdotes que no habian podido seguir á los combatientes, para desde allí, rodeados de las mujeres y de los

niños, despedir á aquellos valientes y bendecir sus armas. Como Moisés cuando los hebreos peleaban con los Amalequitas, levantaron los obispos sus brazos, para que salvára el Señor á su pueblo y confundiera el orgullo de sus enemigos. Las orillas del Oronte y las cercanas sierras repitieron en sus senos y valles el célebre grito que habia resonado en el concilio de Clermont y que fué despues el grito de los Cruzados: ¡DIOS LO QUIERE! ¡DIOS LO QUIERE!

Dióse entonces la órden de la marcha, y el ejército de Cristo avanzaba en medio de las aclamaciones y de las oraciones en busca de su formidable enemigo. Apénas puesto en camino cuando, como si salieran de las opuestas colinas y remontándose en los aires, aparecieron á la vista del ejército tres caballeros vestidos con blanquísimos trajes, cubiertos con armas resplandecientes y rodeados de purísimo fulgor, casi como para alentarle á la lucha y como prenda de la victoria. Según lo asegura el piadoso Adhemar, esos misteriosos personajes eran los santos Jorge, Teodoro y Mauricio, que ocupando puestos elevados en las lejonas romanas prefirieron el martirio antes que renegar la fé cristiana.

Este nuevo milagro llevó á su colmo el entusiasmo de los soldados de Cristo. En estas disposiciones salieron al encuentro de su formidable enemigo, que un historiador contemporaneo compara á una montaña inaccesible.

Apénas salidos los Cruzados de Antioquía, una benéfica lluvia como enviada espresamente por el cielo, refrescando la ardiente atmosfera, infundióles nuevo vigor y aliento. Cuando estaba para trabarse la batalla, un viento fuerte desarrollóse que, dando mas fuerza á sus dardos, detenía los del enemigo, nueva circunstancia que les indicaba que el Señor estaba con ellos.

Puestos los ejércitos uno en frente del otro, los clarines y las trompetas dieron la señal del ataque; colocáronse los abanderados á la cabeza de los batallones; soldados y caudillos se precipitaron como leones sobre las

(a) El mismo así lo refiere con estas sencillas palabras "he visto lo que narro: yo mismo llevaba la lanza del Señor." (Bibl. de los Cruzados, Tom. I.)

huestes sarracenas. Jamás habían los soldados de Cristo peleado con mayor orden, disciplina y valor, y jamás sus jefes habíanlos dirigido con mas acierto ni con mayor entusiasmo. Al choque de Tancredo, del duque de Normandía, de Godofredo, de Hugo el grande y del conde de Flandes, cuyas descomunales espadas relampagueaban con la rapidez del rayo, los guerreros musulmanes retrocedían despavoridos. A medida que llegaban los nuevos jefes, se lanzaban en lo mas ardiente de la refriega. Apénas había durado la batalla una hora cuando los infieles empezaron á ceder. En vano se esforzaron para contener el arrojado de los guerreros cristianos quemando grandes cantidades de pajas hacinadas; nada podía entibiar al ardor del valiente Cruzado. Una tras otra, al empuje irresistible del ataque, las columnas persianas retrocedían rotas y desordenadas con espantosa carnicería. En vano, también, sus mas atrevidos guerreros tentaron reponerse sobre una colina tras un barranco. Los guerreros cristianos, empujados por un valor sobrehumano, persiguieronlos tras la quiebra y sus espadas victoriosas destrozaban á los temerarios que se atrevían á esperarlos. Derrotados en todas partes, los sarracenos se dispersaron en los bosques y en las cuevas; y las orillas del Oronte, los montes y las llanuras víéronse cubiertos de fujitivos que desertaban sus banderas y arrojaban sus armas. El mismo altivo Kerboga, que había prometido al sultán la completa derrota de los cristianos, y que seguro de la victoria había preparado, para los cautivos, millones de grillos, huyó despavorido con pocos ginetes hacia el Eufrates, dejando en el campo de batalla mas de cien mil de sus mas intrépidos soldados (a). La pérdida de los cristianos fué de diez mil segun unos, segun otros de cuatro mil.

Inmenso fué el botín en oro, armas, vestuarios riquísimos, caballos,

(a) El ejército sarraceno subía á 600,000 hombres.

ganados y provisiones de todo género, que los Cruzados recojieron del campo persiano. Hasta la misma tienda del orgulloso Kerboga esmaltada de oro y piedras preciosas, y cuyas dimensiones eran tales que contenía hasta doce mil personas, cayó en manos del ejército cristiano.

Facil es figurarse, cual fuera el júbilo de los cristianos, su devoción á la santa lanza y su agradecimiento al Todopoderoso por haberles concedido una de las mas grandes victorias que recuerda la Historia. Nadie dudaba que todo era obra del sagrado hierro. Raimundo d'Agiles atestigua que ningun soldado enemigo se atrevió á atacar á los del batallon que custodiaba la lanza milagrosa, ni tampoco fué herido ninguno de los que peleaban al rededor de ella (b). Alberto d'Aix añade que, á la vista de la lanza, Kerboga fué sobrecojido de terror y que parecia haber olvidado la hora del combate (c). Esto mismo confirmaban Guillermo de Tiro, Guiberto; y los mismos historiadores árabes, Jbn-gionzi y Abiolmahasen convienen con los historiadores latinos en las principales circunstancias.

Eduardo Gibbon, (d) acusa á Pedro Barthelemi de superchería é impostura; llama diestros y astutos á los caudillos que, para reanimar el abatido espíritu del ejército, fingieron creer en la revelacion de dicho sacerdote y en el supuesto hallazgo de la lanza; y finalmente tacha de ignorantes y fanáticos á los peregrinos que en lo sucedido en la iglesia de Antioquía vieron la intervencion directa de Dios quebrantando, en favor de su causa, las leyes por él mismo establecidas.

Excusado es decir, que al lanzar acusaciones tan graves, Gibbon se abstiene de corroborarlas con nin-

(b) *Bibliot. de los Cruzados*, Tom. I.

(c) *Ibid.* Véase Michaud, "*Histoire des croisades*," Tom. I. de quien hemos extractado los principales sucesos referidos en las líneas precedentes.

(d) *op. cit.* cap. LVII.

gun género de pruebas. Sin embargo, esto no es de estrañar en quien parte del principio que no existen milagros y niega hasta que sean posibles. Pocas páginas despues, refiriéndose á ciertos milagros atribuidos aladero de la santa Cruz y á otros instrumentos de la pasion, sin rebozo declara, que solos los que crean en milagros podrán considerarlos tales, mientras serán desechados como frutos de la supersticion por todos los que estén armados de un antídoto contra la credulidad religiosa. (a)

Tal es el espíritu que anima su obra, escrita principalmente con el fin de quitar toda virtud divina al cristianismo. Sin tomarse el trabajo de demostrar la imposibilidad de los milagros, él recomienda á sus lectores acudir para las pruebas á Voltaire (b) y á David Hume. (c) Para mi satisfaccion y para averiguar si formulaban estos alguna objeccion que me fuera desconocida he leído atentamente cuanto alegaron en los pasajes citados, y confieso que quedé pasmado al hallar que el primero, según su costumbre, se ceñía á pocos satíricos chistes sobre la curacion milagrosa de la señorita Perrier, sobrina del célebre Pascal, alcanzada al contacto con una espina de la corona del Señor, y que David Hume, aunque tratando detenidamente el asunto, no habia hecho mas que referir el añejo sofisma que la esperiencia es la sola guia de nuestros conocimientos, y que una firme é inalterable esperiencia ha demostrado que las leyes de la naturaleza son inmutables. Ambas proposiciones son evidentemente falsas. Falso es que la esperiencia sea la única fuente de nuestros conocimientos, pues las verdades abstractas y los principios universales son independientes de la esperiencia, y falso que la esperiencia no haya á veces demostrado que, si bien muy raramente, ha habido indudablemente sucesos en que han sido violadas las leyes de la naturaleza.

(a) cap. LXI.

(b) Siecle de Louis XIV.

(c) Essays, etc. Tom II.

La mas ovbia razon, sin la menor dependencia de la esperiencia, nos dice que nada se opone á que Dios, autor de las leyes, pueda por razones gravísimas abrogarlas ó suspender sus funciones. Quien pretendiera despojar á Dios de este poder, destruiría su omnipotencia y, por consiguiente, su misma esencia. No basta que esté él revestido de este poder en abstracto, la misma razon nos enseña que en la economía de su Providencia, ha dispuesto ejercerlo en el gobierno del mundo. Diré mas; la naturaleza humana está desde su origen constituida de tal manera que no concibe al Ser supremo sino obrando milagros, cuando lo exijan las circunstancias. Sin entrar aquí en la tan debatida cuestion si la idea de Dios es innata en el hombre, ello es lo cierto, y todos en esto convienen, que no ha habido ni hay pueblo que no tenga la idea de Dios y que viva sin ninguna religion. Ahora bien; es imposible citar una sola religion que no se funde en milagros y acaso que no sea un tejido de milagros. Poco importa que la mayor parte de ellos sean falsos, pues, aun así, es evidente que la humanidad, en todas épocas y en todos sitios, ha unido indisolublemente en la misma idea, milagros y religion. Lo mismo sucede con la idea de Dios. Sabido es cuanto la deformaron los antiguos idólatras y cuanto la deforman los modernos. En las naciones civilizadas de la antigüedad como en las bárbaras modernas, cada una tenia su propio Dios cuando no tenian millones. Sin embargo en todas, antiguas y modernas, bárbaras y civilizadas, era universal, sin una sola escepcion, la idea de un Dios. De este hecho indudable y en el que todos convienen, se ha sacado la legítima ilacion, que esa idea brota de la misma naturaleza humana. Igual consecuencia ha de inferirse con respecto á los milagros. La historia del género humano no recuerda un solo pueblo que no haya profesado alguna religion, ó que esta religion no estuviere fundada en milagros. Esto es tan general, que, á mi entender, los pueblos no han hecho separacion alguna entre Dios, la

religion y los milagros, ni han podido concebir una cosa sin la otra. La razon es evidente. Las tres ideas brotan de la naturaleza humana, y si para evitar disputas de palabras, no las designaré con el vocábulo elástico de *innatas*, las llamaré naturales y resultados necesarios de la razon humana. ¿Y si tal es nuestra constitucion, qué deberemos pensar de los que sostienen que los milagros derogan á la dignidad de Dios y son contrarios á la razon humana? ¿No será mas lógico afirmar, que los que así racionan, ó hacen violencia á si mismos, ó en ellos la razon ha dejenado de tal manera que han perdido el recto uso de la misma.?

Las observaciones que preceden me dispensan de la necesidad de refutar el segundo principio de Hume, á saber, que la esperiencia demuestra que nunca se alteran ó se quebrantan las leyes de la naturaleza. Confieso que son falsos muchos de los pretendidos milagros, pero esto mismo prueba que hay verdaderos. Por lo demás, el mismo Hume, con contradiccion manifiesta, reconoce y admite los milagros de la sagrada escritura, solamente con la diferencia de que á estos le prestamos nuestro asentimiento por la fé, mientras que por la razon deberiamos rechazarlos. "Lo que hemos dicho" (son palabras del mismo Hume) "de los milagros, ha de entenderse sin diferencia alguna de las profecías, y en efecto todas las profecías son milagros reales; y solamente como tales pueden considerarse como pruebas de la revelacion. Si no excediera la capacidad de la naturaleza humana anunciar de antemano los acontecimientos futuros, seria absurdo emplear las profecías como prueba de una mision divina ó de autoridad del cielo: de modo que podemos concluir en globo, que la *Religion cristiana* no solamente fué al principio acompañada por milagros, pero que, aun en estos dias ninguna persona racional puede creer que exista sin ellos. La razon sola es insuficiente para convencernos de su veracidad. Y el que es movido por la

"fé á consentir en ella, tiene la conciencia de un milagro continuo en su propia persona, que subvierte todos los principios de su entendimiento y se determina a creer lo que es contrario á la esperiencia y á la costumbre." (a)

En resumidas cuentas; la religion cristiana, que Hume llama *nuestra santísima religion* (our most holy religion), y la razon están, segun este filósofo, en la mas abierta contradiccion. Si con sinceridad creyó Hume en absurdo tan patente, dió prueba asombrosa de falta de lógica; si fué lo contrario, entonces se hizo culpable de abyeeta hipocresía. Mas no por eso no reconozco en él grande penetracion filosofica, y vastísima erudicion en Eduardo Gibbon. Pero incomparablemente muy por encima de ellos están Leibnicio, Bacon, Newton y Pascal y, sin embargo, todos ellos admitieron los milagros y sostuvieron que, lejos de oponerse á la razon, hallábanse en perfecta armonía con la misma; que es la doctrina enseñada por la Iglesia católica.

El lector me disimulará esta larga digresion, que atendida la naturaleza de este escrito, me pareció aquí muy puesta en su lugar. La Cruz, desde que fué levantada en el Gólgota hasta que rodeada de esplendor y fulgor aparecerá en el cielo el dia de las grandes retribuciones, es un continuo milagro nunca interrumpido; así es que en un escrito sobre este símbolo agosto no puede prescindirse de la refutacion de una doctrina que tan de frente y tan radicalmente ataca los inefables y sacrosantos misterios que encierra dicha Cruz.

Por lo demás, se equivocaría quien creyera, que he alegado las precedentes observaciones para probar la autenticidad del milagro de Pedro Barthelemi. Mi objeto ha sido justificar la doctrina de la Iglesia acerca de los milagros, doctrina en que está fundado todo el edificio de la revelacion. En cuanto al milagro mismo atribui-

(a) Essays, etc. Vol. 2. section X pag. 115-154, edit. London, 1787.

do á la lanza, no habiendo la Iglesia emitido sobre de él ningun juicio, están los católicos en plena libertad de prestarle el grado de fé que mejor les agradáre, y es preciso confesar, descansando sobre escasas y débiles pruebas críticas. Mas suponiendo que todo hubiera sido obra de imaginaciones exaltadas por la fé, habrá, sin embargo que convenir, que este exceso de fé (si así se quiere calificar) es por todos conceptos mil veces preferible al exceso opuesto. Desde el IV siglo acá debe el mundo á la fé todas sus grandes victorias, como debe á la impiedad todos sus grandes desastres. Por la fé, Constantino y su ejército derrotaron á Maxencio antes y á Licinio despues; por ella, Godofredo, Tancredo y los héroes de las Cruzadas salvaron á Europa de la invasion sarracena, y Rodriguez Diaz del Bivar, Isabel y Fernando lograron sacudir el yugo musulman que oprimia á España. Por la fé, Juana de Arco espulsó de Francia al odiado extranjero. En todas estas luchas supremas, como sucedió en las orillas del Oronte, hubo revelaciones y milagros que una crítica descreida llamó fanatismo ó impostura. En cambio, la falta de fé del ejército francés trajo la derrota de Sedan y los torrentes de sangre vertidos por Francia. Su humillacion y postracion, con los incendios de su capital, no reconocen mas causa que la impiedad de los discipulos de Voltaire. Si en vez de ser hoy la Francia de Renan y de Delescluze, fuera la Francia de Clodoveo, de Godofredo y de Juana de Arco, á buen seguro que no hubiera sufrido el dolor inmenso de firmar en Francfort su propia ignominia y su propia ruina.

Tiempo es ya de volver á la lanza del Señor que, llevada en triunfo por el ejército cristiano, dejamos en las orillas del Oronte.

Pasado el peligro, los Cruzados cegados por la gloria de la victoria, y abandonando la oracion, los piadosos ejercicios y la práctica de las virtudes cristianas volvieron á la pasada insubordinacion, entregáronse á los antiguos excesos é hicieron reos de todo género de crímenes. A medida que

aumentaban los vicios, disminuía la fé y poco tiempo despues el sagrado hierro no excitaba en ellos el fervor y la veneracion de antes. De aquí que perdiéra no poco de su maravilloso poder.

Una circunstancia contribuyó á enfriar mas la devozion de los peregrinos en la santa lanza. Esta habia sido depositada en manos del conde de Tolosa y de los provenzales, lo que les proporcionaba no pocas ventajas, entre las cuales no era la menor las de las copiosas ofrendas de los fieles. De aquí el descontento y la rivalidad en los otros que veían aumentar las riquezas, la consideracion y el influjo de los provenzales con perjuicio de los demás. Como era natural, la lanza no tardó en ser objeto de grande envidia. No sacando de ella algun provecho, los Cruzados del Norte de Francia empezaron á suscitár dudas acerca la autenticidad de la lucrativa reliquia. En el asedio de Archas empezó la discordia y en poco tiempo se hizo tan general que el ejército entero dividióse en dos campos, uno contra el otro. El primero á impugnar la verdad del prodijo de Pedro Barthelemi fué, segun Guillermo de Tiro, Arnaldo de Rohes, hombre instruido y muy diestro, pero de costumbres relajadas. Aprovechando astutamente el influjo que le daba su posicion de capellan del duque de Normandía, logró en poco tiempo arrastrar de su lado á los Cruzados de la Normandía y de todo el Norte de Francia; mientras que los del Mediodia se colocaron en el partido de Pedro Barthelemi, sacerdote Marsellés y uno de los agregados al conde de Saint-Gilles; quien no era un impostor, como gratuitamente supuso Gibbon, pero hombre sencillo, virtuoso y que creía de buena fé lo que hacia creer á los otros, segun aseguran los antiguos escritores. Mientras viva ardía la discusion sobre la verdad del milagro de la lanza, tuvo Barthelemi otra revelacion que él mismo refirió al ejército cristiano, asegurándole habia visto á Jesucristo clavado en la Cruz, maldiciendo á los incrédulos, entregando al suplicio y á la muerte de Judas á los impíos escépticos, cuya

orgullosa razon osaba sondear las vias misteriosas de Dios. Esta aparicion y otras semejantes acabaron de inflamar la imaginacion de los meridionales para quienes el testimonio de Barthelemi teuia igual peso al de los santos y de los apóstoles.

A su vez Arnolito nada omitia para desprestijiar á su rival, mostrando la mas alta maravilla porque Dios confiara sus revelaciones á un simple sacerdote, y nada manifestara á los virtuosos prelados que en considerable número habia en el ejército. Este lenguaje escitó honda indignacion entre los Cruzados pobres, que eran muy numerosos y entre los cuales se distribuian las limosnas hechas á los guardianes de la santa lanza. Quejábase amargamente de la incredulidad de Arnolito y de sus adeptos, á la cual atribuían todos los males que afligian á los Cruzados. Por su lado, Arnolito y sus partidarios los achacaban á las divisiones de los cristianos y al espíritu turbulento de algunos visionarios. La exaltacion creció de ambos lados, ni se contuvieron las recriminaciones recíprocas en los primeros límites; á las referidas, otras se añadieron que contribuyeron á enconar mas los ánimos. Los del Norte acusaban á los del mediodia, de cobardía en los combates, de codiciar mas el pillaje que la gloria, y hasta de malgastar el tiempo en enjazar sus caballerías. ¡ A tales extremos ciega la pasion ! A su vez los meridionales reiteraban con mayor acrimonia contra los partidarios de Arnolito las acusaciones de falta de fé en sus bromas y críticas sacrílegas, alegando en su favor las visiones, reales ó imaginarias, con que el cielo los distinguia. Hubo caso que de las injurias se pasó á la violencia. La exaltacion llegó á su colmo. Barthelemi, blanco de las iras de sus contrarios y causa principal de tamaña perturbacion, en el ardor de su conviccion ó de su fanatismo y acaso tambien cediendo á las instancias de sus amigos y á los reproches de sus enemigos, acudió, para poner término á tanta disension aclarando la verdad, al partido terrible que la bárbara legislacion

de aquellos tiempos llamaba *juicio de Dios* y que consistia en arrojarse á las llamas ó á las ondas en la seguridad que mientras el culpable sufriria la pena de su culpa, Dios sacaria ileso al inocente. (a) Esta resolucion suprema de Barthelemi devolvió la calma al ejército cristiano. Todos los peregrinos fueron convocados á presenciar el tremendo acto. De troncos de arboles y de haces de ramas secas formóse en medio del campo la horrenda pira, alta cuatro piés y catorce de larga. Era el Viernes Santo. La mayor parte de los Cruzados habíanse reunido á presenciar la pavorosa prueba. Reinaba el mayor silencio, cuando apareció Barthelemi cubierto únicamente de una lijera túnica y llevando en mano la santa lanza envuelta en seda. Acompañábalo crecido número de sacerdotes. Llegado á pocos pasos de la hoguera ya toda en llamas, el capellan del conde de Saint-Gilles, patrono de Barthelemi, pronunció en voz alta estas solemnes palabras,—“ si este,” indicando á Barthelemi, “ ha visto á “ Jesucristo cara á cara, y si el apóstol Andrés le reveló la lanza divina, que atraviése sano y salvo las llamas; mas si, al contrario, fuese “ reo de mentira, que sea quemado vivo “ con la lanza que lleva en la mano.” Apénas hubo concluido, inclinaronse respetuosamente todos los presentes y, juntos, exclamaron; “*Hágase la voluntad de Dios!*” Barthelemi entonces se puso de rodillas, invocó al cielo que fuera testigo de sus palabras, y despues de haberse encomendado á las oraciones de los sacerdotes y de los fieles se arrojó en medio de las llamas donde, (asegura Raimundo de Agiles) permaneció por algun tiempo y de las cuales salió por la gracia de Dios, sin que su túnica se hubiese quemado y sin que el lijerísimo velo que cubria la lanza del Salvador hubiese sufrido quebranto alguno.

(a) El sabio Ludoyico Ant. Muratori, en dos eruditísimas disertaciones, ha explicado el orijen y la naturaleza de estos juicios.

Apénas fuera de la pira, Barthelemi, haciendo la señal de la cruz sobre la muchedumbre estremecida, en voz alta dijo. *¡ Deus, adjuva me ! ¡ que Dios sea mi ayuda. !*

Las pruebas del infeliz no habian concluido. El acto asombroso que acababa de verificar habia despertado en aquella gente las mas estrañas ideas. Hasta llegó á dudarse no hubiese su cuerpo cambiado naturaleza, cesando de ser pasible y sujeto á nuestros dolores y á nuestras miserias. Con el objeto de salir de estas dudas, la muchedumbre, impaciente y frenética, se precipitó sobre de él, y no contenta con haber hecho pedazos su túnica para cerciorarse si era realmente de tela ó combustible, sino que habiendole asido fuertemente, le estrujáron con inaudita violencia y diéronle terribles golpes para convencerse que era de carne mortal, como nosotros. El fanatismo llegó á tal extremo, que el desgraciado Barthelemi hubiera espirado en los brazos de aquella furibunda turba, á no haber acudido en su defensa Raimundo Pelet con algunos esforzados guerreros.

Como era á temerse, el sobresalto vehementísimo que debió causarle la prueba del fuego, y el atropello y maltrato de que fué en seguida víctima, afectaron tan gravemente su salud, que, pocos dias despues, cesó de existir. Cuéntase que en las angustias de la muerte, reprochaba á sus mas celosos partidarios le hubiesen puesto en la dura necesidad de demostrar la verdad de sus aserciones con una prueba tan formidable. (a) Su cadaver fué enterrado en el mismo sitio donde habíase erijido la hoguera. Su memoria fué, durante algun tiempo,

(a) Eduardo Gibbon (cap. LVIII) sostiene que Barthelemi salió de la hoguera con las piernas y el vientre quemado, y que de resultas de ello muriera el mismo dia. Esta relacion, que no está apoyada en ningun escritor antiguo de los que conozco, es contraria á lo que refieren un considerable número de los contemporáneos citados por Michaud (l. c.).

tenida en grande veneracion por los Provenzales.

No sucedió asi con los de Normandia y con otros peregrinos, que persistieron en sus acusaciones contra el difunto, renovando los antiguos ataques sobre la autenticidad de la lanza.

El fin trágico del pobre Barthelemi que habia sido autor de su mal y víctima de su celo, las siguientes disensiones y los estraordinarios sucesos que concentraron en sí toda la atencion de los Cruzados, entibiaron la devocion de la santa lanza, de la cual no se volvió á hablar hasta mas de dos siglos despues.

De aqui que su historia sea confusa y hasta cierto grado dudosa. Mr. Michaud (b) dice que se ignora el paradero de la santa lanza y añade, apoyado en la autoridad de Mr. de St. Martin, (c) que los armenios creen poseer la verdadera lanza.

No conozco las razones alegadas por St. Martin, pero me estraña que el célebre historiador de las Cruzadas ignorára ó callára las posteriores importantes vicisitudes de la lanza que narraron historiadores graves. Estas relaciones, es verdad, no están de acuerdo y parecen contradictorias; sin embargo por su importancia no puedo dejar de referirlas con las explicaciones de los autores recientes para armonizarlas.

Despues de la batalla del Oronte asegura Baronio (d) que la sagrada lanza fué llevada á Constantinopla y depositada en la iglesia de s. Juan de la Piedra de dicha ciudad; opinion, que si no puede demostrarse con testimonios antiguos, es sin duda muy probable. Porque si bien es cierto, que despues de las contiendas entre los Cruzados del Norte y del Mediodia de Francia disminuyera mucho el fervor del ejército cristiano, sin embargo no puede suponerse hubiera desaparecido completamente,

(b) l. c. Tom I. p. 388, in nota.

(c) Memoires sur l'Armenie, Tom. II pp. 421 y 433.

(d) Lib. 8. c. 12 Tom. 12 Anna.

puesto que todos atribuían á la sagrada reliquia la victoria alcanzada sobre las huestes persianas, y los Cruzados del Mediodía á cuya custodia estaba confiada, continuaron á considerarla auténtica y á profesarle veneración y culto. Creo, pues, muy razonable, que estos la llevarán, como á propio amparo, en todas sus empresas. Es probable estuviera con ellos durante el sitio y la conquista de Jerusalem y que la depositáran en la iglesia de la Resurreccion, donde, como referiré cuando trataré de la exaltación de la Sta. Cruz, se conservaba el pedazo del santo madero salvado por Heraclio (año de 639) de las manos de Cosroe. De Jerusalem es fácil que pasára á Constantinopla á aumentar el rico tesoro de reliquias sagradas que poseían los emperadores bizantinos.

En esto todos los escritores están conformes. Pero aquí empiezan las dudas. Por razones que espondré cuando hable de la corona de espinas del Señor, en 1241 el emperador Balduino II envió en regalo á s. Louis de Francia muchas é insignes reliquias que se conservaban en su palacio. Acompañaba el don un documento, cuyo orijinal se conserva aun en la *Sainte Chapelle* de Paris y que ha sido publicada por Gerardo du Bois en su historia de la referida iglesia (a). En dicho documento el emperador Balduino, despues de atestiguar de una manera solemne que hacia don á Ludovico rey de Francia de varias insignes reliquias, pasa, como para evitar toda equivocacion y como prueba de la autenticidad de las mismas, á especificarlas una por una, haciendo un verdadero inventario. En este catálogo se encuentra registrado "el hierro de la sagrada lanza con que fué atravesado el costado de nuestro Señor Jesucristo, cuando estaba en cruz." Lo mismo refiere Guillermo de Nanjiis (b). Hoy mismo en la mencionada iglesia se muestra la lanza del Señor regalada por Balduino.

(a) Tom. II p. 355 et apud PP. Bolland. die XXV Aug. de s. Ludovico Rege.

Estos hechos son positivos y no admiten duda alguna. De ellos resultaria que la verdadera lanza se halla en Paris. Mas del otro lado tenemos que el sultan Bayaceto II, en 1492, regaló á Inocencio VIII la lanza del Señor. Este suceso merece ser referido con detenimiento.

Célebre fué la guerra que al referido sultan hizo su hermano Zizim ó Zem. Derrotado este en Brusa de Bitinia, huyó á Rodas bajo el amparo del gran maestre de los caballeros de Jerusalem. Por su consejo Zem se trasladó á Roma á ponerse bajo la proteccion de Inocencio VIII. Su entrada en Roma fué solemne sobremanera, y como es fácil figurarse, causó una grande sensacion en los romanos ver, acaso por primera vez, á un personaje musulman, hijo del mas feroz de los sultanes y del mayor enemigo del nombre cristiano (d) y hermano de otro. Un escritor ocular refiere, de una manera interesante, lo ocurrido en esta circunstancia. "Fué Zem," escribe "recibido con solemne pompa, "esperandolo la ciudad entera; atravesó las calles principales, montado sobre un magnífico corcel, entre Francisco, hijo del Pontífice (c) y el hermano del gran maestro de los caballeros militares de Rodas, y fué á hospedarse en el palacio Vaticano "donde recibió toda suerte de atenciones. Pocos dias despues presentóse en público consistorio, en presencia del Pontífice maximo sentado sobre un trono elevado. Los que presidian á las ceremonias no dijeron ni de besar el pié ni la mano del Pontífice (como es la costumbre) á aquel que feroz é impío, bajo su padre Mahomet II habia deramado tanta sangre de cristianos casi bastante para formar un río. Era el semblante de Zem cruel y

(b) De rebus gest Ludovici regis.

(c) Mahomet II.

(d) Cuando jóven, Juan B. Cibo habiase unido en matrimonio con una dama romana, de quien tuvo dos hijos; uno de ellos fué Francisco. Viudo, abrazó el estado eclesiastico.

“truculento, el cuerpo pequeño y grueso y ancho el pescuezo y tambien el pecho, su estatura menos de la mediana, vizco de un ojo, y ceñudo, su nariz aquilina, inquieta la cabeza, su mirada escudriñadora: su edad, de lo que aparentaba, era de cuarenta años, semejante, hasta en los mas pequeños detalles, á su padre cuya imagen se vé grabada en las monedas, de pésima indole y de costumbres depravadas, de insigne atrocidad y de no menor crueldad.” Tales el retrato que del famoso Zem traza Bossi, canónigo de Verona (a).

Inocencio VIII no desperdició ocasion tan propicia para aliviar la suerte de los cristianos. De aqui que, á pesar de los honores dispensados á Zem y de haberle hospedado en el mismo Vaticano, sin embargo vijiló siempre sus pasos de manera que, mas que su huesped, era su prisionero. No hubiera habido sacrificio que Bayaceto no hubiera hecho para alcanzar del Pontífice le devolviera á su hermano, para así satisfacer su insaciable venganza y asegurar, con la muerte de Zem, la tranquilidad de su reino. En la esperanza de que Inocencio VIII se asociára á sus planes, llegó hasta enviarle legados, ofreciendole la ciudad de Jerusalem si le entregaba al odiado hermano. El Pontífice rechazó con indignacion tan iníquas proposiciones é indujo á Bayaceto á enviar anualmente á Zem cuarenta mil escudos de oro para su decorosa manutencion. Entre los muchos medios de que Bayaceto se sirvió para cautivarse la benevolencia de Inocencio con la mira de traerlo á su infame deseo, fué él de regalarle la lanza del Señor, que se conservaba en la iglesia de s. Juan de la Piedra. Enterado de la próxima llegada de tan sagrado regalo, Inocencio nombró una congregacion de ocho cardenales para que fijasen las ceremonias con que habia de recibirse. Para el efecto importaba aclarar antes la autenticidad del hierro

de la lanza. Despues de tener presente que en Nuremberg se veneraba una lanza; que no faltaba quien sostuviera habia sido empeñada á los Venecianos por el emperador Balduino; y que en los diarios manuscritos de Juan Brochard se aseguraba que estaba en Constantinopla, y que al apoderarse de esta ciudad los Turcos habianse tambien apoderado de la lanza que conservaron cuidadosamente, la mencionada congregacion (b) convino que la enviada al Papa era la que habia atravesado el costado del Salvador. En vista de esta resolucion, que en razonado informe espuso el cardenal Beneventano, Inocencio decretó se recibiese la lanza con solemne rito. Deputó dos de sus preladados domésticos, el arzobispo de Arles y el obispo de Fulgino, fueran á Ancona á recibir de manos del encargado de Bayaceto la veneranda reliquia. En todo el viaje y en sitios determinados ofreciáuse públicas preeces. La lanza colocada en arca de cristal adornada con oro y piedras preciosas era llevada sobre un caballo blanquísimo enviado por el Pontífice. El 24 de Mayo de 1492 dos cardenales, él de s. Pedro *ad Vincula* y él de Portugal, salieronle al encuentro hasta Narni. El 31 del mismo mes, celebrándose la Ascension del Señor, el mismo Pontífice, con capa pluvial y mitra preciosa, acompañado de los cardenales salió á la puerta *Flaminia*, donde, de manos de los cardenales legados, recibió la lanza y bajo sombrilla sostenida por los barones y los proceres, se encaminó en solemne procesion hacia el Vaticano, atravesando las principales calles de Roma adornadas con toldos y ricas tapicerias. Llegada la procesion á la suntuosa

(b) Estos sucesos fueron referidos por Honofrio Panvinio, que parece haber tenido en mano las actas de dicha congregacion. Lástima que estas actas no hayan sido publicadas. Probablemente en ellas se hallarian las razones por que los cardenales diéron la preferencia á la lanza enviada por Bayaceto.

(a) Apud Ciacconium, Hist. RR. PP. ad vitam Innocentii VIII.

basílica de s. Pedro, Inocencio VIII dió la bendición al pueblo con la sagrada reliquia. A espensas del generoso Pontífice y por su orden fué erigida una capilla en s. Pedro destinada á custodiar la venerada lanza, circunstancia que una análoga inscripción recuerda, como tambien lo recuerdan varias otras inscripciones que aun se leen en la basílica mencionada. Este acontecimiento fué considerado tan honorífico para el pontificado de Inocencio VIII que su nieto Alberico Cibo Malaspina quiso que fuera el principal pensamiento en el mausoleo de bronce que en la capilla del coro de los canónigos de s. Pedro hizo levantar á propias espensas para perpetuar la memoria de su abuelo. En la parte superior, el Pontífice sentado sobre el trono pontifical bendice con la diestra al pueblo, con la izquierda sostiene una lanza alusiva á la del Salvador regalada por Bayaceto. En la inferior, está el mismo Pontífice tendido sobre una urna sepulcral. En la inscripción del basamento se recuerda, que su pontificado habia sido distinguido con el descubrimiento de América, del título de la Cruz del Señor y de la lanza que habia atravesado el costado del Redentor. En el mismo año tuvo tambien lugar la toma de Granada por los reyes católicos, y la completa liberación de España del yugo musulmán. En una de las capillas que se hallan en los pilares sobre los cuales se levanta la magnífica cúpula de s. Pedro, y cabalmente en la en que está la estatua de sta. Helena, se conserva, con otras preciosas reliquias, la cruz mencionada, que en los Jueves y Viérnes santos, despues del *Miserere*, se espone á la veneración de los fieles, pudiendo estos lucrar una indulgencia plenaria concedida por Urbano VIII el 19 de Abril de 1629.

En presencia de los datos históricos que acabo de esponer, natural y espontaneamente se asoma al pensamiento la duda—¿cual de las dos es la lanza verdadera? ¿La de s. Pedro de Roma, ó la de la *Sainte Chapelle* de Paris? ¿La cedida por Balduino

II á s. Louis de Francia, ó la regalada á Inocencio VIII por Bayaceto.?

Bosio, citado por Andrés Victorrelli (a), pretende que la mayor parte de la lanza, quitada la punta, conservábase en la iglesia de s. Juan de la Piedra de Constantinopla, y que esta era la que Bayaceto regaló á Inocencio VIII. El docto jesuita Juan Stillingio en su vida de s. Louis de Francia (b), refiriéndose á las reliquias que Balduino envió á Paris, escribe estas significativas palabras: “Dejo á los eruditos franceses discutir si todas estas reliquias “son auténticas.”

Sin pretender erirme en juez ni pronunciar fallo, yo me inclino en favor de la lanza de Roma. Mis razones son 1.—Que cuando fué ofrecida por Bayaceto, en Roma no se ignoraba que otros sitios reclamaban para sí el privilegio de poseer la lanza del Redentor. 2.—Que habiendo Inocencio VIII nombrado una comision de ocho cardenales para indagar la autenticidad de la lanza y para fijar los ritos y ceremonias con que debia recibirse, la comision, despues de maduro examen y con abundante copia de datos, la consideró autentica. 3.—Que en solemnes declaraciones Inocencio VIII y Urbano VIII la reconocieron verdadera y autorizaron su culto.

Por lo demás; estas dudas en nada afectan el culto supremo que se les tributa á ambas. Sea la lanza original, sea la copia, ni una ni otra tienen ninguna virtud intrínseca ni ninguna especial eficacia. El culto que se le tributa á una como á la otra, se refiere única y exclusivamente á Jesucristo. La doctrina de la Iglesia acerca del culto de la Cruz (c), es la misma cuando se trata de los instrumentos de la pasion.

(a) In notis ad Hist RR. PP. Ciacconii, l. c.

(b) Acta Bolland, die XXV Maii, § XXXVI.

(c) Véase lib. 1 § ult. de este escrito.

La sola ventaja para los que creen en su autenticidad, es que ofrezcan sus oraciones con mayor fervor.

No constando de una manera clara y terminante la autenticidad ni de una ni de otra, ¿porqué habrá que censurarse ó prohibirse el culto de una ó otra, cuando dando culto á las dos, no se le dá mas que á Jesucristo nuestro Señor. ? A EL y solo á EL veneran los fieles de Paris que obsequian la lanza de la *Sainte*

Chapelle, como á EL y solo á EL dan culto los romanos que lo tributan á la regalada por Bayaceto. A esta y á las reliquias de los santos, pasa lo que sucede con los retratos, que aunque sean muchos, uno solo es el orijinal.

Asi, pues, los que hacen mofa de que en Paris y en Roma se dé culto á la lanza del Redentor, realizan en sí mismos el dicho de los proverbios, "*que los necios desprecian la sabiduria y la doctrina*". (a)

LA CORONA DE ESPINAS.

Desde que los soldados de Pilatos ciñeron las sienes del Redentor con la Corona de espinas hasta el siglo VI, ningun escritor hace mencion del paradero y de las vicisitudes de tan precioso monumento. De aquí la variedad de pareceres que sobre del mismo existen. Estimaron algunos, que habia sido enterrado con el madero santo de la Cruz y con los clavos, y que con ellos fué descubierto en tiempo de la emperatriz Helena. Otros opinaron, que cuando José de Arimatéa quitó de la Cruz el cadáver del Salvador, habiendo recojido con singular esmero la Corona de espinas, la entregó á Maria Santísima quien conservóla, cual inestimable tesoro, toda su vida. A su muerte pasó á manos de sus discípulos, de generacion en generacion; hasta el IV siglo, cuando, cesadas las persecuciones de la Iglesia, fué depositada en el templo que, á custodiar el madero de la santa, Cruz habia erijido en Jerusalem la piadosa emperatriz mencionada.

Sea de esto lo que fuere, san Gregorio, que vivió en la segunda mitad del VI siglo, asegura que, á su tiempo, conservábase en dicha ciudad la Corona del Señor, *cuyas espinas, dicen algunos, (son palabras del Santo) tienen la apariencia como si fueran verdes; las cuales aunque aparezcan se-*

cas en las hojas, reviven siempre por virtud divina. (b)

Esto mismo repitieron mas tarde otros escritores, descansando, á mi entender, en la autoridad de s. Gregorio. Es asi mismo muy probable, que en tiempos posteriores y como sucedió con muchas otras preciosas reliquias, fuera la Corona de espinas llevada á Constantinopla, donde residían los emperadores de Oriente, que tan grande empeño pusieron en reunir en su Capital las reliquias mas insignes que estaban diseminadas por el vasto imperio.

Ignórase en que época se llevó á cabo tal traslacion; lo único que consta de una manera positiva es, que en el siglo XIII la Iglesia entera estaba en la conviccion, de que tan sagrada reliquia conservábase en Constantinopla, estando de ella tan ufana, que la consideraba (como dijo el arzobispo de Sens, Gauthier,) *su timbre y su especial gloria* (c.)

Asi lo demuestra un acontecimiento importantísimo, que narraré si-

(b) "Terunt etiam, ipsas coronæ sentes quasi virides apparere: quæ, tamen, si videantur aruisse foliis, quotidie tamen reviviscere divina virtute." (De miraculis, lib. I. c. VII.)

(c) Apud Chesne (Tom. V. Script. Hist. Francorum) et apud Bolland. loc. cit.

guiendo en todo el testimonio de autores contemporáneos que tomaron parte en el indicado suceso.

El sitio terrible, que Vataces, emperador de Nicea y Azan, rey de Bulgaria pusieron á Constantinopla, agotó los recursos de la hacienda, ya harto malparada, del imperio latino en Oriente. Su emperador Juan de Brienne, el Judas Macabeo cristiano, confió á su hijo adoptivo Balduino el cargo de visitar las cortes de Occidente con el objeto de implorar socorros para poder continuar la guerra. Durante este viaje, apurados en sumo grado por la escasez de recursos y como los males se aumentaron, los barones de la Romanía que, por muerte de Juan de Brienne, gobernaban, en nombre de su sucesor que llamóse Balduino II, no sabiendo de que partido valerse, resolvieron empeñar la Corona del Señor, de inestimable precio en aquellos tiempos de fé. Dirijiéronse al efecto á los venetos y á los genoveses que eran los grandes banqueros europeos de la edad media. El Du-Cange (a) ha publicado, con varios otros instrumentos notariales, la carta en que Anselmo de Kaen, administrador del imperio, y los demás barones declaran, que habían empeñado la Corona de espinas á varias personas, parte venecianas y parte genovesas. Dicha carta lleva la fecha del 4 de Setiembre de 1237. Pero, habiendo trascurrido el plazo fijado para el pago de la suma convenida, que era de trece mil ciento treinta y cuatro hiperpercos (b), prestó esta suma á interés el rico veneciano Nicolas Quirino con la condicion, que quedase depositada en Constantinopla hasta el próximo Noviembre, que en el caso que el importe no pudiese ser devuelto en el periodo fijado, fuese trasladada á Venecia y allí fuese conservada por cuatro meses, despues de haber sido vista por el Dux-Veneto, y que,

si dentro de esos cuatro meses se hubiesen entregado dicha suma, se hubiera devuelto la Corona. "En caso contrario," (decian los barones á Quirino.) "serás dueño absoluto de poseer la misma sacrosanta Corona, de conservarla, de venderla, de enajenarla y de hacer de ella lo que mejor te agradáre. Por lo que hemos jurado sobre los santos evangelios, cumplir y observar todas estas cosas y no contravenir á ninguna de ellas de ninguna manera."

De todo esto dieron los barones cuenta á Balduino, que á la sazón hallábase en Francia en busca de recursos para continuar la guerra contra los griegos; y como queria que nada pudiera esperarse de la malparada hacienda del imperio, el emperador adoptó el partido de proponer al monarca francés Louis, cuya insigne piedad habia él conocido muy de cerca, y á quien antes habia enajenado el condado de Namur y la Señoría de Courterray, la cesion de la Corona de espinas, mediante la suma de cincuenta mil francos. Mas esta era operacion delicada que podia muy bien adolecer de simonía, de la cual rebuia el ánimo recto y cristiano de San Louis. Para evitar este escollo, Balduino tuvo el siguiente lenguaje al rey y á su madre Blanca, que, acaso mas del hijo, deseaba poseer tan preciosa reliquia. "Estoy íntimamente persuadido, que los proceres de Constantinopla hallanse en tal penuria que se verán en la dura precision de vender la santa Corona á los extranjeros, ó á lo menos á empeñarla. Asi, pues, desso acdientemente pasar á vuestro poder este precioso tesoro, á vós, que sois mi primo, mi señor y mi bienhechor y al reino de Francia, mi patria. Por lo tanto os ruego encarecidamente, os digneis aceptarlo en don y sin ninguna remuneracion." (c)

(a) Acta Bolland. loc. cit.

(b) Moneda griega usada en el imperio, que equivalia poco mas ó menos á 50 reales vellon.

(c) Apud Du-Cange, Hist. C. P. lib. IV. II. et in relatione Galterii Arch. Senonensis apud Bolland. die XXV. Augusti.

“Habiendo oido estas cosas,” (escribe el mencionado Gauthier,) “el rey, juzgando prudentemente que esto era obra de Dios, se alegró, que Aquel que por nosotros habia llevado en oprobio la misma Corona, queria que esta fuere tenida en honra por todos hasta que El de nuevo se la pusiera para mostrarla á los fieles cuando vendria á juzgarlos en el juicio universal. Y gozaba así sobremanera que, para tributarle esta honra, hubiere Dios escogido á su Francia, en la que, por la clemencia divina, vive firmemente la fé, y celébranse con devotísimo culto los misterios de nuestra salvacion.” (a)

Lleno, pues, de satisfaccion y dando muy encarecidas gracias á Balduino, aceptó el don de la Corona de espinas. Corria entonces el año 1238. Sin perder tiempo, envió á Constantinopla á los religiosos dominicos Jaime y Andrés, encargados de llevar á cabo el asunto. El primero habia estado en Constantinopla, habia visto repetidas veces la Corona de espinas y estaba enterado de todo lo que la concernia: A su vez, Balduino mandó un nuncio especial á los barones revestido de los poderes oportunos para que se le entregara la santa Corona. Despues de largo rodeo, llegó el nuncio salvo á Constantinopla, donde se enteró de todas las cláusulas del convenio que, obligados por la necesidad mas apremiante, los barones habian concluido con los venecianos. Una de las cláusulas era, que se quedarian ellos dueños de la Corona, si antes de la fiesta de san Gervasio no se satisfacía la cantidad establecida. Para zanjar esta dificultad, se convino con los venecianos, que los religiosos dominicos mencionados, unidos á nuncios imperiales, llevasen á Venecia la santa reliquia.

Adoptado de ambos lados este partido, fué la Corona encerrada en una caja, pusieronle los sellos de los barones y en medio de rios de lágrimas (asi literalmente lo refiere el arzobispo Gauthier) y de los sollozos de la pobla-

cion entera, fue conducida á la nave (b). Hizose esta á la vela á fines de Diciembre. Entretanto, Vastaces, sabedor de todo lo que pasaba, envió un número crecido de galeras para apresar la nave. Afortunadamente y gracias á la proteccion del cielo, la preciosa reliquia llegó salva á Venecia, donde, acogida por el pueblo con grande ovacion, fue depositada en la iglesia de s. Marcos. Quedó á su custodia el religioso Andrés; mientras su compañero se trasladó á Francia á anunciar el resultado feliz de su mision. Tanto el rey y la reina madre, como todos aquellos á quienes fué participado el secreto, regocijaronse con alegría inefable, esperando en el Señor, que El que lo habia empezado llevase á cabo el deseo de tan piadosos reyes. (c).

Provistos de la suma en que habia sido empeñada la Corona y de los oportunos poderes del rey y del emperador Balduino, y protegidos por el emperador Federico, cuyos buenos oficios se habian invocado, llegaron á Venecia los encargados reijos. Afortunadamente habia en esta ciudad algunos mercaderes oriundos de Francia, que facilitaron la entrega del dinero. Asi, pues, fue redimida la sagrada prenda, no sin vivo dolor de los venecianos que deseaban con ardor conservar tan inestimable tesoro, cosa que, por el tratado concluido, no les era posible alcanzar. Reconocidos los sellos de los barones, los embajadores reijos tomaron bajo su custodia la caja que encerraba la Corona de espinas, y se pusieron en camino. Hicieronlo por tierra y con tan buena ventura que, ni siquiera una gota de agua cayó por los lugares donde pasaba el rico tesoro, si bien lluvias abundantes fuesen frecuentes en otros próximos parajes. En pocos dias llegaron á Troyes en la Campaña, de

(b) “Non sine lacrymarum fluvius et ejulatu publico deferunt ad navim” (loc cit.)

(c) Gauthier, loc. cit.

(a) Loc. cit.

donde dieron aviso al rey. Este acompañado de su madre, de sus hermanos, de Gauthier, arzobispo de Sens, de Bernardo, obispo de Auxerre, de otros nobles y de los militares que pudo reunir, todos gozosos salieron al encuentro de la venerada reliquia que hallaron á cinco leguas de Sens, en la quinta llamada Ville-neuve.

Rotos los sellos de los barones, y él del dux de Venecia que para mayor seguridad habia sido añadido á los otros, se encontró dentro la caja un vaso de oro purísimo, que descubierta fué por todos admirada la inestimable perla que encerraba. "Es imposible describir" continua siempre el mismo Gauthier "la devocion, las lagrimas y sollozos que su vista despertó en el rey, en la reina y en todos los que estaban presentes. Con todo el fervor del alma, y con ardiente fé se figuraban ver al mismo Jesucristo coronado de espinas."

Al dia siguiente, 11 de Agosto de 1239, la sagrada reliquia fué llevada en solemne procesion á Sens. Salieron á recibirla sus moradores de ambos sexos y de todas las edades, precedidos por el clero secular y regular, sosteniendo cuerpos de santos y reliquias. Al entrar en la ciudad, el rey con los piés desnudos y cubierto con una sencilla túnica, con el conde de Artois Roberto su hermano, tambien en igual traje humilde, tomaron sobre sus hombros el vaso con la veneranda reliquia depositándola en la iglesia metropolitana de s. Estevan martir. Durante toda la procesion, resonaban las calles de himnos y cánticos; las ventanas estaban adornadas de vistosas sedas y elegante tapicería; los fieles en doble fila llevaban cirios y antorchas encendidas; y los órganos y las campanas llenaban los aires con sus festivos sonidos.

Al dia siguiente, el rey, llevando el precioso vaso, se encaminó hácia Paris. Duró el tránsito ocho dias, en los cuales no cesaban los fieles de bendecir á aquel de quien Dios se servia para conceder á Francia tan señalado favor. Detúvose

el rey fuera de la ciudad, junto á la iglesia de s. Antonio, donde habiase erijido un magnífico palco ó tablado, y donde habiase reunido un número considerable de obispos.

Desde dicho palco enseñaron los obispos la preciosa reliquia al inmenso gentío, que habia salido de Paris á venerarla. Despues que quedó satisfecha la piedad de aquellos innumerables fieles, con el mismo traje de penitencia y humildad con que habian entrado en Sens, el rey y su hermano el conde hicieron el solemne ingreso en la capital, llevando la Corona de espinas á la iglesia catedral de nuestra Señora, y de allí al rejoy alcázar en cuya capilla, dedicada al bienaventurado s. Nicolás, fué depositada. La fama de los sucesos de Paris no tardó en extenderse por toda Francia. "Antes de los lugares cercanos, des-pues de las ciudades y villas mas apartadas, acudieron gozosos á ver la causa de las felicidades de nuestros tiempos y de toda la nacion. Y como quiera que muchos no lograrán satisfacer el deseo de venerar la reliquia misma, que estaba custodiada en magnífico tabernáculo, corrían á porfia al campo y besaban ardentemente el palco en que habia sido espuesto el vaso referido. Y si ha de creerse á personas dignísimas de fé, nuestro Señor Jesucristo obró sobre enfermos, y á causa de su fé, muchos milagros y prodijios."

Con estas reflexiones puso fin el piadoso arzobispo de Sens á su relacion de lo sucedido en la traslacion de la Corona de espinas de Constantinopla á Paris. (a)

Para perpetuar el recuerdo de tan memorable acontecimiento, el piadoso monarca francés mandó acuñar una medalla, en que dió nueva prueba de su grande humildad y de su fé edificantísima. Lleva el anverso la imagen del rey; en el reverso repítese su mismo retrato puesto de hinojos ante la sagrada Corona. En él léese la inscripcion-*HAEC RE-*

(a) Apud Bolland. loc. cit.

GIS. REGUM. TOTO PRETIOSIOR AURO. En el exergo, SACR. PIGN. La publicó Jaime de Bie.

Mientras que esto pasaba en Francia, empeoraba cada día la posición de Balduino en Oriente. De la crecida suma desembolsada por s. Louis, los venecianos habianse llevado la mayor parte; por lo que teniendo presente la piedad de su primo, la fé de sus nacionales, los peligros gravísimos de su imperio y de la misma Constantinopla, se resolvió á ofrecer en regalo á s. Louis otras preciosas reliquias, que aun venerábanse en la capilla del palacio imperial. Animábalo á esto sin duda la generosidad del piadoso rey francés, que en testimonio de gratitud por el beneficio inmenso de la Corona de espinas, habiale entregado otra generosa suma. Sucedió esto en 1241. Las reliquias eran las mencionadas por Gerardo du Bois (a) y que espe-

cificó aun mas el historiador de los reyes de Francia, Guillermo de Nangiis. Eran: una gran porción de de la Cruz, probablemente de la llevada á Constantinopla por su fundador, la esponja en que fué dado vinagre con hiel al Salvador, el hierro de la Lanza, cuya historia fue arriba referida, y otras de menor importancia.

Para el culto de todas estas reliquias, como para la de la anta Corona, edificó s. Louis en su mismo palacio y en el lugar donde existia la real capilla bajo la adoración de s. Nicolás, la magnífica y elegante iglesia conocida hoy bajo el nombre de *La Sainte Chapelle*. Para su construcción invirtió cuarenta mil libras francesas de aquellos tiempos, que corresponderían á 800,000 francos de hoy, ó sea 1,200,000 reales; cantidad que para entonces era crecidísima.

(a) Apud du Cange y Bolland, loc. cit.

DE LA COLUMNA.

A corona de cuanto escribí sobre los instrumentos de la pasión del Redentor, referiré las vicisitudes de la Columna en que tan cruelmente fué azotado. De los demás, de la caña, esponja, etc., nada añadiré á cuanto dije hablando de la Corona de nuestro Señor (a), por ser su historia no solo de menor importancia y escasas y poco seguras las

(a) En el inventario otorgado con las formas mas solemnes por el emperador Balduino al enviar en don (Junio de 1234) á Ludovico de Francia las preciosas reliquias que se conservaban en Constantinopla, se citan la esponja, la caña, una cadena de hierro con que fué amarrado el Salvador, la sábana, &c. Todos estos monumentos fueron depositados por el piadoso monarca en la *Sainte Chapelle*, donde se conservan. Véase Du-Bois, *Histoire de la Sainte Chapelle*, Tom II. p. 355.

noticias que sobre de ellos han llegado á nosotros. Lo contrario sucede con la Columna, venerada desde las épocas mas remotas como refieren autores gravísimos, y cuyos sucesos posteriores encierran un grande interés histórico.

Aunque los evangelistas se ciñan á atestiguar que nuestro Señor fue azotado (b), sin entrar en detalles sobre la manera en que le fué infligida tan cruel tortura, sin embargo hoy no cabe duda que la sufrió atado con gruesos cordeles á una columna de marmol; la que parece éra una de las del pórtico del templo de Jerusalem. S. Paulino de Nola (c) ya á su tiempo citaba la columna del amarrado que se conser-

(b) Matth. XX.19.-Marc. X, 34. Luc. XVIII, 32.

(c) *Columna districti*, ad Macharium III, ep. XXXI.

vaba en dicha ciudad entre los documentos vivos que demostraban con la mayor evidencia la verdad de la pasion del Señor; y antes de él S. Gerónimo, que pasó los mejores años de su vida en ella, meditando sobre la pasion del Redentor en los lugares mismos donde se habia llevado á cabo, escribia "que se veia la Columna del pórtico del templo, aun teñida con la sangre del Señor en la que habia sido atado y azotado." (a) A estos padres del IV siglo hay que añadir S. Gregorio Nazianzeno. (b) En el quinto, Prudencio (c) y en el sexto S. Gregorio de Tours (d) y el venerable Beda dejaron consignado lo propio. Estos testimonios son de la mas alta autoridad, y ponen fuera de toda duda que, á pesar de la destruccion del templo por las armas de Tito, y de la misma Jerusalem por los soldados de Adriano, los cristianos nunca perdieron de vista la sagrada Columna, y debe suponerse, que de entre los escombros y ruinas del templo la desenterraren, conservandola con el mas afectuoso esmero, si bien oculta durante el largo periodo de la persecucion de la Iglesia, y que apénas, gracias á Constantino, brillaron dias mejores, se le tributára público culto en alguno edificio sagrado, probablemente en alguno de los edificadas en Jerusalem por el emperador mencionado y su madre. Esto, por lo menos, debe inferirse de lo que dejaron consignados escritores tan graves como son los citados y que todos florecieron desde el IV hasta el VI siglo. Y aunque, desde este época hasta el siglo XIII, no se encuentre mencion alguna de tan preciosa reliquia, seria, sin embargo, temerario afirmar que los cristianos de Oriente que tan

(a) In epitaph, S. Paulæ.

(b) Orat. in Julianum.

(c) Lib. 1. de glor. marty. r.

(d) De locis sanctis, cap. 3. Este escritor afirma que á su tiempo estaba colocada en medio de la iglesia.

ardientemente venerábanla, la hubiesen puesto en tal olvido y abandonado: cuyo resultado hubiera sido su pérdida. No ignoro que en los siglos mencionados nació el Mahomedanismo y que las invasiones de los Persianos y Sarracenos en Siria, Palestina, Mesopotamia, Egipto y Constantinopla acarrearón á toda la Iglesia oriental calamidades inauditas y trastornos y convulsiones tales que acaso la historia no registra los iguales. Con todo, no es presumible, que los pocos cristianos que sobrevivieron á tan grandes catástrofes y que con tanto esmero conservaron ilesas otras sagradas reliquias acaso tenidas en menor estimacion, hubieran abandonado un tesoro de tan grande mérito como para ellos era la Columna de la flagelacion.

En efecto, cuando en el mencionado siglo, el cardenal Juan Columna visitó la Palestina y los lugares santos, tuvo la señalada suerte de que se le entregára tan precioso monumento que trajo á Roma y depositó en la iglesia de Sta. Prajedes, de la cual era titular.

He aqui las circunstancias de este suceso. Estinguida por la muerte de Balduino I, y de su hermano Eprique, los primeros emperadores bizantinos, la línea masculina de los condes de Flandes, Pedro de Courtenay, conde de Auxerre, unido en matrimonio con Yolande, hermana de los mencionados emperadores, empuñó en momentos difficilísimos el cetro imperial. A la real nobleza de su linaje, Pedro asociaba grande pericia y valor guerrero y hondas convicciones religiosas de que habia dado inequívocas pruebas en las cruzadas contra los albijenses; circunstancias que habianle granjeado la estima y la confianza del clero y del ejército. Tenia, tambien, en su favor á su real pariente Felipe Augusto de Francia, con cuya ayuda logró poner en pié un pequeño ejército de 150 caballeros y 5500 entre sarjentos y arqueros. Mas antes de trasladarse á Constantinopla, á tomar posesion del imperio, pidió

ser coronado, por el Pontífice Honorio III, quien celebró el sagrado rito en una iglesia colocada fuera de los muros de Roma (a), para alejar así todo pretexto ó sofisma de que el sucesor de Constantino por su coronacion adquiria algun derecho sobre la antigua capital del imperio. Prometieron los venecianos que conducirian en sus naves á Pedro, su esposa y sus fuerzas al palacio imperial de Constantinopla, mas á condicion que para ellos recobrase á Durazzo de las manos del despota del Epiro. Convencido, despues de varios inútiles asaltos, de la imposibilidad de cumplir su promesa, resolvió Pedro continuar por tierra su marcha, desde Durazzo á Tesalonica. La empresa era sobremanaera ardua y peligrosa, porque habia que atravesar una serie de ásperos y escarpados montes cuyas gargantas estaban defendidas por los soldados de su enemigo Teodoro, que en aquellos dias habia sucedido á su hermano Comneno. (b) Acompañaba á Pedro el cardenal Juan de Colonna, legado de Honorio que habiale confiado una mision importantísima sobre las relaciones de la Iglesia latina con la griega en Oriente. Apenas se habia alejado de Durazzo cuando perdió Pedro su camino en las montañas del Epiro. Agotadas en pocos dias las provisiones, encontróse, sin saber como, en uno de los mas difíciles desfiladeros de los montes de la Tesalia, donde cayó en el lazo que habiale tendido el astuto y desleal Teodoro. Pedro de Courtenay y el legado pontificio Juan Colonna fueron hechos prisioneros, y decapitados muchos de los que habian seguido al jóven emperador. Los demás, sin gefe y estenuados por la hambre, rindieron las armas para salvar sus vidas. No es facil averiguar con fijeza cuál fuere la

suerte de los dos ilustres prisioneros. Segun algunos escritores, Pedro de Courtenay espiró en la carcel de muerte natural; segun otros pereció por el hierro. (c) Mas difícil aun es averiguar las vicisitudes porque atravesó el cardenal Juan Colonna. Ciacconio (d), el jesuita Oldrico (e) y otros refieren que el cardenal mencionado, en calidad tambien de legado pontificio, en el mismo citado año 1216 acompañó á la poderosa cruzada de venecianos, genoveses y pisanos que unidos á otros principes se dirijieron á sitiarse á Damietta, ciudad importante de Egipto en la embocadura del Nilo, y que tomada la ciudad, al proseguir la expedicion, cayó en manos de los sarracenos que tuvieronle prisionero largo tiempo, haciendole sufrir las mayores privaciones y todo género de tormento.

Pero hay que convenir que los escritores citados incurrieron en grauísimos errores. No cabe duda que el cardenal Colonna acompañó, por encargo de Honorio III, á Pedro de Courtenay á Durazzo para de ahí pasar á Constantinopla y que, derrotado el nuevo emperador ante Durazzo él y el legado fueron hechos prisioneros y este custodiado por Teodoro. Esto consta de los escritores contemporáneos (f) y de las cartas del mismo Honorio III dirigidas al cardenal Colonna, felicitandolo de su liberacion de manos de su cruel enemigo, y dándole facultad, sea para continuar su viaje ó para regresar á Roma. Ahora bien; estando en Durazzo al lado de Pedro emperador constantinopolitano y en seguida prisionero en la Tesalia ¿ como es posible que en el mismo tiempo se hallara en Damietta? ¿ Hay tambien que, mientras Vitriaco y Oliver, que tomaron parte en la expedicion á Damietta, y el monje autor de la crónica de Auxerre, Parisio,

(a) En S. Lorenzo extra muros.

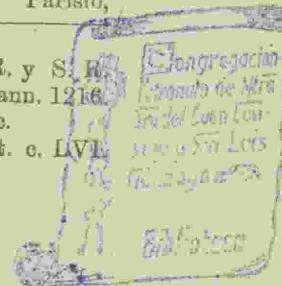
(b) No faltan escritores de no escasa autoridad, que sostengan que el Teodoro enemigo del emperador Pedro no fuere el hermano de Comneno.

(c) Acropolita, cap. 14.

(d) Hist. Pontificum RR. y S. R. E. cardinalium, Tom II. ad ann. 1216.

(e) In notis ad opus prae.

(f) Véase Gibbon, op. cit. c. LVI.



Sanuto, Antonino, Mauclero y muchos otros, que de oídas ó sacándolos de los antiguos documentos, narraron hasta los mas pequeños acontecimientos de la expedición á Egipto, observan el mas completo silencio acerca del cardenal Juan Colonna, todos afirman que el legado pontificio era el celebre cardenal portugués Pelagio, obispo de Albano, á cuya terquedad é impericia debieronse, en gran parte, los desastrosos descalabros que en Egipto sufrió el ejército cristiano. (a)

Demostrado, pues, que Juan de Colonna no estuvo en Damietta, volvamos á los montes de Tesalia donde fué cojido prisionero. Faltan detalles de su cautiverio; solo sabemos que, apénas llegó á Roma la noticia de la triste condición del cardenal, el Pontífice Honorio III no descansó un momento hasta alcanzar la libertad de su legado.

En vez de regresar á Roma, como pudo hacerlo, habiendo sido autorizado á ello por el Pontífice, Juan Colonna prefirió pasar á Constantinopla á llenar la mision que háblele confiado Honorio. De allí trasladóse á Siria á reunirse con Andrés rey de Hungría, y con el rey de Chipre que habian emprendido la quinta cruzada para recuperar los lugares santos. Como en las anteriores, tambien en la presente, la suerte fué adversa á las armas cristianas. El monarca de Chipre murió en Tripolis, y él de Hungría regresó á su reino. Fué en una de estas batallas que el cardenal Colonna cayó de nuevo prisionero en poder de los sarracenos. Inauditos fueron entonces sus trabajos y padecimientos, y tales que los escritores lo califican de verdadero martirio. El Volaterrano (b) sobre de esto escribe: "el piadoso cardenal de Sta. Prajedes fué legado pontificio en la expedición jerosolimitana en 1220. Padeció casi el martirio; porque atado en tre dos postes, sus enemigos

"estaban ya para cortarlo en dos cuando, por la divina providencia, desistieron de ello movidos por la firmeza y constancia de la ilustre víctima." Se ignora el modo en que readquiriera la libertad, pero se sabe que, alcanzada, volvió á Roma, trayendo consigo de los lugares santos la Columna misma en que el Salvador del mundo habia sido azotado, depositándola en la iglesia de su título, una de las mas antiguas de la ciudad eterna, construida sobre las termas de Novato, hermano de santa Prajedes, bajo cuya advocación está colocada dicha iglesia. La capilla principal de la nave izquierda fué consagrada á la santa Columna, donde aun se venera por los fieles. En dicha capilla se lee la siguiente inscripcion esculpida cuatro siglos despues, para recordar la memoria del esclarecido cardenal y del rico tesoro con que habia enriquecido á la ciudad santa:—

JOANNI. TIT. S. PRAXEDIS
CARDINALI COLUMNAE
QUOD. APOSTOLICUS LEGATUS.
IN. ORIENTE
AN. SAL. MCCXXXIII
COLUMNAM CHRISTI DOMINI
POENIS
ET SANGUINE CONSECRATAM
HIEROSOLYMIS ROMAM. AS-
PORTAVERIT
PATRIAMQUE. SPOLIIS. ORIEN-
TEM. NOBILEM
TROPHAEO CHRISTI. PATIEN-
TIAE
AMPLIFICAVERIT
FRANCISCUS COLUMNA
CARBONIANI ET RUBIANI
PRINCEPS
NE. GENTILIS SUI DE CHRIS-
TIANA REP.
DEQUE COLUMNENSI GENTE
CUI VETUS COGNOMENTUM
SACRATIUS FECIT
EGREGIE MERITI MEMORIA
ABOLIBETUR
HOC. AD POSTEROS. MONUMEN-
TUM

(a) Véase Spondano, epit. annal. Baronii ad ann. 1221, cap. XVIII, y tambien Muratori, annali d' Italia, anni 1217 fino 1822.

(b) Apud Ciacconium, ep. cit.

POSUIT

AN. DOM. MDCXXXV. (a)

La sagrada Columna es de marmol oriental blanco y negro. En la base el diametro es de un pié. Su altura es de pié y medio. De aqui no sin grave razon han inferido los arqueólogos sagrados no sea mas que una porcion de la Columna. El hecho es que en otras iglesias de Roma se conservan algunos trozos de marmol del mismo color y calidad que él de la Columna de Sta. Prajedes. Panciroli y otros fueron de parecer que la Columna de que tratamos no sea mas que la base ó el capitel. Con todo hay que convenir que nunca pudo ser muy alta, porque era entre los Judios costumbre de azotar á los criminales antes en las espaldas, después, si no siempre á lo menos con mucha frecuencia, en el vientre; finalmente en cada uno de los lados. Lo mismo, con corta diferencia, sucedia entre los romanos; lo que no hubiera podido verificarse en nuestro Señor Jesucristo, si la Columna hubiera sido, como algunos suponen, de cuatro á cinco piés de alta. Obsérvase en la Columna mencionada una argoya de hierro, destinada sin duda á afianzar en ella á los reos con cordeles.

(a) A Juan del título de Sta. Prajedes

Cardenal Colonna

que siendo legado apostolico en Oriente en el año de salud 1223

trajo de Jerusalem á Roma

la Columna consagrada por

los dolores y la sangre de Cristo Señor

engrandeciéndolo así á la patria noble

por los despojos de Oriente

con el trofeo de la paciencia de Cristo

Francisco Colonna

Principe de Carboniano y de Robio

para que no pereciese la memoria de su

deudo que tan egregiamente mereció de la república cristiana y de la casa

Colonna *

cuyo apellido hizo mas sagrado para

los posterios puso este monumento en

el año del Señor 1635.

* El apellido de esta iusigne familia tan celebre en la historia de Italia, equivale en castellano á *Columna*:

Y para mayor esclarecimiento del asunto de que me ocupo, no será fuera del caso añadir, que los azotes eran, bajo la ley mosaica, un castigo antiquísimo. En época menos remota, este castigo, que antes se imponia por los solos tribunales de justicia, se impuso tambien por la Sinagoga. Segun la ley del antiguo testamento (b) el número de azotes no podia, en ningún caso, pasar de 40. En época mas reciente, los hebreos, por miedo de violar la ley, limitaronlos a 39. Segun los talmudistas, el látigo destinado á infligir este castigo componíase de tres correas, y así con trece golpes llenabase el número 39 convenido. (c)

El caso era muy diverso entre los romanos. Entre ellos nada habia fijado, ni número de azotes, ni calidad de látigo. Todo estaba sujeto al arbitrio del juez y á la saña de los verdugos. Era, además, un castigo de ignominia reservado á los esclavos ó á los sentenciados á muerte. Así resulta de la ley de *poenis servorum* y de la *Portia et Sempronia*. En fuerza de esta ley san Pablo y Silas, después de haber sido despojados de sus vestuarios, fueron azotados por orden de los majistrados romanos. (d) Estos mismos jueces al castigar á los mártires pronunciaban el fallo "*martyr catomo cadatur aut virgis flagellatur*." (e) De aqui que Prudencio, hablando del martir san Romano, dijera;

*Sublime tollant et manu pulsant nates
Mox et remota veste virgis verberent.*

Cegados por la ira, los hebreos pidieron á Pilatos que juzgara á Jesus y le castigara segun las leyes romanas. Así acaeció, que el número de sus azotes fuera incomparablemente mayor del que permitían las leyes judaicas. La Iglesia nada manda creer sobre el número

(b) Denter. XXV, 23.

(c) II Corinth. XI, 24.

(d) II Corinth. XI, 24.

(e) "*Se fustigue en las espaldas ó se azote con varas al martir.*"

de azotes que recibió el Redentor; pero venera las revelaciones que sobre este punto tuvieron sta. Brijida y sta. Maria Magdalena de Pazzis. Y lo que es aun mas cruel, que en odio á Jesus, los fariseos no solo violaron sus leyes pero obligaron á Pilatos á quebrantar las romanas. Estas mandaban, que á los que no eran esclavos, se les azotára solamente despues de haber sido condenados á muerte; pero Pilatos hizo lo contrario. Antes mandó azotar á Je-

sus y despues, cediendo á la furia de las turbas, falló la sentencia de muerte.

Todo esto habia sido fijado en los juicios divinos. Muchos siglos antes, los profetas habian dicho del Hijo de Dios que quedaria tal que no tendria ni parecer ni hermosura, que su cuerpo estaria como de hombre leproso, y que, desde la planta de los piés hasta lo mas alto de la cabeza, no quedaria cosa sana en él.

De los efectos de la invencion de la Santa Cruz.

Conviene que reanudemos el hilo de nuestro discurso interrumpido para narrar las vicisitudes de los instrumentos de la pasion. Increible, como ya dije, fué la devocion que hacia el santo madero su descubrimiento despertó en la Iglesia entera. Esta devocion se manifestó bajo innumerables formas. Yo referiré, como ya lo prometí, las tres principales. La primera fué la de las peregrinaciones ó sea las visitas á los Lugares Santos con el objeto de venerar el madero mismo en que habia sido suspendida la Salud del mundo. S. Geronimo, que fué el más ilustre peregrino, que moró en Palestina las últimos treinta años de su vida y en donde ya nonajenario cesó de vivir, asegura, que durante su permanencia en Jerusalem, los fieles de todo el mundo, los de las mas lejanas comarcas orientales como los de las playas atlánticas, los indianos y los bretones acudian á esta ciudad, á besar el madero venerando. (a) S. Paolino de Nola afirma, que el número de estos piadosos peregrinos era mayor en tiempo de Pascua, porque entonces se esponia la preciosa reliquia á la veneracion de los fieles por las manos mismas del obispo; mas que á pesar que esta fuere la regla, con todo, tal era en otras ocasiones la afluencia de peregrinos venidos de las mas

apartadas rejiones, que los obispos, para no dejar defraudada tanta piedad, consentian en satisfacerla, concediéndoles el favor señaladísimo de besar tan rico tesoro. (b) Fué para responder á este fervor de los peregrinos, tan numerosos en los primeros tiempos, que en el 333, diez años á lo mas despues del descubrimiento de la Cruz, fué compilado el itinerario de Burdeos á Jerusalem, donde se trazaban las jornadas y las etapas que debia hacer el viajero. Por último, el mismo Gibbon confiesa que el anhelo vehemente de contemplar los monumentos mismos de la Redencion del género humano llevaba á Jerusalem, con los sabios y los héroes, una multitud innumerable de fieles. (c)

Acaso mayor que él de los peregrinajes fué el fervor de los fieles en hacerse de porciones, si bien pequeñísimas, del santo madero. Es imposible describir la santa emulacion que sobre de esto entonces se despertó entre los fieles. Helena habia dado el ejemplo. Cuando ella dividia la santa Cruz, depositando la porcion mayor en Jerusalem, enviando otra á Roma á su hijo, y probablemente conservando otra para si misma, estimulaba á los fieles á hacer lo propio.

Pero el testigo á todas luces mas

(a) Tom I. Opp.

(b) Epist. ad Sulp. Severum.

(c) Edít. Wesseling, apud Gibbon.

competente en este asunto es el santo obispo de Jerusalem Cirilo, que era diácono cuando se descubrió la santa Cruz, y que probablemente se halló presente al grande acto, pues siempre perteneció á la iglesia de que mas tarde fué el digno y celoso pastor. A estas circunstancias hay que agregar la vasta doctrina é insigne virtud de tan esclarecido varon para apreciar debidamente la autoridad de su testimonio. Este grande padre parece no cansarse nunca de hablar en sus escritos sobre el tesoro inestimable confiado á su cuidado pastoral. Impugnando á los que negaban la divinidad del Hijo de Dios y de su pasion, en sus sermones catequísticos pronunciados antes de su consagracion episcopal, Cirilo les dice, que, "si quisierais negar que Jesus fué verdaderamente crucificado por nuestros pecados, os redargüiria el madero de la Cruz, cuyos segmentos están esparcidos por el mundo entero." (a)....." Si ahora yo atacase la pasion del Señor, este Gólgota que tenemos ante nuestros ojos se levantaria contra de mi, y resonarian en mis oidos los reproches del madero de la Cruz, que merced á las astillas desgajadas de él, está esparcido por todas partes" (b).....Y que Cristo sea Dios, atestigüalo ese madero santo, que todos los dias aquí vemos, y que por obra de los que llevados de su piedad se han procurado pedacitos, "ha llenado á casi todo el mundo" (c) S. Paolino de Nola merece ser mencionado despues de s. Cirilo. Floreció en la última mitad del siglo IV. Amigo de s. Gerónimo, de s. Ambrosio y de s. Agustin, pocos escritores de su época tuvieron mejor y mas exacto conocimiento de la doctrina de la Iglesia, de su disciplina, de su culto y de todo lo que le concernia. Y bien; célebre es la carta que dirigió á su amigo Sulpicio Severo. Hábiale este pedido para su oratorio doméstico algunas reliquias.

(a) Cath. IV, 10.

(b) XIII 4 (c) X. 19.

Paolino, como no las tuviera, "envió en cambio una partícula del madero de la Cruz divina que de Jerusalem habiale traído santa Melania." De aquí toma el mencionado santo la ocasion para tejer la historia de la invencion de la Cruz y del culto que se le tributaba en Jerusalem, y concluye atestigüando el hecho de la prodijiosa multiplicacion del madero santo á pesar que se distribuyera con asombrosa prodigalidad á todos los innumerables devotos que solicitaban un pedacito de la misma. "Esta Cruz," son palabras del Santo, "aunque de materia insensible, posee fuerza viva; por lo que, desde el momento de su invencion, aquel santo madero satisface diariamente á todos los innumerables votos de los que la piden, sin por eso sufrir algun quebranto, y permanece casi intacto. Dividida para los que la toman, para los que la veneran queda siempre íntegra."

Absolutamente lo mismo asegura s. Juan Crisostomo, contemporaneo de s. Cirilo y de s. Paolino. He aquí sus mismas palabras. "Y con cuanto empeño no se busca hoy por todos el madero en que el cuerpo santo del Señor fué estendido? Conseguida una pequeña porcion del mismo, encerrada en oro, los hombres lo mismo que las mujeres se la cuelgan del cuello." (d)

Este entusiasmo no se enfrió en el IV siglo. Mas de doscientos años despues, el diacono Rústico no titubeaba en afirmar "que el madero de la venerable Cruz adorábase, sin contradiccion alguna, por toda la Iglesia esparcida sobre la faz del universo." (e) Este mismo fervor continuó por muchos siglos despues y bajo diferentes formas, como demostraré en el párrafo siguiente, debiendo ahora ocuparme de las fiestas con que la Iglesia celebró el hallazgo de la Cruz.

Considero puesto fuera de duda que,

(d) In Oratione "Quod Christus sit Deus"

(e) In dialogo contra Acephalos.

á lo menos en la Iglesia de Jerusalem, apénas hallada la Cruz, fué instituida una festividad para solemnizar tan fausto acontecimiento. En el pasaje ya citado de s. Paolino de Nola, despues de haber dicho que en tiempo pasqual se esponia la Cruz á la adoracion del pueblo, inmediatamente añade—"y fuera de ese dia, en que se celebra el misterio mismo de la Cruz, esta misma, que es la causa ó el motivo de tan sagrado rito, se muestra casi como el monumento principal de la sagrada solemnidad."

Lo mismo atestigua s. Sofronio citado por los Bolandistas (a) quien además asegura, que la adoracion de la Cruz celebrábase tambien *in media jejuniorum hebdomade*, es á decir, en la tercera semana de Cuaresma. Es harto probable, aunque de ello nada digan los monumentos antiguos, que lo que se hacia en la iglesia de la Resurreccion de Jerusalem hiciérase tambien en Roma en la basilica Sesoriana, que Constantino erijió para custodiar la porcion del santo madero que habíale enviado su piadosa madre. Como optimamente observa el docto Paperbrochio, esta solemnidad era tanto mas natural, como que era la de la misma basilica.

Mas difícil es fijar la época en que se estendió á toda la Iglesia el rito que en honra de la Cruz celebraban, desde la época mas remota, las iglesias de Jerusalem y de Roma. Es cierto que, de no pocos siglos, dos son las fiestas que en honra de la Cruz celebra la Iglesia universal; la de la invencion de la Cruz, el dia 3 de Mayo, y la de su exaltacion, el 14 de Setiembre. Aunque hoy, en la de la exaltacion, se recuerde principalmente el rescate de la santa Cruz en el siglo VII por obra del emperador Heraclio, de que hablaré en adelante, sin embargo, en los tiempos anteriores, ambas fiestas celebrá-

banse en conmemoracion del descubrimiento del madero santo. La fiesta de la exaltacion así designada, es anterior á la llamada de la invencion, sobre todo entre los griegos. En efecto, además de Paolino y Sofronio ya citados, tenemos á Niceforo, que en su historia eclesiastica (b), despues de haber referido que la emperatriz Helena confió el pedazo mayor de la Cruz al obispo de Jerusalem, añade "*que en esta ciudad la emperatriz mandó se celebrara todos los años la sagrada exaltacion.*" Ahora bien; no cabe duda que poco tardaria esta fiesta instituida en Jerusalem á extenderse á toda la Iglesia, porque en los Meneos y demás libros litúrgicos de la Iglesia griega, se halla siempre en el 14 de Setiembre indicada la solemnidad de la *exaltacion de la Cruz*, que en sustancia era la misma de la *invencion*, puesto que ambas tenian por objeto celebrar el prodijioso hallazgo del santo madero.

Este segundo título fué introducido mas tarde en la Iglesia occidental. Muy acertado me parece está el eruditísimo jesuita Francisco Antonio Zaccarias, cuando coloca la institucion de la fiesta bajo la advocacion de la invencion, despues de s. Leon I y antes de Gelasio I (c), es decir del 461 al 496, puesto que en el Sacramentario Leoniano reordenado bajo los auspicios de dicho Pontífice, no se encuentra mencion de dicha fiesta, y en vez se halla en el Gelasiano. Desde esta época en adelante, si bien la fiesta de la invencion no está registrada en los calendarios y martirolojos de la Iglesia occidental, lo está en los demás libros litúrgicos de la Iglesia romana mas importantes, como son el antifonario de s. Gregorio M., el leccionario de la misa, y el capitularium de los evangelios; prueba evidente de que esta fiesta conmemorabase ya en toda la Iglesia.

Para complemento de esta materia,

(b) lib. VIII c. 29.

(c) Dissert. de inv. s. Crucis, Cap. III. No. XVII.

(a) Die III Maii, Cap. III. apud Bolland.

pareceme muy del caso añadir algunas observaciones sobre las cruces *estacionales* que empezaron en el citado siglo cuarto y que tanta celebridad alcanzaron.

Escusado es decir, que desde la aparición del misterioso signo á Constantino y, aun mas, desde el descubrimiento de la sta. Cruz, el culto de esta cesó de ser como por lo pasado perseguido y ofrecido solamente á escondidas, y gozó no solo de la mas amplia libertad, pero llegó á ser tan universal, que puede decirse no habia ni un solo rito, ni un solo objeto, sagrado como profano, ni una sola persona que con este misterioso signo no fuera santificado. Lo que habia sido señal de ignominia, de pena y de castigo, fué constituido emblema de honra, de victoria y de galardón. Por lo que la Cruz se presentaba ya no desaliñada, modesta y pobre como por lo pasado, pero enriquecida por los fieles con toda suerte de adornos, de metales y piedras preciosas. De aquí que, en un numero considerable de monumentos del siglo mencionado, se vea la Cruz esmaltada con joyas, como puede observarse en la grabada en la lucerna publicada por el erudito Ciampini (a) y otros, y en el mosaico que se conserva en la iglesia de s. Vidal, ilustrado tambien por el citado autor. (b) Desde entonces, tambien, fueron frecuentísimas las cruces de oro y plata, las llamadas *letradas* por las inscripciones que las rodeaban, las *radiatas* por los rayos que las embellecian. Pero, las mas ricas por el mérito de los metales y joyas como por los trabajos artísticos, eran las tituladas *cruces estacionales*, cuyo origen sube al tiempo de Constantino. Recordará el lector que este emperador, en prueba de grande piedad y para alcanzar la proteccion del cielo, habia dispuesto que en todas las lejonas de su numeroso ejército hubiese estandartes

representando al Lábaro, que les acompañaba no solo en las batallas, pero, tambien, en las revistas y maniobras militares. Conservabase siempre en los cuerpos de guardia, que llamaban *Stationes*. Siguieron los fieles el ejemplo de los soldados. En las principales procesiones, en las letanías y rogativas llevaban, tambien, su estandarte que consistia en una magnífica cruz, que precedia las sagradas procesiones. Llamósele *estacional*, porque los fieles reunianse en una localidad convenida, donde conservábase la cruz, y de ahí salía la procesion. Acaso la mas insigne de estas cruces fué la que regaló á la basilica Vaticana Carlos Magno, cuando de manos del Pontifice Leon III recibió la consagracion imperial; regalo que, algun tiempo despues, pasó, por deseo del mismo emperador, á ser la *Cruz estacional* de la basilica en todas las solemnes rogativas. Digno de ser testualmente referido es lo que sobre esta Cruz escribe Anastasio bibliotecario. "En la basilica del " Salvador nuestro Señor Jesus, que " llamase Constantiniana, el emperador Carlos Magno ofreció la " Cruz esmaltada con jacintos, que " el reinante (*almificus*) Pontifice " Leon III dispuso que segun los " deseos del piadosísimo emperador " precederia en las letanías." (c)

Hasta el pontificado de Pascual II. esta Cruz conservóse en la mencionada basilica: mas en la época indicada, "por sujestion diabolica" (como dice el mismo Anastasio) "y por " instigacion de los malos, fué de noche robada por los ladrones y ninguno de los predecesores de Leon " III, ni D. Pascual, ni D. Eujenio, ni " D. Valentino, ni D. Gregorio, ni " D. Sergio pensaron en reemplazarla. Esto lo hizo, para uso de la " santa iglesia romana, Leon IV, " costruyéndola de oro purísimo, de " extraordinaria grandeza, esmáltandola con margaritas, jacintos y esmeraldas y adornóla admirablemente para el uso primitivo de la

(a) De cruce stationali, dissert.

(b) Vet. monum. Part II. Cap. IX.

(c) In vita Leonis III.

“santa madre la iglesia romana.” (a)

Tal fue el origen de las *Cruces estacionales* que habia en todas las basílicas de Roma. El docto benedictino Mabillon (b) y Juan Ciampini (c) dan detallada cuenta del rito y de las ceremonias prescritas en las funciones en que se sacaba la Cruz *estacional*, y

(a) l. c. (b) Museo Ital. Tom 2.
(c) loc, cit.

el último hace una fiel descripción de dos de estas célebres cruces: la primera, que aun se conserva en la iglesia de s. Juan de Letran, y la otra, en la iglesia metropolitana de Ravena, construida por el arzobispo S. Agnellus en la segunda mitad del siglo VI. Ambos son monumentos interesantísimos: pero lo dicho hasta aquí sobre las cruces *estacionales* basta á mi propósito. Quien desee mas detalles acuda al citado escritor.

De la forma de los antiguos relicarios de la Cruz.

Deben los relicarios su origen á la santa avidez que tuvieron los fieles del IV siglo de poseer segmentos del santo madero.

Por respeto y en señal de veneración como para su mas duradera conservación, depositáronlos los primitivos cristianos en estuches ó cajas, que por lo general eran de preciosos metales, y que llamaron *Lipsanotheca*, de dos voces griegas que juntas significan estuche de reliquias, ó sea relicario. Mas cuando estos estuches destinábanse á ser colgados del cuello y llevados ante el pecho, apellidáronse *Encolpios*, del verbo griego *encolpiso* (*encerrar en el pecho*) ó de *en kolpo* (*sobre del seno.*) Designáronse, tambien, con los nombres de *filacterias* y de *sagrados amuletos*. Con grande exactitud define Anastasio el bibliotecario estos relicarios. “Llevar la

“Cruz” dice “con dentro el precio-
“so madero ó con reliquias de los
“santos suspendida al cuello sobre
“del pecho, á esto llaman *encolpio*.”

(a) A fin de evitar toda equivocación debo avisar, que á veces estos mismos vocablos se han usado para indicar objetos profanos, á menudo supersticiosos. Diré mas, que en el corazón mismo del cristianismo no

(a) “Crucem cum pretioso ligno
“vel cum reliquiis sanctorum ante pec-
“tus portare suspensam ad collum,
“hoc est quod vocant *encolpium*.”
(ad act. 5, Synodi VIII.)

han escaseado los que soñaron, que pocas palabras oscuras, muchas veces sin sentido, y algunas señales ó geroglíficos inesplicables fuesen antidoto eficazísimo contra toda enfermedad, ó medio infalible para alcanzar lo que no era dado conseguir por caminos ordinarios y naturales; atribuyéndoles otros hasta la virtud de hacer que para ellos rodára siempre próspera la rueda de la fortuna. Escusado es decir, que, lejos de que la Iglesia se hiciera culpable, ni siquiera de connivencia, en abuso tan grave y tan criminal, siempre lo condenó bajo las mas graves censuras, como lo demuestra el canon 36 del concilio Laodicense y el 61 del Trullano. s. Juan Crisost. é innumerables otros santos padres y concilios.

En mi escrito sobre un interesantísimo encolpio de bronce descubierto en Corfu en la antiquísima iglesia de Paleopoli, hice la siguiente observación. “Aunque sea probable que
“los primeros relicarios usados para
“conservar los adorados segmentos
“tuviesen la forma de Cruz, la mas
“idonea de todas; sin embargo, por
“mucho que haya buscado en los es-
“critos de los padres del IV y V
“siglo para hallar las primeras
“pruebas, he tenido que descender
“al VI, y á mi entender s. Grego-
“rio el grande es el primero que así
“claramente lo dice.” (b)

(b) Sopra un encolpio eneo. Trieste, 1854, pag. 29.

El tiempo ha confirmado la conjetura que formé mas de 16 años hace. Porque de un lado, hasta la fecha no se ha hallado ningún escritor anterior á s. Gregorio que mencione algun encolpio en forma de Cruz, y el doctísimo sr. Rossi, que en arqueología cristiana es de todos los escritores contemporáneos *facile princeps*, conviene en esto conmigo:— pero del otro lado, este mismo autor no solo ha citado monumentos de este género que indudablemente pertenecían al fin del IV siglo y al V; mas ha tenido, tambien, la buena fortuna de hallar en un sepulcro de la basílica de s. Lorenzo un preciosísimo encolpio que él considera *el mas antiguo conocido hasta la fecha* (a) y que indudablemente fué construido antes de s. Gregorio, en tiempo del rei Teodorico, es á decir, á fines del V y principios del VI siglo. El Pontífice mencionado floreció á fines de este siglo y principios del siguiente. Mas para proceder con mayor claridad, tejeré por órden cronológico una historia sucinta de los encolpios, empezando desde los primeros.

El mas antiguo de que se conserva memoria es el anillo de sta. Maarina. Estaba hueco interiormente y contenia una pequeña porcion del madero santo de la Cruz. La santa lo llevaba siempre suspendido al cuello. A su muerte lo conservó para sí, su hermano s. Gregorio, de Nissa (b)

El segundo es él que s. Paolino de Nola envió en don á su íntimo amigo Sulpicio Severo. Era de oro, y la forma de *tubo pequeño* (c.) S. Paolino que cesó de vivir el año 431 habíalo recibido de su parienta sta. Melania, noble dama española que lo habia traído de Jerusalem cuando en 371 visitó los lugares santos.

Por este tiempo, tambien; empezaron á construirse los encolpios en

forma de cajitas cuadradas, adornadas de un lado con las letras *Alpha* y *Omega* teniendo en medio el monograma de Cristo y del otro lado la imagen de una paloma. Varias de estas cajitas fueron halladas en los sepulcros de la basílica Vaticana, y es indudable pertenecieron al concluir del IV siglo ó al principiar del V. y todo indica que fueron hechas á fin de conservar reliquias. Pelliccia sostuvo que eran pixides para llevar la s. Eucaristía á los enfermos (d); pero lo indujo en error haber creído que aquellos sepulcros eran de la época de la persecucion, mientras fueron posteriores á Constantino (e) En la vida de S. Amador obispo de Auxerre, tenemos otro ejemplo bellissimo del uso de estas cajitas. En ella se cuenta que hallándose en el campo, los ladrones, para quienes era del todo incognito, conocieron que era persona piadosa y devota *por la majestad del semblante y por el culto que tributaba á una cajita llena de reliquias sagradas que llevaba colgadas al cuello* (f) S. Amador vivió al fin del IV siglo y principio del V.

Lucio Fanno (g) asegura que en el sepulcro de la basílica ya mencionada, donde habia sido enterrada, con las damas de su séquito, Maria hija de Stilicon mujer del emperador Honorio, se hallaron diez pequeñas cruces de oro adornadas con esmeraldas y otras piedras preciosas. Pero ignórase si dichas cruces contenian reliquias. A esta misma época, opina el sr. Rossi, pertenece la cruz pequeña de oro que se conserva en el museo Kircheriano de Roma. Está vacía en lo interior; de lo que ha de inferirse que fue destinada á conservar reliquias; en la estremidad superior tiene un anillo, cuyo objeto era, ciertamente, para suspenderla al cuello mediante un cordón. Despues de esta cruz, ha de colo-

(a) "Bullettino di Archeologia cristiana, "Roma, Maggio, 1863" pag 37.

(b) S. Greg. Nis. in vita s. Maarina.

(c) *Tubellus aureus*. Ep. XI. ad Sulp. Sev.

(d) Véase Rossi, loc. cit.

(e) Véase Rossi, loc. cit.

(f) Act. SS. Tom. I Maii, pag. 57.

(g) Antich. Rom. L. V. c. 10, apud Rossi.

carse la descubierta en s. Lorenzo y que fué esplicada por el señor Rossi; porque aunque este diga es la mas antigua conocida, sin embargo debe esto entenderse de las cruces con inscripciones, como él mismo indica mas abajo. Además, la antigüedad de la Cruz Kircheriana no está tan demostrada como la del sr Rossi.

A mi entender este encolpio es el mas antiguo que existe; así es que, por la inscripción que en él se lee, como por su admirable conservación, es de un mérito altísimo religioso y arqueológico y merece ser descrita detalladamente. Fué hallado sobre el pecho de un cadáver en un sepulcro bajo el primitivo piso de la iglesia de s. Lorenzo en Roma, muy cerca de la tumba del santo. Su tamaño es, de dos pulgadas el palo mayor, y de una el travesal, y un cuarto de pulgada de ancho. Es de oro, su peso cerca de una onza y está trabajada á esmalte con grande arte y elegancia. La Cruz tiene en el asta superior un tornillo largo, en cuya cabeza hay un anillo ó argollita tambien de oro. Mediante este tornillo se podía cerrar con seguridad las reliquias depositadas en el asta mayor. En una de las caras del encolpio está escrito en letras griegas EMMANUEL y en latinas NOBISCUM DEUS; en la otra CRUX EST VITA MIHI, MORS INIMICE TIBI. (*La Cruz es la vida para mí, es la muerte para ti, ó enemigo*). El enemigo, contra quien se dirige esta apostrofe, es indudablemente el espíritu infernal. Las dos últimas letras HI del MIHI, por falta de espacio el artista las colocó en la cara inferior del encolpio á los dos lados del monograma que se vé repetido en la estremitad de una de las astas transversales, mientras en la opuesta hay otro monograma. Estos monogramas encierran los nombres de los que le llevaban colgados al cuello. No es fácil decidir si fué de obispo el cadáver sobre de que fué hallado, porque los primitivos fieles de todas condiciones usaban sin distinción llevar estas cruces.

Para que de tan precioso monumento se forme el lector una idea mas exacta, conviene consulte los dibujos del mismo bajo el no. 1.º de la Tabla III fielmente copiados de los que publicó el sr. Rossi. Unidos á ellos bajo el no. 2, y 3 de la misma Tabla están dibujadas otras cruces acerca de las cuales me ocuparé cuando examine la época en que empezó en la Iglesia, en las esculturas y pinturas, á representarse al Salvador clavado en Cruz.

Los citados ejemplos autorizan, pues, á creer, que en el siglo IV empezaron á usarse los relicarios en forma de Cruz, y que en el V. eran ya muy generales. Los que pretenden que existieran en tiempos anteriores, no han alegado hasta la fecha ninguna prueba concluyente. En las actas del martirio de s. Procopio se lee, que bajo Diocleciano él hizo labrar una Cruz pectoral y que sobre la misma aparecieron milagrosamente estampados, en letras hebraicas, *Miguel Emanuel y Gabriel*. Pero los sabios Bolandistas han puesto de manifiesto que las actas mencionadas no merecen ninguna fé (a) En la historia de s. Eustracio y de otros mártires de Armenia, inmolados tambien bajo Diocleciano, refiérese que Orestes fué reconocido cristiano por la Cruz de oro que llevaba ante el pecho. Mas la autenticidad de este relato dá lugar á no pocas y bien fundadas dudas. (b) Ello es cierto, que en ninguna cataumba se ha encontrado jamás una sola Cruz pectoral, pues la que se dice descubierta en 1662 esplicada por Leon Allazio, y que tenia una inscripción griega y la efigie del crucifijo, es trabajo bizantino de muchos siglos mas tarde, y no pudo hallarse en las cataumbas, mas que por haber sido de un modo ú otro puesta allí en época posterior. Como oportunamente observó el sr. Rossi, no puede atribuirse á pura casualidad, que en la variedad inmensa de monumentos

(a) Acta SS. Tom. 2. p. 551.

(b) Arrighi, Rom. subt. p. 545.

cristianos que han llegado hasta nosotros, ni una vez siquiera se haya encontrado una Cruz pectoral, y ni tampoco la huella ó impresion de la misma en la cal ó macilla de los sepulcros. Esta falta ó carencia absoluta de cruces en forma de encolprios era la consecuencia legitima de la disciplina cristiana en vigor en aquellos tiempos; pero que se alteró en el IV siglo. En el V.^o se generalizaron las cruces encolprios. Probablemente tal forma tenia la particula del madero santo que á s. Leon el grande (440-461) regaló Juvenal obispo de Jerusalem. (a)

En el V.^o los padres apenas conocian otras formas. S. Gregorio magno ofrece de ello la prueba mas palpable. Escribiendo á Recaredo, rey de los Godos, deciale: "Hemos confiado al portador de " estos renglones una Cruz que os " ofrecemos en don y que contiene " una porcion del madero de la Cruz " del Señor" (b). Tambien á Teodolinda reina de los Longobardos declaraba, que "habia remitido á " nuestro escelentísimo hijo Adu- " lourado filacterias, es decir, la " cruz con el madero de la sta. Cruz del Señor" (c) Así, tambien,

(c) Epist. Leonis ad Juvenal. El ilmo. sr. Rocca, obispo de Tegaste cree, que esta misma particula sea la que descubrió (segun lo asegura el ven. Beda) el Pontífice Sergio I. á fines del siglo VII, y que se conserva hoy en el Sagrario apostolico de Roma. El citado escritor asegura, que dicha porcion de la Cruz es la mayor que exista. Si esta fué la enviada por Juvenal, habria que decir que las imajenes sagradas y sobre todo la de N. S. crucificado, que existen entalladas en dicha porcion de la Cruz, son obra de época posterior; porque, como á su tiempo demostraré, solo un siglo despues, á lo mas pronto, se introdujo en la Iglesia la costumbre de las efijies del Señor en Cruz.

(b) lib. IX. epist. CXXII.

(c) lib. XIV. ep. XII.

ofreció en don cruces que contenian reliquias á Dinamio, noble francés y á Eulogio patriarca alejandrino. Y aquí no será inoportuno observar que hay quien cree que la cruz enviada á Teodolinda es la que todavia se conserva en el tesoro de Monza, en que se vé en esmalte efijado el Señor crucificado.

En la edad media, cuando la fé era tan ardiente, la devocion y el culto de estos sagrados relicarios creció de tal manera que con toda verdad puede decirse que no habia un solo católico que no lo llevara encima y, como espondré al tratar en el § siguiente el uso de estos relicarios, era tan universal que formaba parte del equipo del soldado (d). Sobre de esto memorables son las palabras del patriarca constantinopolitano Niceforo. Refiriéndose este á los fieles de su tiempo (principios del IX siglo) afirmó " que las filacterias cubiertas, " doradas y suspendidas al cuello, que " tenian los obispos, todos los cristianos las llevan para salvacion de " las almas y de los cuerpos; persuadidos que valen como medicina " de los males y como escudo contra " los demonios impuros. En la mayor parte de ellos se ven representadas la pasion de Cristo, sus milagros y gloriosa resurreccion, como indican claramente las imájenes " en ellos grabadas; y de estos hay " una increíble muchedumbre entre " los cristianos."

La piadosa costumbre de colocar el santo madero en relicarios en forma de Cruz jamás cesó en la Iglesia. No hay, acaso, catedral en el mundo que no posea algun insigne relicario de este género. España posee muchos bellísimos de un grande mérito artistico y de interesantes recuerdos históricos. Pero el mas rico en arte como en piedras preciosas que haya visto, es él regalado por el reinante Pontífice al arzobispo de Dublin el cardenal Cullen, y que este

(d) Jorje Pachimera, lib. II. cap. XXV. Véase asimismo el Glossarium del Possino á la voz *encolprium*.

ha ofrecido en don al seminario conciliar de Dublin; edificio soberbio y, acaso, uno de los mejores de aquella ciudad, debido al celo de tan esclarecido purpurado. El relicario es de cerca de 2 piés y medio de alto: latina la forma de la Cruz y está formado en su mayor parte del mas puro cristal de roca, adornado con preciosos arabescos y medalloncitos representando, en bajo-relieve, los cuatro evangelistas y los mas insignes pasos de la pasion. Una sencillísima inscripcion latina grabada en el pedestal recuerda el testimonio de estima y afecto con que Pio IX honraba al ilustre cardenal y, al mismo tiempo, premiaba los grandes servicios que ha rendido á su patria y á la Iglesia. La porcion del santo madero que el relicario contiene es una de las mayores que conozco. Probablemente, por encerrar dentro sus paredes tan rico tesoro, el seminario mencionado está colocado bajo la advocacion de LA SANTA CRUZ—(*The Holy Cross.*)

Además de los encolpios en forma de cruz, prevaleció en la edad media la costumbre de colocar la preciosa madera en figuras en forma de cruz trazadas en láminas ó planchas de oro ó de otro metal, generalmente dorado. Un noble de Pula regaló al monasterio de Monte

Cassino uno de estos relicarios que habia sacado del palacio del emperador Miguel en Constantinopla, durante la conspiracion urdida por Niceforo Botomiates (1078) y 30 años antes otro habia regalado al mismo monasterio cierto conde Mangoldo Werdesé que lo habia traído de Grecia (a). El célebre analista de la órden Franciscana describe hasta sus mas pequeños detalles la famosa tabla cortonesa que perteneció al emperador Niceforo y que Fray Elias, discípulo de S. Francisco de Asis, trajo de Constantinopla. En la *Palaeographia Sacra* de Montfaucon puede verse el dibujo de la Cruz ejecutado por órden del emperador Manuel Comneno, que tambien contenia una partícula de la santa cruz. Por último, los que deseasen otras pruebas, pueden visitar el riquísimo tesoro de la estupenda basilica de s. Marcos de Venecia, donde se veneran no pocos de los relicarios mencionados, de que los Venetos se hicieron dueños, cuando unidos con los franceses tomaron posesion del imperio bizantino. De la Iglesia de oriente tomó mas tarde la de occidente este uso.

(a) Leo Ostiensis, *Chronicon Montis Cassini*, lib. 3, cap. 4.

§ VI.

De los varios usos de los Encolpios.

El origen de los encolpios y la costumbre de llevarlos encima debe atribuirse, como ya indiqué, á la piedad de los fieles del IV siglo. En señal de veneracion hácia el vivífico madero y hácia las reliquias de los mártires que solían asociarle; para implorar con mayor fervor y eficacia la proteccion del cielo y la mediacion de los santos; para renovar la memoria de la pasion del Redentor é imitar mejor las virtudes de los bienaventurados; por último, como antifoto y escudo contra las influen-

cias del espíritu maligno, custodiaban los primitivos cristianos, ya en el seno ya en el hogar doméstico, los mencionados relicarios. Tan universal era esta devocion que, acaso, no existia un fiel que no la practicára, y la prueba mas evidente de ello, la tenemos en que los emperadores orientales, al par que entregaban las armas al ejército, le suministraban, á espensas del erario público, un encolpio, que formaba parte del equipo del soldado.

Además de estos fines piadosos, que fueron los primeros y principales, es del mas alto interés para el arqueólogo sagrado estudiar los diferentes usos que hacíanse de los encolpios, sobre todo en Oriente.

El poseerlos equivalía á una pública profesion de fé cristiana, demostrando así la reverencia que hacía ellos se profesaba. Por eso vemos que el sultan Azzadin, queriendo dar á Miguel Paleologo prueba, á lo menos aparente, de su conversion, escribíale (1266) le enviase en regalo "alguno de los sagrados amuletos "vulgarmente llamados *encolpios*, es "á decir, de los que suelen llevarse "suspendidos al cuello por motivo "de relijion." (a)

Eran, además, los encolpios insignias especiales de la dignidad imperial, y los emperadores llevábanlos ante el pecho en todas las grandes ocasiones oficiales. Así, cuando el desdichado Andronico Comneno (1181) derrotado y estrechado muy de cerca, quiso, con la esperanza de salvar la vida, abdicar el imperio, "se despo- "tó" (dice Niceta Coniata) "de la púr- "pura y de su viejo amuleto, es de- "cir, de la cruz que llevaba colgada al "cuello" (b). Además, Anastasio bibliotecario espresamente afirma que el encolpio estaba siempre suspen- dido del cuello de los emperadores y obispos. (c)

Sobre todo para garantizar la san- tidad é inviolabilidad de la relijion de los juramentos, especialmente en las ocasiones solemnes y en los asuntos de mayor importancia, acu- díase á los encolpios. Este jura- mento hacíase de tres maneras: 1.º con el cambio de los respectivos en- colpios, cuando dos se obligaban á recíprocos pactos:—2.º cuando uno solo era el que se obligaba, entonces enviaba al otro su propio encolpio para indicarle así que la obligacion

estaba sancionada con el juramento:— 3.º cuando el juramento se difería por la competente autoridad á una ó mas personas; entonces parece se hacía el juramento poniendo con re- verencia la mano sobre el encolpio.

En las historias de Jorje Pachimera hállase registrado un bellí- simo ejemplo de la primera forma de jurar. Cuando, á causa de la ig- nomia irrogada á su mujer, Juan Noto vendia con vil traicion (1259) á los suyos, entró él en un convenio con los generales de Miguel Paleolo- go. Ahora bien; "este convenio," añade el escritor referido, "fue san- "cionado con la fé del juramento "por la permuta de los sagrados "amuletos." (d)

Mas que en ningun otro con- venio ó pacto, era en el matrimonial que se acostumbraba la permuta de los encolpios. Esta, puede decirse, era regla general no solo entre los orientales, pero usábase, tambien, con mayor frecuencia en Occidente. Juan Cantacuzeno refiere que "el "pacto del matrimonio de Apocauco "fue establecido al uso de los roma- "nos por medio de los encolpios." (e)

Si el Pontano hubiese conocido mejor el valor del vocablo *encolpio* y lo hubiese comparado con los pasa- jes de los escritores bizantinos en que recurre muy amenudo, no hu- biera traducido la espresion de Can- tacuzeno por alhajas ó joyas nupcia- les que colgábanse del cuello los es- posos, considerándolas como objetos puramente profanos y de solo adorno.

De la segunda manera de usar los encolpios tenemos las pruebas en el anónimo continuador de Constantino Porfirogenito, y en las Alexiadas de Ana Comneno. Aquel, despues de haber narrado el fin desventurado del loco tentativo del rebelde Barda- nio contra el emperador Niceforo (813) añade, que cuando Bardanio

(a) Pachimeras (Jorje), lib. IV. cap. VI.

(b) lib. II. c. II. de *Andronico Comn.*, et *Theophanis chronographia in hist. Rhyn. ann. VI.*

(c) Act. V. Synod. VIII.

(d) Lib. I. c. XXXI. El lector comprenderá facilmente lo que sig- nifique aqui la voz amuleto si coteja este paso de Pachimera con el que, poco ha, fue citado del mismo autor.

(e) Lib. III. Hist. c. XVII.

hubo llegado á Malagina para salvarse la vida, "recibió allí la fé de la seguridad enviándole, en prenda de la fé prometida, la pequeña cruz de oro que Niceforo acostumbraba llevar." (a)

Bellísima es la narracion de la hija de Alejo Comneno. Temiendo las asechanzas urdidas por los cortesanos de Niceforo Botoniata, Ana Dalasena, la heroína viuda de Juan Comneno refujióse (1078) con sus tres hijos Manuel, Isaac y Alejo en el templo de s. Nicolás. Despachó Niceforo á cierto Straboramano y á Eufemiano, para que, en nombre suyo, la persuadiesen á que se presentase delante de él, asegurándola que nada le hubiera sucedido de siniestro. Y como quiera que ella se negase con grande firmeza, y no supiese Straboramano como convencerla, "le ofreció en garantía de sus promesas la cruz encolpio que él llevaba en el cuello." "No pido de ti," contestó Dalasena, "tal caucion, pero la pido del emperador. Y quiero una cruz no diminuta ni de pequeño volumen pero de buen tamaño; lo que decia para que fuese mas clara la prueba del juramento hecho." Efectivamente Niceforo, que era bueno é indulgente, la envió la cruz que le habia pedido, dándole las mayores seguridades. (b)

Séame permitido añadir á los ejemplos referidos otro sacado de las historias de Juan Cantacuzeno. Al acercarse el finjido rey de Mesia Miguel bajo los muros de Constantinopla con un numeroso ejército, dispartó, como era natural, la mas grande inquietud en el ánimo de Andronico menor, quien le envió á Juan Runtzer para pedirle esplicaciones de un hecho tan misterioso y que encerraba tan grave peligro. Para ocultar sus intenciones, el rey juró mil y mil veces que sus tropas no llevaban ninguna mira hostil contra el emperador, y, quitándose la cruz del cue-

llo, la entregó al legado diciéndole: "Llevarás esta al emperador, añadiendo que jurando por Aquel que fué crucificado por nosotros ni he infringido los pactos, ni he enviado contra él mis soldados. Le dirás, tambien, que no se maravilla si vé que la cruz está labrada de vil materia (era de cobre) puesto que era célebre entre los Mesas (c) por los muchos milagros obrados mientras vivia mi padre y durante mi reino: y que se la mando como fidelísimo testimonio." (d)

Finalmente, con el jesuita Possino no dudo, que la tercera manera de jurar poniendo la mano sobre los encolpios, estuviese en vigor entre los orientales. En verdad; no es probable que siempre que era necesario exigir un juramento, fuere indispensable entregar, en prueba de ello, el encolpio. ¿Es, acaso, creible que tal entrega fuese prescrita á los muchísimos empleados públicos, á veces enteros ejércitos, que con frecuencia juraban fidelidad á su emperador? ¿Jurar con el tacto de los santos encolpios no era, por ventura, el modo mas natural, mas simple, y al mismo tiempo mas conforme con las ideas que estaban en voga en aquellos tiempos? Además, tenemos en las historias del patriarca Niceforo, que Heraclio obligaba al patriarca Pirro á jurar fidelidad á su hijo Constantino *haciéndole tocar el madero de la sta. Cruz*, que probablemente estaba encerrado en el encolpio del mismo Pirro. Por último, creo sumamente probable, que los mismos emperadores, al ceñir la diadema imperial, prestasen el juramento prescrito por medio de los encolpios que llevaban ante el pecho. Si esta hipotesi fuese acogida, entonces se esplicaria facilmente el origen de la costumbre que ha prevalecido tanto en Oriente como en Occidente

(c) Servianos y Bulgaros.

(d) lib. I. cap. 58. Véanse, tambien, el lib. I. c. 15 y el lib. III. c. 14, donde se encontrarán nuevos argumentos en favor de la tesis que sustento.

(a) Lib. I. n. III.

(b) *Alexiados* II. Este mismo hecho refiérelo, tambien, José Genesio, lib. I. de *rebus gestis epli*.

de jurar, llevando la mano al pecho. Así juran hoy las mujeres en algunas partes de Alemania; (a) así juran los ministros del santuario en Occidente como en Oriente; y lo que es aun mas notable es que los obispos de rito latino juran hoy poniendo la mano diestra sobre la cruz pectoral que llevan ante el pecho.

Por lo demás, muchos son los cambios por que ha pasado este acto de religion de tanta trascendencia y de la cual depende, en gran parte, la felicidad del Estado, de la familia y hasta del mismo individuo. Cuando un pueblo, ó por el exajerado uso, ó por la degradacion moral en que hubiere caido, ó por cualquiera otra causa hubiere perdido aquel santo respeto y aquella honda veneracion que débese al juramento bajo una determinada fórmula, convenia—puesto que la sociedad no puede subsistir sin este acto de religion—hallar otra, que haciendo mas profunda impresion, llamáse los ánimos al recto sentido del propio deber. Juraban los hebreos levantando la mano é invocando el nombre de Dios. Así, tambien, hacian los primitivos cristianos. Mas tarde, hallando que no bastaba la invocacion de la Divinidad, se añadió el tacto de los santos evangelios. Y como quiera que mas tarde la esperiencia hubiera demostrado que tampoco esto era suficiente, tomáronse los juramentos tocando ó besando el santo madero de la Cruz.

Desde el año 870, los padres del concilio constantinopolitano IV, con el objeto de demostrar la gravedad suma del asunto de que se ocupaban y de los fines santísimos que debían guiarlos en sus decisiones, celebraban sus reuniones en presencia *de los preciosos y vivíficos maderos y de los inviolados evangelios de nuestra salud.*

Y Alejo Comneno y Boemundo sancionaban la paz de 1108 jurando sobre los santos evangelios y sobre la Cruz del Señor (b)

(a) Zallinger de jure canon. Vol. III. de jure jurando.

(b) Ana Comnena. Alex. lib. XIII. Vet. scrip. in Phil. Tom. IV.

Fué, ciertamente, obra de la divina providencia que en aquellos tempestuosos tiempos, cuando una increíble ignorancia y la corrupcion mas espantosa devoraban la sociedad, viva se mantuviese la antorcha de la fé, y que aquellos mismos que no se arredaban ante los mas enormes delitos, no se atreviesen á cometer un perjurio despues de haber tocado el madero de la sta. Cruz. Y como quiera que los encolpios contuvieran siempre tan preciosa reliquia, se comprende como para mantener incorrupta la fé del juramento, fué considerado indispensable acudir á los encolpios.

Probablemente contribuyó, tambien, y no poco, á estender esta costumbre, que las reliquias de los santos se halláren asociadas generalmente á las del santo madero. Hay que confesar que la piedad hácia los siervos de Dios y la confianza grande que en ellos colocaban, fué entre ciertos cristianos á veces mayor de lo que la fé y la razon prescribían, llegando en algun caso á temer mas el desagrado de los santos que la ofensa de Dios y su justicia. No hay, pues, que maravillarse si, para garantizarse contra las terribles consecuencias de los falsos juramentos, se hubiesen estos exijido con el tacto de las sagradas reliquias incluidas en los encolpios. La isla de Corfu ofrece de esto un ejemplo singular. La ley de enjuiciamiento allí vijente, á lo menos algunos años há, fijaba que en caso de no estar satisfecho con el juramento tomado sobre los santos evangelios, el demandante tiene derecho á exijir del demandado renovára su declaracion jurando sobre el arca que encierra el cuerpo de s. Espiridion. Sabido es que la veneracion de aquellos isleños á su santo patrono es tal que, mientras los perjurios sobre los evangelios son, segun la opinion general, frecuentes, los otros son rarísimos. De lamentar es, por cierto, la asombrosa ignorancia que sobre tan importante materia allí reina, pero digno de la mas severa censura es que las leyes animen, fomenten y casi consagren, á lo

menos indirectamente, tan funesta ignorancia.

Debo, ahora, ocuparme del solo uso que los encolpios han conservado hasta nuestros días, que es el de ser una de las insignias de que el Romano Pontífice, los arzobispos y obispos, tanto en la Iglesia oriental como en la occidental, se sirven en la celebración de los pontificales. Llevándolos todos los fieles desde los tiempos más remotos, es natural que los obispos lo usáran lo mismo que los seglares como objeto de pura devoción; más no es fácil averiguar con firmeza cuando, sea en una como en otra de las citadas Iglesias, empezó á ser distintivo de la dignidad episcopal y á formar parte de la sagrada liturgia. No cabe duda alguna que fué usado en la griega mucho antes que en la latina, y quien leyere atentamente las palabras arriba citadas de Niceforo patriarca constantinopolitano se convencerá, que antes del siglo IX estaba ya en uso en Oriente. En ellas el santo patriarca claramente distingue la cruz de los fieles de la cruz de los obispos, que aquellos llevaban escondida en el seno, mientras estos, en señal de su elevada dignidad, llevábanla espuesta sobre el traje.

Hay más: dicho patriarca en 811 á Leon III, como primero de todos los obispos, hizo don de un encolpio cubierto de un lado por un cristal, del otro estaba trabajado con el buril: en su interior había otro encolpio, en que las partículas honorandas del madero de la Cruz estaban colocadas en forma de cruz" (a); y en las actas del Concilio constantinopolitano VIII. declarase, "que el encolpio es la cruz cuyo seno contiene el precioso madero y reliquias, suspendida al cuello de los emperadores y obispos." (b) De esto mismo los antiguos libros litúrgicos de los grie-

gos suministran una nueva prueba. Según el dominico Goar, los obispos griegos, después de la consagración y de ser revestidos con el palio, reciben el encolpio del consagrante, que lo acompaña con la palabra AXIOS, ¡digno! Lo mismo que en la occidental, en la Iglesia oriental el encolpio forma parte de los vestidos pontificales, se coloca encima de todos y se usa en las grandes solemnidades. Du Cange sostiene que en la bendición de las aguas, el obispo inmerje el encolpio en el agua bendita—pero el ritual griego habla solo de la cruz, y la costumbre de la Iglesia griega moderna, como pude cerciorarme en los nueve años que estuve en las Islas Jónicas, es de sumergir una simple cruz.

Por lo que toca á la Iglesia latina, reina aun mayor incertidumbre. Sin embargo, me parece imposible colocar el uso de los encolpios, á lo menos como prescritos para los usos litúrgicos, antes del siglo XIV. No ignoro que el diácono Juan (c) dejó consignado que á su tiempo esponíase á la veneración de los fieles el palio y las filacterias de s. Gregorio magno. Asimismo conozco las palabras de s. Gregorio de Tours en las que refiere que á todos enseñaba la cruz de oro, que siempre llevaba encima y que contenía reliquias de la Madre de Dios, de los apóstoles y del bienaventurado Martín. (d) De estos pasos un número crecido de escritores ha inferido que ya desde el siglo sexto el encolpio formaba parte del traje pontifical. Pero me es imposible convenir en esta opinión. En primer lugar observo, que del encolpio (ó cruz pectoral) no se encuentra mención alguna en ningún pontifical ó libro litúrgico de los que fueron compilados hasta el fin del siglo XIV. Este mismo silencio lo observo en sto. Tomás de Aquino, en el libro IV de las sentencias (e),

(c) Surius, in vitâ s. Gregorii Magni.

(d) Surius, in vitâ s. Gregorii Turonensis.

(e) Dist. 24, art. 3.

(a) Syn, Ephes. act. VIII. can. 22 apud Maisi, "notizia dei vocaboli ecclesiastici."

(b) Act. V. apud eundem.

donde hace una exactísima enumeración de todos los objetos sagrados de que los obispos hacen uso en los pontificales. Calla igualmente Inocencio III aunque en su libro de *Mysteriis Missae* refiera todos los vestuarios sagrados (a). Diré mas; hablando de la cruz pectoral de los Romanos Pontífices la compara á la lámina ó plancha de oro que únicamente el sumo sacerdote podia ceñir en la Sinagoga; (b) con lo que Inocencio claramente indica que, á su tiempo, los Romanos Pontífices solamente tenían derecho á usar la cruz pectoral. Así vemos que Gregorio X, queriendo en 1274 cautivarse los ánimos de los obispos que fueron á Roma en calidad de legados de Miguel Paleologo, les regaló (dice Pachimera) *tiaras, mitras, anillos de cuyas insignias suelen los obispos adornarse en Occidente.* (c) Ahora bien; si las cruces pectorales hubieran estado en uso en aquella época, es indudable que Gregorio las hubiera asociado á sus demás dones.

Por último noto, que Andrés de Sta. Cruz hablando en sus colecciones del concilio florentino, de los obispos griegos que á él intervinieron, hace mencion de la cruz pectoral como de un objeto desconocido en Occidente. Hé aquí sus palabras. "Llevaban sobre el pecho un cierto sagrario que contenía el madero de la venerable Cruz y algunas reliquias de santos." (d)

Faltando las pruebas de que antes del concilio mencionado se usáran en Occidente las cruces pectorales, me incliné á creer, que traigan su origen de la venida á Italia de tantos obispos griegos. Parece muy probable suponer, que en tan propicia ocasion los obispos latinos hayan querido imitar á sus hermanos de Oriente en un adorno que, mientras era fuente de gracias, contribuía no poco á la majestad de los sagrados ritos y á la mayor digni-

dad de quien le llevaba. A mi entender, se introdujo en Occidente invisiblemente y gracias á la sola piedad de los prelados, sin que ninguna decision de la Iglesia lo hubiese prescrito. Así se explica porque, en la consagracion episcopal, no hay ni ceremonia ni oracion que se refiera á la cruz pectoral, aunque, como todos saben, hoy forme un objeto sagrado de no pequeña importancia en los aparatos pontificales.

Por gracia especial, la Santa Sede concedió, mas tarde, el uso de las cruces pectorales á los abades de ciertos monasterios, á algunas abadesas y á varios de los venerandos cabildos; entre otros citaré él de la iglesia de s. Pablo de Malta. De lo que he dicho acerca el orijen y el uso de los encolpios en las dos iglesias, se infiere el significado simbólico ó tropológico que cada una de ellas tiene. En Oriente, donde los encolpios eran, especialmente entre los casados, prenda y garantía de la fidelidad que habíanse jurado reciprocamente, los obispos lo usaban para significar el juramento sacrosanto que uníalos perpetuamente á sus esposas las iglesias; lo que explica por que entre ellos sea desconocido el uso de los anillos que llevábanse en Occidente para indicar la fidelidad mencionada. En ello convinieron los mismos teólogos griegos. Simeon de Tesalónica considera al encolpio como una *arra divina y prenda santísima* (e). Pero la Iglesia latina que, como acabo de observar, tenía en el anillo simbolizado el vínculo indisoluble que unía el obispo á su iglesia, quiso en cambio que la cruz pectoral tuviese por objeto mantener viva en ellos la memoria del Redentor, recordándoles, al mismo tiempo, las virtudes y los triunfos de los santos. Aquella les enseñaba que, á semejanza de s. Pablo, no debían ellos gloriarse mas que en Jesucristo clavado en Cruz, mientras que la esperanza de participar un día de la felicidad celestial de los bienaventurados debía

(a) lib. I, c. X.

(b) ib. c. LIII.

(c) lib. I.

(d) Apud Du Cange, *Glossarium*.

(e) De s. Ordinib. c. VIII.

alentarlos y estimularlos para perseverar gozosos en el ejercicio de su arduo ministerio tan sembrado de espinas y abrojos. Por lo que el obispo, al suspenderse del cuello la cruz pectoral, ruega á nuestro Señor Jesucristo, que se digne fortalecerlo con la señal de la Cruz

santísima contra todas las asechanzas del enemigo y que se digne concederle que, llevando ante el pecho la cruz llena de las reliquias de los santos, tenga siempre presente la memoria de la pasion y la gloria de los mártires santísimos.

§ VII.

De la efigie del Redentor Crucificado.

En los primeros cuatro siglos, los fieles jamás representaron al Salvador espirando en Cruz. Dos, como dije en el lib. I. § II, fueron las principales razones de esta conducta: 1ra.—la de facilitar, en cuanto les fuera dado, la conversion de los paganos y de los hebreos, y la confirmacion de los catecumenos en la fé—2da.—la de quitar todo argumento para no ser, sin ninguna necesidad, descubiertos como cristianos, alejando así el peligro de ser perseguidos y acaso martirizados.

En el cuarto siglo desapareció por completo esta segunda consideracion. Por el célebre edicto de Milan, (Enero de 311,) concedióse á los cristianos el libre ejercicio de su culto, que poco tiempo despues fué el dominante. No puede decirse lo mismo de la primera. A pesar de los asombrosos adelantos que el evangelio habia hecho, la mitad del imperio continuaba aun sumido en las tinieblas del paganismo. Y para disipar el odio de los idólatras contra el Dios de los cristianos, no era lo mas eficaz ver á los idolos hechos pedazos y á sus templos desiertos. La Cruz para un crecido número de hebreos y de paganos era todavía ó escandalo ó locura.

Los mismos cristianos veian en el crucifijo un objeto completamente nuevo. No ignoraban, ciertamente, el genero de muerte con que habia concluido sus dias en el Gólgota

el Hijo de Dios, pero jamás le habian visto efijiado en esta actitud, ni siquiera habian oido hablar de semejante efigie. No era lo mismo con la Cruz; pues, si bien no la usaban de una manera evidente, entera y cual objeto de culto, venerabanla, sin embargo, disfrazada mas ó menos, sobre todo bajo las diferentes formas de monogramas que conoce el lector. Así es, que apenas alcanzaron la emancipacion, los cristianos se apresuraron á erijir en todas partes cruces, tributandoles público y solemne culto. Además, una circunstancia extraordinaria contribuyó poderosamente á propagar y á estender en todo el imperio la devocion hácia el emblema augusto de nuestra religion; aludo á la aparicion del Labaro y á la victoria del Ponte-Milvio atribuida á este signo milagroso. Apenas dueño de Roma, el primer acto de Constantino fué él de erijir la Cruz en su propio palacio y en las públicas plazas. (a) Se comprende, pues, por que con tanta celeridad se propagó el culto de la Cruz. El caso era diferente con el crucifijo. Este era desconocido por completo, las antiguas ideas no habian muerto de un todo y no hubo ningun poderoso ejemplo para generalizar su culto, como habia sido él de Constantino para estender él de la Cruz.

(a) Lib. I. § I.

Cuanto duraron á disiparse las antiguas prevenciones y cuando empezó en la Iglesia á representarse al Redentor clavado en Cruz, es cuestion debatida entre los arqueólogos sagrados.

Juan B. Casali (a) y Francisco Ant. Gorio (b) creyeron, que solo á fines del VII. siglo y principios del VIII. se introdujo el uso de los crucifijos. Fundándose en los recientes escritos de Cahier (c) y de Pipier (d) y en los que creen que la cruz encolpio conservada en el tesoro de Monza, en la que está grabada la imagen del crucifijo, fué la enviada por s. Gregorio m. á Teodolinda (e) el sr. Rossi (f) inclinase á fijar los primeros crucifijos en los últimos años del siglo VI.

Para mí no cabe duda que así fuera. Diré mas; considero muy probable que á principios de dicho siglo hubiera ya crucifijos tanto en la iglesia oriental como en la occidental.

Mas antes de alegar mis razones, creo conveniente observar que hay pruebas de no escaso valor, si bien indirectas, de que durante los siglos IV. y V. las representaciones del Redentor clavado en Cruz eran totalmente desconocidas. Esto resulta del silencio de los escritores de los siglos citados, sobre todo de los que por la naturaleza de sus obras estaban llamados á hacer mencion de ellas. Eusebio, que en su historia eclesiastica y en su vida de Constantino el grande entró en tan menuda descripcion de la Cruz aparecida en el cielo al citado emperador y de las cruces en su palacio erijidas, que describió los mas pequeños detalles del tem-

plo edificado en Jerusalem por dicho emperador y del otro erijido en Tiro por su obispo Paolino, no hace la mas mínima mencion del crucifijo. Y cuando Constancia, hermana de Constantino y mujer de Licinio, le pedía la imagen de Jesus, Eusebio, sorprendido, le contestaba preguntandole, que imagen debia enviarle, si la del Hijo de Dios ó la del Hijo del hombre; concluyendo con decirle, no podia satisfacer su deseo. A mi entender, Eusebio aludía á la imagen de Jesus crucificado, pues la de Jesus en el pesebre, en el Jordan recibiendo el santo bautismo, conversando con la Samaritana, y resucitando á Lazaro era comun entre los cristianos (g) y Eusebio no podia ignorarlas. El mismo dice, que copian-dolas de los cristianos, los paganos pintaban en tablas la imagen de Cristo. (h) Además, harto conocida debió serle la moneda de Crispo, primojénito de Constantino, en la que estaba esfiado el Redentor sentado, bendiciendo con la diestra y con la izquierda sosteniendo la cruz.

A principios del siguiente siglo (V.), debia aun prevalecer la misma disciplina, puesto que s. Paolino de Nola hallábase en la misma ignorancia que Eusebio. Casi un canto entero dedicó Paolino á describir la basílica y el altar de Nola, sus vasos sagrados, sus lamparas de plata, y mas aun la preciosa cruz que robada de dicha basílica habíase hallado milagrosamente. Era de oro adornada de piedras y joyas preciosas, teniendo colgada de una de las astas una pequeña corona enriquecida, tambien, con piedras de gran valor (i). Y bien; en descripcion tan circunstanciada no se encuentra ni siquiera la mas mínima alusion á la imagen de Jesus crucificado, de la

(a) De vet. Christ. rit. cap. II.

(b) De J. C. capite mitrato, cap. VIII.

(c) Melanges d' archeologie, Tom. I. p. 208.

(d) De la representation symbolique la plus ancienne du crucifiment, Caen, 1861, pag. I.

(e) Mozzoni, tavole cronologiche; sec. VII.

(f) Bullettino di archeologia cristiana, 1853, n. 3. pag. 36.

(g) Véase lib. I. § III. de las figuras simbólicas.

(h) Hist. Eccl. lib. VII. cap. XVIII.

(i) Carmen XI.

Variis distincta lapillis,

Parva corona subest variis circumdata gemmis.

que hubiera ciertamente hablado si ya entonces hubiese sido objeto de la veneración y del culto de los fieles. Este silencio de los escritores del IV. y V. siglos adquiere grandísima autoridad del hecho que, hasta la fecha por lo menos, no se ha descubierto ningún monumento de aquella época que espere á Jesus crucificado.

No sucede así en el siglo VI; pues escritores y monumentos de ese tiempo atestiguan que tanto en Oriente como en Occidente, ya los fieles tributaban culto á la imagen del crucifijo. En mi escrito ya citado aduje de ello las mas evidentes pruebas que ahora creo conveniente repetir. Empiezo por los escritores. Sabido es, que cuando el emperador Leon Isaurico quiso declarar guerra á las sagradas imagenes, su primer acto fué hacer pedazos la imagen milagrosa de nuestro Señor crucificado que se veneraba en Constantinopla y que estaba colocada sobre la puerta llamada *de bronce* (XALKI) del palacio imperial. El sacrilegio fué horrible y envolvió al Imperio y á la Iglesia en una serie infinita de calamidades. Quien desee conocer los detalles de un hecho tan grave puede consultar á Teofane (a), á Cedreno (b.) al escritor anónimo de la vida del martir s. Esteban y á las interesantísimas cartas de Gregorio II. Para mi objeto basta consignar aquí, que los citados escritores, y con ellos convienen todos los modernos historiadores de la Iglesia (c), afirman que dicha imagen representaba al Redentor en Cruz.

Muchos autores graves, como son s. Juan Damasceno (d) el autor incierto despues de Teofana (e) y Codino (f) afirman, que la imagen citada habia sido allí colocada por el emperador Constantino. Induda-

(a) Chronogr. pag. 339.

(b) Hist. pag. 454.

(c) Véanse Nat. Alex. sæc. VIII, Fleuri, H. E. id. sæc. Orsi, Henrion.

(d) Synod. ad Theop.

(e) l. c.

(f) l. c.

blemente en esto estuvieron errados, fiándose demasiado á las tradiciones populares; pues no es posible que Eusebio, Socrate, Sozomeno y los demás panejiristas de Constantino hubieran callado un acto de tanta importancia. Sin embargo, es indudable que en el siglo VI. la efigie indicada ya existia sobre la puerta XALKI. En efecto, refiere Teofanes, que cuando en el año 592 el emperador Mauricio, por no desembolsar la tenue suma de seis mil piezas de oro, permitía el horrible masacro de sus mejores soldados que habian caido prisioneros de Drizepera chagan de los Avaros, devorado de los mas agudos remordimientos, dicho emperador conjuraba al Señor le perdonase tan enorme delito; "cuando he aquí," continúa el citado historiador, "que una "noche, mientras dormía, vióse como "un reo colocado ante la imagen "del Salvador que está sobre la "puerta XALKI rodeado de una in-"mensa muchedumbre. Oyó, enton-"ces, una voz que salía de la imagen "del Salvador nuestro Jesucristo "que decia : *Se presente Mauricio.*"

Confirma la narracion de Teofane, Cedreno, el arriba citado autor de la vida de s. Esteban, Teoflacto Simocatta y no pocos otros escritores gravísimos. De este suceso debemos inferir, que no solo en tiempo de Mauricio, pero que aun antes, ya la imagen de Jesus crucificado recibía en Oriente los homenajes de los fieles; pues una imagen ya tan venerable debió haber existido notable tiempo antes; lo que nos autoriza á ascender á principios por lo menos del VI. siglo.

De que lo propio sucedía en Occidente en aquel mismo siglo, tenemos la prueba en s. Gregorio de Tours que floreció en la mitad del mismo siglo VI. El, tambien, nos refiere (g) que en la iglesia de Narbona dedicada á s. Genisio se veneraba una pintura de nuestro Señor crucificado. El santo añade, que como no tuviera mas que una cintura, dicha pintura se le apareció por dos

(g) Miracul. lib. I. cap. XXIII.

veces á un cierto presbítero Basilio, quejándose de que se le dejara desnudo; por lo que Basilio mandó al obispo, y este dispuso se pusiera un velo para cubrirla; velo que raras veces y por breve rato solía correrse en tiempo de s. Gregorio. Este mismo santo habla también (a) de otra imagen del Señor que habiendo sido traspasada con un puñal por un hebreo derramó sangre. Aunque el santo no lo diga terminantemente, con todo parece que esta imagen era, también, la de la crucifixión. De aquí, pretenden los arqueólogos, que dimanó la costumbre de pintar al Crucifijo cubierto con cierta veste talar, que empezando en la cintura llegaba hasta las rodillas. Si esto fuera cierto, deberíamos decir que el Crucifijo de Narbona existía ya á fines del V. siglo, pues en la biblioteca Laureniana de Florencia se conserva un manuscrito siriaco (codigo LVI) en cuya tabla XXIII se vé la crucifixión del Señor pintada en 586, en el mismo modo en que fué vestido el Cristo de Narbona. (b)

De cuanto he podido averiguar, los mencionados son los crucifijos más antiguos que recuerde la historia y que indudablemente eran, con corta diferencia, como los que tenemos ante los ojos y que representan al Señor clavado en la Cruz y espirando en el Gólgota. Creo, sin embargo, que antes de esfiarlo en este estado de agonía, sufriendo cual malhechor el último suplicio, los fieles lo representaron colocado en la Cruz, no clavado ni agonizando en ella, pero bendiciendo y en estado de gloria. No es probable que las prevenciones contra la muerte de cruz se hubieran disipado todo de un golpe. Es verdad que los honores dispensados á la Cruz, especialmente desde su aparición en el cielo y su invención, no solo habían desvanecido las reiteradas preocupaciones que había con-

tra ella; pero en cambio era tenida en alta estima y era gloria llevarla encima y venerarla: pero no sucedía así con el crucifijo y el presentarlo desnudo y clavado en una cruz, como solo se veía á los más insignes malhechores, hubiera producido una funesta impresión en los ánimos, no solamente de los paganos pero, también, de los cristianos, en particular de los catecúmenos. Por lo que es de creerse, que la Iglesia procediera con su acostumbrada prudencia presentando á la imagen del Redentor crucificado despacio y solo á grados. Así vemos que, hasta fin del IV. siglo, se esponía á la veneración de los fieles la imagen de Jesús solo como vencedor é invictísimo triunfador de la muerte, llevando la Cruz ya en la mano, ya en la diadema ó en el nimbo; de ello existen no pocas pruebas en las esculturas y pinturas descubiertas en los antiguos cementerios de Roma. Más tarde y á mediados del V. siglo, prevaleció la costumbre de representar al Salvador de pie en la Cruz vestido de ligera túnica, adornada la cabeza con el nimbo, elevando ambas manos al cielo en actitud de orar, con semblante juvenil que figúrase á la vez su humanidad y su divinidad, y no en estado de pasión pero de gozo y triunfo. Un magnífico ejemplo de este modo de retratar al Señor en Cruz conservábase en el museo de Juan B. Casali de que publicó el dibujo en su obra sobre los antiguos ritos de los cristianos (c), cuya copia puede ver el lector bajo el N.º 2 de la tabla III. Los cuatro bustos trazados en los medalloncitos de las extremidades de la Cruz representan, á no dudarlo, los IV evangelistas; circunstancia que es común en las antiguas cruces. (d)

(c) Cap. II. pag 3.

(d) Antonio Fr. Gorio confiesa que ignora el significado de las letras que rodean los bustos indicados. A mi entender, son simplemente las iniciales griegas de los nombres de los evangelistas. La M y la T. del busto del asta superior son las del evan-

(a) Loc. cit.

(b) Véase Mansi, de titulo crucis, Archelipo, cap. XV.

Los pasajes alegados de escritores gravísimos no dejan duda, que en la primera mitad del VI. siglo, la imagen de Jesus crucificado era objeto de culto y veneracion para los fieles. En cuanto á los monumentos de tan augusta imagen conservados hasta nuestros dias, no creo que ofrecen igual grado de certidumbre. El crucifijo entallado en bajo-relieve en el mismo madero de la santa Cruz que hoy se conserva en el sagrario apostólico de Roma fué, segun el ilmo. sr. obispo de Tagaste, el mismo que Juvenal obispo de Jerusalem envió en el V. siglo á s. Leon papa; pero la conjetura de tan erudito prelado no habiendo sido acogida por ningun arqueólogo sagrado, sería arriesgada toda consecuencia que se fundára en la suposicion mencionada. Los distinguidos arqueólogos romanos que desde entonces se ocuparon de esta materia, como lo son entre otros muchos el p. Marchi y el cav. Rossi, se desentienden por completo de la conjetura del sr. Rocca.

No ofrece mayor seguridad la opinion del sr. V. Mozzoni de que la cruz de oro conservada en el tesoro de Monza y en la que está grabada la crucifixion, fuere la regalada por s. Gregorio á la reina Teodolinda. No se concibe, como el Santo nada dijera de tan importante circunstancia en las cartas con que acompañaba las cruces con el santo madero enviadas en don á Recaredo de España, á Dinamio noble francés, á Eulogio patriarca de Alejandria y á la misma Teodolinda. Además, es indudable que al sr. Mozzoni sucedió lo que á otros escritores lom-

bardos que, al referir las glorias patrias, fué en ellos mas vivo el sentimiento del amor nacional que él de la imparcialidad histórica. El mismo cav. Rossi, citando la opinion del sr. Mozzoni, se abstiene de toda aprobacion y solamente dice que, si fuere cierto (*se questo é certo*), habia que decir que en el siglo sexto se grababa el crucifijo en los encolpios.

Este insigne arqueólogo presta mas autoridad á los monumentos del siglo VI, que tienen efijadas la crucifixion, publicados por Cahier (a) y Pipier (b) de los cuales infiere que "*del fin del sexto siglo tenemos ejemplares del crucifijo, si bien rarísimos*" (c) y, sin embargo, este sabio escritor no está del todo cierto que ya entonces se usáran los crucifijos. En efecto, inmediatamente despues de consignadas las palabras citadas, dice que las 16 redomas de metal, que se conservan en Monza y que de Jerusalem trajeron á la mencionada reina Teodolinda con aceite de las lamparas de los lugares santos, demuestran claramente como en el mismo Oriente y en los objetos de devocion privada, en aquellos dias duraba todavia la antigua repugnancia á efijar crudamente al Salvador pendiente de un patíbulo. Dichas redomas estaban todas adornadas con figuras representando escenas de la pasion y de la resurreccion del Señor; y hasta de su muerte ignominiosa colocando la sola cruz en medio de dos ladrones. Estos, atados á sus cruces, están dibujados por entero, mas los artistas de Jerusalem no se atrevieron á representar en ninguna de aque-

jelista MATTHAEUS. La M. y la P del busto del asta inferior son las de MARCUS, (La R en griego tiene la forma de la P latina.) La I de la asta derecha transversal, la de JOANNES. Por último, la A de la asta izquierda trasversal, segun mi opinion, fué mal leída. En vez de A debió leerse la (Lucas) griega tan parecida á la A latina. De esto hay que inferir que la Cruz y la inscripcion fueron obra de algun griego.

(a) *Melanges d'archeologie*,—Tom I. p. 208.

(b) Pipier de la representation symbolique du cruifement. Caen, 1861. Me ha sido imposible consultar estas obras. De la primera se ha agotado la edicion: una nueva se publicará pronto en Paris. La otra no se publicó mas que en la revista del *Bulletin monumental de M. Caumont* que, tampoco, está de venta.

(c) *Bullettino d' archeologia crist.* l. c.

llas redomas en toda su realidad la crucifixion del Salvador; en cambio, en una de ellas, se vé á Jesus coronado de un nimbo y de majestad y gloria encima de una Cruz muy adornada, en el modo que lo he descrito en este mismo §.

Esta observacion del sr. Rossi demostraria que, á su entender, en el sexto siglo aun no se tributaba público culto al Redentor crucificado y que, por consiguiente, en materia de tanta trascendencia, autor tan acreditado aun oscilaba. Por lo demás confieso, que la consecuencia de este sabio escritor me parece no inferirse lójicamente de sus premisas; porque ¿ que impide suponer que, si bien regaladas á Teodolinda á fines del V. siglo, dichas redomas hubieran sido labradas muchos años antes y probablemente en el siglo anterior, cuando estaban aun en fuerza las antiguas preocupaciones contra la muerte de Cruz?

De lo dicho, deducense las siguientes conclusiones. 1. Que autoridades gravísimas y que no pueden ser rechazadas demuestran que á fin del V. siglo ó á principios del siguiente, la imagen de Jesus agonizando en la Cruz no era desconocida en la Iglesia. 2. Que no existe ningun monumento indudablemente auténtico, anterior al séptimo siglo, en que se vea trazada la imagen referida. 3.º Que puesto que estas imágenes existían en el sexto siglo, es de esperar que, merced á ulteriores trabajos, se llegue al descubrimiento de alguno de los monumentos de dicha época en los que el Señor fué representado clavado en Cruz; monumentos que debieron aun en aquel tiempo ser sobremanera raros.

Entre tanto esto sucede, las imágenes más antiguas de la crucifixion llegadas á nuestras manos, de que yo tenga conocimiento son, 1.º, cual pintura de Iglesia, la descubierta en la de s. Clemente de Roma por el incansable dominico irlandés p. Mullooly; 2.º y como encolpio, la de la cruz pastoral que tuvo la suerte de hallar en Corfú

en 1854. Sobre ambas permítaseme pocos datos.

Entre los más ilustres convertidos por el celo de s. Pedro ha de contarse su sucesor Clemente, que con s. Pablo habia dividido los trabajos del apostolado. De noble y senatorial familia, su morada en el monte Esquilino respondía á la dignidad de su posicion. En ella erigió un oratorio que cuando la Iglesia hubo adquirido la paz ensanchóse de tal manera, que llegó á ser una de las mayores y más suntuosas basílicas. Hasta el 1857 en que, gracias al celo del mencionado padre, fué descubierta la primitiva basílica, creyóse hasta por los más distinguidos anticuarios y hasta por el mismo Nibby, que el edificio superior, el único hasta entonces conocido, era la verdadera basílica constantiniana, creida la más antigua de Roma. Afortunadamente, las escavaciones dirigidas con tanto acierto por el p. Mullooly pusieron de manifiesto cuan infundada era esta creencia. Pruebas irrefragables demuestran hoy que la basílica de s. Clemente era muy distinta de la de Constantino.

De una inscripción grabada en una lámina de bronce que perteneció á un siervo fugitivo, el sr. Rossi ha probado que en tiempo de Constantino existía ya la iglesia de s. Clemente; puesto que dicho siervo estaba al servicio de *Victor acólito de la iglesia mencionada* (a) y s. Jerónimo dejó asimismo consignado, que á su tiempo se admiraba en Roma la iglesia consagrada á la memoria de s. Clemente. (b) En ella s. Zozimo papa (c) condenó en 417 la herejía de Celestio y en su pórtico murió el mendigo s. Servulo, cuyo panegírico s. Gregorio predicó tambien en la misma basílica. Apenas habia trascurrido un siglo desde que en sus bóvedas habia resonado esta voz tan poderosa, cuando por amenazar la más completa ruina fueron restauradas casi enteramente

(a) *Bullettino di Arch. Crist.* 1863, N.º 4.

(b) *De viris illust.*

(c) s. Zozimi ep. ad Africanos.

con lo demás del edificio por Adriano I en 790—795 (a). El sucesor de este pontífice Leon III hizo de magníficos vestuarios. Juan VIII y Nicolas I, levantaron el coro de marmol que fué en época posterior trasladado á la basílica superior. A Leon IV (840-846), mientras era aun presbítero, debe el bellissimo afresco de la asuncion de Maria SSma., la pintura mas antigua que exista de este misterio (b). Probablemente bajo Adriano II fueron en ella pintados los milagros verificados en la traslacion de las reliquias de s. Clemente traídas á Roma en 817 por el apóstol de los eslavones s. Cirilo. Desde entonces la historia no nos ha conservado ningun recuerdo de tan célebre basílica. Solo de la frescura con que se han conservado los colores de las referidas pinturas, se infiere con razon, que apénas concluidas, la basílica fué deliberadamente llenada de tierra, y que sobre ella se erijió la presente, durante el pontificado de Pascual II (1099-1118), segun la opinion general. El p. Mullooly (c) conjetura, no sin grave razon, que la antigua basílica desapareció ó en el terrible terremoto que en 895 tanto perjuicio causó á los pilares de s. Juan Latran, situada cerca de s. Clemente, ó bien en la destruccion de este mismo barrio llevada á cabo por Roberto Guiscardo en 1084.

Estas noticias no son ajenas del asunto que tengo entre manos, para fijar la época del citado afresco de la crucifixion. De las mismas resulta que habiendo sido la basílica destruida en el noveno siglo, dicho afresco pertenece á una época anterior. Yo me inclino á creer fué Adriano I quien allí la colocó. Este gran pontífice fué uno de los mas celosos del culto de las sagradas imagenes. A él debióse la reunion

(a) Anastasio bibliot. de vita Adriani I.

(b) Asi está escrito en la misma pintura.

(c) "S. Clement Pope and Martyr and his basílica in Rome." Rome, 1869.

del Concilio Niceno II (General VIII.) celebrado para condenar, como lo hizo, los iconoclastas. Fueron sus legados los que trabajaron para ello con el mayor empeño. Fué él, por fin, el que confirmando lo establecido por el mencionado Concilio en su canon LXXXII, (cuyas palabras mas adelante citaré) mandó que en adelante se cesase de representar á nuestro Señor bajo el símbolo de cordero, pero que se le efijase como era en sí real y verdaderamente. Así, pues, es muy probable, que para satisfacer su devocion como para dar pronto cumplimiento al canon del Concilio y á lo decretado por él mismo, hubiese Adriano dispuesto se colocara la imagen de Jesus crucificado en la iglesia construida casi del todo por él. A esto hay que añadir que el mencionado afresco, como casi todos los que aun se conservan en la basílica referida, son del tiempo del emperador Carlos Magno y de Alfredo el grande, es decir del 800 al 871. Hay, pues, que reconocer que la crucifixion de s. Clemente pertenece al noveno siglo y gustoso me asocio al p. Mullooly en creerla el mas antiguo afresco de Iglesia que representa á nuestro Señor clavado en Cruz.

Fijada así la época de dicha imagen paso á describirla.

En la pilastra, que forma ángulo recto á pié de la nave mayor, encuéntrase el afresco que la representa. Todo él está dividido por una especie de marco de alto en bajo. En la division del lado derecho hay dos compartimientos. El superior contiene la crucifixion; el inferior ha sido maltratado de tal manera que es imposible describir el asunto en él pintado. La otra division tiene tres compartimientos ó cuadros que representan—las Marias al Sepulcro—el descendimiento al Limbo—y las bodas de Cana. Viniendo al cuadro de nuestro Señor crucificado, observo que la cabeza del Redentor está rodeada del nimbo de los santos, y de tres rayos de luz que despiden la frente y las dos sienas. Su semblante no es por cierto él de la tris-

teza y de la agonía, pues visiblemente en él se ven pintados su amor sin límites y su inagotable misericordia. Desde la cintura hasta cerca de las rodillas está cubierto con la túnica del crucifijo de Narbona, y como suele esgrimirse en todos los antiguos crucifijos. Cuatro y no tres son los clavos, y bajo los piés tiene la tabla *subpedanea*. En la parte superior de la Cruz está la tabla del título muy visible. En el lado derecho de la Cruz está de pié María Santísima, cubierta de ancho manto elevando las manos al cielo en actitud de orar. Del otro lado se vé al discípulo amado con la diestra en alto, en señal tambien de oracion, y llevando en la izquierda el rollo de los ss. evangelios. Las cabezas de ambos están adornadas con el nimbo ó la aureola de los santos. Grandísima es la simplicidad del grupo, pobre si se quiere é inculta el arte y, sin embargo, el conjunto recuerda de una manera vivísima las dulces palabras "Madre, he aqui á tu hijo;" "Hijo, he aqui á tu madre," y respira un sentimiento indescribible de inefable piedad. Tal es el cuadro de la crucifixion de la antigua basílica de s. Clemente, con toda probabilidad la primera representación del sacrificio consumado en el Gólgota y que fuere espuesta en público templo á la veneracion de los fieles.

Al octavo siglo tambien, á mi entender, pertenece la Cruz pectoral de bronce que tuve la suerte de hallar en Corfú, cuya copia hallará el lector en la tabla III, N.º. 3. Su forma es semejante á la llamada cruz de Malta; trabajo elegante y fino, sobre todo si se tiene presente el estado de las artes del siglo en que fué labrada.

Compónese de dos piezas perfectamente iguales y vacías en lo interior, y juntas forman un precioso relicario. Dos goznes en las estremidades del palo mayor sirven para que pueda abrirse ó cerrarse á discrecion. El superior remata con un anillo destinado para el cordón con que se suspendia al cuello.

En la cara principal está trazada con el brin una segunda cruz, dentro de la cual se observa delineada

en sencillos rasgos la imagen del Redentor crucificado con un noble nimbo, la cabeza sobre el hombro derecho. Encima hay la inscripcion latina IC. XC. (Jesus Christus) y el brazo derecho que derecho léese, en letras claras y bellas, la misma inscripcion que termina debajo el brazo izquierdo y en linea horizontal con el verbo griego NHKA (*vence*).

En la cara opuesta dibujada con singular esbelteza observase á la Madre de Dios, coronada tambien con nimbo, pero menor del que lleva el Hijo. En pié, abiertas las manos, ocupa el lado perpendicular. Sobre su cabeza está la inscripcion MH OY, *Madre de Dios*. En la porcion derecha del lado horizontal, apenas trazadas pero bastante claras, se vén seis figuras humanas con hábitos talarés, cuyas cabezas están asimismo ceñidas con el nimbo de los santos. Desgraciadamente del lado opuesto el tiempo ha borrado toda huella del brin, pero es harto verosímil contuyese otras seis figuras. Por lo que débese suponer haber sido representados los doce apóstoles. La cruz es de bronce, probablemente estuvo dorada; ahora está cubierta de una patina verde, hermosísima oxidacion propia de las aguas y del suelo de Corfú, y cuya formacion, cuando llega á cierto grado, exige al espacio de no pocos siglos. Su peso total es de cinco onzas y $\frac{3}{4}$.

Considero fuera de duda, que esta cruz sea un encolpio destinado á contener el madro santo y reliquias de mártires: como considero sumamente probable sea un encolpio episcopal, á lo menos así ha de inferirse de su tamaño y peso, que son tales que sin gravísima molestia no hubiera podido llevarse debajo los vestidos. Es verdad, que los encolpios episcopales eran por lo general de oro ú plata, mas esta regla estaba siempre sujeta á frecuentes escepciones. Hoy mismo muchos obispos, especialmente los de las misiones, llevados de su amor á la pobreza evangelica, ven gozosos, que sus pectorales sean de bronce, cuando mas dorado.

Esto mismo recibe nueva confirmación del hecho, de que el encolpio en cuestión fué hallado á 15 piés de profundidad, á contacto del muro izquierdo de la antiquísima iglesia de Corfú, la mas antigua de aquella isla, donde los ss. Jason y Sozipatro, parientes de s. Pablo, predicaron el evangelio. Mezclados con el encolpio fueron encontrados restos de huesos humanos; de esto es lícito conjeturar que el mencionado encolpio hubiere sido, segun lo prescribe las liturgias griega y latina, puesto en el cadaver de algun obispo, en cuyo caso suele usarse los pectorales de meor valor.

Mas difícil es fijar su época. Su forma y la de las letras de sus inscripciones, el sitio donde fué hallado, la patina de que está cubierto, todode muestra que pertenece á fines del VIII. siglo ó principios del siguiente. La naturaleza de este escrito no permitiendome estenderme mas sobre este punto, envío al lector á mi citado escrito donde hallará desarrolladas las

“ Quisquis ades, medique subis ad limina templi

“ Siste gradum, insontemque tuo pro crimine passum

“ Respice me.....

“ Cerne manus clavis fixas tractosque lacertos,

“ Atque ingens lateris vulnus, cerne inde fluorem

“ Sanguineum fossosque pedes artusque cruentos.” (b)

La descripción no puede ser mas fiel y si fuere auténtica, habria sin duda que colocar los crucifijos en el IV. siglo cuando floreció Lactancio. Desgraciadamente no faltan pruebas poderosas para demostrar que el *Carmen* ó cántico mencionado no es obra de Lactancio. Así lo han demostrado Cristobal Augusto Hermann (c) el editor de sus obras, en la edición de Gottinga 1736. Cave (d) Oudin (e) y el mismo Bellarmino lo coloca entre las obras dudosas. Francisco Antonio Gori (f) tambien lo considera como espureo y añade, que aun suponiendolo de

(a) l. c. pag. 43 et seq.

(b) Lact. de passione Domini. edit. Migne, II. 283.

(c) De Poecilis.

(d) Script. Eccl. soec. IV.

(e) Script. Eccl. soec. IV. Tom. I.

(f) De Chr. mitr. cap. III.

razones indicadas. (a) De todos modos no creo aventurarme, diciendo que la indicada es la cruz pectoral mas antigua que se conozca.

Antes de poner fin á este § debo examinar las razones tanto de los que sostienen que ya en el IV. siglo se conocian los crucifijos, como de los que afirman que solo á fines del VII. empezaron á venerarse.

Los jesuitas Grefsero y Janningo entre los antiguos, y el presbítero Godard entre los mas recientes, defendieron la primera sentencia. El principal por lo menos, si no es el solo argumento alegado por estos preclaros escritores, fundase en el canto atribuido á Lactancio, en que dirige á los fieles que entran en el templo la exhortación, de que, deteniendose en los umbrales, contemplan á aquel inocente que por nuestros pecados padece, cuyas manos están clavadas y cuyos brazos esbirados, con una herida en el costado chorreando sangre, y con los piés taladrados y los miembros brotando sangre.

Lactancio, deberia admitirse que en el pasaje referido, como en no pocos otros, el cantico de la *pasión del Señor* habia sido interpolado por mano ajena y en época mas reciente. De lo que ha de inferirse que las supuestas palabras de Lactancio en nada disminuyen la fuerza de mis argumentos.

De mayor peso es el alegado por Casali (g) y Gori (h) para sostener que solamente á fines del VII. siglo empezó entre los fieles el uso de los crucifijos. Apóyase en el canon LXXXII del concilio Trulano ó Quinisexto. Para mayor exactitud le cito traducido del latin de Jaime Merlin y publicado por el p. Harduino (i). “ En algunas pinturas de “ venerables imajenes se dibuja al

(g) De vet. Christ. rit. c. II.

(h) De J. C. cap. mitr. cap. III.

(i) Collect. Concil. Tom. III. Paris, 1714, p. 1690.

“ cordero mostrado por el dedo del
 “ Precursor, escogido por figura de
 “ la gracia para indicarnos al verda-
 “ dero cordero segun la ley, Cristo
 “ Señor nuestro. Y si bien reten-
 “ gamos las antiguas figuras y som-
 “ bras, como señales y caracteres da-
 “ dos á la Iglesia, con todo, prefe-
 “ rimos la gracia y la verdad, adop-
 “ tandola como el complemento de
 “ la ley. Por lo tanto; para que ba-
 “ jo los ojos de todos se ponga re-
 “ presentado en colores lo que es
 “ perfecto, mandamos para lo sucesivo,
 “ que en las imágenes, en vez del
 “ antiguo cordero se pinte ó se erija
 “ á Aquel que quita las pecados del
 “ mundo, Cristo Dios nuestro, con el
 “ objeto de que por El mismo, com-
 “ prendiendo con la mente la altura
 “ de la humillacion del Verbo de Dios,
 “ traigamos á la memoria á Aquel que
 “ en carne conversó, padeció y murió,
 “ de lo que vino la redencion el mundo.”

A primera vista estas palabras pa-
 recen significar que si bien por lo pa-
 sado se hubiese representado al Señor
 en forma de cordero, en adelante hu-
 biese á representarse bajo las formas
 humanas que realmente tenía, mientras
 moró entre los hombres. Sin embar-
 go, quien reflexione mas detenida-
 mente el canon citado y las circuns-
 tancias de la Iglesia oriental de en-
 tonces, facilmente se persuadirá, que
 los padres del concilio Trulano, lejos
 de querer introducir una nueva disci-
 plina, se propusieron defender y man-
 tener una antigua. Hay que tener
 presente, que el objeto de este
 concilio fué el de condenar el Mono-
 telismo, error que sostenia que en
 Jesucristo no habia mas que una vo-
 luntad, la divina : y sabido es que esta
 herejia era hija del Eutiquianismo
 que negaba la humanidad del Reden-
 tor. Consecuencia de esta doctrina
 era, que no se pudiese efijiar á nues-
 tro Señor en carne humana, puesto
 que esta no era real mas solo aparente
 ó imaginaria. De aqui que sus fau-
 tores sostuvieran que debia represen-
 tarse únicamente bajo figuras sim-
 bólicas, como eran el cordero señala-
 do por s. Juan Bautista, la cruz y
 otros emblemas iguales. Efectiva-

mente un siglo despues, s. German
 patriarca de Constantinopla en su
 carta á Juan obispo de Sinnade en
 Frijia escribia : “ y como queria que
 el Hijo de Dios quiso hacerse hombre
 para salvarnos, nosotros trazamos la
 imagen de su humanidad para forta-
 lecer nuestra fé, demostrando así
 que no asumió la naturaleza huma-
 na por imaginacion, como enseñaron
 algunos antiguos herejes, pero real y
 verdaderamente. Con esta intencion
 saludamos nosotros sus imágenes, y les
 tributamos honra y el conveniente
 culto para llamar á nuestra memoria
 su Encarnacion.” (a)

Es, pues, harto probable, que á
 tiempo del concilio Trulano los mono-
 telitas, fieles á sus errores, condena-
 ran la piadosa práctica ya general
 en la Iglesia de efijiar á nuestro Se-
 ñor en cruz, y que para desarraigar
 tan funesta semilla, los Padres del
 concilio Quinisexto promulgarán el
 citado canon 82, aprobando la piadosa
 práctica de venerar las efijies de Jesus.

Y tanto es esto cierto que cuando,
 en 786, se convocaba el concilio ecu-
 ménico VII, para condenar á los Ico-
 noclastas, Adriano I escribía al pa-
 triarca constantinopolitano Tarasio,
 renovando los anatemas contra los
 Iconoclastas y en corroboracion de
 sus dichos alegó el decreto del con-
 cilio Trulano, aprobando el culto del
 Redentor crucificado.

En este, como en todos los concilios,
 la Iglesia no introdujo nuevas doctri-
 nas; solo se limitó á aprobar las que es-
 taban conformes con la revelacion y ha-
 bían sido aprobadas por la Iglesia, sea
 separada sea reunida en concilio, y á
 condenar los errores contrarios. De lo
 dicho ha de inferirse que el canon
 LXXXII del concilio Trulano no so-
 lo no debilita mis argumentos sino
 que los corrobóra eficazmente.

No será ahora fuera del caso men-
 cionar los accesorios con que adorna-
 banse los antiguos crucifijos, sobre-
 todo en la edad media. En esta épo-
 ca á menudo una de las tres coronas
 de honor, de dignidad ó de poder (sa-
 cerdotal, pontifical ó rejia) ceñia la

(a) Concil. VII. act. IV.

frente del Redentor. La primera correspondia (a) al *Cidariz* ó boneyte del sumo sacerdote de la antigua ley, con la que se simbolizaba al Redentor como al verdadero *sacerdote sempiterno segun el órden de Melquisedec*. La segunda, era de la forma de la mitra episcopal moderna ú del trireño de los Pontífices, para denotar que Cristo era aquel Pontífice Máximo, de que recibieron el sacerdocio y el pontificado los demás pontífices y sacerdotes, quien *primero de todos penetró en los cielos* y se compadece de nuestras enfermedades (b). La tercera, finalmente, tenía la forma de las diademas de los reyes, porque El es *el príncipe de los reyes de la tierra y el rey de los reyes y el Señor de los que mandan*. (c) ¿Pilato no mandó por ventura que en el título de la Cruz se escribiéRA REY DE LOS JUDIOS?

En los siglos indicados, la herida del costado está en el lado derecho, y no en el del corazón, como hoy se acostumbra. Como ya dije en otro sitio, nuestro Señor fué crucificado con cuatro clavos y no con tres como se pinta en nuestros días, y así se vé en todos los antiguos crucifijos que llevan, también, por regla general, la tabla llamada *subpedanea*. En casi todos los crucifijos antiguos de Oriente se vén los arcángeles Miguel y Gabriel en acto de adorar al Redentor en su agonía (d). A mi entender, fueron estos escogidos, á preferencia de tantos espíritus angelicos, para acompañar al Señor en momento tan solemne, porque como ambos habiáanse distinguido en sus luchas con el maligno espíritu, así se suponía que ambos hubiesen sido testigos en la lucha suprema en que el Hijo de Dios triunfaba sobre el infierno. Vió s. Juan Ev. á Miguel cuando batallaba con el dragón bermejo que tenía siete cabezas y diez cuernos (e), mientras

Gabriel, con el anuncio hecho á María del Hijo que ejendraría por obra del Espíritu Santo, intimaba á la serpiente infernal la enemistad sempiterna de Aquella cuyo calcaño había de aplastarle la cabeza. (f) Por lo que dice s. Juan Crisostomo, que este arcanjel nos prometió aquella bienaventuranza eterna de la cual nuestro eterno enemigo nos había quitado toda esperanza. (g)

En Occidente, á pié del crucifijo representábase á menudo en la edad media á Lonjino, el soldado que atravesó el costado al Salvador y á aquel que en una esponja le dió vinagre para beber (h), y con ellos á María Sma. á s. Juan, y á María Magdalena. A veces hay, además, las dos figuras simbólicas de la sinagoga y de la Iglesia. Aquella colocábase á la izquierda, con una benda sobre los ojos, y el semblante sombrío y triste, porque ha perdido la luz de la fé, y la paz de la conciencia: de su cabeza inclinada cae su corona, y en su mano está un cetro hecho pedazos para indicar que ha perdido el reino eterno. Hasta el siglo XVI. se vén varios angeles recojiendo en cálices la sangre que brota de las heridas del Señor. El caliz á veces está á pié de la cruz.

Cuando representábase por completo el drama del Calvario, nuestro Señor está en medio de los dos ladrones, el bueno á la derecha, el malo á la izquierda. Generalmente se efigia á los ladrones amarrados á la Cruz por cordeles en las muñecas y en los piés; lo que es un error, como lo ha demostrado Gretsero. (i)

He concluido todo lo que me había propuesto decir acerca de la Invencion de la sta Cruz; paso ahora al tercer libro que trata de su Exaltacion.

(a) Hebr. V. 6.

(b) Hebr. IV. 15, 16,

(c) Apoc. 1. 5—XIX. 16.

(d) Considerazioni sopra un encolpioneo. p. 49.

(e) Apoc. XII, 7.

(f) Gen. III. 15.

(g) De Christo patiente.

(h) Segun una antigua tradicion este soldado llamabase Estefanon.

(i) Godard, Cours d' archeologie sacre. Paris, 1854.

LIBRO III.

DE LA EXALTACION DE LA STA CRUZ.

§ I.

HERACLIO.

(A. D.) 610 á 629.

Deplorable sobremanera era la condicion del imperio de Oriente al abrirse el siglo VII.

Agotado estaba el público erario, indisciplinado y escaso el ejército, sus gefes eran pocos é inespertos. Las provincias orientales veíanse azotadas por las frecuentes correrías de los Avaros, y las meridionales gemían devastadas por los Persianos. Autor principal de tamañas calamidades era Foca: soldado cruel, atrevido y devorado de la mas desmedida ambicion, aprovechando el descontento de las tropas ocasionado por la avaricia de Mauricio, logró él sublevarlas y á la cabeza de ellas marchó á Constantinopla donde fué coronado emperador. En la esperanza de salvar su vida y la de su familia en el litoral asiatico, despues de haber abdicado el imperio, el infeliz Mauricio se embarcó con su mujer y sus nueve hijos en un pequeño buque. Desgraciadamente un temporal violento le obligó á refugiarse en la iglesia de s. Antonio, cerca de Calcedonia, desde donde envió á su hijo Teodosio al monarca persiano Cosroes, cuyo trono habia salvado, para implorar su amistad y gratitud en favor de su mujer y de sus hijos; no para si mismo, pues en aquellos supremos momentos su único voto era que el Señor

le concediera la gracia de espiar sus pecados en esta vida mas bien que en la otra. Precauciones inútiles! Los emisarios del inhumano Foca alcanzaronlos y arrastrándolos fuera de aquel santuario barbaramente asesinaron bajo los mismos ojos del padre á cinco de sus hijos: á cada golpe, que él sentia en lo mas vivo de su corazon, el desgraciado Mauricio hallaba la fuerza para repetir la piadosa jaculatoria.—“ Tu eres justo, ó Señor, y rectos son tus juicios,” y tal era su amor á la verdad y á la justicia, que él mismo reveló á los verdugos el piadoso engaño de una nodriza que, para salvar al regio infante, les presentaba á su propio hijo. Por fin, terminó tan trágica escena con la muerte violenta del mismo Mauricio á los sesenta y tres años de su edad, y á los veinte de su reinado.

Enterado Cosroes de tan inauditas crueldades, manifestando vivísima indignacion (mas aparente que real como los sucesos posteriores demostraron) juró vengar la memoria de su bienhechor y aliado. Por lo que, declarada sin pérdida de tiempo la guerra, las armas persianas, sin hallar la mas mínima resistencia, se apoderaron de las mejores provincias romanas. Las fortalezas de Mesopotamia, Merdin, Dara, Amida y Edesa, una trás otra,

fueron arrasadas: ocupadas las ciudades de Sena, Hieropolis (hoy Alepo) Negroponte, y Beroa. La misma Antioquía sucumbió despues de breve sitio.

El anuncio de tantas desgracias puso de manifesto la ineptitud de Foca, que, al par que miraba con asombrosa inaccion la pérdida de sus Estados y la ruina de sus subditos, se deleitaba en derramar la sangre de sus mejores hombres de Estado y en satisfacer su desmedida intemperancia. El descontento del pueblo fué universal, y su odio al tirano no conocia límites.

En tan crítico estado, sus propios parientes y el senado de Constantinopla, convencidos que nada habia que esperar de Foca, solicitaron secretamente á Heraclio gobernador de Africa, que viniera en su ayuda, prometiendole, en galardón de sus servicios, la purpura imperial. Pero como quiera que la edad hubiéra estinguído en el anciano gobernador toda chispa de ambicion, rehusó para sí la corona, pero aceptóla para su hijo. El joven Heraclio lleno de brio acometió la árdua empresa, embarcó un cuerpo escogido de tropas en buques ya prontos para ponerse á la vela y, zarpadas las anclas, llegó á Constantinopla antes que Foca tuviese la menor sospecha de su venida. Despues de encarnizada batalla, Heraclio se abrió camino é hizo su ingreso triunfante en el puerto. Entretanto, abandonado por los suyos, Foca se dió á la fuga; pero hecho prisionero por uno de sus enemigos personales, fué conducido á bordo del bajel del afortunado vencedor, quien, despues de haberle echado en cara la enormidad de sus crímenes, ordenó fuese decapitado y que su cadaver fuera entregado á las llamas. Heraclio fué en seguida proclamado emperador.

Corria entonces el año 610 de la era cristiana. La caída y muerte de Foca, y la proclamacion del nuevo emperador no contuvieron la marcha triunfante del monarca persiano. Dueñas de Cesárea, capital de la Capadocia, las huestes persianas, antes de

subir á los montes del Libano, descansaron en Damasco y en su delicioso valle, donde se entregaron á todo género de escesos.

En vano, el joven emperador solicitó de su adversario la paz. El altanero monarca rechazóla con cínico desden. Esta resolucion era hija de su ambicion y de las circunstancias. La ruina del monumento mas venerado y glorioso de la cristiandad era codiciada con ardor increíble por los Magos persianos que tanta autoridad gozaban en los consejos de Estado, y cuyo fanatismo contribuia poderosamente á aumentar siempre mas el encono del monarca al nombre cristiano. Veinte y seis mil judíos veian en ello satisfecho su implacable odio á los Nazarenos, y en venganza de las pasadas afrentas ofrecian sus brazos y su hacienda.

Así es, que, despues de sometida la Galilea y la rejion mas allá del Jordán, Jerusalem fué cercada y tomada por asalto. De este modo Cosroes llevaba á cabo la aspiracion mas ardiente de Nushirvan, su predecesor y abuelo. El sepulcro de Cristo y las suntuosas basílicas debidas al celo de Constantino y de su santa madre, si no fueron de un todo destruidas por las llamas, quedaron considerablemente deterioradas; las devotas ofrendas de tres siglos cayeron presas del mas vandálico pillaje; los cálices y vasos sagrados fueron robados y sacrilegamente profanados; una grande muchedumbre de sacerdotes, de monjes, y de religiosos barbaramente asesinados; el patriarca Zacarias cautivo fué llevado á Persia y la mayor parte de los cristianos vendidos como esclavos á los Judíos, pareciendo muchos de entre ellos en medio de los mas atroces suplicios, y á colmo de desventura, el mismo madero santo de la Cruz, que Helena habia depositado en el templo de la Resurreccion, cayó en manos de los adoradores del sol, que llevaronle á su patria. De tan espantoso naufragio solo se logró salvar la esponja y la lanza del Señor, gracias al celo del patriar-

ca Nicetas, que para ello acudió á Sarbazara general de los persas. (a)

Ni aqui se detuvieron los triunfos de las armas persianas. Egipto mismo, la sola provincia hasta entonces exenta de guerra estrangera ó civil, fué sometido por el sucesor de Ciro. Pelusio, la llave del pais inaccesible, fué sorprendida por la caballería del enemigo. Los persas impunemente atravesaron, unos despues de otros, los canales sin cuento del Delta y libremente recorrieron el espacioso valle del Nilo, desde las piramides de Memfis hasta los confines de Etiopia. Hasta la misma Alejandria, la segunda ciudad del imperio, y que aun conservaba restos de su antiguo comercio y riqueza, cayó sin dificultad alguna en manos de Cosroes, por haberla vergonzosamente abandonado el gobernador imperial. Mientras en Africa los conquistadores llegaron hasta Tripoli, en Asia menor otro ejercito no menos victorioso, atravesando el Ponto, llegó hasta el estrecho mismo de Constantinopla, en cuya presencia sentaron los persas sus reales.

La caida del imperio fundado por Constantino era inevitable, y todo inducia á creer, que contados eran los dias de Heraclio. Sus asombrosas desgracias y las conquistas fabulosas de su enemigo obligaron al desgraciado emperador á implorar de nuevo la paz. Ofreció á su poderoso adversario toda suerte de proposiciones aun las mas humillantes, hasta la de obligarse á pagarle en perpétuo un annuo tributo en señal de vasallaje; lo que en fondo equivalía á una verdadera abdicacion. Este segundo ofrecimiento no alcanzó mejor resultado que el primero.

Cosroes, despues de haber cargado de

(a) Estas dos reliquias fueron enviadas á Constantinopla. El 14 de Setiembre de 614 fué espuesta la santa esponja en la iglesia de dicha ciudad. La lanza fué depositada el 26 del mes siguiente; hombres y mugeres separadamente acudieron á venerarla por cuatro dias.

cadena á los embajadores imperiales que imploraban la paz, con sacrilego orgullo contestó, *que los cristianos no se lisonjearán de paz mientras veneraren como á Dios á un hombre crucificado por otros hombres y se negasen á adorar al sol.*

La posicion de Heraclio era sobremanera cruel. Mientras que en Asia y en Africa habia él sufrido derrotas sin iguales y en Oriente no le quedaba mas que Constantinopla y pocas ciudades de la Grecia y de los litorales africano y asiatico, en Italia las irrupciones de los Avaros habianle despojado de todas las provincias encerradas entre los linderos de Istria y de Tracia. Impotente para resistir á tan grande cúmulo de desgracias y sin esperanza alguna de socorro, el abatido Heraclio habia resuelto abandonar á Constantinopla y trasladarse, su persona y gobierno, á la menos peligrosa residencia de Cartago. Cargados de las riquezas de sus palacios estaban ya los buques; mas su fuga fué impedida por el patriarca, quien, sirviéndose de la autoridad de la relijion en defensa de la patria, llevó á Heraclio al templo de sta. Sofia, ante cuyos altares le hizo jurar, que viviría ó moriría en defensa de ese pueblo que Dios le habia confiado. Este juramento, bendito sin duda por Dios, produjo un cambio repentino y radical en el ánimo abatido de Heraclio. Sacudiendo el desaliento y letargo en que yacía de no poco tiempo, tomó la generosa resolucion de ponerse á la cabeza de sus malparadas tropas y de correr todos los azares de tan peligrosa guerra. Una vez consagrado á la accion, nada hubo en él que no fuera heroico. Empleó un año en organizar su ejército, inspirandole su propia intrepidez y valor. Su primer plan fue él de trasladar desde luego el teatro de la guerra á Persia, obligando de esta manera á los infieles á volver á sus casas para la defensa de su patria. Para no dejar enemigos atrás sí, firmó una tregua con los Avaros que, como he dicho, habianle atacado del lado de Tracia. En el año

de 622, inmediatamente despues de Pascua, emprendió su marcha hacia Persia. Colocóse á la cabeza de su ejército, y precedíalo la imagen de Jesucristo. En una fervorosa arenga que dirigió á sus soldados prometióles solemnemente, que no los abandonaríá hasta la muerte y recordóles los campos devastados, las ciudades arrasadas, las iglesias reducidas á cenizas, los altares derrocados, los lugares santos profanados por las mas torpes abominaciones, todo por obra de sus implacables enemigos, los Persas.

Antes de que el año espirára, Heraclio empezó á recojer el fruto de su generosa resolucion, destruyendo en la Armenia á los ejércitos enemigos. Este primer triunfo inclinó en su favor la balanza de la fortuna. Los cristianos hasta entonces tan abatidos, ahora alentados por la presencia y por el ejemplo de su magnánimo y heróico gefe, llenos de confianza invadieron los Estados enemigos. A su empuje nada se resistía. Obligado á renunciar sus grandes conquistas, Cosroes volvió precipitadamente á su reino, donde con rabia impotente contemplaba sus mejores y mas populosas ciudades caer en manos de sus mas odiados enemigos, los cristianos. Su misma persona corria tan grave riesgo que tuvo que refugiarse á regiones mas apartadas.

Victorias tan señaladas habianse conseguido en menos de un año. El siguiente fué el de la toma, en el verano de 624, de Gansac ó Tauris, capital antigua y moderna de una de las provincias de la Media, cuya poblacion no bajaba de cerca de un millon de almas. Dueño de ella entregó á las llamas un vasto templo idólatra, el mayor que existía; estinguió el supersticioso fuego que en el ardía y redujo á cenizas el palacio de Cosroes en que habia una estatua del rey, sentada bajo una bóveda á modo de cúpula, en que estaban representados los cielos, el sol, la luna, las estrellas y demás astros, que eran los Dioses paganos de aquella bárbara genta. Así,

se vengaba el verdadero Dios de los ultrajes que habian sido irrogados por aquellos infieles en su ciudad santa, en sus templos y en sus objetos é imágenes sagradas.

La inclemencia de la estacion obligó á Heraclio á suspender la marcha de sus conquistas. Para invernar retiróse con su ejército á Albania, cerca del mar Caspio, donde movido á compasion otorgó la libertad y suministróles socorros necesarios para la vida á cincuenta mil cautivos persianos, que habianle seguido; acto generoso que enterneció de tal manera á los agraciados que, con lágrimas en los ojos, no se cansaban de invocar el favor del cielo sobre su bienhechor, para que así lográse cuanto antes librar á Persia de un tirano, que por sus exacciones y crueldades era á razon considerado como uno de los mas encarnizados enemigos del género humano.

Apénas concluido el invierno, abandonando las fertiles llanuras de Albania y atravesando la cadena de los montes Hircanios, el ejército imperial bajó á la provincia de Media ó de Irak y llegó hasta las ciudades reales de Casbin ó Ispahan, á las cuales jamás se habia acercado ningun conquistador romano.

Alarmado por el gravísimo riesgo de que se veia amenazado, Cosroes retiró sus tropas del Bosforo y del Nilo y consiguió así rodear con tres formidables ejércitos á las tropas imperiales, cuya crítica posicion se agrababa por hallarse en un pais que le era hóstil. El temor empezaba á cundir en el campo de Heraclio. Apénas de ello se apercibió el intrépido emperador, les dijo. "La muchedumbre de vuestros enemigos no os amedrente. Con la ayuda del cielo, un solo romano puede triunfar de mil bárbaros... Mas si nosotros consagramos nuestras vidas para la salvacion de nuestros hermanos, alcanzaremos la corona del martirio y nuestra recompensa inmortal será generosamente retribuida por Dios y por la posteridad." El Señor bendijo tan magnánimos sentimientos. Por tres veces

él rechazó el ataque de los Persas, y merced á una serie bien concertada de marchas, de retiradas y de brillantes acciones, los obligó á abandonar el campo de batalla y á refugiarse en las ciudades fortificadas de Media y de Siria.

Entre ambos ejércitos trabáronse en los años 624 y 625 varias batallas, y en todas el valeroso Heraclio salió vencedor. En Salban, territorio de los Hunos, en las orillas del Saro, en Cilicia, y en Sebaste de Capadocia los persianos salieron siempre en completa derrota.

El año siguiente, Cosroes hizo un nuevo y supremo esfuerzo. A fuerza de sacrificios y de violencias levantó de nuevo tres poderosos ejércitos. El primero y el mas ilustre de cincuenta mil hombres, llamados los de las lanzas de oro, tenía por objeto atacar al mismo Heraclio; el segundo debía impedir la union de este con su hermano Teodoro; el tercero recibió orden de sitiar á Constantinopla y de apoyar las operaciones del chagan de los Avaros, que á pesar de la tregua ratificada con el emperador, habia concluido un tratado de alianza con el rey persa. Mientras Zarbazara, general persiano de este último cuerpo, atravesando las provincias asiaticas, sentaba sus reales en las llanuras de Calcedonia junto á la orilla izquierda del Bosphoro, ochenta mil Avaros circunvalaban los muros de Constantinopla. En vano los magistrados y altos funcionarios de la ciudad enviaron emisarios al chagan, ofreciendole ricos dones si se retiraba. El insolente bárbaro rechazó con arrogante desden á los embajadores, y si condescendió á recibir á los patricios de la antigua Bisanio, fué únicamente para que los representantes del monarca persiano, que estaban sentados á su diestra, se persuadieran de su firme intencion de cumplir los compromisos que con él habia contraido. "Aquí veis," dijo el chagan señalando á los enviados persianos, "las pruebas de mi perfecta union con el gran rey, cuyo lugarteniente está dispuesto á enviar á mi campo un

"cuerpo selecto de tres mil guerreros. No os lisonjeis mas de tentar á vuestro amo con un parcial é inadecuado rescate; los únicos ofrecimientos dignos de mi aceptación son vuestras riquezas y vuestra ciudad. En cuanto á vosotros, os permitiré salir, mas llevando únicamente ropa interior y una camisa. A petición mia, mi amigo Zarbazara os permitirá pasar á través de sus líneas. Vuestro ausente príncipe, en este momento cautivo ó fugitivo, ha abandonado vuestra ciudad á su suerte. Ni podreis escapar de las armas de los Avaros y de los Persas, á menos que no os remonteis por los aires como los pájaros, ó que como los peces nadeis bajo las olas." Tan ridículo como ofensivo lenguaje surtió un efecto diametralmente opuesto al que se propuso el infatuado chagan.

Aunque de lejos, el espíritu y el valor de Heraclio sostenian y dirigian al senado y al pueblo constantinopolitano. La violencia del fuego que desde la ciudad lanzaban sobre el campo enemigo, la superioridad de las máquinas de batir y el manejo mas acertado que de ellos hacian los sitiados, les aseguraron, á pesar de su inferioridad numérica, el triunfo sobre aquellas hordas de bárbaros; mientras las galeras imperiales de dos ó tres ordenes de remos, que eran dueñas del Bosphoro, inutilizaron á los ejércitos persianos, testigos impotentes de la derrota de sus aliados. Los Avaros habiendo sido rechazados, una escuadra de canoas slavas destruida en el puerto y los vasallos del chagan faltos de provisiones amenazando desertarle, vióse este en la dura precision de levantar el campo; lo que hizo despues de quemadas sus máquinas de guerra, retirandose á su pais. A la poderosa mediacion de la madre de Dios, atribuyeron los vecinos de Constantinopla tan extraordinario triunfo. (a)

Tan grandes y nunca interrumpidos reverses no quebrantaron la entereza

(a) Vease Gibbon—"The decline" &c. chapt. XLVI.

de Cosroes. En 627, un ejército persiano, que algunos de los historiadores orientales hacen subir hasta medio millón, cubría la Media y la Siria para dar decisiva batalla á Heraclio. Este, lejos de temer y retroceder, salió al encuentro á su enemigo avanzando desde el Araxes al Tigris. Recelaba el tímido Razates, general de Cosroes, arriesgar el destino de Persia en una sola batalla. Una órden perentoria de su soberano le impuso, que no la defiriese por mas tiempo. Corría el 12 de Diciembre, cuando Heraclio, sin pérdida considerable, derrotó por completo al ejército persiano cerca de la antigua Ninive. En tan terrible batalla sucumbió Razates. Su muerte fué la de un soldado; mas á la vista de su cabeza, el dolor y la desesperacion cuudieron en las desordenadas huestes persianas. Su armadura de puro oro macizo, su escudo, su espada y cinturón, su silla y coraza, añadieron á los monumentos innumerables de los triunfos de Heraclio. Con Razates, perecieron la mayor parte de los altos oficiales y del ejército. Y sin embargo, el altanero Cosroes, arrojado de ciudad en ciudad, continuaba con terquedad increíble sordo á toda proposicion de paz. Perseguiale Heraclio sin darle tregua ni descanso, entregando á las llamas todas las fortalezas, pero poniendo amenudo en libertad á los prisioneros persianos sin exigir rescate alguno, si bien el rey vencido hubiese violado el derecho de gentes, apoderandose y aherrajando á los embajadores imperiales. La obstinacion de Cosroes en rechazar todo arreglo, cuando Heraclio era ya dueño hasta de la mayor parte de la misma Persia, exasperó de tal manera los ánimos de sus súbditos, que sus mismos nobles y mas fieles generales se rebelaron contra él. El mismo Zarbazara, enterado en Calcedonia, donde aun defendia la perdida causa de su monarca, que este habia resuelto su muerte, se desertó y declaróse en favor del emperador.

El desdichado Cosroes, acosado por los enemigos, vencido por los suyos, odiado de todos, no hallando sitio se-

guro, huyó á Selencia, sobre el Tigris con sus mujeres é hijos. Atacado de fuerte disenteria, abdicó su corona en favor de Medarses, uno de sus hijos tenido de Sirem, su predilecta concubina. Mas, mientras preparabanse los festejos de la coronacion, Siroes, su primogenito y el lejítimo heredero, apelando de la injusticia de que era víctima al fallo de la nobleza, se levantó con las armas en la mano, puso en libertad á los prisioneros imperiales y, apoderandose de su anciano padre, lo cargó de cadenas y le encerró en una plaza recientemente fortificada, para poder asi disponer con mayor seguridad de los tesoros inmensos acumulados por la avaricia y rapiña de Cosroes quien, en aquel horrible estado, en vez de humillarse y arrepentirse, era cada dia mas insolente é intratable. Indignado Siroes de tanta perversidad, dió rienda suelta á su furor. Ordenó que á su padre no se le diese mas que una corta cantidad de pan y de agua, diciéndole, que se alimentase con el oro de su rapacidad; mandó á los sátrapas y nobles le oprimieran de insultos; dispuso que bajo sus mismos ojos fueran degollados Medarses y sus diez y siete hermanos. Al cabo de cinco dias terminó Cosroes en el año 628 su vida atormentado por la mas horrible agonia. Así, por un justo castigo de Dios, parecia por las manos de su propio hijo aquel, que no solo habia causado estragos espantosos en sus Estados y en todo Oriente y que habia derramado torrentes de sangre cristiana, pero que habia ascendido al trono asesinando barbaraemente á su propio padre Hormisda.

La noticia del fin desdichado de Cosroes y de la elevacion de su hijo mayor al trono de Persia llegó pronto á Heraclio, en el campo de Tauris, ante quien se presentaron los embajadores de Siroes con cartas de su soberano, dirigidas á su amo *el emperador de los Romanos*. En ellas el jóven monarca solicitaba, en lenguaje abyecto, que un tratado de paz y una *alianza mas fuerte* que el hierro hiciesen desaparecer para siempre las discordias que por un cuarto de siglo

habian acarreado sobre ambos pueblos calamidades inauditas y sin cuento. Heraclio acogió con júbilo tal proposición. Las condiciones del tratado fueron facilmente convenidas, y observadas con fidelidad tanto mayor porque Heraclio no reclamó aumento alguno de territorio. Las principales clausulas fueron 1.º la devolución de los estandartes cojidos al imperio; 2.º la libertad de todos los prisioneros y cautivos y especialmente la de Zacarias, patriarca de Jerusalem; y 3.º sobre todo, la restitucion del madero santo de la Cruz que catorce años antes, cuando la toma de Jerusalem, Sarbazara habia llevado á Persia.

Concluida la paz, volvió Heraclio á Constantinopla. Su viaje fué un perpetuo triunfo; justo galardón de seis gloriosas campañas. Al acercarse á la capital, el senado, el clero y el pueblo salieronle al encuentro y en medio de lágrimas y aclamaciones, entre ramos de olivas é innumerables antorchas, entró el emperador en su capital sentado en un carro triunfal tirado por cuatro elefantes.

El esplendor de su gloria, y la inmensa popularidad de que gozaba no deslumbraron entonces al afortunado monarca; él no olvidaba que debia tanta prosperidad al autor de todo bien, y su ardiente fé atribuia la extraordinaria proteccion que el cielo le habia dispensado á la reliquia inestimable del madero de la santa Cruz que habia rescatado de las manos de los infieles. Como gravísimo habia sido el insulto irrogado al emblema angusto de nuestra Redencion, público y solemne debia ser el desagravio. Por lo que, en gratitud por las mercedes recibidas y en testimonio de su fé como á ejemplo y edificacion de sus súbditos y de la cristiandad entera, quiso Heraclio depositar con sus propias manos el madero santo en el mismo lugar de donde le habia quitado el monarca idólatra.

Tan solemne acto llevóse á cabo en un devoto peregrinaje. En la primavera del año siguiente (626) embarcóse en Constantinopla con el santo madero para la Palestina, no sin haber antes verificado su autenticidad.

El delicado cargo fué confiado al piadoso Zacarias patriarca de Jerusalem. Examinados los sellos que cerraban la caja, en cuyo estado se conservaba el sagrado depósito, se hallaron intactos y eran los mismos que fueron puestos antes de ser trasladada á Persia; circunstancia, que los escritores cristianos atribuyen á la piedad de Sira, mujer de Cosroes y madre de Siroes.

Al aproximarse á Jerusalem, el emperador ceñida la frente con la diadema imperial, cubierto con la regia purpura, y adornado de sus mas ricas joyas, tomó sobre sus hombros á la sta. Cruz para llevarla él mismo en procesion por la ciudad hasta depositarla en el mismo santuario de donde habia sido estraida. Mas, apenas húbola puesto sobre sus espaldas, cuando sintió sobre de sí tan enorme peso, que le fué de un todo imposible dar un paso; y como de esto se maravillára, ni supiera á que atribuirlo, el piadoso patriarca Zacarias, que se hallaba á su lado, no pudo á menos que observarle, que la pompa y el fausto, de que él estaba rodeado, formaban un doloroso contraste con la pobreza y humildad del Hijo de Dios cuando, cargado con el santo madero, atravesó las calles de Jerusalem para subir al Calvario. "Vos llevais," le dijo, "las insignias imperiales, y Jesucristo iba pobrementemente vestido; ceñe vuestra cabeza una rica diadema, y la suya estaba coronada de espinas; vos estais calzado, y él marchaba descalzo." Sin pérdida de tiempo, despojóse el emperador de sus preciosos trajes, descubrió su cabeza y con los piés desnudos continuó la procesion con un exterior humilde y que revelaba pobreza, y no descansó hasta que húbola entregado al pié del altar al venerable patriarca. En tan solemne momento rompió este los sellos, sacó el santo madero de la caja en que estaba encerrado, y lo espuso á la veneracion de los fieles. El emperador y su corte, el patriarca y su clero, como la inmensa muchedumbre de que rebosaba el templo, se postraron llenos de fé y de fervor ante



tan sagrada reliquia. Un solo sentimiento hacia latir todos aquellos labios. Al par que tributaban al Señor de toda misericordia las mas ardientes gracias por el señaladísimo favor que les concedía devolviendoles tan rico tesoro, se esforzaban con sus homenajes y culto ofrecer un acto de justo desagravio por las profanaciones y sacrilejos irrogados á aquella Cruz bendita en que habia sido puesto el Hijo de Dios y en la que el mundo habia sido redimido. Casi como para mostrar su complacencia por tan completa reparacion hecha á su honor ultrajado, dignóse el Señor obrar en aquella ocasion los mas portentosos milagros, sobre todo concediendo repentina y completa salud á enfermos postrados en sus lechos por largos años de males gravísimos é incurables. El recuerdo de tan solemne rito no se borró de la memoria de los fieles, renovándose todos los años, con el mismo titulo de la Exaltacion que tuvo desde el tiempo de sta. Helena. "Por lo que," dice el Breviario Romano (a) "la solemnidad de la Exaltacion de la Sta Cruz, que ya se celebraba en este dia todos los años, empezó á ser mas ilustre en memoria del hecho de haber sido la Cruz re- puesta por Heraclio allí donde habia sido al principio colocada en "honra del Salvador."

Concluido su peregrinaje, Heraclio regresó á su capital donde fué acogido por el pueblo con las mas afectuosas demostraciones, á las que, en nombre de sus soberanos, se asociaron los embajadores de Francia y de India. Conservó Heraclio toda su vida, y á pesar de sus posteriores errores y graves desaciertos, grande devocion á la sta. Cruz. Todos los años en el mismo dia se esponia á la veneracion pública la porcion de dicha reliquia, que se conservaba en el palacio imperial de Constantinopla; rito que continuó á celebrarse por los sucesivos emperadores, con grandísimo fervor, como se infiere de la relacion

escrita por Constantino Porfirogenito, del piadoso ceremonial que el emperador, el clero, la corte y los fieles observaban en Constantinopla en la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz. (b)

Con no menos solemnidad honra la Iglesia latina tan fausto acontecimiento. La fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz que se celebra el dia 14 de Setiembre está dedicada casi esclusivamente (á lo menos en el rezo divino) á la conmemoracion de la pérdida de la santa Cruz, de los triunfos de Heraclio sobre los enemigos del nombre cristiano, del rescate del mismo madero santo, de su restitucion á Jerusalem y de los honores que en dicha ocasion tributaronsele. La verdad es, que á pesar de que la mencionada fiesta de la Exaltacion se celebrára mucho antes, sin embargo, hoy y de varios siglos á esta parte, la Iglesia entiende por ella conmemorar principalmente la redencion de la Cruz de manos de los Persianos y su devolucion al templo donde habia sido colocada tres siglos antes.

Y aqui no creo fuera del caso observar, que todo el periodo de gloria de Heraclio empieza y concluye en sus seis campañas contra Cosroes, es decir, desde 622 hasta 629. Durante ese tiempo su valor, su pericia, su actividad y energia marchaban parejas con su fé, su religion y su piedad. Mas la prosperidad, que siguió tan grandes victorias, lo enervó de una manera tan espantosa, que el esplendor de su pasada gloria quedó en gran parte eclipsado. Fué débil é indolente en resistir á los Sarracenos que inmediatamente despues (630 á 632) conquistaron la Arabia é hicieron frecuentes correrias en Siria. Y como referiré en el § siguiente, Heraclio tuvo que pasar antes de morir, por la dolorosa humillacion que Jerusalem cayera de nuevo en manos de los infieles. Despues de la muerte de su virtuosa mujer Endoxia desobedeció al patriarca, contrayendo matrimonio contra lo

(a) Lect. II noct. in fest. Exaltationis S. Crucis, die XIV Sept.

(b) De cæremoniis anlae Constantinopolitanae, Lipsiæ, 1751.

prescrito por los canones, con su sobrina Martina, cuya ambición, abusando de la debilidad de su marido debida á sus muchos años, lo arrastró á cometer los mayores desaciertos que indignaron á los pueblos. Por aquel tiempo cayó Heraclio en los errores de los Monotelitas. Dos años despues de su matrimonio murió, dejando al imperio mermado y con

las semillas de las discordias y males que sobre de él acarrearón el triste fin que nadie ignora. Dios en su misericordia, castigó á menudo los pueblos de Oriente para devolverles despues su pasada gloria y prosperidad; pero su paciencia se habia agotado. ¿Que extraño que se cumpliera su justicia? Esta pesa aun inexorablemente sobre de él.

§ II.

LA CRUZ DURANTE LA DOMINACION SARRACENA.

(A. D. 630 á 1,099.)

Para proseguir con mayor acierto y claridad la narracion de las vicisitudes del santo madero desde Heraclio en adelante, conviene epilogar los sucesos referidos hasta aqui.

Enterrada la Cruz por los hebreos en el mismo sitio donde habia espirado el Redentor, permaneció oculta é ignorada de los hombres en las entrañas de la tierra hasta que en el año 326 de nuestra era fué descubierta por santa Helena. Esta la dividió en dos pedazos; uno lo envió á Roma á su hijo, y fué depositado en el palacio Sesoriano, mas tarde basilica de la santa Cruz; el otro lo colocó en la de la *Resurreccion* que á su culto Constantino y su madre erigieron en Jerusalem.

La historia del pedazo enviado á Roma no ofrece dificultades. Cuando mas tarde fundó Constantino la ciudad á que dió su nombre, á ella llevó una parte del pedazo de la reliquia de la basilica romana, donde con culto casi nunca interrumpido se veneró en la iglesia de santa Sofia hasta el año 1251, cuando el emperador Balduino la envió en regalo á san Luis de Francia. Depositóla este en la *Sainte Chapelle* de Paris, donde aun se venera con la corona de espinas del Señor y otros instrumentos de la pasion. La porcion de Roma, escepto en rarísimos casos en que

fué escondida por poco tiempo para salvarla de las irrupciones de los bárbaros ó de las profanaciones de las recientes revoluciones, permaneció siempre en la basilica de la santa Cruz. Allí aun se venera, aunque increíblemente reducida á causa de los innumerables fragmentos distribuidos á los fieles. Lo que de ella hoy queda, no tiene mas que pié y medio escaso de largo y dos pulgadas de grueso.

Por lo que toca á la porcion depositada en Jerusalem, que sin duda fué la mayor, su historia es clara é indudable hasta que fué devuelta por Heraclio, pues con la sola escepcion de los 14 años que estuvo en Persia en manos de Cosroes, permaneció siempre hasta el año 629 en el sitio donde habiala colocado la piedad de la emperatriz Helena. Mas desde este tiempo empezó un periodo sobremano azaroso para la santa Cruz y del cual han llegado hasta nosotros pocos datos: mas estos son suficientes para demostrar que continuó siempre en Jerusalem, si bien, en los momentos en que mas arreciaba la persecucion de los infieles contra los cristianos, estos ocultaban tan preciosa reliquia para no esponerla á sacrilegos insultos ó para impedir su pérdida ó destruccion.

No ignora, que Teofanes y Cedre-

no, citados por Spondano (a) refieren que solo cuatro años (623) despues de haberle colocado en Jerusalem, para ponerlo siempre mas fuera de todo peligro, Heraclio llevó el santo madero á Constantinopla; y añade Spondano, que esto hizo el emperador previendo que en breve caería en manos de los sarracenos. Así es, continua siempre el citado escritor, que en tiempo del ven. Beda, un solo siglo despues, se le tributaba culto en Constantinopla.

Esta razon no parece de gran peso; puesto que el pedazo de la Cruz, á que alude el ven. Beda pudo muy bien ser él colocado en la ciudad mencionada por Constantino.

No es fácil averiguar, si Cedreno y Teofane cayeron en error. Ello es lo cierto que por muchos años, y aun siglos despues, la Cruz venerábase en Jerusalem, como resultará con la claridad de la luz meridiana de lo que voy á esponer.

La historia de esta porcion de la Cruz está intimamente ligada con la suerte de Jerusalem, Así es que para narrar la historia del madero santo, es casi indispensable referir los diferentes sitios y las principales vicisitudes de la capital de la Palestina: lo que haré con la mayor brevedad.

El mismo año (629) que Heraclio, en el apogeo de su gloria, volvía de Jerusalem á Constantinopla, viéronse sus Estados invadidos por las huestes agarenas. En breve tiempo los fanáticos secuaces de Mahoma penetraron en Siria, donde cada año alcanzaban alguna señalada victoria. En 632 tomaron á Bosra; él año siguiente derrotaron al ejército de Heraclio en la batalla de Aznadin; el 634 se apoderaron de Damasco; Heliopolis y Edesa cayeron en 635 despues de breve sitio: en 636 tuvo lugar la terrible batalla de Yermuk, que destruyó casi por completo el ejército imperial y en la que perecieron bajo la espada esterminadora

de los árabes mas de cien mil cristianos.

Aprovecharon los conquistadores tau propicia ocasion para completar sus victorias. Habiendo dado á sus tropas un mes de descanso, el califa Omar ordenó á sus generales, marchasen á Palestina para apoderarse de Jerusalem, sabiendo que los musulmanes la reverenciaban y visitaban, como el templo de la tierra santificada por las revelaciones de Moisés y de Jesus, y hácia la cual el mismo Mahoma profesaba grande veneracion, habiendola escogido por la primera kleba de la oracion. Segun la fé de los musulmanes, Mahoma habia honrado con su presencia la ciudad de David y de Salomon; y desde Jerusalem se remontó á los cielos en su viaje nocturno. Al hijo de Abu-Sophian con cinco mil hombres fué confiado el cargo de apoderarse de ella, fuere por sorpresa ó por tratado. Once dias despues, el cuerpo entero de Abu-Obeidah cercaba la ciudad codiciada. A los gefes y al pueblo de Elía (que así se llamaba entonces Jerusalem), dirigió Abu-Sophian la siguiente alocucion. "Salud y felicidad á todos los que sigan el recto camino. Venimos á vosotros para daros testimonio de que no hay mas que un Dios y que Mahoma es su apóstol. Si no consentis en ello, habreis de consentir en pagar un tributo y de estar sujetos á nosotros. Si así no lo hicieris, traeré hombres contra vosotros que aman mas la muerte que vosotros amais beber vino y comer carne de cerdo. No me apartaré de vosotros, hasta que haya destruido á los que pelean en vuestro favor, y haré esclavos á vuestros hijos."

Convencida la ciudad, que nada tenia que esperar de Heraclio, apenas se enteró de la invasion sarracena de la Siria, habia ido fortificando todos los puntos débiles y accesibles en los valles y las alturas: las murallas y las torres habian sido restauradas y provistas de los pertrechos de guerra; los mas valientes de Yermuk habianse refugiado á los sitios

(a) Epit. Annal. Baronii ad ann. 633.

cercanos, y los vecinos de la ciudad hallábanse animados en defensa del sepulcro de Cristo del mas patriótico entusiasmo.

Cuatro meses duró el sitio; ni un dia solo pasó en que no hubiera habido ya una salida ya un asalto; las máquinas de batir de las murallas no cesaban de funcionar, mientras el rigor de un invierno sobremanera inclemente causaba graves perjuicios, sobre todo á los sitiadores. Al fin, los cristianos cedieron á la perseverancia de los arabes. El patriarca Sofronio se presentó en las murallas de la ciudad, y por medio de un intérprete solicitó una conferencia. Despues de un inútil esfuerzo para disuadir al lugarteniente del califa de su impía empresa, fué propuesta una honrosa capitulacion. Una de las cláusulas fué la de que el mismo califa Omar viniese á Jerusalem á ratificarla con su autoridad y presencia. Discutido el asunto en el consejo de Medina, se acordó dar gusto á sus propios soldados y á los enemigos. Así, pues, Omar el gran conquistador de Persia, montado en un camello, pero sin ningun aparato regio y con grande modestia, se dirigió á Jerusalem. Al llegar ante sus muros pronunció en alta voz. "¡Oh Señor! dadnos una victoria pronta." Fácil era prever que esta oracion seria escuchada, pues la ciudad estaba reducida á la mas deplorable condicion. La capitulacion fué firmada. De ella no existe ninguna copia autentica; ya que las varias publicadas son visiblemente apócrifas (a); pero es indudable que fue honrosa y que garantizaba á los cristianos su propiedad y el libre ejercicio de su culto. En seguida verificóse la entrada. Acompañaba al califa el piadoso Sofronio, que no pudo á menos que esclamar con el profeta Daniel: "La abominacion de la desolacion está en el lugar santo." Jerusalem estaba de luto; un silencio sepulcral reinaba en las iglesias y en todos los santos lugares

que antes resonaban continuamente con los canticos é himnos de los cristianos.

La capitulacion ó tratado aseguraba, es verdad, á los cristianos el libre ejercicio de su culto; sin embargo, esta cláusula interpretábase á su antojo por sus inexorables vencedores. Así es, que por razones de la mas obvia prudencia, los cristianos creyeron necesario esconder sus cruces y libros sagrados. La campana no llamaba mas los fieles á la oracion; habiales sido interdicha la pompa de las ceremonias; la religion no se presentaba mas que como una viuda inconsolable. Sobre las ruinas del templo de Salomon, el califa hizo levantar una mezquita, cuya vista acrecentaba la afliccion de los cristianos. El piadoso patriarca Sofronio no pudiendo sobrellevar tanto dolor, murió deplorando la desventura y el cautiverio de la ciudad santa.

La cruel posicion de los cristianos se agravó incomparablemente mas á la muerte de Omar, cuya moderacion ensalzaba todo Oriente. Entonces los fieles fueron espulsados de sus casas é insultados en sus iglesias; se doblaron las contribuciones que debianse pagar á los nuevos amos de Palestina; no se les permitia llevar armas ni montar á caballo. Un cinturon de cuero, que debian siempre llevar puesto, era la señal de su servidumbre y hasta les estaba vedado hablar arabigo que era el idioma reservado á los discípulos del Coran. Ni siquiera se les dejaba la libertad de escojer sus pastores sin la intervencion de los sarracenos. A pesár que tan terrible fuera la persecucion, sin embargo, en medio de tantos ultrajes y profanaciones de los objetos del culto y de los lugares santificados por la presencia del Redentor, la iglesia de la Resurreccion y el santo madero fueron respetados por los soldados del califa, como resultará con la mayor evidencia de lo que voy á referir.

Los Mahometanos reclamaron para si tres cuartas partes de la ciudad, dejando un barrio para el patriarca, su clero y sus fieles. A estos se les impuso un tributo de dos

(a) Véase Michaud "Hist. des Croisades." Tom. I. p. 22 in notis.

piezas de oro por la proteccion que se les dispensaba y dejóseles el sepulcro de Cristo y la iglesia de la Resurreccion.

La noticia de que Jerusalem habia caido en manos de los infieles, llenó de dolor y de indignacion á la cristianidad. La devocion de los fieles para los lugares santos y el número de los peregrinajes á aquellos sitios aumentaronse de una manera prodijiosa. La fé y la piedad del tiempo de Constantino renovóse en aquellos dias con fervor edificantísimo. Turbas de peregrinos de Oriente, sin reparar á los males gravísimos y á las injurias y ultrajes á que se esponian, acudian á venerar el santo sepulcro y los demás santuarios, llenos de santa alegría de poder sufrir en aquellos mismos lugares en que Jesus, colmado de afrentas, habia espirado en la Cruz. Los griegos y los latinos, los nestorianos y los jacobitas, los coptos y los abisinios, los armenos y los georgianos mantenian allí su propio clero, sus capillas y sus pobres. Pero en número como en importancia eran los peregrinos de Occidente los que allí sobresalian. En los primeros tiempos de la conquista árabe, sobre los demás distinguieronse dos peregrinos, san Antonio de Plasencia y san Arculfo, los mas ilustres despues de san Jeronimo y de santa Paula. El itinerario de su viaje (que san Antonio dejó escrito (a) contiene la relacion de un milagro sobremanera portentoso obrado, bajo sus mismos ojos, por el santo madero de la Cruz, mientras él con increíble fervor le veneraba en la iglesia edificada sobre el Gólgota.

El inglés san Guillebaut que en 736 visitó la ciudad santa refiere, que habiendo perdido la vista, sus ojos se abrieron á la luz en el momento que entró en la iglesia donde se conservaba la Cruz del Señor. (b)

El monje Bernardo en el IX siglo,

(a) Apud Michaud, "Hist. des Croisades" eclaircissements. Tom I. p. 553.

(b) Michaud, I. c. p. 555.

Raimundo de Plasencia y Ricardo abad de san Vito en el XI, hicieron el peregrinaje de Tierra santa y atestiguan que tuvieron la dicha de venerar el madero santo (c). Este último, que iba á la cabeza de una caravana de 700 peregrinos, añade la circunstancia, que en el sitio ocupado por el palacio de Pilatos vió la columna á que fue amarrado el Redentor.

Facil seria aumentar el número de estas autoridades y quien deseára conocerlas, puede consultar la excelente disertacion que sobre estos peregrinajes publicó el señor Michaud en su citada historia de las cruzadas.

A mi baste observar que de los pasajes alegados resulta, que la Cruz del Redentor continuó á conservarse en Jerusalem, aun despues que de ella se apoderaron los musulmanes bajo Omar, y que por consiguiente erraron Cedreno y Teofane, y con ellos Spondano, cuando afirmaron que temiendo no fuera profanada por los arabes que ya amenazaban á Siria, Heraclio la trasladó de Jerusalem á Constantinopla. Absurdo seria suponer, la hubiese devuelto mas tarde, porque ya Jerusalem en manos de los infieles hubiera sido grave culpa ó torpeza inalicable entregarla á sus mayores enemigos; pues, si bien es cierto, que en algunas ocasiones los cristianos disfrutaron de descanso, muchas y terribles fueron las persecuciones á que estuvieron sujetos durante las frecuentes vicisitudes porque atravesó la desdichada Jerusalem.

Acaso en ninguna época de la dominacion musulmana gozaron los cristianos de tanta libertad, como bajo el mas ilustre de los califas de la segunda dinastia agarena, Aaron-al-Rechid, á quien las antiguas crónicas cristianas llaman *hombre admirable y digno de alabanza*. Una circunstancia contribuyó á mejorar aun mas la condicion de los cristianos de la Palestina, y era la gloria y poder de Carlo Magno que, estendiéndose á Asia, cubria con su proteccion las Iglesias orientales, á quienes so-

(c) Ibid. pp. 568-570.

corria con real munificencia; proteccion que ratificó con la misma sancion de las leyes. (a)

Aaron-al-Rechid tenia en grande aprecio al emperador de Occidente, y para darle de ello prueba, sin renunciar al dominio supremo, mandóle en don las llaves del santo Sepulcro, y acaso, tambien, las de la misma ciudad. Enviaronse reciprocamente ricos regalos, y en este comercio de amistad entre los dos poderosos monarcas, hubo un cambio de los productos de ambos paises y de su industria, que redundó en beneficio comun. De estas estrechas relaciones entre Carlo-Magno y el califa tuvo orijen la creencia que el emperador franco hubiera conquistado en persona á Jerusalem.

Los hijos de Aaron siguieron el ejemplo del padre; como él, trataron á los cristianos como á sus propios subditos, y bajo su reinado Bagdad fué el centro de las artes y de las ciencias. En este periodo afortunado multiplicaronse de una manera increíble los pelegrinajes á los Lugares Santos. Para los solos peregrinos latinos habia doce hospederías con campos, huertos y jardines; tenian, además, su propio cementerio y una biblioteca pública para todos los viajeros. En este tiempo, tambien, el comercio entre ambos pueblos, sobre todo con Italia, se desarrolló prodijiosamente. El culto de la Cruz debió ser no solo libre pero tambien público.

Por desgracia, tan feliz estado de cosas no duró largo tiempo. Los califas de Bagdad, inebriados por el lujo y corrompidos por la prosperidad, abandonaron el cuidado del imperio para entregarse á las torpezas de los inmundos serallos. De aqui, el descontento del pueblo, y el des-

prestigio de la autoridad. Nuevos sectarios y nuevos ambiciosos se levantaron, que acabaron muy pronto con el edificio gigantesco del imperio de los Abasitas. La misma autoridad espiritual, hasta entonces concentrada toda en manos del califa, se fraccionó al grado que á un mismo tiempo cinco califas reclamaban para sí el título y la autoridad de gefes de los creyentes y vicarios de Mahoma.

Aprovechando de tanta discordia y decadencia, antes Niceforo Focas que entonces imperaba en Constantinopla, y despues su asesino y sucesor Zimisce (963-975) unidos á algunos pueblos de Occidente procuraron reconquistar la Siria. Sus triunfos se limitaron al principio á apoderarse de Antioquia; mas tarde consiguió Zimisce sujetar todas las ciudades de Judea. Mas, apénas alcanzados estos triunfos y sin poder él mismo visitar á Jerusalem, murió envenenado. Su muerte fué la salvacion del Islamismo. Los griegos abandonaron sus conquistas. Jerusalem y todas las ciudades arrancadas al yugo de los infieles cayeron bajo el dominio de los califas fatimistas que habian sucedido á los abasitas.

Al principio, los nuevos califas fueron induljentes para con los cristianos á quienes consideraban como aliados. En la esperanza de mejorar su hacienda y reparar los males de la guerra, favorecian el comercio con los europeos y los peregrinajes de los fieles. Estos reconstruyeron sus hospicios, restauraron sus iglesias y celebraban sus sagrados ritos con mayor pompa y libertad. El culto de la santa Cruz era, en cierto modo, igual á el de los dias de Helena; tanta era la muchedumbre de fieles que acudian á venerarla y á visitar los Lugares Santos.

Poco tiempo duró esta paz. En el año 969, Hakem, tercero de los fatimistas, ascendió al trono de los califas. Su madre era cristiana, y su tío materno era el patriarca de Jerusalem. Su fanatismo rayaba en demencia. Sin convicciones fijas, él pasaba á los mas opuestos extremos, ya

(a) Uno de los capitularios de este emperador está titulado *de elemosyná mittendá ad Hierusalem propter ecclesias Dei restaurandas* (año 810.) Estas limosnas distribuianse, tambien, entre los cristianos pobres de Alejandria, Cartago y Jerusalem.

protejiendo ya persiguiendo á los cristianos con furor inaudito y entregandolos al odio de sus enemigos. Los que ocupaban cargos en la publica administracion fueron espulsados, los demás sobrecargados de contribuciones. De ahí se pasó á las mas horribles crueldades. De todas partes pululaban verdugos. Primero se persiguió á los que se decian que habian abusado de su poder; despues se atacó á la misma Religion cristiana, prohibiendo todas las ceremonias religiosas y ensañandose de una manera horrible contra las personas piadosas. La sangre cristiana se derramó en todas las ciudades de Egipto y de Siria. Por fin, el odio de Hakem llegó hasta convertir en cuadras la mayor parte de las iglesias, derribando desde los cimientos el templo de la Resurreccion, reputado, á razon, como propiedad de toda la cristiandad y venerado por los fieles del mundo entero con singular piedad. Conservábase en él el madero santo de la Cruz que, para salvarlo de las profanaciones de los enemigos del nombre cristiano y acaso de la completa destruccion, escondieron sin duda los fieles esperando mejores tiempos. Espulsados de Jerusalem, un gran número de cristianos se dispersaron en varias rejiones de Oriente, sufriendo privaciones y males sin cuento.

Por fin, Dios se apiadó de los cristianos. Hakem acabó sus dias odiados bajo el puñal de los asesinos enviados por su misma hermana. Daher, su hijo y sucesor, mitigó las órdenes de su padre, renovó las leyes que aseguraban á los cristianos el ejercicio de su culto, les devolvió las iglesias que aun quedaban en pié; y permitió que se reedificara el templo del Santo Sepulcro. Mas como los cristianos de Jerusalem, sobre todo despues de tantas persecuciones, carecieran de los medios necesarios, imploraron la caridad del emperador de Constantinopla que suministróles de su propio tesoro cuantiosas sumas. Gracias á tan eficaz socorro, treinta y siete años despues de haber sido destruido, el templo

de la Resurreccion volvió á levantarse; "imagen." dice Guillermo de Tiro, "de Cristo, que triunfando de "la muerte salió rodeado del mas puro "fulgor de la noche de la tumba."

De creer es, que en tan fausta circunstancia el madero santo, que la piedad de los fieles habia salvado del furor de los ministros de Hakem, fuere repuesta en el nuevo templo. Ello es lo cierto, que entonces, mas frecuentes y mas numerosos que nunca, fueron los peregrinajes de los fieles de Occidente que visitaban los Lugares Santos para venerar, ante todo, el madero en que Jesucristo habia redimido al mundo.

Nuevas vicisitudes sobreviniéron acarreado de nuevo el luto, la miseria y la muerte entre los cristianos de Siria. Una nacion bárbara, azote de otros pueblos, habia bajado de la Tartaria, invadiendo á Persia, de que se hizo dueña despues de la victoria contra el hijo del sultan Mahmud. Estos bárbaros eran los turcos. Apenas habian pasado treinta años de la conquista de Persia, que ya sus armas habian sembrado el terror desde el Oxas (Giron) hasta el Eufrate, y desde la India hasta el Helesponto.

Un general de ellos, Malek Shah, á la cabeza de un poderoso ejército, marchó sobre Siria aun sometida á los califas fatimistas. Por la hambre y por el hierro se hicieron dueños de Damasco; de ahí pasaron á Jerusalem de que tambien muy pronto se apoderaron: los vencedores se vengaron con igual furor de los hijos de Alí como de los cristianos. Las mezquitas y las iglesias fueron entregadas al pillaje, y la sangre cristiana y agarena corrió á torrentes en la ciudad santa, y renovaronse, entonces, con grandes creces, las calamidades que habian sufrido los cristianos bajo los califas de Bagdad y del Cairo.

Mas no fueron solamente los fieles establecidos en Oriente las victimas del odio de los turcos. Ensañaronse, asimismo, contra los innumerables peregrinos que de todas partes de Europa, y principalmente de Francia, acudian á la Palestina para

visitar el santo madero, el sepulcro del Redentor, y los demás Lugares santos. Cuando estos, despues de haber atravesado vastas y hostiles tierras y de haber sobrellevado grandes privaciones y corrido gravísimos riesgos, llegaban á Palestina, las puertas de Jerusalem no se abrian mas que á los que pagaban un crecido tributo, y como la mayor parte de entre ellos eran pobres, erraban miserablemente al rededor de los muros de esa ciudad, que era el único objeto de todas sus aspiraciones y á doade venian á buscar la paz de sus conciencias y la salud de sus almas. Un crecido número de entre ellos sucumbian de trabajos, de hambre y de enfermedades cuando no acababan sus dias por la cimitarra musulmana. Y cuando algunos lograban penetrar en la ciudad, no por eso estaban exentos de peligros: con malos tratamientos é insultos eran perseguidos en el Calvario, en el huerto de los Olivos y en todos los sitios santos que visitaban. A veces, cuando hallábanse los fieles reunidos en los templos y celebrábanse los

augustos ritos de nuestra santa religion, una horda de fanaticos invadia las iglesias, maltrataba á los fieles, pisoteaba los vasos sagrados y los altares, descargando furiosos golpes sobre los sacerdotes revestidos de los vestuarios sagrados. Para cometer tan bárbaros escesos, escojian con predileccion las grandes solemnidades, como eran las de la Natividad y Resurreccion del Señor. A menudo inmolábase el pudor de las vírgenes á la brutalidad de los vencedores. El mismo patriarca, á pesar de su edad avanzada, fué arrastrado por los cabellos en el pavimento de su iglesia y arrojado en una oscura prision para arrancar de sus fieles una crecidísima suma por su rescate. Dias terribles fueron aquellos para los cristianos, y aunque la historia nada diga, sin embargo es de suponer que de nuevo volvieron á ocultar el santo madero, y es probable que continuára oculto hasta la toma de Jerusalem (1099) cuando, como referiré en el § siguiente, fué llevada en triunfo por los cruzados en las calles de Jerusalem.

§ III.

LA CRUZ DURANTE EL TIEMPO DE LOS REYES DE JERUSALEM.

(A. D. 1099 á 1188)

Apénas habian pasado veinte años de la conquista de la Palestina por los turcos, cuando un sacerdote francés, llamado Pedro el ermitaño, á causa de la vida retirada que seguia, emprendió el peregrinaje de Jerusalem. No ignoraba él los trabajos y padecimientos de los cristianos de la Palestina. Toda Europa conocia, por los innumerables peregrinos que visitaban los Lugares santos, la cruel posicion de aquellos fieles y las horribles profanaciones á que estaban diariamente sujeto el santo sepulcro y todos los sitios santificados por haberse en ellos efectuado alguno de los misterios augustos del nacimiento, vida, pasion y muerte del Hijo de Dios. Mas cuando

Pedro vió con sus ojos la cruel opresion bajo la cual gemian sus hermanos de Asia y espermentó en su persona los barbaros tratamientos que infligian á los peregrinos, su indignacion no conoció limites. Sin perdida de tiempo visitó al patriarca de Jerusalem. Los cabellos blancos de Simeon, su venerable semblante y, mas que todo, las terribles persecuciones que habia sufrido cantivaron el corazon de Pedro. Con las lagrimas en los ojos le preguntó “¿si no era posible hallar un remedio á tantas calamidades?” “¡Oh el mas fiel de los cristianos!” le contestó el santo anciano, “¿no veis que nuestras iniquidades han cerrado las puertas de la divina misericordia?” “Cier-

“tamente,” replicó el ermitaño, “grandes son nuestros pecados, pero cuando la medida de nuestras aflicciones se haya llenado, Dios se compadecerá de nuestras miserias, ablandará los corazones de los príncipes cristianos y enviará socorro á la ciudad santa.” Dicho esto, convenció á Simeon que escribiese cartas al Papa y á los príncipes europeos implorando su auxilio en favor de los Lugares santos y de los cristianos de Oriente. El mismo fué portador de ellas. No tardó en ponerse á los piés de Urbano II. Acojióle este Pontífice con grande bondad; lleno de emocion escuchó la triste narracion, ensalzó sus santas intenciones, y convencido, como él mismo estaba, de la necesidad de oponer un dique al torrente musulman que tantos estragos acarrea al cristianismo, le prometió su mas decidido apoyo y le confió el noble encargo de predicar en todas partes la pronta liberacion de Jerusalem.

Desempeñó Pedro su mision con celo increíble y con un suceso mas allá de lo que se hubiera podido esperar. Viajó por Italia, Francia y otros países y el resultado de sus trabajos fué que, pocos meses despues, el Pontífice celebraba en Plasencia un concilio preparatorio para el que se reunió en Clermont á fines del mismo año 1095. (a)

A este acudieron un número mucho mas considerable de obispos, de príncipes, de duques y de otros distinguidos personajes con una muchedumbre tal de asistentes, que á razon fué considerado una asamblea de toda la cristiandad. Además de la corte pontificia y del colegio cardenalicio, reunieronse 13 arzobispos, 225 obispos, 400 prelados mitrados, y el número de príncipes, caballeros y guerreros era tal que, no habiendo lugar en la ciudad erijieronse tiendas y pabellones en los campos circunvecinos. Pedro el ermitaño fué

el primero á tomar la palabra, lo que él hizo con elocuencia y ardor extraordinario. Pronunció, tambien, Urbano II un magnífico y tiérno discurso y apenas le hubo concluido, estalló espontáneo en aquella inmensa asamblea el grito de ¡DIOS LO QUIERE! ¡DIOS LO QUIERE! que fué, desde aquel momento, el grito de los Cruzados en todas sus grandes empresas. Casi todos los allí presentes inscribieron sus nombres para formar parte de la expedicion que debia rescatar los Lugares Santos. Los voluntarios que así se ofrecian para dar su vida por Cristo, recibian una cruz de paño ó de seda colorada, que generalmente fijaban en el hombro derecho. Concluido acto tan imponente, Urbano II, teniendo en la mano la señal angusta de la redencion, dirijiendose á la numerosa asamblea, dijo. “Es Jesucristo mismo que sale del sepulcro y os presenta esta cruz: ella será la señal elevada entre las naciones que debe reunir á los hijos de Israel dispersados; llevadla sobre vuestras espaldas y sobre vuestros pechos; que brille en vuestras armas y en vuestros estandartes; ella será para vosotros la prenda de la victoria ó la palma del martirio, y os recordará sin cesar, que Jesucristo ha muerto por vosotros y que vosotros debais morir por él.” Apenas hubo Urbano pronunciado estas palabras cuando resonaron los aires con las mas vivas aclamaciones. La piedad, la indignacion, la fé se habian apoderado de aquellos corazones creyentes. Se hizo un profundo silencio. En nombre del Pontífice, el cárdenal de Gregorio, mas tarde Inocencio II, pronunció en voz alta la fórmula de la confesion general. Puestos de hinojos los innumerables asistentes, con las lágrimas en los ojos y dandose golpes de pecho recibieron, la absolucion de sus pecados.

El entusiasmo que habia reinado en Clermont se propagó con rapidez extraordinaria sobre toda la cristiandad. Miles y miles acudieron bajo el estandarte de la Cruz. La mayor parte venian de Italia y Francia. Los

(a) Al concilio de Plasencia asistieron 200 obispos, 4,000 sacerdotes y 30,000 seglares.

prelados como los nobles, los militares como los artesanos tenían á gloria pertenecer á tan santa milicia.

Aunque sin espreso nombramiento y sin especial título, pero á causa de su extraordinario valor y de su irreprochable virtud, Godofredo de Bouillon mandaba tan generoso ejército, que al principio subió á la increíble cifra de seiscientos á setecientos mil. En los primeros meses de 1096 se puso en marcha.

No es mi ánimo, ni lo consiente la indole de este escrito, entrar en la detallada narracion de las vicisitudes de los Cruzados. Para mi objeto basta indicar que, despues de muchas y graves peripecias á través de su viaje por Hungría, sitiaron á Nicea de Bitinia, célebre por los concilios generales celebrados en ella, de la que se apoderaron despues de grandes sacrificios. Hiciéronse en seguida dueños de casi todas las ciudades de Asia menor y de Siria, de Tarso, de Cilicia, y de Edesa en Mesopotamia. Cerca de Dorilea en Frigia sostuvieron (Julio 1097) el terrible ataque de 200,000 mil turcos, en el que, gracias al pronto socorro que llevarónles Godofredo y Roberto de Flandes, consiguieron derrotar á las huestes agarenas, dejando el campo de batalla mas de 20,000 soldados y 3,000 oficiales. Un año despues, gracias á la lanza del Señor, tuvo lugar la célebre toma de Antioquía, que he referido largamente al hablar del mencionado instrumento de la pasion del Redentor.

Desde esta ciudad dirígieronse á Jerusalem, el objeto codiciado de sus votos, el solo fin de la guerra. Atravesadas antes las fértiles playas de Fenicia, y despues las áridas tierras de Palestina, llegaron el 7 Junio de 1099 ante dicha ciudad. Los primeros que la divisaron no pudieron contenerse; á una voz gritaron *¡ Jerusalem! ¡ Jerusalem!* Esta palabra corria de boca en boca por todo el ejército, y en breve los sesenta mil peregrinos hicieron resonar los aires del Libano y de Sion repitiendo *¡ Je-*

rusalem! ¡ Jerusalem! ¡ Dios lo quiere! (a)

Desde luego se echó mano á los trabajos del sitio. El 14 de Julio siguiente se dió el primer asalto. La lucha era terrible. El número de los sitiados era mayor que el de los sitiadores; increíble el valor y el encarnizamiento con que de ambos lados se peleaba. Aquel fué el mas terrible dia que habian encontrado los Cruzados. Sobrevino la noche, y los sitiadores volviéron á su campo, indignados por no haber conseguido apoderarse de la ciudad.

Al dia siguiente se renovó el asalto. El primer choque fué terrible. Los cristianos, irritados por la resistencia que habian encontrado el dia anterior, combatian con furor. Los turcos, que habian sabido la llegada de un ejército egipciano, estaban animados por la esperanza de la victoria. Máquinas formidables cubrian sus murallas. De todos lados se oía el silbido de los dardos que cruzaban los aires; bigas y peñascos lanzados de ambas partes por las máquinas se estrellaban, unos contra los otros, con horrible estruendo y caian sobre los cristianos causandoles grandes bajas. Muchos de estos habian sido muertos ó gravemente heridos á los piés de las murallas. De su lado, los infieles luchaban, si cabe, con mayor ardor, arrojando de lo alto de sus torres antorchas ardiendo, y calderos de agua hirviendo. Las fortalezas de madera de los cristianos se acercaban á las murallas en medio de incendios que ardian de todas partes. Pero la saña de los infieles se dirijia, con mayor ahinco que hácia ningun otro sitio, contra la torre del valiente Godofredo sobre la cual brillaba una cruz de oro.

El combate habia durado ya mas de medio dia sin que los cristianos

- (a) "*Ecco apparir Gerusalem si vede,*
"*Ecco additar Gerusalem si scorge,*
"*Ecco di mille voci unitamente*
"*Gerusalemme salutar si sente.*

Tasso, "La Gerus. liber." cant. III. 3.

tuviésen ninguna esperanza de apoderarse de la ciudad. Todas sus máquinas ardian y faltábales el agua y aun mas, el vinagre tan necesario para apagar el fuego griego lanzado por los sitiados. Hubo un momento terrible en que los Cruzados se consideraron perdidos. Apercibiéndose de ello los sarracenos, diéron grandes gritos de alegría, reprochando á los cristianos que adoraban á un Dios que no podia defenderlos; mientras que los sitiadores, conociendo la gravedad de su posicion y creyéndose abandonados por Jesucristo, permanecian inmóviles.

Mas en aquel supremo momento Godofredo de Bouillon y Raimundo de Tolosa, aunque separados uno del otro por grande distancia, simultáneamente gritan á los abatidos Cruzados que sobre el monte de los Olivos habian visto un guerrero celestial agitando un escudo, que venia en ayuda del ejército cristiano.

Esta vision infundió nuevo vigor á los sitiadores. Las mujeres, los niños, los mismos enfermos acudieron á la refriega, trayendo agua, víveres y armas, y uniendo sus esfuerzos á los de los soldados para empujar las máquinas de batir hácia los muros de la ciudad. La torre de Godofredo avanzó, á pesar de la lluvia espantosa de proyectiles y del fuego griego, hasta llegar á las murallas, y descansó su puente levadizo sobre el muro y por él saltaron sobre los parapetos, con espada en mano, dos ilustres hermanos Letoldo y Engelberto de Tournai. Siguiéronles Godofredo, Balduino y otros intrépidos guerreros. Todos se precipitaron sobre los sarracenos con irresistible empuje, persiguiendolos en las calles de la ciudad. En otro lado, Tancredo, el conde de Flandes, y el duque de Normandía imitaron el ejemplo de sus compañeros, mientras el conde de Tolosa, casi al

mismo tiempo, escalando las murallas penetró en la ciudad. Dueños de la mezquita de Omar, donde aun se defendian los sarracenos, el ejército cristiano renovó el triste espectáculo que mil años antes habian dado al mundo los soldados de Tito. Los Cruzados, exasperados por sus inauditos padecimientos y por la obstinada resistencia, acaso, tambien, para evitar nuevos peligros, pasaron á cuchillo casi todos los militares y vecinos de la desdichada Jerusalem. Los vencedores marchaban sobre montones de cadáveres y Raimundo d'Agiles, testigo ocular, asegura que bajo el pórtico y el enlozado de la mezquita la sangre sarracena llegaba hasta las rodillas de los caballos. Un grave historiador ha dejado escrito que el número de las victimas (a) fué mayor que el de los vencedores y que las vecinas montañas del Jordan repitieron el estrépito horrible que se oia en el templo.

Por fortuna, inmediatamente despues de tan sangriento espectáculo, los Cruzados volvieron á sentimientos cristianos presentando una escena tiernísima. Ya dueños de la ciudad, fueron en busca de los vencidos y con ellos dividieron los víveres que habian salvado de la rapacidad sarracena, procurando ayudarlos en todos los modos. El piadoso Godofredo, que despues de la victoria se habia abstenido de una inútil carnicería, se apartó de sus compañeros sin tomar algun descanso ni alimento, y con su traje ensangrentado, seguido solamente por tres de sus mas fieles servidores, pasó á la iglesia del santo sepulcro para dár al Señor las mas rendidas gracias por las mercedes sin cuento que habia derramado sobre de él y sobre el ejército cristiano: acto nobilísimo que Tasso inmortalizó poniendo fin á su célebre poema con la octava:

*Così vince Goffredo ; ed a lui tanto
Avanza ancor della diurna luce,
Ch' alla città già liberata, al santo*

(a) Se calcula en 70,000.

Ostel di Cristo i vencedor conduce.

Né pur deposto il sanguinoso manto,

Viene al Tempio con gli altri il sommo duce,

E qui l' armi sospende, e qui devoto

Il gran sepolcro adora e scioglie il voto.

La noticia de tan piadoso acto se propagó rápidamente en el ejército cristiano. Desde luego calmáronse todas las venganzas y apaciguáronse todos los furores. Despojense los Cruzados de sus trajes ensangrentados y vistien los de penitentes, hacen resonar Jerusalem de sus gemidos y sollozos y conducidos por el clero, con los piés desnudos y las cabezas descubiertas, se dirijen hácia la iglesia de la Resurreccion.

Poco despues tuvo lugar otra escena tierna y conmovedora sobremañera y cuya relacion no debe omitirse en este escrito.

En el acto mismo en que se trataba de la distribucion de las riquezas codijadas al enemigo (a), los Cruzados dirijiéron sus miradas á otros tesoros de un valór incomparablemente mas grande. La Cruz del Salvador por Cosroes arrebatada á los cristianos y depositada de nuevo por Heraclio en la iglesia de la Resurreccion habia sido escondida por los fieles durante todo el tiempo de la dominacion turca y con mucho mas sigilo lo habia sido mientras los Cruzados sitiaban á Jerusalem. Mas apénas fué la ciudad santa libertada por el valor de estos del yugo sarraceno, los fieles se apresuraron á esponerla á la publica veneracion. Su vista dispertó entre los vencedores los mas vivos sentimientos de fé, de amor, de gratitud y de alegria. "De esto," dice una antigua crónica, "estuvieron los cristianos tan gozosos como si hubiesen visto al cuerpo mismo de Jesucristo suspendido á la misma." Entregáronse aquellos fervorosos fieles á las mas puras demostraciones de alegria. Llevaron

la Cruz en trinfn por las calles de Jerusalem y al fin colocáronla de nuevo en el templo que para su honra habia levantado santa Helena.

Ocho dias despues de la toma de Jerusalem, los principes y magnates de entre los Cruzados reunieronse con el objeto de nombrar definitivamente y con los oportunos poderes un soberano que se encargara de la defensa y buen gobierno de la ciudad emancipada del yugo musulman. La eleccion recayó con unanimidad de sufragios sobre el esforzado y valeroso Godofredo. En intereses del bien de sus nuevos moradores como de la causa de la cristiandad, aceptó la dignidad y cargo que se le conferia, pero rechazó con inquebrantable firmeza la real diadema y toda reja insignia, diciendo, que jamás consentiria en llevar corona de oro en el lugar donde el Salvador del mundo habia sido coronado con la de espinas. Su reino abrazaba, además de á Jerusalem, á Jaffa y cerca de 20 aldeas esparcidas en la region adyacente.

Uno de los primeros actos de Godofredo apénas nombrado rey, fué el de instituir un cabildo de veinte sacerdotes en la iglesia del santo sepulcro, encargados de celebrar los sagrados oficios y de entonar los canticos del real salmista en alabanza del Dios Vivo. Los cristianos de Antioquia, de Edesa, de Tarsa, los que habitaban la Cilicia, la Capadocia, la Siria y la Mesopotamia acudian en grandes muchedumbres á Jerusalem á venerar los Lugares Santos y á ofrecer el tributo de su homenaje y devocion á la Cruz. Y apénas la noticia de la conquista de Jerusalem se propagó por Europa, que de sus mas apartados confines viniéron los peregrinos á visitar aquellos sagrados sitios y besar aquellas preciosas reliquias.

(a) Las solas halladas en la mezquita de Omar eran tales que necesitaron seis grandes carros y dos dias para sacarlas de dicho edificio.

Apénas proclamado rey, Godofredo derrotó, con un puñado de heroes, cerca 400 mil egipcios en Ascalona cerca del mar, dotó á su reino de leyes sapientísimas, de los oportunos tribunales y de una administracion admirablemente organizada, y en el acto que alcanzaba nuevas victorias de los implacables enemigos del nombre cristiano, cayó en Joppe (hoy Jaffa) gravemente enfermo.

Trasladado á su capital, despues de haber recomendado á sus compañeros de armas y de triunfos la gloria de la religion y el reino de Jerusalem, el 18 de Julio 1100 entregó su alma á Dios, dejando trás si una reputacion tan limpia y tan immaculada que su nombre, ensalzado igualmente por la historia, por la poesia y por la religion, vivirá eternamente en la memoria de los hombres como el mas brillante ornamento de la primera cruzada y como una de las mayores glorias del género humano. En señal de su eximia piedad, y segun habíalo dispuesto él mismo, Godofredo fué enterrado en el recinto del Calvario en el templo del sepulcro del Redentor conquistado por el valor de su brazo.

Sucedióle en el trono su hermano Balduino, que en gran parte heredó, tambien, sus virtudes y, como él, distinguióse en sus luchas contra los implacables enemigos del nombre cristiano. Célebres fueron sus expediciones y en todas iba acompañado del madero santo. En el famoso sitio de Cesarea (1101,) el patriarca de Jerusalem, revestido de ornamentos blancos, llevaba la veneranda reliquia, á cuya vista animados los Cruzados, diéron el asalto y tomaron la ciudad no sin grande carniceria de sarracenos, que perecieron, como en Jerusalem, en la mezquita y en las calles. En ese año, el califa de Egipto, seguido de numerosas huestes, tentó una incursion contra los cristianos cerca de Ramla. A pesar de que aquellos fueran diez veces mas numerosos que estos, sin embargo, Balduino aceptó la batalla. Terrible fué el primer choque y los Cruzados empezáron á desbandarse y á huir há-

cia Jaffa. A la vista de este descabro, dos obispos que le acompañaban, aconsejaron á Balduino, que implorára la misericordia divina. El rey apeóse de su caballo, se puso de rodillas ante uno de los prelados, confesó sus culpas y recibió la absolucion. En seguida empuñó la espada y á la cabeza de sus batallones se precipitó sobre el enemigo.

Los guerreros cristianos ardieron del deseo de vengar la derrota de sus compañeros. Todos invocaron la mediacion del madero de la verdadera Cruz, que llevaba el presbítero Gerle al lado del rey, y se arrojaron como leones en medio del campo enemigo. Jamás, (asegura el citado presbítero Gerle,) habiase visto una nube tan espesa de dardos y de flechas que dirigíase contra Balduino, sin que una sola lograse herirlo, circunstancia que fué á razon considerada *un verdadero milagro*. La victoria quedó largo tiempo incierta. Al fin, el cielo declaróse abiertamente en favor de los soldados de Jesucristo. El ejército egipciano perdió su gefe y cinco mil infieles quedaron en el campo de batalla. Probó Balduino I, poco despues, un grave desastre y sino hubiera sido por la agradecida amistad de un emir musulman, hubiera caído en las garras de los egipcianos que contaban hacerlo de seguro prisionero en Rambla, de donde consiguió fugarse acompañado del fiel emir. No tardó la suerte de las armas en volverse en su favor. En 1110 empezó la conquista de las ciudades marítimas de Siria que tan ventajosas eran para los peregrinos de Occidente, para el comercio y para recibir refuerzos. Habiendose apoderado de Ptolomaide, las armas cristianas conquistaron despues de largo sitio á Tripoli. Biblos en Fenicia; Sarepta donde s. Gerónimo habia visto la torre de Isaías; y Berito ó Beuruth, tuvieron la misma suerte que Tripoli. Todas convirtieronse en baronias gobernadas por caballeros cristianos.

Despues de estas victorias, como muchos de los mas distinguidos peregrinos marcháran á Europa, Balduino creyó prudente volver á su rei-

no para rechazar las frecuentes correrías de los sarracenos que habían penetrado en Palestina y cuyos estandartes ondeaban sobre el monte Sion. A su vuelta encontróse en Jaffa con Sigur, hijo de Magnus, rey de Noruega, que con diez mil noruegos, hacia tres años, había salido de su patria con el objeto de visitar los Lugares santos. Balduino le salió al encuentro y le suplicó que á él se uniese para la salud y engrandecimiento del reino de Jesucristo.

Gustoso accedió Sigur al ruego de Balduino, y como abundantísima recompensa de sus servicios y como copiosísimo galardón de sus sacrificios, suplicó se le entregara un pedazo del madero de la verdadera Cruz. Continuó el regio peregrino su viage sin detenerse hasta llegar á Jerusalem, anhelo de toda su vida. En ella entró triunfante acompañado de sus guerreros, cuya alta estatura, marcial aspecto, y enormes hachas de batalla despertaron grata sorpresa en los moradores de la ciudad santa.

Con refuerzo tan poderoso, resolvió Balduino poner sitio á Sidon. Pocos dias despues, mientras los ejércitos de Balduino y de Bertrand conde de Trípoli plantaban sus tiendas ante los muros de la antigua metrópoli de Fenicia, en su puerto echaba las anclas la flota de Sigur. Despues de un sitio de seis semanas, Sidon capituló, sus vecinos abandonáronla, y los soldados de Cristo se apoderaron de ella despues de haber hecho prodijios de valor.

Concluida esta conquista, Sigur dejó la Palestina en medio de las bendiciones de un pueblo agradecido y embarcóse con los suyos para volver á Noruega llevando consigo, cual preciosísimo tesoro, el pedazo del santo madero que hábiale sido prometido y que á su vuelta depositó en la ciudad de *Konghel*, en donde

la virtud de tan milagrosa reliquia debía proteger los linderos de su reino contra toda invasion extranjera. Tambien Balduino volvió á Palestina donde sostuvo terribles guerras contra los sarracenos con varia suerte, hasta que en 1118, regresando de su expedicion á Egipto, cayó gravemente enfermo en Elareth, en los confines del desierto que sepára á Egipto de la Palestina.

Habia llegado su última hora; por lo que, despues de haber exhortado á sus valerosos guerreros á mantenerse fieles á la causa de Cristo, y de haber designado á Balduino de Bourg, su primo entonces ausente, por sucesor suyo, fortalecido con los sacramentos de nuestra religion espiró rodeado de sus compañeros que, á pesar del inmenso dolor que les causaba la pérdida de su valiente caudillo, (dice Alberto de Aix), se esforzaron en ocultar sus temores y su abatimiento para que no conociesen los infieles la pérdida que sufrían.

Cumplida la última disposicion de Balduino, el ejército cristiano, acompañando los despojos mortales de su gefe, volvió á Jerusalem. Ahi, tambien, llegaba á la sazón Balduino de Bourg para celebrar las fiestas de Pascua. Era el Domingo de Ramos y la hora en que el clero y el pueblo iban en procesion al valle de Josafat. En el momento mismo que él entraba por la puerta de Efraim, los restos fúnebres de Balduino I, acompañados de sus guerreros vestidos de luto, entraban por la puerta de Damasco. A su vista, á los cánticos de los sacerdotes se unieron los gemidos de los cristianos. En medio del pueblo aflijido, el lúgubre convoy se dirigió á pié del Calvario y allí en el templo del santo Sepulcro y al lado de Godofredo fué enterrado Balduino I.

A razon en su epitafio (a) comparósele á Judas Macabeo y honrósele

(a) *Rex Balduinus Juda alter Machabeus
Spes patriæ, vigor Ecclesiæ, virtus utriusque
Quem formidabant cui dona tributa ferebant*

con los títulos de *esperanza de la patria* y *fortaleza de la Iglesia*. Su reinado, que duró 18 años, puede decirse fué una continua guerra nunca interrumpida. Vivió y murió en el campo. Tal era su devoción y su confianza en el madero santo que nunca se apartaba de él, llevándole siempre en todas sus expediciones y mostrándolo á los soldados como prenda de la victoria. De ello quejábanse los vecinos de Jerusalem y los peregrinos que allí acudian, porque, acostumbrados á consolarse y á fortalecerse con su presencia, casi nunca lo vieron en el largo reinado de Balduino.

Balduino de Bourg, el nuevo rey de Jerusalem, además de ser un intrépido y hábil soldado, y un fervoroso católico de sólida é ilustrada piedad, como todos los de su prosapia (a), distinguióse por su grande devoción al madero santo de la Cruz. En su obsequio quiso ser consagrado en el templo donde se conservaba tan preciosa reliquia, y tal era la confianza que en la misma tenia que no acometia ninguna grande empresa sin que el santo madero le acompañase.

Celebrábanse aun los festejos de su coronación cuando llegó á su conocimiento que los musulmanes de Persia, de Mesopotamia y de Siria se habian levantado en armas contra los cristianos, y que habian invadido el principado de Antioquía y derrotado el pequeño ejército cristiano, habiendo, tambien, muerto á su gefe Rogerio de Sicilia (A. D. 1122).

Las huestes victoriosas bajo el mando de Ylgaji principe de Alepo y Mandin habianse esparcido en los países cristianos circunvecinos, sembrando la destrucción y la muerte. En medio de esta general desolación llegó Balduino II á Antioquía. Esta ciudad habia perdido á sus mas valientes gefes y defendianla lo mejor que podian los monjes y eclesiásticos, bajo la di-

rección del patriarca. Balduino reanimó los corazones abatidos de los moradores, restableció el orden, adoptó las medidas necesarias para la defensa de la ciudad, y se preparó para salir al encuentro del enemigo. Llegado el momento, el piadoso monarca, vestido de luto, se encaminó á pié y descalzo á visitar los templos é invocar publicamente la ayuda del cielo. Congregado el ejército hizo que todos aquellos generosos guerreros se postraran con él de hinojos á recibir la bendición que el patriarca les concedió con el madero santo que Balduino trajo de Jerusalem para que le protegiera. Fortalecidos con tan augusta bendición, los guerreros de Cristo asentaron sus reales en el monte Danitz. Allí, llenos de confianza á causa de su crecido número, vinieron los musulmanes á atacar á los cristianos, que colocaban toda su esperanza en la protección divina y en la virtud de la verdadera Cruz, la cual por voluntad del soberano acompañaba el ejército. Despues de un saugriento combate, los infieles fueron vencidos y dispersados con su gefe Ylgaji, y con Dobé general de los arabes: ambos huyeron vergonzosamente. Esta derrota llenó de espanto á los musulmanes, sobre todo en Alepo y en Mosul, tanto mas por la muerte repentina de Ylgaji. En cambio, la alegría reinaba en el campo cristiano; todos atribuian tan señalada victoria al poder milagroso de la santa Cruz. Es así que, en testimonio de gratitud y para que aumentara la devoción hácia tan venerada reliquia, con solemnue procesion fué llevada triunfalmente por las calles de Antioquía, cuyos vecinos recibieronla con las muestras mas expresivas de fé y de amor. Balduino volvióse en seguida á Jerusalem.

Pocos dias hubo disfrutado de paz, cuando una terrible aventura vino á

*Cades et Aegyptus ac homicidus damnens
Proh dolor! in modico hoc clauditur tumulto.*

(a) Balduino de Bourg era primo de los dos reyes que le precedieron, los hermanos Godofredo y Balduino.

poner en el mayor peligro la vida del monarca y acaso tambien la existencia misma del reino de Jerusalem. El emir Balac, sobrino y sucesor de Ylgaji, semejante al leon de la escritura que se pone en asecho para sorprender su presa, cayó sobre Josselin de Courtenay, uno de los mas valientes héroes de los Cruzados, y sobre su primo Galeran. Hizolos prisioneros y cargados de cadenas llevólos á los mas apartados confines de la Mesopotamia. De tamaña desgracia enterado Balduino II corrió á Edessa, señorío de Josselin, para consolar á sus aflijidos vecinos y para concertar los medios de alcanzar la libertad de los ilustres prisioneros. Fiándose demasiado en su valor, y victima de su generosidad, él mismo cayó en el lazo que habíale tendido el astuto emir. Hecho prisionero, fué trasladado á la fortaleza Khartpert, al oriente del Eufrates cerca de Edessa, á dividir la carcel con aquellos que él habia querido poner en libertad.

Cinuenta armenos, cuyo heroismo ensalzan las antiguas crónicas, se concertaron para alcanzar la libertad de los principes cristianos. Sin haberse aun podido averiguar de fijo el modo, ello es cierto que lograron penetrar en la fortaleza mencionada, donde, sorprendiendo las guardias musulmanas que pasan á cuchillo, logran hacer pedazos los hierros de los ilustres cautivos. Enterado de lo sucedido, y no perdiendo un instante de tiempo, Balac alcanzó cercar la fortaleza. Persuadidos los sitiados que les seria de todo punto imposible sostenerse largo tiempo contra el crecido número de sarracenos que les rodeaban, Josselin concibió y llevó á cabo el atrevido plan de fugarse para implorar el socorro de los pueblos cristianos. Hecho voto de no cortarse la barba y de no beber vino hasta que hubiese llevado á cabo su peligrosa empresa, dicho héroe habiendo superado dificultades infinitas y corrido peligros aun mayores, consiguió atravesar toda Siria hasta llegar á Jerusalem, donde en la iglesia del santo Sepulcro depositó las cadenas de su cautiverio. La relacion que él hizo de la prision y pade-

cimientos de Balduino llenó de la mas santa indignacion á un crecido número de caballeros y guerreros cristianos, que todos juraron no descansar hasta conseguir la libertad de su amado soberano.

Despues de la fuga de Josselin, Galeran y los 50 valerosos armenos resistieron largo tiempo á fuerzas muy superiores; mas habiendo sido socavados los cimientos, de las murallas de la ciudad, los ilustres prisioneros halláronse pronto en medio de ruinas y escombros. Balac perdonó la vida al rey de Jerusalem relegándole á la fortaleza de Caram; en cambio hizo espirar, en medio de los mas atroces suplicios, á los 50 armenos que, para salvar la de Balduino, habian espuesto sus propias vidas. Tan triste noticia llevó la desolacion á Josselin y á los valientes guerreros jerosolimitanos que habian emprendido la salvacion de su monarca, quienes con harto dolor viéronse en la dolorosa necesidad de renunciar á su noble y generosa empresa.

Mas no por eso dejaron de concertarse para poner un dique á las correrías y á las continuas usurpaciones de los sarracenos egipcianos que, en la esperanza de espulsar á los cristianos de la Palestina, habianse reunido en crecidos números en los llanos de Ascalon. El ejército cristiano no era ciertamente muy numeroso, pues apenas contaba con 3,000 hombres. Suplia el valor al número, la fé á las armas, confiando, mas que en los medios humanos, en la proteccion del cielo. Para asegurarsela, el pueblo y el clero de Tierra Santa, imitando el ejemplo de los moradores de Ninive, consagraron tres dias á la oracion, á la penitencia y á obtener la absolucion de sus pecados. Así preparados, la grande campana de Jerusalem intimó al pueblo infiel la declaracion de guerra.

En solemne procesion salió aquel puñado de héroes al encuentro de sus enemigos. El patriarca de Jerusalem, llevando en triunfo el santo madero de la Cruz, iba á la cabeza del ejército. Venian despues otros dignatarios con en mano venerandas reliquias. Man-

daba á aquellos valientes guerreros Bस्ताquio de Agran, conde de Sidon, nombrado regente del reino en la ausencia de Balduino. Fué en el campo de Ibbelin que el ejército cristiano encontró al sarraceno. Ya estaban los dos, uno en presencia del otro, cuando apenas habia empezado la batalla, una luz semejante á la del rayo apareció en los cielos que repentinamente descargóse con furia inaudita en el campo de los infieles. Atolondrados y aterrorizados quedan estos inmóviles, mientras los cristianos, mas que nunca animados, redoblan de valor, causando estragos espantosos en las líneas del enemigo. En breve queda este derrotado, y los restos de su ejército, doble por lo menos del cristiano, se refugia con harto trabajo debajo de los muros de Ascalon. Los cristianos, victoriosos y cargados de botin, entran (1123) en Jerusalem, cantando alabanzas á Dios.

En este mismo año y en los siguientes los Cruzados, unidos á los venetos, alcanzaron tales victorias, que el desconcierto y terror cundió en el campo enemigo. Aprovechando tan favorable ocasion, Balduino, que continuaba prisionero en Caram, entró en tratós con sus carceleros, y consiguió, gracias á un considerable rescate, ponerse en libertad. Vuelto á Jerusalem y recobrado el reino, en los últimos seis años de su vida no tuvo un día de descanso, mostrando siempre el mismo celo y fervor por la causa de Cristo que lo habia animado toda su vida. Al fin, en 1131, sintiendo que cada día venian á menos sus fuerzas y que se acercaba el momento de la muerte, despojado de toda insignia imperial abandonó su regio alcazar para trasladarse á la modesta vivienda del patriarca, contigua al templo de la Resurreccion, donde se conservaba la verdadera Cruz del Salvador. Allí llamó á Melesinda, su hija primoje-nita, al conde Fulco su yerno, y al hijo de estos que entonces no tenia mas que dos años, y en presencia del patriarca, de los magnates y señores, les entregó el gobierno del

reino y la autoridad soberana; entrega que consagró dandóles su bendicion paterna. Vistió en seguida el hábito religioso, prometiendo observar los sagrados votos si el Señor se dignaba prolongarle la vida. Poco tiempo despues murió de la muerte de los justos. Por voluntad suya fué enterrado en la iglesia del santo Sepulcro, como lo habian sido sus dos primos Godofredo y Balduino I.

Sucedióle en el trono su yerno Fulco, conde de Angers, de Mans y de Tours, que por su propio deseo y con extraordinaria pompa fué consagrado, en honra del Santo madero, el día 14 de Setiembre en que la Iglesia festejaba su Exaltacion. Sin haber hecho cosa digna de referirse en este escrito, Fulco once años despues persiguiendo cerca de Acris á una liebre cayó del caballo, de cuya resulta cesó de vivir. Su cadaver, trasladado de Acris á Jerusalem fué sepultado al lado de los de sus predecesores.

Su hijo Balduino III subió á la edad de 13 años las gradas del trono jerosomitano que ocupó por veinte años. En los primeros tiempos de su reinado era regente del reino su madre Melisenda. El jóven Balduino con el reino heredó de sus antenados un valor heroico, la mas viva fé en Jesucristo y una devocion muy tierna hacia el madero santo. Apenas vuelto cubierto de laureles de una expedicion emprendida mas allá del Jordan, que siguiendo el consejo de los barones y grandes del reino, acometió otra empresa peligrosísima y de donde volvió ileso, gracias á una proteccion milagrosa del cielo, alcanzada por la virtud de la santa Cruz de Jesucristo. Tal empresa fué la conquista de Bosra, capital de la alta Arabia, de cuyas riquezas referianse cosas maravillosas. Despues de grandisimos trabajos el ejército cristiano entró en el pais llamado Traconitis, donde no encontró mas que campañas agostadas por el ardor del sol. Sus caminos eran escabrosos sobremanera, mientras nubes de langostas, que sedientas precipitábanse en los pozos habian envenenado

las aguas. Los moradores de aquellos sitios, encerrados en cuevas subterráneas, tendían en todas partes asechanzas al ejército cristiano; los arqueros musulmanes, apostados sobre las colinas, fatigábanlo horriblemente, pues, según refiere Guillermo de Tiro, las flechas que lanzaban eran tantas, que á veces caían tan espesas como la lluvia. Al fin, después de muchísimas pérdidas é increíbles trabajos, llegaron á los piés de los muros de Bosra donde, habiendo encontrado una inesperada resistencia, los caballeros y barones aconsejaron se renunciara á una empresa sumamente peligrosa y muy por encima de sus fuerzas.

Dada la orden de la retirada, los musulmanes empezaron á perseguir á sus enemigos, pero convencidos que no le inferían ningun daño notable incendiaron los zarzales y matorrales secos de que abundaba aquella rejion. El viento empujaba las llamas y el humo del lado de los guerreros cristianos que marchaban por un suelo abrasador y cuyas cabezas estaban envueltas en nubes de espesísimo humo. El citado Guillermo de Tiro asegura, que el incendio habia socarrado y tiznado de tal manera á los Cruzados que parecían herberos en fragua.

En tan grande aprieto, los gefes, los soldados y el pueblo que seguía al ejército rodearon al obispo de Nazaret que llevaba el madero santo de la Cruz, suplicándole con las lágrimas en los ojos, que ofreciera sus oraciones para que cesarán aquellos males que les era imposible sufrir por mas largo tiempo.

Accedia el piadoso obispo al voto universal. Elevó en alto el venerando madero, implorando la misericordia divina que por la Cruz del Redentor se disipara tan horrible azote. El Señor escuchó benigno tan fervorosa plegaria. Repentinamente el viento tomó la direccion opuesta y el humo y las llamas que desolaban á los cristianos cayeron inesperadamente sobre los musulmanes obligándolos á abandonar la persecucion de los cristianos. Libres ya de todo obs-

táculo continuaron estos en orden su retirada precedidos de un caballero, hasta entonces nunca visto, montado sobre un corcel blanquísimo y llevando en la diestra un estandarte colorado. Persuadidos que el misterioso caballero era un ángel enviado por Dios, arimosos prosiguieron su viaje hasta entrar en Jerusalem, cuyos vecinos recibieronlos con las muestras del gozo mas puro, repitiendo con el padre del hijo prodigo: "*Es menester holgarnos, porque este pueblo estaba perdido y es hallado.*" (a)

Tan señalados beneficios arraigaron siempre mas la devocion del madero santo en el corazon del joven y valiente monarca. Asi es que, cuando después de la desastrosa pérdida de Edessa en 1144 la cristiandad excitada por s. Bernardo y Eugenio III se armó en la segunda cruzada (1145 á 1149) contra los enemigos del nombre cristiano, Balduino III que trabajaba de comun acuerdo con los guerreros de Occidente, dió una nueva é inequivoca prueba de la confianza grande que colocaba en la proteccion del s. madero, confianza de la que igualmente participaron Luis VII de Francia, Conrado III emperador de Alemania y los principes, barones y caballeros que tomaron parte en la cruzada referida.

Después de un penosísimo viaje y de sufridos reveses y pérdidas sin cuento, Luis y Conrado llegaron en 1148 á Jerusalem. El primer acto de estos monarcas fué él de visitar vestidos del humilde traje de peregrinos, el templo de la Resurreccion donde se conservaba la verdadera Cruz y allí con devoto recojimiento y con fé ardiente adoraron los inescrutables designios del Todopoderoso é imploraron fervorosamente su bendiccion para simismos y para sus compañeros de armas.

Reunidos después con Balduino III y los principales gefes del ejército en consejo, resolvieron llevar sus conquistas mas allá del Líbano con el objeto de apoderarse de Damasco,

(a) Michaud, loc. cit.

que por sus riquezas, por su importancia y por su posición estratégica ofrecía ventajas considerable.

Congregadas todas las tropas en Galilea, emprendieron su marcha hacia el nacimiento del Jordán. Tenían el mando los tres monarcas, pero precedíalos el patriarca de Jerusalem, llevando el precioso madero de la Cruz del Señor. Tal era la devoción, que el pueblo como los más poderosos soberanos profesaban á tan veneranda reliquia. Por lo que toca especialmente á los reyes de Jerusalem, esta devoción era tan viva que jamás acometían ninguna empresa ó acción de importancia y riesgo sin ser acompañados por el madero santo.

Por desgracia, la discordia estalló furiosa en el campo cristiano; el sitio de Damasco fué abandonado; Conrado y Luis, llenos de dolor é indignación, dejaron á los príncipes de Asia presas y víctimas de sus ruines y odiosas disensiones, y volvieron á Europa, poniendo fin con gran sentimiento de toda la cristiandad á esa cruzada en que tantas esperanzas se habian colocado.

Por último, citaré con la mayor concisión posible otro rasgo de la religión del joven Balduino hacia la Cruz del Señor.

En 1152 una nueva expedición emprendió el esforzado monarca para detener los progresos de Noureddin, valiente caudillo y encarnizado enemigo del nombre cristiano. Ascalon, célebre ciudad en la guerra de los Cruzados, considerábase, á razón, como el baluarte de Egipto del lado de Siria. Balduino decidió apoderarse de ella. Pocos días después acudieron á pelear bajo sus banderas los más célebres caballeros y barones, y hasta los prelados y los obispos de la Judea y de la Fenicia. Como de ordinario, todo este ejército fué colocado bajo la protección del madero santo, que el patriarca de Jerusalem llevaba para asegurar el suceso á todas las empresas. Mas de ocho meses duró el sitio de Ascalon; terrible fué la lucha. Los guerreros cristianos rechazados en va-

rios asaltos habian ya perdido toda esperanza. El mismo Balduino y los principales gefes aconsejaban se levantara el sitio. A ello opusieronse el patriarca y los obispos, cuyo parecer habiendo prevalecido en el consejo de guerra, al día siguiente todo el ejército cristiano se presentó ante los muros de la ciudad, lleno de ardor y de entusiasmo y animado por las exhortaciones de sus pastores y por la presencia de la Cruz del Salvador, que fué espuesta á la pública veneración. El asalto fué terrible. Los Cruzados peleaban como leones. Pocas horas después, el estandarte de la Cruz ondeaba sobre los muros de Ascalon, y todo el ejército de Cristo aplaudía con gritos de alegría á una victoria que se atribuía únicamente á un evidente milagro alcanzado por la fé en el madero santo de la Cruz.

Siete años más tarde, (1160) en otra expedición que emprendió á las orillas del Oronte para reprimir las correrías de los Turcos, Balduino enfermó envenenado, como generalmente se cree, por un médico siríaco. Conociendo su gravedad se decidió á volver á la capital, lo que no consiguió muriendo en Berito. Su cadáver fué trasladado á Jerusalem. Durante el camino no cesaban de resonar los llantos y gemidos de los cristianos que de todas partes acudían para acompañar los restos mortales del amado monarca. Los vecinos de Jerusalem no tenían consuelo; sumerjidos en la más honda aflicción veían en la muerte de Balduino el principio de sus desventuras. Su cadáver fué depositado en la misma bóveda de sus antenados bajo el amparo de la santa Cruz.

Los temores de los habitantes de Jerusalem no eran infundados. Después de pocos efímeros triunfos, los reinados de los dos sucesivos reyes Amauri, hermano de Balduino III y Guido de Lusignan, yerno de Amauri, no fueron más que una serie de desastres que acabaron con la pérdida de Jerusalem.

Noureddin, cuyas conquistas logró Balduino detener por poco tiempo,

apoderóse en este intervalo de gran parte del Egipto y de la Siria. Mayores aun fueron los progresos de los infieles bajo el sucesor de Nouredin, Saladino, emir musulman de extraordinario talento, de ambicion desmedida, y de un heróico valor, calidades que, unidas al odio mas implacable al nombre cristiano, hicieronle el héroe mas grande del islamismo, y el enemigo mas formidable que nunca tuviera la cristiandad.

En 1187 con ochenta mil caballos entró Saladino en la Galilea, y pasando á cuchillo un cuerpo de caballeros que defendian aquella rejion, dió el asalto y capturó á su capital Tiberiada. Entretanto los principes cristianos celebraron en Jerusalem un consejo de guerra en que fué adoptada la resolucion de salir al encuentro de Saladino.

En breve tiempo reunióse un ejército de cincuenta mil hombres que acompañado del santo madero de la Cruz, encaminóse hácia su enemigo. Muy pronto, ambas huestes halláronse en presencia una de la otra, en las llanuras de Batouf cerca de Tiberiada. Era el 2 de Julio del año referido. Los cristianos fueron los primeros á atacar, lo que hicieron en medio de una lluvia de piedras y de flechas lanzadas por los sarracenos. En seguida se avanzó la formidable caballería musulmana. Alentados por sus gefes y sus sacerdotes, por el sentimiento del propio peligro, y sobre todo, por la presencia del augusto y sacrosanto madero, los cristianos luchaban con valor inaudito. El mismo Saladino, en una de sus cartas, tuvo que confesar que sobre todo los Francos que estaban al rededor de la Cruz combatian con una bravura sobrehumana, porque consideraban á la Cruz como su mas fuerte escudo; y añade el mismo Saladino que los cristianos revoloteaban al rededor de la Cruz como las mariposas al rededor de la luz. Las tinieblas de la noche suspendieron la aundosa lucha. El dia siguiente, de nuevo fué el ejército cristiano el que atacó al enemigo. El astuto Saladino apostó sus tropas en los puntos mas es-

tratégicos y puso fuego á los innumerables arbustos y yerbas secas que habia en el campo atravesado por los cristianos. El humo y las llamas espacionaron la confusion y el desorden en el campo cristiano, que luchaba con ardor aun mayor de lo que habialo hecho el dia anterior. Los templarios principalmente y los caballeros de san Juan hicieron tales hazañas de heroismo, que llenaron de asombro á sus enemigos; mas, como refieren las crónicas contemporáneas, el cielo habia retirado sus misericordias del ejército cristiano. Tan magnanimos y sobrenaturales esfuerzos de valor y de desesperacion sucumbieron ante la muchedumbre incalculable de los fanáticos soldados de Saladino. En vano ciento cincuenta caballeros que defendian el estandarte real se esforzaron en salvar al rey de Jerusalem. Guido de Lusignan, su hermano Godofredo, el gran maestre de los templarios y todos los mas ilustres guerreros de la Palestina fueron hechos prisioneros del victorioso emir. La misma Cruz verdadera, á cuyos piés se agrupaban los mas valientes guerreros, cayó de nuevo en manos de los infieles. Con ella se perdió, ¡oh desventura! en Oriente el reino temporal de Godofredo Bouillon y el espíritu de Cristo!

Inmediatamente despues de la derrota de Tiberiada, Saladino se apoderó facilmente de las fortalezas y ciudades de la Palestina; puso sitio á Jerusalem, que en breve capituló con condiciones honrosas. Hicieron los musulmanes su ingreso en la conquistada ciudad en medio de una increíble algazara y con señales espresivas de la mas estremada alegría. Empezaron derribando las cruces erijidas por los primeros Cruzados en los principales sitios de la ciudad. La mayor de todas era la gran cruz de bronce dorado que remataba lo alto de la cúpula de la iglesia de los templarios. Al verla rodar por el suelo, los cristianos de Oriente, que aun habian quedado en la ciudad, prorumpieron en abundantes lágrimas. Mas tarde la envió Sala-

dino al califa de Bagdad, que la recibió como un homenaje tributado al sucesor del Profeta; hizo la arrastrar por las calles de su capital, pisotear y afear con inmundicias, y finalmente mandó fuera enterrada en el público basurero. ¡A tal exceso llegaba el odio musulmán! Mientras esto hacía el califa en Bagdad, su emir de Jerusalem hacía pedazos las campanas de la ciudad santa.

Fuera de la del santo sepulcro (a), rescatada por los cristianos siriacos, las demás iglesias fueron convertidas en mezquitas. En las pocas, donde este cambio no pudo efectuarse, obligaron á los esclavos cristianos á borrar las imágenes sagradas, á lavar las paredes y á fregar el pavimento. Algunos de los más fanáticos aconsejaron á Saladino que destruyera la iglesia del santo sepulcro y todas las otras de los Lugares Santos, fundándose en que, dejándolas, favorecía la idolatría de los cristia-

(a) La iglesia del santo sepulcro en sustancia es la misma llamada de la *resurrección*, y de la *santa Cruz*, porque en ella se conservaba el santo madero, de cuya custodia había siempre estado encargado un venerable sacerdote. Erijida sobre el sitio donde había sido sepultado el Redentor, se extendía al monte Calvario, y cubría el peñón del Gólgota, y por tanto el sitio mismo donde había sido plantada la Cruz en que fué clavado Jesucristo. Según algunos escritores, eran dos iglesias distintas pero unidas por una especie de atrio ó pórtico, que hacía fueran en cierto modo un edificio solo. El docto jesuita Sismonde (opera varia, tom. IV) ha publicado sobre esta una excelente disertación, donde explica una rara medalla en que se vé la fachada de un templo rodeado de la inscripción griega *Anastasis*, es decir *Resurrección*, aludiendo á la iglesia de Jerusalem.

nos, y pretendían que quitando á los fieles estos motivos de devoción, desaparecerían con ellos las cruzadas. Afortunadamente prevaleció la opinión contraria que era la de los teólogos musulmanes de mayor reputación. Alegaban estos que Saladino no debía pretender ser más santo que Omar que había mantenido el santo sepulcro; que cesando los peregrinos sufriría Jerusalem grande quebranto en sus intereses; y que la afrenta arrojada al Occidente por la destrucción de aquellos tan venerados monumentos, en lugar de tener lejos á los Cruzados, enconaría siempre más á los cristianos que vendrían á vengarse de tanto ultraje. Este parecer fué adoptado en el consejo.

En cuanto á la iglesia patriarcal que antes de los Cruzados era la grande mezquita fabricada sobre las ruinas del templo de Salomon, Saladino después de haber arrancado todas las emblemas é insignias cristianas, hizo la lavar por dentro y fuera con agua de rosa y el Viérnes inmediato hizo se celebráran en ella los ritos del Corán. Mandó, también, se colocara en ella la magnífica silla labrada por el mismo Nouraddin y por él ofrecida en voto á la mencionada mezquita cuando de ella hubieren sido arrojados los cristianos. En la fachada de esta mezquita colocó Saladino la siguiente inscripción: "El siervo de Dios José, hijo de Jacob, victorioso, el rey Naser Salaheldin puso esta inscripción cuando Dios, por medio de sus manos, tomó esta ciudad el año 583 en acciones de gracias, después de haberle pedido el perdón de sus pecados y la continuación de sus misericordias."

Cayó la ciudad santa en poder de los infieles en Octubre de 1187; ochenta y ocho años desde que había sido conquistado por los héroes de la primera cruzada. Cuales fueron las sucesivas vicisitudes del santo madero, lo verá el lector en el § siguiente.

ULTIMAS VICISITUDES DE LA PORCION DE LA CRUZ DE
JERUSALEM.

(A. D. 1188 á 1221.)

El anuncio de la pérdida del madero santo y de la caída de Jerusalem llenó de consternacion á la cristiandad entera. El pontífice Urbano III aflijóse de ello de tal manera que poco despues sucumbió de dolor. Los principes cristianos, deplorando su apatía y sus intestinas discordias que habian facilitado los triunfos de Saladino, resolvieron unir sus esfuerzos para salvar la cristiandad. Merced al celo incansable del arzobispo de Tiro Guillermo, el grande historiador de las Cruzadas, Federico I. emperador de Alemania, Enrique II. rey de Inglaterra, y Felipe II. de Francia vistieron el traje de Cruzados y pusieron de acuerdo para la defensa de la Tierra Santa. En el momento que todo parecia favorecer la expedicion cristiana, Federico, el mas poderoso de todos, encontró en las aguas de un arroyo una muerte prematura. Poco despues murió Enrique, á quien sucedió en el trono y en la cruzada su hijo Ricardo llamado *Coraçon de leon* (a). Este y Felipe de Francia, ambos jóvenes esforzados y dotados de no pequeña ambicion, juraronse inviolable amistad, y trabajar para librar los Lugares Santos del yugo musulman. El primer fruto da su union fué la toma de San Juan de Acre ó Tolemaida despues de uno de los mas célebres sitios que la historia recuerda. En la capitulacion para la cesion de la fortaleza, la primera y principal cláusula fue que Saladino hubiera devuelto á los Cruzados la verdadera Cruz del Salvador cogida en Tiberiada al ejército cristiano.

Poco despues, Felipe de Francia, ó á causa de su quebrantada salud ó por sus desavenencias con Ricardo, embarcóse para Francia en 1191.

Quedado solo gefe del ejército, el primer cuidado de Ricardo fué él de exigir de Saladino cumpliera lo pactado en la capitulacion, mas como hubiera pasado cerca de un mes sin haber devuelto el madero santo y el emir no atendiera á las intimaciones que Ricardo le hacia para la fiel observancia de lo convenido, el monarca inglés, despues de haber oido el consejo de los gefes del ejército cristiano, declaró solemnemente á Saladino que, de no cumplir inmediatamente el tratado firmado, hubiera pasado á enchillo todos los musulmanes que tenia prisioneros. Esta amenaza no alcanzó mejor resultado que las anteriores. "El rey de Inglaterra," escribe Walterio Venisaufr testigo ocular, "que no conocia mas ambicion que la de abatir el orgullo de los sarracenos, de confundir su malicia y de castigar el islamismo de los ultrajes hechos á la cristiandad, el Viernes despues de la asuncion hizo salir de la ciudad á dos mil setecientos sarracenos encadenados y dió orden de que se les pusieran á muerte. Los encargados de llevar á cabo esta orden se apresuraron con alegría á hacer sufrir á los cautivos musulmanes la pena del tallon y de vengar por su muerte la de los prisioneros cristianos matados á golpe de flechas y de dardos.

Triste condicion de los tiempos cuando se llevaban á cabo tan bárbaros actos y se les aplaudian como acciones meritorias. A atenuar la culpa de Ricardo hay que tener presente que Saladino hizo cortar la cabeza á los prisioneros cristianos antes que diérase muerte Ricardo á los cautivos musulmanes, mientras el monarca inglés para llevar á cabo su terrible amenaza esperó que se cum-

(a) *Cœur de lion*.

pliera el plazo fijado por el tratado.

Segun los antiguos historiadores cristianos y sarracenos, dos fueron las razones que movieron á Saladino á faltar á su solemne promesa de entregar la verdadera Cruz. La primera, porque no ignoraba que la presencia y la vista del madero santo inspiraba confianza, valor y entusiasmo á los cristianos en los combates; la segunda, segun asegura el autor árabe Emad-eddin, fué no porque el emir musulman tuviera en ningun aprecio la venerada reliquia, pero porque sabia que nada afligia y humillaba tanto á los cristianos como que la Cruz bendita estuviese en manos de infieles.

La traicion de Saladino obligó á Ricardo á empezar otra vez la guerra. Un heraldo de armas anunció á los guerreros cristianos que emprendieran la marcha hácia Jaffa. Despues de seis dias de un penoso viaje, cerca de Antipatris en el paso del rio Arsur, los cien mil guerreros cristianos vieronse frente á frente de muy cerca de los trescientos mil sarracenos que Saladino habia reunido de todos sus dominios para detener la marcha victoriosa de los Cruzados y vengarse de la derrota de Tolemaida. Sin perder tiempo, Ricardo dispuso los suyos en órden de batalla. Conociendo su inferioridad numérica, quiso mas bien esperar que atacar á su enemigo. El ardor de los guerreros cristianos frustró su plan. Varios de los mas intrépidos caballeros, olvidando las reales órdenes, precipitáronse contra los Sarracenos. En seguida otros siguieron su ejemplo. Pocos momentos despues la lucha era general. Tan furioso fué el choque que levantóse tal nube de polvo que era imposible distinguir los compañeros de los enemigos. Ricardo peleaba como un leon. En todas partes se hallaba y en todas partes ahuyentaba á los musulmanes. Con no menor valor combatian estos. Dos veces vencidos, volvieron por tercera vez á la pelea, atacando como desesperados á la retaguardia. Ricardo con solo quince caballeros corre allá á donde era

mayor el peligro y de nuevo pone en fuga á sus contrarios. Derrotadas tres veces en un mismo dia, el terror se apoderó de las huestes agarenas que huyeron despavoridas buscando un asilo en los vecinos bosques y dejando en el campo de batalla treinta y dos emires y ocho mil (a) de sus mas valientes soldados. El ejército cristiano no perdió mas que mil hombres. Ricardo fué lijeramente herido en el lado izquierdo por un dardo, como él mismo dejó escrito en una de sus cartas. Desgraciadamente el intrépido monarca ingles, en vez de llevar al momento sus tropas victoriosas á Jerusalem, malgastó un tiempo precioso en fortalecer á Jaffa y á otros castillos de los alrededores. Recobrado ánimo en este intervalo, Saladino logró fortificar de tal manera á Jerusalem que podia oponer una resistencia vigorosa al enemigo. Entretanto cundió la discordia en el ejército cristiano. Ricardo tocando con mano la dificultad de recuperar los Lugaras Santos y la Palestina, tentó entrar en tratos con el emir musulman prometiendole hubiera regresado á Europa si se devolvía á los cristianos el madero santo de la Cruz y la ciudad santa. A los embajadores del monarca ingles contestó el orgulloso Saladino: " Jerusalem jamás os ha pertenecido y sin un gran crimen no podemos entregarosla. En ella acostumbnan los ángeles reunirse, y fué desde ella que el profeta subió al cielo en una noche memorable. En cuanto al madero de la Cruz, todas las ventajas de la paz jamás me persuadirán á devolver á los cristianos ese vergonzoso monumento de su idolatria." Este lenguaje era propio del caracter y de los sentimientos de Saladino, pues siempre habia considerado al madero de la Cruz como un objeto de escándalo y un ultraje á la Divinidad y habia rechazado las crecidísimas sumas que para rescatar tan veue-

(a) Algunos escritores los hacen subir hasta 40,000.

rada reliquia de las manos infieles habiánle ofrecido el rey de Georgia y el emperador de Constantiupla.

Ante la terca actitud del califa musulmán y las desavenencias cada día mayores de los Cruzados debidas en gran parte á la arrogancia del monarca inglés, este no ignorando habian ocurrido en su reino graves sucesos y acaso llevado de su caracter caprichoso é inconstante, se apresuró á concluir un tratado de paz, conviniendo en una tregua de tres años y ocho meses; y en dicho tratado fué pactado que los cristianos continuarían en la posesion de las ciudades situadas en las costas de la Palestina, que la fortaleza de Ascalon sería desmantelada, y que los sarracenos no opondrían obstáculo alguno á que los peregrinos tuviesen libre acceso al santo sepulcro. El rey en seguida encaminóse para Inglaterra, encontrando en su viaje muchas y desastrosas aventuras.

El pontífice, los Cruzados y la cristiandad entera aflijéronse hondamente de que tan triste fin hubiera tenido la tercera cruzada. Sobre todo reprochábase á Ricardo que en las últimas tratativas con Saladino no hubiera insistido con mayor ahinco para alcanzar á lo menos la restitucion de la santa Cruz.

Apénas proclamada la paz (1192), muchos de los Cruzados solicitaron entrar en la ciudad santa, visitar aquellos sagrados sitios y sobre todo venerar el santo madero. Entre ellos la historia recordó el nombre del obispo de Salisbury, cuyo valor habia experimentado Saladino. Este en señal de la estima en que le tenía le enseñó la verdadera Cruz y con él se entretuvo largamente sobre los sucesos de la guerra. (a)

Apénas habia pasado un año de la vuelta de Ricardo á Europa, cuando Saladino terminó su carrera mortal. Por voluntad suya, fué su cadáver envuelto en una modesta mortaja y durante su entierro un emir gri-

taba por las calles de Damasco: "He aqui lo que Saladino el poderoso conquistador de Oriente se lleva consigo de todos sus vastos dominios."

Su muerte dió márgen á una espantosa guerra civil entre sus hijos y su hermano Salafín, llamado tambien Malek-Adel. Aprovechando tan oportuna circunstancia, Enrique VI. emperador de Alemania, adhiriéndose á los deseos y exhortaciones del Papa Celestino III, emprendió otra cruzada para librar á la ciudad santa de la opresion de los sarracenos. Desgraciadamente, apénas el ejército cristiano habia llegado á Palestina, cuando la noticia de la muerte inesperada de Enrique VI. indujo á los gefes á volver con todo el ejército á Europa para la eleccion del nuevo emperador. Terminada en 1198 tan infructuosamente la tercera cruzada, la cuarta, mereed al celo y á los esfuerzos de Inocencio III. dejaba en 1202 las aguas de Venecia. Conquistada Zara de manos del rey de Hungría en favor de Venecia, que así lo habia exijido de los Cruzados, estos estaban ya en el acto de dirigirse á Palestina, cuando desgraciadamente los escándalos y los crímenes de la familia imperial de los Comnenos les obligaron á cambiar su plan primitivo y de dirigirse á Constantinopla en vez de á Jerusalem. Es ajeno de mi asunto referir el orijen y las vicisitudes del imperio latino sustituido al bizantino, pero no debo omitir el asalto y saqueo dado á la ciudad en el cual los latinos se hicieron culpables de los mas crueles delitos y de los actos mas vandálicos. Mientras que los seglares se apoderaban del oro, y de las joyas, sederías y demás objetos ricos, los eclesiásticos, violando las órdenes mas terminantes de sus superiores, se echaron encima de las sagradas reliquias que tan preciosas y en tan crecido número habianse acumulado en aquella capital desde Constantino. Entre otros sobresalió en esta falsa devocion Martin-Litz de la diócesis de Basilea, quien sin respetar el caracter sacerdotal ni las vene-

(a) Véanse Michand, op. cit. y Lingard, "A History of England," Vol. II. ch. VII.

rables canas del monje griego encargado de la custodia de dichas sagradas reliquias, le forzó, amenazándole con la muerte, á que le revelára el sitio donde se conservaba el sagrado tesoro. Atemorizado el buen viejo, le enseñó un cofre de hierro de grande tamaño, del cual estrayendo todo lo que contenia de mayor valor, se apresuró á esconderlo en un buque, ocultandolo cautelosamente de sus gefes y prelados. Entre las reliquias arrebatadas habia un pedazo considerable de la verdadera Cruz. (a)

A mi entender el cofre custodiado por el monje griego fué probablemente uno de los salvados por el patriarca Heraclio cuando Saladino conquistó á Jerusalem. He aqui lo que sobre de esto escribe Gibbon (b) "En cuatro cajas de marfil el patriarca recojió las cruces, las imájenes, los vasos sagrados y las reliquias del lugar santo; pero fueron confiscadas por el conquistador, deseando presentarlas al califa con los troféos de la idolatría cristiana; sin embargo, pudo convencersele que las confiára al patriarca y al principe de Antioquia, mediante la suma de cincuenta y dos mil monedas bisantinas de oro. Ricardo de Inglaterra redimió la piadosa prenda."

Parece harto verosímil que para poner en seguro tan ricos tesoros, el patriarca los llevó á Constantinopla, y que el cofre guardado por el monje griego contuviera la caja de marfil con reliquias salvada por el patriarca Heraclio.

No fueron los eclesiásticos los solos que se hicieron reos de estos piadosos robos, pues tampoco desdeñaronlos los principes y barones. Dandolo, el dux de Venecia que mandaba la flota y los Cruzados venetos, envió en regalo á su república un pedazo del maderó santo que le habia tocado en suerte en la distribución del botin. Balduino, conde

(a) Michand. Tom. 3, libr. XI.

(b) Hist. of the decline and fall, &c. cap. LIX.

de Flandes, elegido despues primer emperador del imperio latino, guardó para sí la corona de espinas de nuestro Señor Jesucristo (c) y otras reliquias, pero mandó á Felipe Augusto rey de Francia otro pedazo de la verdadera Cruz del Salvador que tenia un pié de largo. Sobre esta porcion de la preciosa reliquia creo conveniente trasladar cuanto sobre del mismo escribe Michand (d): "Muchos historiadores contemporaneos, entre otros Guillermo el Breton, hablan de las reliquias que Felipe Augusto recibió de Constantinopla (véase Tom. XIV. de dom Beauquet). El pedazo mencionado de la verdadera Cruz habia sido conservado en el tesoro de la *Sainte Chapelle* hasta el 1791. En esta época fué depositado en el tesoro de la iglesia de St. Denis, (Dionisio), de donde fué quitado en 1793 y llevado al comité de lo Convencion. El presbítero señor Villars, hoy miembro de la academia francesa, logró ser el depositario; mas tarde este la entregó al presbítero Sicard. A la muerte de este, el pedazo de la verdadera Cruz cayó en manos de sus acreedores. En este momento que publicamos esta edicion, (1826), este piadoso monumento se encuentra de nuevo en el tesoro de la iglesia de san Denis."

De este pasaje habria que inferir que conservanse en París dos pedazos notables de la sta. Cruz; él enviado por Balduino I. á Felipe Augusto en 1204 que se venera en s. Denis, y él regalado por Balduino II. á San Luis de Francia 31 años mas tarde que se halla hoy en la *Sainte Chapelle*, del cual se hs hablado en el § de este escrito que acabo de citar.

(c) Mas tarde en 1237 esta misma corona fué regalado á S. Luis de Francia por Balduino II, sucesor é hijo adoptivo de Balduino I arriba mencionado. Véase el lib. II. de la corona de espinas, pp. 70-83.

(d) op. cit. Tom. III. p. 273.

Yendo á Constantinopla á destruir un príncipe cristiano en vez de á Jerusalem á librar los Lugares Santos de la tiranía de los califas musulmanes, la quinta cruzada se desvió de su mision. Quejábase de ello la cristiandad y reclamaba otra que llenára su objeto. Varias se formaron en Francia, Alemania, Italia, Holanda, Inglaterra y Hungría, mas todas tuvieron un éxito desastroso. Con mejor acierto formó una Juan de Brienne, rey titular de Jerusalem por su casamiento con Isabel, único vástago que quedaba de los de Bouillon. En Tolemaide (san Juan de Acre) reuniéronse los guerreros. Dueño de sus movimientos por la muerte del rey de Chipre y por la vuelta á su reino del monarca de Hungría, Juan de Brienne resolvió apoderarse de Egipto, de donde, como de un vasto imperio, surtianse los ejércitos sarracenos de víveres, armas y hombres. Su primer paso fué él de poner sitio á Damietta, llave de Egipto (1218). La ciudad estaba fortificada con grande acierto, en ella abundaban los víveres y provisiones de guerra, y defendíala una guarnicion crecidísima, llena de confianza. Los muchos descalabros sufridos habian hecho mas cautos á los cruzados, que inventaron una nueva y formidable máquina de guerra. Sobre dos navíos unidos por vigas y tirantes construyeron, bajo la direccion de un modesto sacerdote de la diócesis de Colonia, un enorme castillo de madera, parecido en algo á los modernos monitores, y que considerábase como prenda segura de la victoria. En lo alto de la torre ó castillo habia un puente levadizo que podia bajarse para descansar sobre las murallas ó castillos moros. En su interior alojábase comodamente un número crecido de guerreros. Con grande ansiedad esperaba el ejército cristiano el momento en que la enorme fortaleza se hubiera acercado á la torre del Nilo.

En el campo cristiano ofreciéronse públicas preces para implorar la proteccion del cielo; el patriarca y el rey de Jerusalem entregáronse por

varios dias á la mas austera penitencia, y el ejército entero, desnudos los piés, celebraron en la playa una procesion de rogativas. Fijóse para el asalto la fiesta de san Bartolomé apóstol. Efectivamente, en ese dia los dos navíos recibieron el orden de zarpar las anclas. En la torre iban trescientos guerreros escojidos cubiertos de armas. Los musulmanes atónitos y temerosos de lo alto de las murallas contemplaban tan nuevo espectáculo. Los dos navíos juntos avanzaban en silencio en medio del rio. Ya llegados á los piés de las murallas, ambos bajeles echan sus anclas y los soldados de Cristo se deshacen de sus dardos para manejar con mayor desahogo la lanza y la espada. A su vez, los musulmanes vomitan torrentes de fuego griego sobre la formidable torre. Estábase en lo mas vivo del combate cuando se notó que la máquina estaba en llamas; el puente levadizo que ya unía la torre con las murallas bambolea, y el alférez del duque de Austria cae en el Nilo dejando el estandarte en manos de los musulmanes. A esta vista los sarracenos hacen resonar los aires con gritos de alegría, mientras que en las orillas donde acampaban los cristianos se oyen gemidos de dolor. El patriarca de Jerusalem, el clero y el ejército doblan las rodillas y dirijen al Señor fervorosas plegarias.

En el acto, como si Dios los hubiera escuchado, las llamas se apagan, la máquina se restaura, se compone el puente, y los soldados del duque renuevan el ataque con tal ardor que en vano le oponen los musulmanes una encarnizada resistencia, porque, atacados y vencidos de todas partes, en todas partes rinden las armas y entregan el castillo á los vencedores. Llevados los prisioneros ante los príncipes y gefes reunidos, refirieron los prodijos de los guerreros cristianos, y pidieron se les enseñaran *los hombres vestidos de blanco y cubiertos con armas blancas* con quienes habian combatido. Dióseles gusto; mas al ver los guerreros que los habian vencido,

no reconociéron en ellos ni aquel aspecto terrible ni aquella virtud celestial, cuyo recuerdo aun los aterrorizaba. *Entonces, dice un testigo ocular, comprendieron los peregrinos que nuestro Señor Jesucristo habia enviado sus angeles para atacar la torre.*

Tomada la torre del Nilo, corria ya la ciudad grave é inminente riesgo: entretanto aumentábase el número de peregrinos. Dos ilustres cardenales enviados por Honorio III llegaron al campo cristiano. Eran Roberto de Courzon predicador de los cruzados y Pelagio obispo de Albano, legado de la Santa Sede, muy estimado por el Pontífice por el suceso extraordinario con que habian sido coronadas las muchas delicadas misiones que habianle sido confiadas. Su presencia añadió valor al ejército. Desde luego bajo su mando y teniendo él en la mano el estandarte de la Cruz, se dió un combate el día de san Dionisio del que el ejército cristiano salió vencedor. Muchos y gravísimos fueron los trabajos y privaciones que despues sufrió el ejército cristiano. Ya en él empezaba á cundir el desaliento, cuando una mañana al amanecer hallaron que las huestes egipcianas del sultan del Cairo acampadas en la orilla del Nilo opuesta á la que ocupaban los cristianos, habian desaparecido repentinamente, abandonando tiendas, armas y bagajes: sin perdida de tiempo atraviesan los cristianos el rio y se apoderan de un inmenso botin y estrechan mas de cerca á la ciudad. Segun los escritores árabes, debióse tan repentina desaparicion al desórden y confusion causada entre los emires por la inesperada fuga de su gefe Malek-Kamel. Avisado este de que aquellos conspiraban contra su vida y aprovechando de la oscuridad de la noche abandonó el campo. Ya de dia mil voces siniestras circularon por todo el ejército. Ninguno de los emires se atrevía á tomar el mando supremo de las tropas. Los gefes desconfiaban de los soldados y estos de aquellos. De aquí el tumulto y el terror que fueron las causas del desbandamiento del ejército

egipciano. Diferente es la narracion de los cristianos, que atribuyen la retirada de los musulmanes, á que se les apareció s. Jorge acompañado de guerreros celestiales, cubiertos de armas y de blancas vestiduras que con voz atronadora durante tres dias les gritaba: "*Huid y sino morireis, y añaden que despues de este prodigio otra voz resonó á lo largo del rio que decia á los cristianos: "¿que haceis? ¿no veis que huyen todos los sarracenos?"*

Despues de este suceso, estendieron los cristianos su campo, por medio de un puente de naves, sobre las dos orillas del rio, y renováronse los ataques con mas frecuencia que antes. Reconociendo que el ejército sarraceno ya considerablemente mermado y abatido habia perdido toda esperanza de triunfo, el sultan del Cairo envió embajadores al campo de los cruzados á pedir la paz. Las condiciones eran de devolver el reino y la ciudad de Jerusalem á los cristianos, reservandose únicamente las plazas de Karak y de Montreal, por las que hubieran pagado tributo; de reedificar las murallas y las torres de la ciudad santa que poco antes habian sido demolidas; y de poner en libertad á todos los prisioneros hechos despues de la muerte de Saladino.

Sumamente ventajosas eran, á no dudarlo, estas proposiciones. Los gefes de la expedicion reunieronse para convenir si habian de aceptarse. El rey titular de Jerusalem y los barones ingleses, franceses, holandeses y alemanes eran de parecer afirmativo. Por ellas Juan de Brienne hubiera adquirido su reino, los Lugares Santos hubieran vuelto al poder de los cristianos, mientras los barones de Occidente veian ponerse fin á una guerra que los tenia demasiado tiempo lejos de sus familias, de sus atenciones y de sus patrias. De la opinion opuesta fueron desgraciadamente el legado del Papa el cardenal Pelagio, un crecido número de prelados y los señores italianos. Para estos las proposiciones del enemigo no eran mas

que un artificio para diferir la toma de Damietta y ganar tiempo. Sostenian no debía fiarse demasiado á sus ofrecimientos ni á sus palabras y empeños, que el honor exigia se apoderáran de una ciudad por la que habian hecho tantos sacrificios, y que una vez dueños de ella se podria concluir una paz honrosa y recoger todas las ventajas de una campaña tan ruda.

Habiendo prevalecido el consejo del cardenal, se continuaron las obras de sitio y prepararonse los soldados cristianos á dar el asalto. En los primeros dias de Noviembre de 1219 los heraldos de armas atravesaron todo el campo repitiendo á alta voz: "En nombre de Dios y de su Madre SSma. vamos á atacar á Damietta y la tomaremos;" y los soldados de Cristo contestaron: "cumplase la voluntad de Dios." La noche ya avanzada dióse la señal, arreciaba entonces una tormenta espantosa; ni en la ciudad ni en las murallas oíase el mas pequeño ruido; en el mayor silencio escalan los cruzados las murallas y matan á los pocos musulmanes que las defendian; dueños de una torre dán orden á los demás guerreros que les sigan y no hallando enemigos que combatir entonan en voz alta el *Kyrie eleison*. El ejército dispuesto en orden de batalla á pié de las murallas contestó *Gloria in excelsis Deo*. El legado que dirigia el ataque dispuso que se cantára el *Te Deum laudamus*, el himno con que la Iglesia celebra sus victorias y las mercedes recibidas. En seguida acudieron los caballeros, los templarios y todos los cruzados. Derribadas á golpes de hacha dos puertas de la ciudad y devoradas por el fuego, el ejército entero penetró en ella. Al rayar del dia, los guerreros cristianos con las espadas desenvainadas se pusieron en camino para desalojar al enemigo de sus últimos atrincheramientos, mas apenas hubieron dado algunos pasos cuando se apercibieron de un olor infecto que corrompia la atmosfera, y poco despues un horrible espectáculo se presentó á sus

ojos haciéndolos retroceder aterrorizados. Las plazas públicas, las casas, las mezquitas, toda la ciudad estaba llena de cadáveres de ancianos, de niños, de mujeres y hombres; todo habia perecido en las calamidades del sitio. A la llegada de los cruzados, contaba Damietta setenta mil habitantes; de ellos no quedaban mas que tres mil de los que habian sido mas robustos y ahora no eran mas que cadáveres que agonizaban con harto trabajo en medio de sepulcros y ruinas.

Despues de haber dado al ejército algunos dias de descanso se trató de las medidas que habianse de adoptar. De nuevo surgieron desavenencias entre el cardenal Pelagio y Juan de Brienne. Aquel insistia que se debia completar la victoria persiguiendo al enemigo y apoderarse de Egipto; este abogaba para que los cristianos fortificáran Damietta y Tamaís, lo que bastaba para contener á los pueblos de Egipto, y para impedir que de él se surtiera el ejército musulman de víveres y de municiones. Tambien en esta ocasion la opinion del legado alcanzó mayor número de votos. En su consecuencia recibió el ejército la orden de ponerse en marcha para el Cairo, capital de Egipto.

Despues de algunos dias de fatigosa marcha llegó á un punto donde era preciso cruzar el Nilo, cuando con grande sorpresa y dolor se observó que en el otro lado estaba acampado un numerosísimo ejército que el sultan Malek-Kamel habia reunido para oponer los progresos de los cristianos. Siendo imposible por falta de embarcaciones pasar el rio, un mes permaneció el ejército cristiano en presencia de su enemigo. Las provisiones escaseaban sobremanera, y el desaliento y el descontento cundian entre los cruzados. En tan crítica posición el consejo de todos los gefes resolvió que lo mas acertado era retirarse, y cuando el ejército llevaba mas de un dia de marcha, viéronse envueltos en las ondas del Nilo, cuyas esclusas habia mandado quitar el sultan del Cairo. Desde aquel momento el desorden se apoderó

del ejército cristiano que fué imposible mantener en órden de batalla y mientras muchos buscaban salvar con la fuga la vida, veíanse perseguidos por la caballería musulmana que ocupaba las alturas.

Entonces reconoció Pelagio la enormidad de su falta. El mismo tuvo que enviar embajadores á los sarracenos para implorar una capitulación, ofreciendo al efecto restituir á Damieta con tal que diéra libertad á los cruzados de volver á Palestina y que se les restituyera la verdadera Cruz que en la batalla de Tiberiada habia caído en poder de Saladino. Afortunadamente el sultan abrigaba sentimientos humanos; así es que, á pesar del parecer contrario de no pocos de sus emires, aceptó las condiciones de la capitulación que le habian sido propuestas. El rey de Jerusalem, el duque de Baviera, el legado de Honorio III y los principales gefes de la expedición pasaron al campo sarraceno para quedar en rehenes hasta que por parte de los cruzados se hubiera cumplido el tratado.

Efectivamente devuelta Damieta, el sultan, segun afirman algunos escritores, entregó á los cristianos la Cruz misma que Saladino les habia cojido en la batalla de Tiberiada; las esclusas volvieron á contener las aguas del Nilo; y el ejército cristiano, provisto de víveres merced á la generosidad de Malek-Kamel y acompañado para mayor seguridad por su hermano, se puso á la vela hácia Tolemaide.

Y aqui con sentimiento debo confesar que de este momento en adelante me ha sido de todo punto imposible averiguar cual haya sido despues la suerte de esta preciosa porcion del madero santo, y mucho mas cual sea su actual paradero. El alto silencio que sobre de esto conservan los muchos escritores que he consultado es para mí inesplicable. No es probable suponer que un monumento tenido en tanta estimacion y venerado tan hondamente por la cristiandad entera por mas de siete siglos; que habia atraído á la ciudad santa millones de peregrinos; que fué el prodigioso talisman que inspiró valor sobrehumano á los

héroes de las cruzadas desde Godofredo de Bouillon hasta Juan de Brienne; que habia sido causa de no pocas guerras y de otros tantos asombrosos triunfos; y que acababa de alcanzarse del sultan merced á la devolucion de Damieta; no es probable, digo, que reliquia tan preciosa hubiese desaparecido ó caído repentinamente en tal abandono ó desprestijio que ningun escritor haya vuelto á ocuparse de ella. Puede ser que otros autores no vistos por mí llenen este vacío, lo que no me sorprenderia vista mi escasa erudicion y la carestía grandísima de libros de este género en la ciudad en que vivo, carestía que fácilmente se esplica en una poblacion que ante todo es plaza fuerte y punto comercial. Sin embargo, hasta que no conste lo contrario, debo creer que despues del tratado de Damieta reina un absoluto silencio acerca del célebre madero santo. (a)

Varias, á mí entender, pudieron ser las causas de este silencio. O los cruzados dudaron que la cruz devuelta por Malek-Kamel fuese la misma que Saladino cojió en la batalla de Tiberiada y por consiguiente cesaron de venderla: ó, imitando á Saladino (que se negó á restituirla á Ricardo *corazon de leon* apesár de haberse obligado á ello en solemne tratado) el sultan del Cairo faltó, tambien, á su promesa, siendo probable que en tales manos hubiese en breve desaparecido.

Lo primero no es improbable, porque despues de haber estado la santa reliquia por espacio de 34 años en poder de infieles, que no podian abrigar para ello mas que sentimientos de odio ó desprecio, ¿que extraño es que los cristianos dudáran de la autenticidad de la reliquia entregada por Malek-Kamel? Lo segundo me parece aun mas probable; porque si bien sea cierto que el Sr. Michaud, (ignoro con cual fundamento, diga (b) que, des-

(a) Amigos sobremanera eruditos á quienes he consultado se hallan en la misma posicion en que me encuentro, á pesar de haber registrado no pocos libros de esta clase, de que abundan las ciudades donde residen.

(b) Op. cit.

pues de la entrega de Damietta, los cristianos se pusieron en viage llevando consigo la verdadera Cruz, y que Ciacconio en su vida de Honorio III diga terminantemente, que los gefes de los cruzados con el cardenal Pelagio, legado del Papa, habiendo recibido el madero santo volvieron á Italia (a); con todo sospecho que ambos autores cayeron en error.

Por lo que toca al Ciacconio, su autoridad no es de gran peso; en este mismo asunto incurrió en la grave equivocacion de confundir al cardenal Pelagio con el cardenal Colona, equivocacion que ya noté hablando de la columna á la que el Redentor fué amarrado durante su flagelacion. Además, en el pasaje citado Ciacconio refiere que los gefes de los cruzados se volvieron directamente con el legado á Italia, cuando es indudable que se embarcaron para Tolemaida. Asimismo observo, que el citado escritor, que tan prolijo es cuando describe las fiestas celebradas en los dos recibimientos solemnes en aquella ciudad de la Lanza y de la Columna del Salvador, ni una sola palabra diga del modo en que se festejára en Roma la llegada de una reliquia incomparablemente de mayor valor que las dos mencionadas, cual era la de la Cruz misma en que habia muerto el Hijo de Dios. Absurdo es suponer que si la Cruz hubiese sido llevada á Roma, en tan solemne y extraordinaria ocasion no se hubiera hecho en la ciudad eterna ningun festejo. Y nótese que, según este mismo escritor, ambos sucesos, el hallazgo de la Columna y la devolucion de la Cruz, se verificaron en el mismo año 1223.

En cuanto al señor Michaud, escritor grave y sumamente exacto, páreceme que al afirmar que los cruzados dejaron á Damietta llevándose el santo madero, lo dijo mas como

consecuencia suya deducida de lo prometido en el tratado firmado entre el sultan y los cruzados, que como hecho consignado explicita y formalmente en la historia. El mismo sabio escritor publica, al fin del tomo III de su historia de las cruzadas, la narracion de la entrega de Damietta escrita por el autor anónimo de la crónica de Tours, de donde Michaud estrajo la suya. Y bien; dicho anónimo refiere la cláusula del tratado estableciendo la restitution de la verdadera Cruz, pero no dice ni siquiera una palabra del cumplimiento de dicha cláusula, y de que los cruzados se llevarán el madero santo. Este mismo silencio han observado otros escritores

Noto tambien que, según el mismo señor Michaud, cuando llegó á Damietta la noticia de la sumision de los cruzados y de la paz concluida por estos con el sultan del Cairo, la poicion del ejército cristiano, que se habia quedado á la defensa de la ciudad mencionada, se resistia á reconocer el tratado y á abandonar la ciudad; resistencia que esponia gravísimamente la vida de la otra porcion que estaba sumerjida hasta las rodillas en las aguas del Nilo; y si al fin consintió á salir de Damietta hizolo porque se le aseguró que se habia alcanzado de Malek-Kamel la devolucion del santo madero. ¿Fué este un artificio de que se sirvieron los mensajeros que llevaron el anuncio de la derrota sufrida, para inducir á los defensores de Damietta á que sin dilacion se rindieran, logrando de este modo salvar de una muerte segura é inmediata á si mismos y á sus compañeros que hallábanse camino de Cairo en el mas horrible aprieto?

Responda el lector; como á él, tambien, dejó decidir, si realmente hubo la cláusula indicada en el tratado firmado por Malek-Kamel, y si la hubo si la cumplió fielmente. A mi baste repetir aqui, que ignoro completamente lo que acaeciere á tan venerable porcion de la verdadera Cruz despues del año 1221. Si otros fueren mas afortunados, sobremanera les agradeceré me suministren los datos de que

(a) Hist. RR. PP. "Cruois signo "sucepto anno 1223 Christianorum "duces cum Cardinali Joanne Colonna Legato in Italiam redierunt." Vita Honorii III.

carezco. Entre tanto considero perdida, acaso irremediamente, la célebre porcion del madero santo depositado por Helena en Jerusalem y en ella repuesta por Heraclio, porcion que fué el prodijioso instrumento de que el Señor se sirvió para vencer y anondar el poder de los ídólatras persianos y para contener por muchos años el torrente de hordas sarracenas que Arabia habia vomitado sobre el imperio romano de Oriente.

Casi al mismo tiempo que Jerusalem sufría tan irreparable pérdida, Constantinopla, llevada de vil luero, se despojaba, para enviarla á Paris, de la otra porcion de la Cruz del Señor que para propia tutela su fundador habia en ella colocado nueve siglos antes.

Desde entonces tal cúmulo de desastres y calamidades han llovido sobre Jerusalem y Constantinopla, que no parece sino que la maldicion de Dios pesa inexorable sobre ambas ciudades.

Jerusalem, la ciudad santa, la capital del pueblo escogido y en donde nació el Sol del mundo, como Constantinopla que en grandeza temporal y en adelantos científicos eclipsó por muchos años á Roma y á Euro-

pa, gímen desde aquel momento bajo el mas oprobioso yugo musulman y yacen, sin esperanza de redencion, en esa horrible postracion que hoy tanto deploramos.

En cambio, Roma y Paris han conservado con viva fé y con fervor afectuoso las veneradas reliquias del madero santo en que espiró El que fué, es y será la luz, la guia y la salvacion del género humano.

Paris, á pesar de los bárbaros de la Convencion de 1789 y de los petreolistas de la *Commune* de 1871, es aun la capital de la civilizacion y del progreso material, como Roma, á pesar de la invasion antigua de los bárbaros del Norte y de la moderna de los impíos revolucionarios, es la maestra de la verdad y el faro luminoso que guia á la humanidad en medio de las espesas tinieblas en que se vé envuelta.

¿ Es esto, por ventura, el resultado de una ciega y fortuita combinacion ?
 ¿ O en vez es el fruto de una admirable providencia que dispuso asociar en los sitios, donde se veneraban las reliquias de esa Cruz sacrosanta en que habia espirado el Hijo de Dios, todo lo que tan augusto emblema representa y simboliza ?

§ V.

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ.

En la magnánima y árdua empresa de la redencion de los Lugares Santos, escasa parte tomáron los cristianos de España, y entre los innumerables guerreros que de toda Europa afluyeron á Palestina, rarísima vez se encuentran los españoles. Grande equivocacion sería atribuir esta ausencia á falta de fé ó de valor, ó al poco interés que causa tan santa les inspiraba. Desde el infausto dia en que el último rey Godo perecía en las aguas del Guadalete (711), España habíase convertido en un inmenso campo de batalla, y la sangre toda de sus hijos no bastaba para defender

sus hogares, su libertad, su vida, su religion contra las innumerables hordas de sarracenos que habíandola invadido. Por cuatro siglos la guerra no habia cesado un dia en aquel desventurado pais. Alternábanse las derrotas y las victorias, aunque por lo mas salían los cristianos vencedores. Al abrirse el siglo décimotercio, la lucha tomaba un aspecto formidable, amenazando ser mucho mas encarnizada y de proporciones incomparablemente mayores que lo habia sido en los tiempos pasados. Todo anunciaba, como observa oportunamente Modesto Lafuente, que estaba cercano

uno de esos grandes acontecimientos que deciden de la suerte de las naciones.

Los dos monarcas rivales, Alfonso IX de Castilla y Mohammed Aben Yacub hacían, cada uno de su parte, los mayores esfuerzos para prepararse á la tremenda lucha. Para ayudar al musulman en la obra para ellos meritoria y gratísima del esterminio de los cristianos, á los sarracenos sin cuento que ya había en España se asociaron un número aun mayor que acudieron de toda Africa, formando el ejército mas numeroso y terrible que jamás hubiera pisado los campos españoles y, acaso, el mayor que nunca despues viéron. No eran menores, si no en el número de hombres, á lo menos en valor, pericia y eficacia los aprestos guerreros que reunía Alfonso, en cuya ayuda vinieron los reyes de Aragon y Navarra, don Pedro II y don Sancho VII, y muchos esforzados caballeros de Francia y Portugal. No satisfecho con estos medios, Alfonso se dirigió al Pontífice, Inocencio III, suplicándole concediera indulgencia plenaria á los que concurríeren á la guerra de España contra los jurados enemigos del cristianismo. El Pontífice no solo se apresuró á dispensarle la implorada merced y á cooperar á tan santo objeto con los recursos á su alcance, sino que, conociendo que acercábase un momento supremo y decisivo para la cristiandad, creyó que ante todo debíase con redoblado fervor y acrecentada penitencia acudir á la misericordia divina, para que, interponiendo su brazo omnipotente, la victoria mas completa coronára los esfuerzos de los ejércitos cristianos; y recordando que en las grandes guerras de las cruzadas de Oriente la proteccion del cielo nunca había faltado cuando había sido solicitada por la mediacion del madero de la Cruz verdadera, dispuso que en su honra se hicieran publicas rogativas por los moradores de Roma para suplicar al Todopoderoso bendijera las armas cristianas en la inminente guerra que debia estallar en la peninsula española. A alcanzar tan señalado favor, prescribió tres

dias de ayuno á pan y agua, y mandó que el Miércoles despues del Domingo de la Sma. Trinidad se invirtiera en públicas y solemnes procesiones de rogativas. En ese dia, al toque de las campanas, las mujeres vestidas de luto y con los piés descalzos, se encaminaron á la iglesia de Santa Maria la mayor para de ahí pasar á la plaza de san Juan de Letran, hácia donde por la via de san Bartolomé se habian ya dirigido las religiosas con grande orden, modestia y humildad. Pasando por el arco de Constantino y precedidos por sus respectivas cruces, marcharon en grave procesion hácia la misma plaza los monjes, los canónigos regulares, los curas y demás eclesiasticos; mientras por el camino de san Juan y san Pablo fueron las hermandades de varones con la cruz de san Pedro.

Ya cuajada de devotos fieles la vastísima plaza, acompañado de los prelados, obispos y cardenales de la corte pontificia llegó el sumo Pontífice, que inmediatamente pasó á la iglesia de san Juan de Letran á recoger el madero santo donde habia sido crucificado el Hijo de Dios. Llevando procesionalmente tan veneranda reliquia, Inocencio III se trasladó al cercano palacio del cardenal obispo de Albano, y presentandose al balcon y en presencia del venerado monumento dirigió una fervorosa plática al inmenso pueblo reunido en aquel vasto recinto, exhortándolo, rogára encarecidamente la Misericordia divina que se apiadára de la cruel condicion en que hallábanse los cristianos de España, y que amparáse la religion de Cristo contra el odio sarraceno. Concluido el sermon, las mujeres fueron á la basílica seosoriana de la santa Cruz (edificada por el emperador Constantino en honra del santo madero) á oír la santa Misa celebrada por un cardenal. El Pontífice con el clero, con toda su comitiva y con los numerosos fieles volvieron á san Juan de Letran, donde se ofreció, tambien, el incruento sacrificio, despues del cual, desnudos los piés, y llevando en devota procesion el madero santo, dirigieronse todos juntos á la

mencionada iglesia de la santa Cruz, y allí en presencia de tan sagrada reliquia, recitáronse las letanias de los santos y demás preces de rogativas. Así concluyó un acto que fué fecundo de extraordinarias bendiciones.

El Señor escuchó las plegarias de su Vicario sobre la tierra y de los innumerables justos que á él se asociaron; plegarias que brotaban de corazones creyentes cuya fé habia acrecentado la vista del madero regado por la sangre preciosísima del Redentor de los hombres.

Efectivamente, pocos dias despues, los ejércitos de los tres reyes cristianos renniéronse en el puerto de Muradal, cerca de Sierra Morena. Trás estas montañas y en la vasta llanura llamada *Las Navas de Tolosa* estaba acampado Mohamed Aben-Yacub con sus 45,000 hombres de los cuales una tercera parte eran de á caballo. Cuando los ejércitos cristianos llegaron á las faldas de estas montañas, se apercibieron que no podian acercarse al enemigo, mas que trepando por el formidable paso de la Losa defendido por un crecido número de sarracenos que, parapetados habilmente detrás de los riscos, lo hacian inespugnable de tal manera que el rey de Castilla aseguró que con mil hombres hubiera detenido á todos los guerreros del mundo. Afortunadamente un misterioso pastor, que nadie habia antes visto y á quien nadie vió despues (a) y que fué entonces reputado un angel bajo las apariencias humanas, indicó á los monarcas un sendero seguro y fácil, que conducía á la cumbre del monte.

(a) Traslado aquí lo que el citado don Modesto Lafuente dejó escrito sobre este particular (part. I. lib. I. de su Hist. de España): "Dice alguna crónica que este pastor se llama ba Martín Halajá; que entre las señas que dió fué una que encontrarían en el sendero una cabeza de vaca comida de los lobos, lo cual se verificó tambien; y añaden, que enseñado que hubo el camino, no se volvió á ver á semejante hombre;

Acojido el consejo, en breve el ejército entero hallóse dominando al campo musulman que, como es fácil figurarse, fué á tal vista sobrecojido de la mas honda sorpresa. No por eso se desanimaron lo mas mínimo. Sin perder tiempo, Mahomed destacó varios cuerpos de tropas para provocar á los cristianos al combate, suponiendo estaban cansados de la larga y penosa marcha. Derrotaron los españoles á estos cuerpos, desbarataron las escaramuzas y emboscadas que les tendieron, y al fin, despues de dos dias de descanso, se dió la orden del ataque.

Era el dia 16 de Julio de 1212. Antes de la aurora, todos los cruzados prepararon sus armas; en seguida los heraldos pregonáron por todo el campo la orden de prepararse á la guerra por la oracion y santificación de sus conciencias, y los gefes y soldados asistieron devotamente al sacrificio de la Misa. La mayor parte se acercáron al sacramento de la penitencia y recibieron la santa Eucaristía. Los obispos y otros eclesiasticos exhortaron á todos á combatir con valor en defensa de la religion, principal objeto de la guerra, en defensa de la patria, de su honra y de su gloria. En nombre del Vicario de Jesucristo fué concedida una indulgencia plenaria á todos los que en aquel dia hubieran tomado parte en aquella santa guerra. Las trompetas, clarines y atambores avisaron que se empuñaran las armas, y por disposicion de los tres soberanos dividióse el ejército de la manera siguiente. Iba en el centro el rey de Castilla con cuatro batallones que mandaban D. Diego Lopez, D. Gonzalo Nuñez de Lara y D. Rodrigo Diaz de los Cameros. El rey se habia reservado la hora de mandar el cuarto. Con él

" por lo mismo no es maravilloso que
 " en aquellos tiempos se generalizara
 " la tradicion de que aquel hombre
 " era un angel bajo traje de pastor.
 " Verdaderamente el suceso, atendidas
 " todas las circunstancias, parece tener algo de providencial, ya que no
 " de milagroso."

marchaban los prelados mas insignes.

Ocupaba el rey de Navarra el ala derecha, y con él iban el arzobispo de Narbona y varios regimientos de caballeros gallegos y portugueses, y muchos otros voluntarios. El esforzado rey de Aragon á la cabeza de sus valientes tropas, tenia bajo su mando el ala izquierda.

Todos los tres cuerpos habian sido colocados bajo el amparo de la Reina de los cielos, cuya imagen, bordada en el estandarte, llevaba al lado del rey de Castilla el alferoz Alvar Nuñez de Lara.

Mahomed dispuso, tambien, sus tropas en órden de batalla, formando con ellas una media luna. Detrás formó un círculo de diez mil negros de aspecto horrible, cuyas largas lanzas clavadas en tierra verticalmente hacian un parapeto inespugnable, que para mayor resguardo estaba protegido por un semicírculo de gruesas cadenas de hierro. Dentro de esta terrible fortaleza estaba Mahomed vestido con el manto que llevaba en las batallas su abuelo Abdelmumen. Empuñaba con su derecha una cimitarra, con la izquierda sostenia el Coran, y á sus piés tenia un escudo. Con frecuencia y á voz alta leia del Coran oraciones y plegarias que recordaban la promesa del paraíso y de la bienaventuranza eterna á los que morian en defensa de su fé. Jamás en cinco siglos, escribe Modesto Lafuente, se habia visto reunido tanto número de combatientes, á lo menos por parte de los musulmanes. Segun sus mismos historiadores, "nunca antes rey alguno habia congregado tan inmenso gentío, pues iban en aquel ejército ciento sesenta mil voluntarios entre caballeros y peones, y trescientos mil soldados de excelentes tropas almohades, alárabes y zenetas, siendo tal la presunción y confianza del emir en esta muchedumbre de tropas, que creia, no habia poder entre los hombres para vencerle." Serian los cristianos como la cuarta parte de ese número, y bien era necesario que al número supliese el valor y la fé.

Todo dispuesto, sonó la hora pa-

vorosa del combate. Se precipitan furiosos los españoles sobre las huestes musulmanas, resisten estas con tal valor y firmeza, que á pesar de los prodigios de valor hechos por los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, la victoria quedó indecisa casi todo el dia. Un momentó pareció que el desaliento estaba por apoderarse del ejército cristiano. Don Sancho Fernandez de Cañamero, que llevaba el pendon de Madrid, creyendo derrotado el ejército, volvió cobardemente las espaldas al enemigo. Vióle el rey don Pedro de Aragon, quien sin inmutarse *nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente*, (dice la crónica,) se dirigió al arzobispo de Toledo don Rodrigo diciendole: "Arzobispo, yo é vos aquí muramos." "No, Señor," replicó el arzobispo, "Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes de triunfar de los enemigos." Entonces dijo el rey: "Pues vayamos á prisá á acorrer á los de primera haz que están en grande afincamiento."

Este rasgo generoso reanimó al ejército, y gracias á nuevos desesperados esfuerzos de los adalides cristianos, la suerte cambiósese de un todo en favor de la causa de Cristo. El espanto, la confusion y el terror cundieron rápidamente entre los infieles; desde este momento el combate sostenido con valor convirtiósese en un degüello general de aquella inmensa morisma. El intrepido rey de Navarra hace al fin pedazos la cadena de hierro que formaba el último baluarte de Mahomed. Este, viéndose ya perdido y sin esperanza alguna y que los cristianos llegaban ya á su tienda, soltó el Coran, y aquel que pocas horas antes afano se gloriaba de una fácil victoria y hasta de la conquista entera de la cristiandad, ahora huyendo á todo escape en una veloz yegua logró con grande dificultad salvar su vida dentro de las murallas de Jaen.

Alcanzada la victoria, el arzobispo de Toledo, dirijiendose al rey Alfonso, "Acordaos," le dijo con entereza evangélica, "que el favor de Dios ha suplido á vuestra flaqueza y que hoy os ha relevado del opro-

“ brio que pesaba sobre vos. No olvideis, tampoco, que al auxilio de vuestros soldados debéis la alta gloria á que habeis llegado en este día.” Concluidas tan magníficas palabras, el arzobispo, rodeado de los obispos de Palencia, Sigüenza, Osmá, Plasencia y Avila, entonó el solemne *Te Deum*, al que agradosos y gozosos se asociaron los tres monarcas y sus valerosos ejércitos.

Acerca del número de muertos musulmanes, todos los escritores, cristianos como árabes, están contestes en decir fué crecidísimo. El arzobispo don Rodrigo dice que fueron doscientos mil (a); el rey don Alfonso, escribiendo á Inocencio III (b), asegura que pasaron de cien mil; y los mismos historiadores árabes citados por Condé no los hacen bajar de ciento sesenta mil.

Por lo que toca á los cristianos, los dos citados escritores y el arzobispo de Narbona que, tambien, asistió á la batalla, están de acuerdo en fijar el número de muertos á 25 y otros (c) añaden 150 mas en todo el curso de la campaña, es decir, desde que salió el ejército de Toledo.

El profesor don Vicente de la Fuente, en su historia eclesiastica de España (d), comparó estos datos á los boletines de guerra modernos; mas suponiendo que hubiese habido exageracion, queda siempre que en número inmensa era la disparidad de los combatientes; que el emir Mahomed no abrigaba la menor duda de la completa derrota del ejército cristiano; y que por tanto, segun los cálculos humanos, no se puede explicar el gran triunfo de los cristianos. Los contemporaneos, que pudieron juzgar de la realidad de los hechos mejor que nosotros, atribuyeron tan grande victoria á una extraordinaria proteccion del cielo. Y en confirmacion de ello añaden, que

al principio de la batalla apareció en el cielo una cruz roja semejante á la de Calatrava; que los moros al mirar el pendon de Castilla con el retrato de la Virgen se quedaban aterrados y sin accion; que el caballo del canónigo de Toledo, que llevaba la cruz arzobispal, habiendose desbocado, penetró muy dentro en las filas de los ejércitos musulmanes; y que, á pesar de la nube de flechas y dardos que contra ella lanzaron los ínfieles, salió la cruz ilesa, si bien no pocas flechas quedáran clavadas en el asta. Observo por último, que la Iglesia misma, á lo menos indirectamente, reconoció en la batalla de las Navas de Tolosa esta milagrosa intervencion de la Providencia, cuando no solo dió cabida en el rezo divino á la narracion del arzobispo Rodrigo que refiere estos prodigios, sino que en testimonio de gratitud por el beneficio inmenso alcanzado merced al madero santo, instituyó la fiesta del *Triunfo de la Sta. Cruz*, aprobada para las iglesias de España y que anualmente celebra con gran pompa, el 16 de Julio, la entera península y de un modo particular la ciudad de Toledo, donde se llevan en procesion los pendones ganados en tan memorable jornada.

Así, pues, tres en realidad son las fiestas con que la Iglesia honra la santa Cruz. La primera, de su *Invenzion*, el 3 de Mayo, para perpetuar la memoria del milagroso descubrimiento del madero santo debido á la piedad de santa Helena. La segunda, de su *exaltacion*, el 14 de Setiembre, para celebrar su redencion de las manos de Cosroes por obra de Heraclio. La tercera, finalmente, el 16 de Julio, en recuerdo del milagroso triunfo alcanzado en las Navas de Tolosa sobre la morisma por el madero santo de la Cruz. Las dos primeras son fiestas generales de toda la Iglesia. La tercera lo es solamente de España. Al principio se instituyó esta fiesta con un rezo propio para la iglesia de Toledo, y despues se extendió á los reinos de Castilla y Leon, y ahora se celebra en toda la iglesia de España.

(a) Hist. Rod. Tolet. L. VIII.

(b) En Mondejar Crónica citada por M. Lafrente.

(c) Ibid.

(d) Tom. II. p. 296.

LOS CRUZADOS.

No es mi ánimo, y sería ajeno del objeto de este libro, tejer la historia de los Cruzados; sin embargo, en un escrito dedicado á la narracion de los sucesos principales de la Cruz del Señor, considero muy puesto en razon, y acaso un deber, justificar de los cargos tan graves como innmerecidos con que ciertos modernos críticos han denigrado la reputacion de esos esclarecidos varones, para quienes el emblema augusto de nuestra redencion fué la única aspiracion de sus vidas y en cuya honra y defensa orgullosos sacrificaron hacienda, patria, familia y la vida misma.

No hay acusacion que no se les impute; acaso la mas grave de todas es la que pretende, que, dueños los infieles por cerca de cuatro siglos de los Lugares Santos, (630 á 1096) carecia la cristiandad de lejítimo y hasta de suficiente motivo para arrebatarles por la guerra esos Estados. Los que tal dicen, si son sinceros, ó ignoran la historia ó carecen de las mas elementales nociones de derecho natural y de derecho de gentes.

Desde que convertido el mundo al cristianismo, Constantino en la batalla de Crisopolis (323) derrotó á Licinio y quedó dueño del imperio romano, Jerusalem y los Lugares Santos fueron en cierto modo propiedad de la cristiandad, de la que continuó á gozar aun despues que el coloso del imperio romano se hubo fraccionado. Desde entonces hasta la invasion sarracena, no hay siglo, ni año, en que los cristianos del mundo entero no hubieran ido á venerar á Jerusalem, como ciudad propia, sin obstáculo ni tropiezo de ningun género. De ello este mismo escrito suministra las pruebas mas evidentes (a), y quien deseára mayor copia de argumentos, las hallará en la historia de las cruza-

das del señor Michaud (b) citada tantas veces. Contra todo derecho, tanto divino como humano, y sin siquiera sombra de pretesto, mas de tres siglos despues, los infieles invadieron á Siria, despojando á los emperadores bizantinos de sus legítimos Estados y á la cristiandad de los templos y edificios de Jerusalem como de los privilegios de que estaban allí en la mas pacífica posesion. Ni esta evidente usurpacion pudo de ningun modo sanearse, no solo porque los emperadores bizantinos y los vecinos de las regiones usurpadas jamás consintieron en el nuevo estado de cosas, permaneciendo sujetos á los conquistadores solo por la fuerza, sino porque los infieles con sus continuas arbitrariedades y tiranías, tanto contra los naturales como contra los peregrinos que de Occidente acudian á los Santos Lugares, agravaron de tal manera la primitiva injusticia, que hubieran perdido todo derecho al dominio de aquellas comarcas, aun cuando hubieranlas adquirido en virtud de una guerra justa y por los medios más lícitos. Cuando despues de haber pasado peligros y trabajos sin cuento, los peregrinos de Francia, de Italia, de Alemania y de toda Europa llegaban á Palestina, las puertas de Jerusalem no se abrian sino á los que pagaban crecidas sumas, y como muchos de ellos fueren pobres ó hubiesen sido saqueados por el camino, obligábanlos á arrastrar una vida miserable en las cercanías de esa ciudad por cuya causa habian dejado sus patrias. Muchos morían de hambre; otros perecían por la espada. En la ciudad misma, aquellos que á fuerza de sacrificios habian logrado ser en ella admitidos, veianse todos los dias espuestos, lo mismo que los cristianos naturales y allí fijados, á toda

(a) Véase pag. 88 acerca de los efectos de la invencion de la Sat. Cruz.

(b) "Eclaircissement sur les pelerinages," Tom. I. p. 546.

suerte de tormentos y ultrajes: algunos eran cargados de cadenas, ó forzados á tirar de un carro ó de un arado, otros acababan sus días con la muerte mas ignominiosa y cruel. Estos hechos eran públicos y notorios. Nadie en Europa los ignoraba, y la historia los ha consignado de una manera indeleble é indudable.

Ahora bien; si en vista de tamaños insultos, agravios y horribles atropellos y aun de muertes, se pretendiera todavía que los pueblos de Occidente no tuvieron justa y legítima causa de hacer la guerra á aquellos bárbaros que no solo infrinjian tan á las claras el derecho de gentes pero que conculcaban, de la manera mas étnica é inhumana, los mismos derechos naturales; entonces, fuerza es decir, que jamás ha habido en el mundo guerra justa y legítima, y de un modo muy particular en los tiempos en que vivimos y que están aun presentes á nuestra memoria. Por ofensas y agravios infinitamente menores en número y en trascendencia irrogados á pocos súbditos suyos, Francia conquistó la Argelia en 1830, y en 1855 invadió á Méjico. La guerra que en 1862 España declaró á Africa fué consecuencia de causas que, comparadas con las que tuvieron los Cruzados, eran baladies y livianas. ¿Y la expedicion inglesa á Abisinia, la toma de Magdala, y el suicidio del infeliz Teodoro, que otra razon tuvieron mas que la prision y los malos tratos del cónsul Cameron y de algun otro súbdito ingles?

Digase de buena fé, si todo esto es de algun modo comparable á la inaudita persecucion con que por cuatro siglos los conquistadores de la Palestina se ensañaron no solo contra los cristianos naturales, pero contra los innumerables fieles que de toda Europa visitaban los santos Lugares. ¿Como, pues, se podria disputar á las naciones occidentales el derecho, diré mejor, el deber de exigir con las armas una reparacion de tantos y tales agravios y de adoptar las medidas oportunas para que no se renováran en el porvenir tamaños males?

Débase, asimismo, tener presente que, además de las razones alegadas, otra justísima causa tuvieron los cruzados para emprender la guerra de la Palestina. Pocos años antes que esta estallára, como he referido, una gran parte de las provincias asiáticas del imperio bizantino habia sido invadida por hordas de Turcos bajados de la Tartaria, que, no contentos con haberse apoderado de las regiones que ocupaban los sarracenos, usurparon nuevos territorios de los que aun conservaba el imperio griego. En tal difícil coyuntura, careciendo de las fuerzas necesarias para resistir á tan formidable enemigo y viéndose acosado por todas partes, el emperador Alejo Comneno envió repetidas veces sus embajadores á los monarcas y pueblos de Europa, suplicándoles encarecidamente acudiéran en su defensa contra quien no hacia la guerra á él solo, pero á la cristiandad entera. ¿Es, pues, de censurar, que accediendo á tan justa demanda, hayan los soberanos respondido al llamamiento del infeliz emperador bizantino?

Por último, otra razon aun mas poderosa de las dos alegadas no solo justifica á los principes cristianos, mas demuestra que, sin suicidarse, no podian dejar de concertarse para abatir el poder de aquel que tan seriamente amenazaba derribar sus tronos y subyugar sus pueblos. ¿Qué no debia temerse de esa horda de infieles fanáticos ante los cuales todo cedía, que en pocos años habian hecho tan asombrosas conquistas y que no temian mas anhelo ni mas ambicion que la de triunfar para exterminar la cristiandad y destruir la civilizacion? Si nuestros antepasados no se hubiesen puesto de acuerdo para empuñar juntos las armas, sus Estados, como aconteció á los del imperio romano y á los de la peninsula ibérica, hubieran sucumbido, uno tras otro, bajo la coyunda de la servidumbre musulmana. Por nuestra fortuna, los principes y pueblos de aquellos tiempos, si estaban lastimosamente divididos por las causas mas livianas, hallábanse, sin embargo, unidos por el

vínculo de la fé. Unos y otros reconocian en Jesucristo al Hijo de Dios y al Salvador del mundo; y esta comun creencia fué mas fuerte que sus mismas pasiones y logró unirlos en la grande causa de la religion y de la civilizacion. Recuerdo la satisfaccion con que Europa acogió en 1854 la noticia de que Francia, Inglaterra, Turquía y Cerdeña se habian coaligado contra Rusia, porque, penetrando en los principados Danubianos, amenazaba estender su dominio desde el estrecho de Behring hasta el de los Dárdaneles. Acaso no era tal la intencion del emperador Nicolás, y sin embargo, la guerra fué considerada justa y necesaria, porque proveia á la independenciam y á la dignidad de las demás potencias seriamente comprometidas, si Rusia hubiera llevado á cabo el proyecto que, con razon ó sin ella, se le imputaba. Es un principio incontrovertible y un axioma de por si mismo evidente, admitido por todos los escritores de derecho de gentes, que toda guerra es lejitima y santa cuyo objeto es asegurar no solo la integridad de los Estados propios, pero tambien, su libertad y decoro. ¿Quien, pues, podrá censurar á los principes cristianos de los siglos duodécimo y decimotercio si, puestos en el gravísimo peligro de que una invasion de bárbaros hubiera privado á sus pueblos de su autonomia, de su honra y libertad y de su vida y religion, lleváran ellos mismos la guerra á las provincias asiáticas que eran el centro y el baluarte de los sarracenos y turcos? Santa, por tanto, y sapientísima fué tal determinacion, que mientras abatía el poder inmenso de los que eran verdaderos y mortales enemigos de la cristiandad, estinguía, á lo menos en gran parte, las intestinas discordias que tanto debilitaban á los principes y barones cristianos y que tantos males acarreasban á sus súbditos.

Tales fueron las poderosas razones que determinaron á las naciones cristianas á emprender el rescate de los Lugares Santos. Estas razones no eran por cierto desconocidas á los principes europeos y á los principales autores de las cruzadas. Urbano VIII.

á quien, mas que á ningun otro, deben su existencia, asi lo declaró solemnemente en el concilio de Clermont, donde se cruzaron los primeros héroes de guerra tan santa. Las palabras del venerable Pontífice son demasiado importantes para que no las citemos testualmente. “¡Guerreros,” él dijo, “que me escuchais, regocijaos! Ha “llegado el momento para que deis “prueba de vuestro valor en la mas “justa de las causas; el momento “para que por vuestros generosos es- “fuerzos en una guerra lejitima que- “den espiaados los muchos actos de “violencia é injusticia de que os “habeis hecho culpables aun en tiem- “po de paz. Despues de haber sido “por largo tiempo el terror de vues- “tros compatriotas y de vuestros “hermanos en Cristo, id ahora y, “empuñando la espada de los Maca- “beos, protejed al pueblo de Dios, y “defended á vuestros perseguidos “hermanos contra los implacables “enemigos del nombre cristiano. La “impiedad musulmana ha desolado “las mas hermosas regiones de Asia; “Efeso, Nicea, Antioquia se han con- “vertido en ciudades musulmanas; “las bárbaras hordas de turcos han “enarbolado sus estandartes en las “mismas orillas del Helesponto, des- “de donde amenazan guerra á todos “los Estados de la cristiandad. ¿A “menos que no opongais una pode- “rosa barrera á su marcha triunfan- “te, quien podrá salvar á Europa “de tan terrible invasion? ¿Como “podrá alejarse esta tormenta que “amenaza estallar sobre nuestras pa- “trias?” (a).

Desgraciadamente estas guerras trajéron á Europa grandes pérdidas de hombres y de dinero. En las ocho expediciones de las cruzadas invirtiéronse muy cerca de 200 años, en cuyo período, segun los cálculos mas acertados, perecieron dos millones de cruzados; pérdida ciertamente inmensa y sobremanera dolorosa, pero que, comparada con las sufridas en otras guerras de menos duracion y de

(a) Michaud, op. cit. vol. I. pag. 104, etc. Collectio Concil.

resultados insignificantes ó nulos, aparece pequeña y justificada bajo todos conceptos.

Por desgracia, como observó un ilustre escritor (a), no iba muy equivocado aquel rey de Dahomey que decía á un inglés: *Dios ha hecho el mundo para la guerra; todos los reinos, grandes y pequeños, la han hecho en todos los tiempos.*

Los romanos habían dedicado á Jano un templo que se cerraba en tiempo de paz. Y la historia romana refiere que solamente, y por pocos años, estuvo cerrado bajo Augusto. Desde entonces acá, es á decir durante dos mil años, se citan tres ó cuatro épocas (b) en que la guerra no ardiera en alguna parte de Europa. La suerte de lo demás del mundo no era por cierto mejor.

El citado escritor hablando de la destruccion violenta del género humano, á grandes rasgos compendia las terribles guerras que han azotado el mundo; y este cuadro, aunque sobremanera imperfecto, horroriza. Solo Francia, en 86 años del siglo pasado, estuvo 40 años en diez diferentes guerras. Por la paz de Rastadt en 1714 concluyó la guerra que habia empezado con el siglo y en la que Gibraltar pasó bajo el poder de Inglaterra. En 1719 declaró esta nacion la guerra á España que duró hasta 1727. La eleccion del rey de Polonia volvió á encender la guerra en 1733 que no concluyó mas que en 1736. Cuatro años despues, estalló la terrible guerra de sucesion austriaca, que continuó sin interrupcion hasta 1748. Apenas habían trascurrido ocho años cuando volvió á encenderse con Inglaterra. Harto conocida es la guerra de los siete años. Vino despues la revolucion de los Estados- Unidos que envolvió á Francia en otra guerra que terminó en 1782. Siete años mas tarde, sobrevino la terrible revolucion francesa que en 1796 habia ya costado á Francia tres millones de hombres. Con no menores azotes ha sido visitada dicha nacion en lo

que va de siglo. En su primer año continuaba la guerra con Austria, Holanda, Prusia, España ó Inglaterra. En 1803 pierde la república de Santo Domingo. En 1805 renueva la guerra con Inglaterra y Austria; es derrotada en las aguas de Trafalgar y sale vencedora en Austerlitz. Desde este momento hasta 1815, no hay casi año sin que alguna terrible batalla haya llevado al sepulcro millares y millares de victimas. En 1806 tuvo lugar la batalla de Jena contra los prusianos; en 1807 la de Friedland contra los rusos; en 1808 la de Baylen contra los españoles; en 1809 la de Wagram contra los austriacos. Poco duró la paz de Viena. En 1812 verificóse la desastrosa campaña de Rusia. El año siguiente fueron terribles las batallas de Lutzen, Bautzen, Dresden y Lipsia y las de la peninsula española. En 1814 medio millon de austriacos, prusianos rusos, etc. invadieron á Francia, peleando en Brienne, Montereau, etc. hasta que se apoderaron de Paris. Vino, el año siguiente (1815) la batalla de Waterloo, que postró de tal manera á Francia que la obligó á algunos años de paz. Mas en 1830 verificóse la conquista de Argel y la revolucion de Julio que destruyó á Carlos X. Durante el reinado de Luis Felipe, fuera de la guerra de Africa, disfrutó Francia el periodo de paz mas largo que acaso haya gozado de muchos siglos. Vino, despues, la revolucion de Febrero 1848 con las memorables jornadas de Julio. El año siguiente tuvo lugar la expedicion romana y el sitio de la ciudad santa; en 1854-56 la guerra de la Crimea; en 1860 la de Italia contra Austria; poco despues las de Méjico y China; y finalmente, la de este año con Prusia rematada con los degüellos y los incendios de *La Commune* de Paris. En presencia de tanta guerra, no es posible no confessar que hay mucha verdad en el dicho del rey africano. Carezco de datos seguros; con todo creo, que no sea nada exagerado fijar el número de victimas de las guerras con la sola Francia, en el siglo pasado y en lo que va de este, en

(a) Jos. de Maistre, "*considerations sur la France*," ch. III.

(b) En 790, 1697-1699.

veinte á veinte y dos millones (a). A estos añádense los muertos en las otras guerras europeas en que Francia no tomó parte, y entonces se podrá formar una idea del número horroroso de víctimas que, en el mencionado periodo de dos siglos escasos, sucumbieron solamente en Europa.

Ante carnicería tan espantosa hay que confesar, que los dos millones de cruzados que durante dos siglos perecieron en Palestina forman un número discreto sobremanera, y casi diría, insignificante, con tanta mayor razón, porque aquellos tiempos llamábanse bárbaros y de tinieblas, y estos se apellidan de luces y de civilización. Y aun así, el horror que inspira tanta matanza se mitigaría y la diferencia entre la guerra de las cruzadas y las modernas sería menos sensible, si estos océanos de sangre hubiesen sido vertidos por causas santísimas y si el fruto hubiera sido proporcionado al sacrificio. Por desgracia ha sucedido cabalmente lo contrario. ¡Estraña coincidencia! La misma frívola causa que en 1700 dió margen á la guerra de Francia contra Austria, Inglaterra y Holanda es la que en 1870 ha vuelto á encenderla entre Francia y Prusia. Entonces se hizo la guerra para que el duque d' Anjou no ascendiera al trono de España, hoy se la ha hecho para que sobre de él no se sentara el duque Leopoldo Hohenzolern Sigmaringen. Las guerras intermedias no tuvieron fines ni mas ventajosos ni mas levantados. No es, pues, de estrañar que de tan horrible derramamiento de sangre humana no solo no haya dimanado ni un bien á la humanidad, pero que la condicion de Europa sea hoy mil veces peor y mas incierta y peligrosa que no lo era dos siglos ha. En re-

sumidas cuentas, el único resultado hasta la fecha ha sido la desmembracion y humillacion de Francia forzada á pagar sumas fabulosas, y la creacion del imperio alemán, de ese terrible y colosal gigante, cuyo poder es una amenaza y un peligro continuo para la seguridad é independencia de las demás naciones. Consecuencia de tamaña desigualdad ha de ser la de convertir á Europa en un inmenso campo de batalla donde estallará, en época no remota, otra guerra incomparablemente mas aciaga, que á los pasados añadirá nuevos millones de víctimas. Tal es el fruto de las recientes guerras.

¡Que diferente del alcanzado por las guerras de las cruzadas!

La sangre de los dos millones en ellas derramada salvó la civilización europea, conservó la integridad é independencia de los Estados cristianos, aseguró la libertad de nuestras conciencias, dió lustre y esplendor á la religion del Crucificado y echó los cimientos de la felicidad de las generaciones venideras. Sin las cruzadas la Media Luna hubiera reemplazado á la Cruz en la mayor parte de Europa y acaso del mundo.

Amen de estas ventajas inmensas, debe Europa á los cruzados otros señalados beneficios, si bien no sean de tanta importancia. Gracias á las cruzadas, extinguieronse muchos de los odios que traian lastimosamente divididos los ánimos de los Señores y Barones que tanto poder entonces tenían; lo que, unido á la ausencia de muchos de entre ellos de sus patrias, contribuyó muchísimo á disminuir considerablemente los males del sistema feudal, y acabó con hacerlo desaparecer de un todo. Otra importante ventaja que resultó á Europa de las cruzadas fué un grande desarrollo del comercio entre Asia y Europa. Nuevos y preciosos productos vinieron á enriquecer á Occidente, mientras este enviaba á Oriente el fruto de su industria. Si Venecia, Génova y Pisa llegaron, en riquezas, poder y gloria, á la altura que aun hoy admiramos, débelenlo á las cruzadas, como á ellas, tambien, deben que el

(a) En la sola guerra de sucesion entre Francia y España (1700 á 1713) perecieron dos millones de hombres; en la revolucion francesa de 1782 á 1785, cerca de tres millones; en las guerras de Napoleon I de 1795 á 1815, cerca de ocho millones. Con estos datos indudables mi cálculo no parecerá recargado.

arte de la navegacion haya hecho grandes y rápidos adelantos. La necesidad de trasportar numerosos ejércitos á Siria y á Egipto y de mantener frecuentes las comunicaciones entre aquellos países y Europa formó, entonces, muy hábiles marinos, como perfeccionó mucho el arte de construir buques. Fué durante la septima cruzada que se descubrió la aguja de marear, sin la cual Cristobal Colon y Americo Vespuccio no hubieran probablemente descubierto el Nuevo Mundo.

Por último, á las cruzadas débese atribuir, en gran parte, el renacimiento de las letras en el XV. siglo y que, desde entonces, hayan llegado á la altura en que se encuentran : pues es indudable que las relaciones diarias de nuestros antenados con Grecia y Siria ayudaron eficazmente al desarrollo de la literatura y de las artes y ciencias.

Entonces y especialmente á la caída de Constantinopla, los hombres mas eminentes del imperio bizantino vinieron á Europa donde difundieron su mucho saber, su vasta doctrina y el conocimiento de su armoniosa habla. Fué en ese mismo tiempo que los manuscritos de los mas insignes padres de la Iglesia, y de los grandes filosofos y oradores griegos vinieron á Europa, donde muchos fueron traducidos é impresos apénas se descubrió la imprenta, y otros forman aun la gloria de la biblioteca Vaticana de Roma, de la del Louvre de Paris, de la Laurenciana de Florencia, etc. Finalmente fué en la citada época (del

duodécimo al decimoquinto siglo) que fundaronse, por el celo y el ejemplo de los sumos Pontífices, las principales y mas célebres universidades de Europa; las de Padua y Paris en 1180; la de Napoles en 1220; la de Viena en 1238; la de Salamanca en 1240; la de Cambridge en 1220 y la de Lisboa en 1290. Y para darles mayor realce y hacer que los estudios cursados en ellas fueren mas completos, los Pontífices emanaron constituciones y decretos para que Roma, Paris, Oxford, Bolonia y Salamanca abriesen cátedras de las lenguas semíticas hebraica, caldaica y arabiga.

Tales y muchas otras fueron las ventajas que de las cruzadas redundaron en provecho de las artes, letras y creencias, del comercio y de la integridad, independencia y dignidad de las naciones europeas. Si la Media Luna no ondée hoy en ellas, y si no se hallan en la deplorable é ignominiosa condicion en que gimen los pueblos de Oriente, débenlo, despues de á Dios, á los héroes de las cruzadas. Sin las batallas de Antioquia, de Jerusalem, de Nicea, de Edesa, de san Juan de Acre y de las Navas de Tolosa, no hubiéranse alcanzado los triunfos de Lepanto, de Viena, de Corfú y de Belgrado, que mermaron el inmenso poder musulman de tal manera, que á no ser por las miserables rivalidades y ambiciones de las naciones cristianas, hubiera ya desaparecido de sobre la tierra ese pueblo que es el baldon y la ignominia del género humano.

§ VII.

LA SEÑAL DE LA CRUZ.

“ En la antigüedad ” escribe un preclaro escritor moderno, “ la cruz era una cosa siniestra y monstruosa donde se hallaba como concentrada toda la infamia de los suplicios. ” Este es el caracter que tiene en los li-

bros santos: “ el cadáver del ahorcado no permanecerá de ninguna manera durante la noche en la horca, “ porque es maldito de Dios él que está colgado del madero. ” Por razon de esta ley Isaias, hablando profetica-

mente del Cristo, dijo. "Nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres," y en otro sitio le llaman "el humillado." La cruz no era solamente un suplicio, era una maldición. "Maldito el que está colgado á un madero." De aquí el grito profético del libro de la Sabiduría, "condenemosle á la muerte mas vergonzosa" repetido con tanto encarnizamiento por los judíos en esta palabra "Crucificalo." Es á decir; que muera y sea maldito. Querían que el oprobio del suplicio rompiera por último lo que acaso la muerte sola no podía quebrantar. No alcanzan á comprender como pueda haber hombres sobre la tierra que se confiesen discípulos de un ahorcado. Para los romanos, la cruz era el madero "infeliz," "el árbol de ignominia," en una palabra, el suplicio de los esclavos. Tarquinio mandó poner en cruz los cuerpos de los ciudadanos que se habían dado á sí mismos la muerte por no trabajar en sus cloacas; Graco entregó á la cruz infame á su adversario Publio Popilio; Seneca enseñó que este baldon pertenece á la clase de males que han de prevenirse por una muerte voluntaria. Cicerón, contra Verres, hablando de la cruz de Gaviano, expresó todo este horror de la cruz.

"Espantosa es la ignominia de una pública condenación, espantosa la confiscación, espantoso el destierro.

"Sin embargo, en medio de estas calamidades, nos resta aun algun vestigio de libertad, y la muerte misma, si se nos inflige, la sufrimos libre de toda traba. Pero que ni el verdugo, ni el velo sobre la cabeza, ni el nombre de cruz, ni nada de eso se acerque ni al cuerpo, ni siquiera al pensamiento del ciudadano romano." Plutarco refiere que á su tiempo aun se paseaba con grande pompa un perro amarrado á una cruz, en memoria de la sorpresa del Capitolio, donde habíanse dormido los perros."

"Estos detalles hacen comprender lo que san Pablo llamaba el escándalo y la locura de la Cruz. Minucio Félix habla á los idólatras de la estupidez de sus dioses, acaso entallados en al-

gun resto de una pira ó de un árbol de ignominia. En cambio, los idólatras reprochaban á los cristianos la insigne locura de adorar á un Dios muerto sobre un patíbulo, y los judíos, siempre esclavos de la esterilidad de la letra, pretendían que no pudo ser Hijo de Dios, quien murió en un suplicio que Dios había maldecido."

"Y sin embargo, al mismo tiempo, el misterio de la cruz había sido presentado por los judíos y por los mismos paganos. Mucho antes del Cristo, unos y otros rezaban por la señal de la cruz. De un modo ú de otro, esta señal era en todas partes el ademán de la oración. Jacob, figura del Mesías, cruza los brazos, cuando invoca las bendiciones del cielo sobre los dos hijos de José, colocando la mano derecha sobre la cabeza del que está á su izquierda y la mano izquierda sobre la cabeza del que está á su derecha: colocadas las manos de esta manera, dice Tertuliano, formaban la cruz y anunciaban las bendiciones que descenderían del Crucificado. Cuando la batalla estaba empeñada contra los Amalecitas, Moisés sube sobre la montaña; y allí, de pié, las manos abiertas y los brazos extendidos, viva señal de la cruz, ora y los hebreos quedan vencedores; porque el combate del Señor, que se hacía contra Amalec, prefiguraba las batallas del Verbo encarnado contra Satan, enemigo de la cruz, por la que debía ser vencido."

"Jesucristo mismo ha explicado el significado de la serpiente de hierro pegada á la cruz en el desierto, y cuya sola vista curaba de la mordedura de las serpientes: "y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado para que todo aquel que en él creyere, no se pierda pero tenga vida eterna."

"La señal de la cruz se hacía en el Templo. Elevaba el sacerdote la hostia del sacrificio y en seguida llevaba la de Oriente á Occidente. De la misma manera bendecían los sacerdotes al pueblo. El sacerdote cristiano no hizo mas que añadir las palabras que, unidas á la señal de la cruz, forman

el compendio del cristianismo ; es decir : “ En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.”

“ Léase en el libro de Ezequiel que un personaje misterioso recibió la orden de atravesar Jerusalem deturpada por abominaciones y de señalar con la señal T la frente de aquellos que gemían sobre la iniquidad pública, para que estos fueran salvados, porque los otros habían de perecer. He ahí la cruz y su virtud. Así, dicen los padres, se salvará el hombre que, gimiendo sobre los crímenes que esta señal saludable prohíbe, la llevare sobre su frente.”

“ En la postura de la cruz, con los brazos estendidos, vengó Sansón á Israel ; David pidió socorro contra su hijo parricida y contra sus subditos rebeldes ; Salomon dió gracias á Dios de haber podido acabar el Templo, diciendole : Señor, mira mi oracion. En esta misma postura todos los moradores de Israel, ante Senaquerib vencedor, invocaron á Dios y fuéron escuchados. “ Estendiendo sus manos, “ las levantáron hácia el cielo. ”

Los paganos adoraban llevando la mano derecha á la boca y besandola ; pero antes esta mano formaba la señal misteriosa por el cruzamiento del dedo índice sobre el pulgar. En las ocasiones mas solemnes oraban de la misma manera que los judíos, con las manos estendidas hácia el cielo ó cruzandolas sobre el pecho. Esto hizo Bruto al saber la muerte de Lucrecio ; Anquises en la orilla invocó á los grandes Dioses teniendo las manos estendidas. Habia en Roma una estatua de la Piedad pública con los brazos en cruz como Moisés. En los monumentos de todos los pueblos se han encontrado huellas y presentimientos del misterio de la cruz.”

“ San Agustín aplica á la cruz las palabras de san Pablo cuando desea que los fieles comprendieran la anchura, la longitud y la profundidad del misterio de Jesucristo. La anchura de la cruz es la estension del amor que debemos, sin distincion de amigos ó de enemigos, á todos aquellos por quienes Jesucristo ha muerto como por nosotros ; su longitud nos debe

enseñar la paciencia en las adversidades ; su altura, el vuelo que por encima de las cosas terrenales es necesario tomar para entrar en la paz eterna ; su profundidad, la profundidad escondida de los decretos de Dios resuelto á salvar el mundo que se habia perdido por su propia sabiduria y á salvarlo por la locura de la cruz.”

“ Poco tiempo mas y todo será conocido : los hombres sabrán porque esta cruz, á pesar de su ignominia, dejaba su marca sobre tantas cosas grandes y esenciales de la vida y se ofrecia como el ademan natural del alma en presencia de Dios. De los piés de la cruz ha de brotar el ejército de mártires para marchar á la conquista del mundo por la señal de la misma.”

“ Nosotros rezamos,” decia Tertuliano, “ con las manos estendidas, porque son inocentes, con la cabeza desnuda, porque no tenemos de que avergonzarnos ; sin que nos apunten las palabras, porque es nuestro corazón el que reza. Nosotros pedimos para todos los emperadores una vida larga, la seguridad en sus palacios, el valor en sus ejércitos, la fidelidad en el senado, la honradez en el pueblo ; la paz en el mundo, y todo lo que debe desear un hombre y un emperador.”

“ Los emperadores enviaban al circo á estos hombres que así oraban. Estos morian sin cesar de orar, y su muerte no era el solo milagro que demostraba el poder de la cruz. Un día, bajo Diocleciano, el anfiteatro estaba lleno de fieles. Con las manos estendidas, con los ojos clavados en el cielo, permanecian inmóviles, sin revelar ningun temor, sin decir una sola palabra. Los espectadores temblaban y los jueces tenían miedo. Se soltaron las fieras, que rugiendo se precipitan, pero todo el pueblo las vió detenerse, como si llevarán un bozal, delante un jóven de menos de veinte años, el cual de pié en medio de la arena, con los brazos en cruz, tranquilo se entregaba á Jesucristo y no se dignaba pensar ni á las fieras, ni al pueblo, ni á la muerte. En otra ocasion, en Roma, la virgen Inés, de edad de trece años, condenada á morir

por fuego, entró serena en la hoguera. Estendió ella sus brazos, bendiciendo al Cristo que la preservaba de las manchas del demonio, y las llamas se alejaron, amenazando á los que las habían encendido. Quiso Dios que millares de semejantes prodijios pusiesen de manifiesto la virtud del sacrificio de Jesus. El los multiplicó sin defraudar por eso á sus mártires; y fué así que el universo aprendió en tres siglos á hacer la señal de la cruz." (a)

Esta virtud divina no se ha atenuado despues de dos mil años. Hoy, como entonces, la cruz es el consuelo y la fortaleza de los justos, la esperanza de los pecadores, la prenda de la vida futura. Así, pues, cierro este pobre escrito colocandolo, con su autor, bajo el amparo de esa señal ben-

(a) Louis Veuillot, "Vida de "Jesucristo."

dita que los padres de Oriente y Occidente, llenos de reverencia y fervor, llamaron ESTANDARTE DEL GRAN REY, TROFEO INMORTAL DEL SEÑOR, SEÑAL DE VIDA, DE SALUD Y DE BENDICION, BALUARTE INESPUGNABLE, TERRORE DE LUCIFER, ESCUDO INVENCIBLE, COBRAZA IMPENETRABLE, ESPADA REGIA, ESPERANZA DE LOS CRISTIANOS, REMEDIO DE LOS ENFERMOS, LUZ DE LOS CIEGOS, APOYO DE LOS DEBILES, CONSUELO DE LOS POBRES, ALEGRIA DE LOS BUENOS, ESPANTO DE LOS MALOS, JUEZ DE LOS INJUSTOS, LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS, GLORIA DE LOS MARTIRES, CASTIDAD DE LAS VIRGENES, VIRTUD DE LOS SANTOS, FUNDAMENTO DE LA IGLESIA. (b)

(b) Véase a Gretzero, lib. IV. c. 64. Bzovio, "de cruce," in fine; Gaume, "Le signe de la croix au XIX^{sié}," "etc," in fine.

COLEGIO DE SAN BERNARDO,

GIBRALTAR, 2 DE FEBRERO DE 1871.

Faint, illegible text in the upper left section of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text in the middle left section of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text in the upper right section of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text in the middle right section of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text centered in the lower middle section of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

INDICE Y SUMARIO.

ADVERTENCIA, (pp. 3-4.)

LIBRO I.

DE LA CRUZ DEL SEÑOR.

§ I. DE LA CRUZ ENTRE LOS ROMANOS, (pp. 5-6.)

Suplicio el mas cruel é ignominioso,—infiijase solamente por los graves delitos á los esclavos y bárbaros,—en el número de estos colocabanse los extranjeros,—cinco eran las formas de la Cruz, *Simplex*.—*Inmissa*.—*Commissa*.—*Decussata* y *Bifida*.—equi-

vocadamente algunos creyeron tuviera, tambien, la forma de las horcas modernas,—tenia siempre título ó rótulo, y tabla supedanea,—los reos se fijaban en ella ya con cordeles, ya con clavos.

§ II. DE LA CRUZ DEL SALVADOR, (pp. 7-14.)

Dos fueron las principales causas por que N. S. la escojió como instrumento de su muerte; para mortificar el cuerpo y para humillar el espíritu—discrepancia de los autores sobre la forma que tenia la Cruz del Salvador,—causas de esta discrepancia,—porque apenas crucificado el Redentor fué enterrada por los judíos y paganos y así estuvo por cuatro siglos;—porque durante ese tiempo estuvo prohibido á los cristianos por la misma Iglesia hacer cruces y mucho mas venerarlas;—porque cuando en el IV. siglo fué desenterrada por Helena, la piadosa emperatriz, sin aclarar la forma de la Cruz (pues los pa-

los de esta estaban confundidos con las de las cruces de los dos ladrones) envió uno de los pedazos á su hijo y el otro lo colocó en Roma;—porque en seguida para satisfacer á la piedad de los fieles se distribuyeron innumerables particulas del santo madero, por lo que hoy quedan pequeñas porciones,—varias opiniones sobre la forma de la Cruz—la mas fundada es la que afirma fué la *inmissa*; sus razones,—se cree tuviera 15 piés de alto y 8 el madero del crucero—tabla subpedanea,—calidad de la madera,—número de clavos.

§ III. DE LAS FIGURAS SIMBOLICAS DE CRISTO CRUCIFICADO,
Y DE SU MONOGRAMA ENTRE LOS PRIMITIVOS
CRISTIANOS, (pp. 15-20.)

Origen de los emblemas y monogramas—sacados del antiguo testamento:—Adam y Eva—Noe en el arca—sacrificio de Isaac—Patriarca José—Moisés en el Horeb ó en el Sinai—egipcianos en el mar rojo—Sansón—Job—Tobías—Daniel—Jona—sacados del Nuevo Testamento—ningun emblema del Redentor desde la pasion hasta su muerte—porque muchos de

la vida anterior—nacimiento—adoracion de Reyes—disputa en el templo—bautismo—con la samaritana—hemorroisa—resurreccion de Lázaro—Monogramas—cinco formas principales—emblema del pescado ó de su nombre—cordero inmaculado—libro del evangelio—buen pastor—paloma—buey—pavo real, etc.

§ IV. DEL TITULO DE LA CRUZ, (pp. 20-24.)

Costumbre antigua—caracter especial del título del Redentor—el uso del título duró hasta el IV. siglo—en cuantos idiomas fué escrito—cual el verdadero testo de la inscripcion—

porque escrito en tres idiomas—facsimile copiado del título que se conserva en Roma—su autenticidad—descripcion y dimensiones.

§ V. DEL CULTO DE LA CRUZ, (pp. 24-27.)

Es propio de la humana naturaleza—apénas muerto el Salvador, los judios y paganos procuraron comprimirlo y los cristianos á escondidas tributaban culto á la santa Cruz durante los primeros 4 siglos—este culto fué incomparablemente mayor cuando ce-

só la persecucion.—modos con que le ofrecieron—fé en la Cruz que obraba milagros—la Cruz ensalzada por todos hasta por el sumo Pontífice—los mismos que antes lo condenaron, ahora le profesan—naturaleza del culto tributado á la Cruz.

LIBRO II.

DE LA INVENCION DE LA CRUZ.

§ I. EL LABARO, (pp. 28-48.)

Estado politico del imperio romano en el IV. siglo—Maxencio y Constantino—caracter y calidades de ambos—envidia reciproca—declaracion de guerra—condiciones de ambos ejércitos—marcha de Constantino—apariicion y descripcion del Lábaro—uso

que de él hizo Constantino—sus consecuencias en el género humano—batalla en el Puente Milvio (28 de Octubre de 312)—derrota de Maxencio—triunfo de Constantino—su ingreso triunfal en Roma—honores que le dispensó el senado y el pueblo romano—

estado del cristianismo—sentimientos de Constantino—edicto de Milan firmado por Constantino, Licinio y Maximiano otorgando libertad de cultos para todo el imperio—guerras (322-323) entre Licinio y Constantino—derrotas de aquel y triunfos de este atribuidos á la virtud de la Cruz—honores al Labaro tributados por Constantino y por el ejército—paz en todo el imperio—herejía arriana y

concilio de Nicea—cambio grande en los sentimientos de Constantino—su crueldad abominable con su hijo Crispo, con su mujer, sus hermanos y sus amigos—su arrepentimiento—aprueba y ayuda el proyecto de su madre de hacer una peregrinacion á los Lugares Santos y en particular á Jerusalem—vicisitudes y estado de dicha ciudad.

§ II. DEL DESCUBRIMIENTO DE LA CRUZ, (pp. 48-61.)

Llegada de Helena á Jerusalem—trabajos para el descubrimiento de la Cruz—su hallazgo—modo milagroso en que se distinguió la Cruz del Redentor de las de los ladrones—respuestas á las objeciones contra la narracion del descubrimiento de la Cruz—

Helena dividió la Cruz en dos pedazos, envió uno á Roma, otro depositó en Jerusalem—error de los que dicen, envió otro pedazo á Constantinopla—fué el hijo quien la envió—templos erijidos en Jerusalem, Roma y Constantinopla—elogio de Helena.

§ III. DE LOS INSTRUMENTOS DE LA PASION, (pp. 61-88.)

El Título, pp. 62-64. Como fué depositada en Roma—su descubrimiento en 1492 en la iglesia de Jerusalem—sus vicisitudes en 1798 y en 1849.

Los Clavos, pp. 64-66. Distribucion hecha por Sta. Helena—es dudoso que la celebre corona de hierro de Monza de los reyes lombardos contenga uno de los clavos de la crucifixion del Señor.

La Lanza, pp. 66-79. Su historia antigua—como fué hallada milagrosamente en Antioquia en 1098 y gran batalla del Oronte y triunfo alcanzado gracias á la virtud de dicha reliquia—impugnan Gibbon y otros su veracidad negando haya milagros—defensa de estos contra Hume—Pedro Barthelémy—su juicio de Dios—posteriores vi-

cisitudes de la lanza—llevada antes á Jerusalem, despues á Constantinopla—de aqui es dudoso si fuera trasferida á Paris ó á Roma—lo mas probable es que se encuentre en la capital del mundo.

Corona de espinas, pp. 79-83. Su historia desde que se quitó de la cabeza del Señor—como fué llevada á Constantinopla y por Balduino II regalada á san Luis de Francia en 1237—su traslacion á Paris donde se conserva en el tesoro de la *Sainte Chapelle*.

La Columna, pp. 83—88. Su historia—como en 1223 fué traída á Roma por el cardenal Juan Colonna y no por el cardenal Pelagio como algunos pretendieron—consérvase en la iglesia de santa Prajedes de Roma.

§ IV. DE LOS EFECTOS DE LA INVENCION DE LA STA. CRUZ, (pp. 88-92.)

Devocion grandísima que se manifestó bajo tres formas principales 1.º

peregrinaciones á los Lugares santos desde el IV. siglo—2.º distribucion

maravillosa de reliquias del santo madero—fiestas instituidas en honra de

la santa Cruz y para solemnizar su invencion.

§ V. FORMA DE LOS ANTIGUOS RELICARIOS DE LA CRUZ,

(pp. 92-96.)

Su origen y antiguos nombres—primeros relicarios conocidos—los en forma de cruz empezaron á fines del IV. siglo—uso general en los siguientes

siglos—en la edad media y en Oriente fué costumbre colocar, en forma de cruz, el santo madero en láminas de oro ú plata ú otro metal dorado.

§ VI. DE LOS VARIOS USOS DE LOS ENCOLPIOS, (pp. 96-102.)

A fines del IV siglo acaso no habia un fiel que no le llevara por objetos piadosos—mas tarde se entregaba á espensas del erario á todos los soldados—era señal de profesion de fé cristiana—era insignia de los emperadores orientales—era garantía de solemnnes promesas y equivalía al mas sagrado de los juramentos—haciase

de tres maneras—origen del juramento—varias de sus formas—era insignia del Rom. Pontífice, y de los obispos,—uso único que hoy conserva—en un principio era privilegio del Papa—los obispos lo usaron antes en Oriente—despues del concilio florentino los obispos del Occidente—significado místico del encolpio en las dos Iglesias.

§ VII. DE LA EFIGIE DEL REDENTOR CRUCIFICADO, (pp. 102-112.)

Desconocida hasta el siglo V.—pruebas de ello—discrepancia de los autores sobre la época en que empezó á venerarse la efigie del crucifijo—unos pretenden fuera á fines del VII. siglo y á principios del VIII.—parece demostrado que ya conocianse en el VI. en Oriente y en Occidente; pruebas sacadas de autores antiguos y de antiguos crucifijos—como parece fué repre-

sentado al Señor en las primeras crucifixiones—el primer Cristo en cruz,—el primer cuadro de iglesia y primer encolpio representando la crucifixion—confutacion de los argumentos alegados tanto por los que creen que ya en el IV. siglo se conocian los crucifijos, como por los que pretenden que solo empezaron en el VIII. ó IX.—accesorios de los antiguos crucifijos de la edad media.

LIBRO III.

DE LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ.

§ I. HERACLIO, (610 á 629.) (pp. 113-121.)

Estado del imperio de Oriente á principios del siglo VII.—muerte trágica de los emp. Mauricio y Foca—sucédeles Heraclio—Cosroes rey de

Persia continua la invasion del imperio, se apodera de Jerusalem y del santo madero de la Cruz—vanas tratativas de Heraclio para alcanzar la

paz—desesperada posición de Heraclio y del imperio—siguiendo el consejo del patriarca de Constantinopla se resuelve Heraclio á defender su reino—cambio favorable de su conducta—vence á su enemigo en Armenia, invade la Persia, toma á Gansac, se acerca á la capital Ispahan, derrota los persianos en Salban, en Cilicia y Sebaste, en las orillas del Boforo, y en Nive—muerte horrible de Cosroes—le sucede su hijo Siroes con quien He-

raclio firma la paz, cuya principal cláusula fué la devolución del santo madero—firmada la paz, Heraclio vuelve á Constantinopla y el año siguiente vá en persona á colocar el santo madero en el mismo templo en que Helena lo habia depositado—narracion de lo sucedido entonces—vuelve Heraclio á Constantinopla—en sus años posteriores Heraclio incurrió en errores y se hizo culpable de graves faltas que eclipsaron su gloria.

§ II. LA CRUZ DURANTE LA DOMINACION SARRACENA, (A. D. 630 á 1,099) pp. 121-127.

Breve compendio de la historia de los pedazos de la Cruz de Roma y Constantinopla—vicisitudes de la porcion conservada en Jerusalem—equivocadamente sostuvieron algunos que Heraclio volvió á llevarsela á Constantinopla—invasion sarracena y toma de Jerusalem (636)—en ella conservaron los cristianos el santo madero en la iglesia de la Resurreccion—dolor que la pérdida de los Lugares Santos causó en toda la cristiandad—peregrinos de Oriente y Occidente allí acudian á venerar aquellos sitios y el santo madero—peregrinos insignes—toleran-

cia concedida á los cristianos por el califa Aaron-al-Rechid—apoyábalos Carlo Magno—Tentativa de los emperadores Bizantinos, Niceforo, Focas y Zimisces para recobrar los Lugares Santos—caen de nuevo bajo los sarracenos—gobierno templado de la Siria—el culto de la Cruz casi como en los mejores tiempos—persecucion bajo el califa Hakem (969) cuando el santo madero fué ocultado—breve paz—invasion turca bajo Malek Shah—horrible persecucion de los cristianos,—la Cruz de nuevo ocultada, quedando así hasta la toma de Jerusalem.

§ III. LA CRUZ DURANTE EL TIEMPO DE LOS REYES DE JERUSALEM, (A. D. 1099 á 1188) pag. 127-140.

Orijen de las cruzadas—Pedro el ermitaño—Urbano II.—concilio de Clermont—en él fórmanse la primera cruzada—marcha para Jerusalem—le ponen sitio y sus vicisitudes—asalto—toma—conducta de los cruzados—Godofredo de Bouillon elegido rey—su reinado—enterrado en el templo de la santa Cruz—sucédete Balduino I—en sus expediciones va siempre acompañado del santo madero—sus triunfos—su encuentro y alianza con Signor hijo de Magnus rey de Noruega—ambos sitian y toman á Sidon—enfermedad y muerte de Balduino I. en Elareth—su cadaver trasladado á Jerusalem y sepultado al lado de Godofredo—Balduino II. le sucede—su devocion

al madero santo—sus vicisitudes—cae prisionero—tentativos para salvarlo—los vecinos de Jerusalem atacan en Ibbelin á los sarracenos y triunfan—Balduino II recobra la libertad—su muerte—enterrado en el mismo sitio de sus predecesores—Balduino III. su sucesor—su devocion al santo madero—batalla de Borra—victoria milagrosa debida á la invocacion de la santa Cruz—nuevas pruebas de su devocion á la misma—sus triunfos en Ascalon contra Noureddin—envenenado muere en Berito—su cadaver es trasladado y sepultado junto á sus predecesores—su hermano Amauri y Guido de Lusignan yerno de este sucedenle en el reino—sus desastres—progresos de Sa-

ladino—en la batalla de Batouf cerca de Tiberiada, Guido de Lusignan es derrotado y hecho prisionero por Saladino en cuyo poder cae tambien la

santa Cruz—Saladino se apodera de Jerusalem—su conducta hacia los cristianos—fin del dominio de los reyes de Jerusalem.

§ IV. ULTIMAS VICISITUDES DE LA PORCION DE LA CRUZ DE JERUSALEM (A. D. 1188 á 1221) pp. 141-150.

Tercera cruzada—toma de san Juan de Acre—Saladino promete entregar la Cruz—no cumpliendolo Ricardo *Corazon de Leon* renueva la guerra—batalla de Antipatris, cerca del rio Arsur—por no haber hecho Ricardo buen uso del triunfo ganado en Antipatris se hizo imposible recuperar á Jerusalem—paz deshonrosa firmada por Ricardo—la Cruz queda en poder de Saladino—la cuarta cruzada de un todo infructuosa—la quinta se desvia de su objeto y se dirige á Constantinopla, donde los cruzados cometen enormes atropellos—robos de reliquias—dos pedazos de la santa Cruz, uno enviado

por el Dux Dandolo á Venecia, otro por Balduino conde de Flandes á Paris donde se conserva con el regalado mas tarde á san Luis de Francia—la sesta cruzada se dirige á Egipto—sitio de Damietta—su fin desastroso—dícese que el sultan prometió entregar la Cruz á los cristianos y que así lo hizo—esta promesa dudosa—sumamente probable que nunca fué devuelta la Cruz de Jerusalem y parece cierto que se halla lastimosamente perdido para siempre—razones que así lo demuestran—Jerusalem y Constantinopla—Roma y Paris.

§ V. EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ (pp. 150-154)

Estado de España al principio del siglo XIV—Alfonso IX. de Castilla se prepara á la guerra contra Mohammed Aben Yacub—aquel acude á Inocencio III. que celebra rogativas en Roma en honra del santo madero—

batalla de las *Navas de Tolosa*—triunfo de los cristianos—atribuido á la virtud de la Cruz—fiesta del *Triunfo de la santa Cruz* instituida en accion de gracias por la batalla de *las Navas de Tolosa*.

§ VI. LOS CRUZADOS, pp. 155-160.

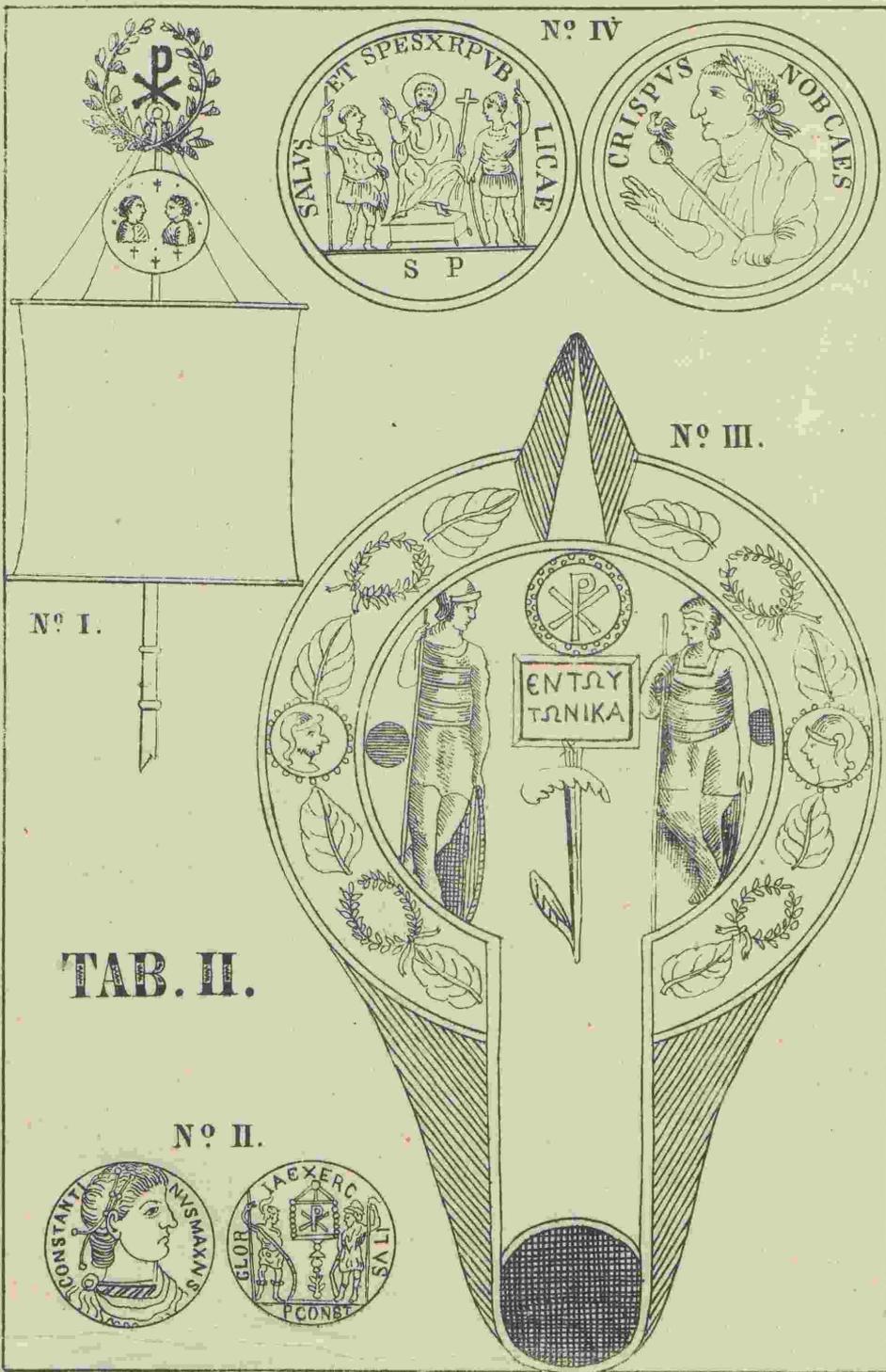
Cargos que se les hacen—1. que sin motivo ni razon declararon la guerra á los sarracenos—2. que sus guerras causaron mucha mortandad, sin ven-

tajas proporcionadas—refutacion de todos estos cargos—beneficios secundarios de las cruzadas.

§ VII. LA SEÑAL DE LA CRUZ, (pp. 160-163)

La cruz entre los judios y romanos—en los tiempos apostólicos—aunque siempre fué simbolo de ignominia y maldicion, sin embargo el misterio de la cruz habia sido presentado por los judios y paganos—ejemplos de la

señal de la cruz en el antiguo testamento—los paganos, tambien, la hacian en sus oraciones—significado de la cruz segun san Agustin—virtud de la señal de la cruz y milagros por ella alcanzados.

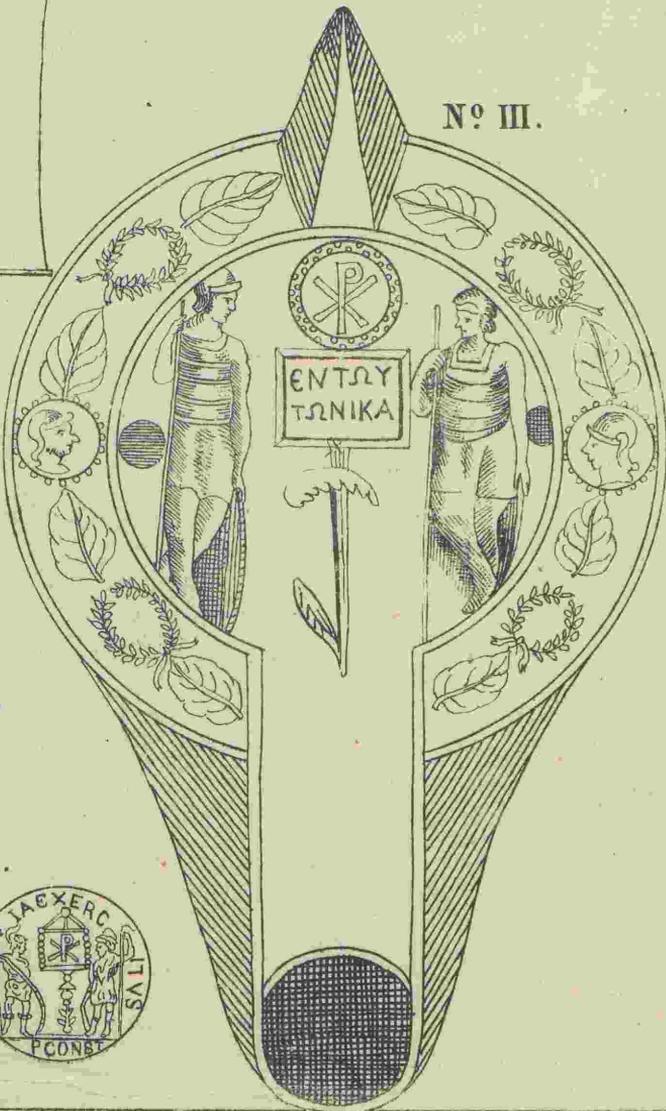


Nº IV



Nº I.

Nº III.



TAB. II.

Nº II.





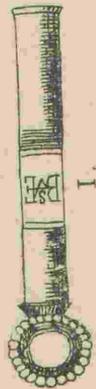
No I.



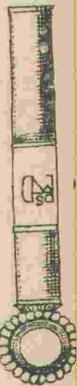
I.



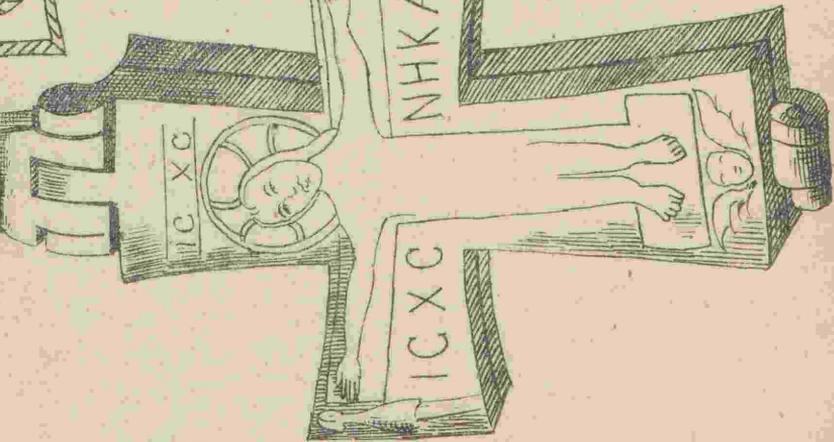
I.



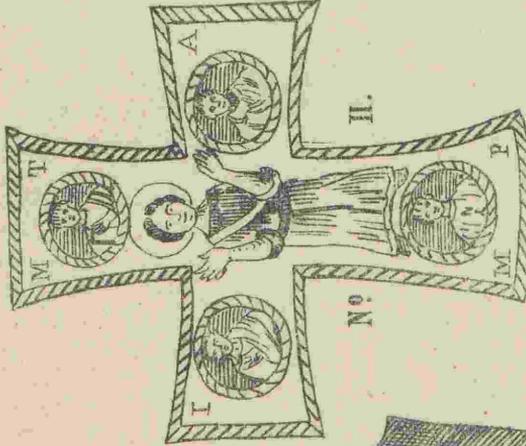
I.



No III.

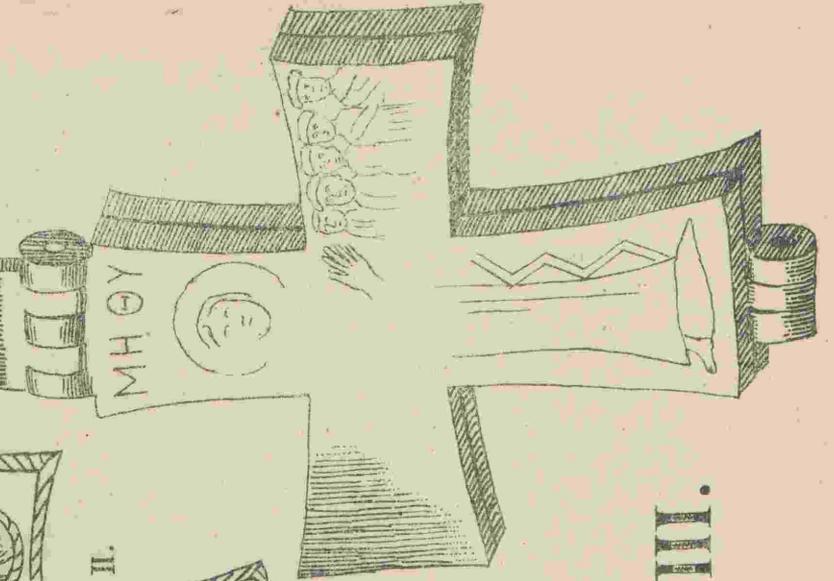


No



II.

No III.



TAB. III.



